JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

¡FERNÁN GONZÁLEZ!

EL HOMBRE QUE FORJÓ CASTILLA

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Mapa de la península en tiempos de Fernán González
Brevísima introducción histórica
Prólogo. Dos reinas cara a cara

PRIMERA PARTE
AL SERVICIO DEL REY RAMIRO

El dilema del buen conde
La boda
El consejo de la reina Toda
El regreso del guerrero
La cólera de Abderramán

SEGUNDA PARTE
LA REBELIÓN DEL HIJO PUTATIVO

La batalla de Simancas
El error de Fernán González
La capital del reino
Recuperar lo perdido

TERCERA PARTE
TURBULENCIAS

El repudio de Urraca
Rey muerto, rey puesto
Un nuevo califa de Córdoba
La debilidad de Castilla
La muerte de Sancho el Craso
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Para mi sobrina Celia.

LA PENÍNSULA EN TIEMPOS DE FERNÁN GONZÁLEZ

Brevísima introducción histórica

En la segunda mitad del siglo IX, Alfonso III el Magno alcanzó a reinar como autoridad incontestable en el cada vez más asentado reino de Asturias. El Magno había mantenido viva la llama que prendió la rebelión del rey Pelayo en el corazón de los cristianos: la reconquista, al coste que fuera, del territorio ocupado por el islam.

Imbuido de su misión, el joven Estado creció por su vertiente meridional, y la devastada franja al pie de los Picos de Europa, con la que los monarcas asturianos quisieronproteger su reino montañés, se fue paulatinamente poblando por foramontanos. Estos, originarios en su mayoría de las tierras altas de los cántabros o de las montañas vasconas, seguían descendiendo hacia el Duero y arraigándose allí cada vez en mayor número.

Como buenos hombres rudos, no les gustaba la ley escrita, ni la leonesa ni la de nadie. La ley castellana la imponían únicamente dos jueces que sentaban jurisprudencia a base de *fazañas*, sentencias orales.

Eran gentes con un sentido exacerbado de la independencia y, acaso atraídos por esa esperanzadora libertad, cada vez más cristianos abandonaban sus montañas para adentrarse en las tierras bajas que se iban erizando, poco a poco, de castillos.

Los Castillos, se llamó en un principio a este territorio fronterizo que, con los años, y ya entrado el siglo X, se ha acabado convirtiendo en un nombre guerrero y prometedor: Castilla.

Así están las cosas cuando arranca nuestra historia.

Prólogo

Dos reinas cara a cara

Nájera, marzo de 932

Sobre un lecho de brasas, en la sala principal del palacio de Nájera, se consumían, a la caída de la tarde, los últimos leños de encina con los que alimentaban las llamas los pajes de la familia real. Por la exigua abertura que hacía las veces de ventana se filtraba la luz de un día pluvioso, tan habitual en la capital pamplonesa, y tan gris como el ánimo de la mujer que acababa de echar una ojeada distraída al fuego.

Sentada en el borde de una silla de madera con el respaldo revestido del mejor cuero cordobés, y a uno de los lados de la mesa baja sobre la cual reinaba un tablero de ajedrez, Sancha Sánchez, viuda del conde de Álava, suspiró antes de apoyar la barbilla sobre la mano con expresión preocupada.

Sancha apenas superaba los veinte años y era ya dos veces viuda. A los trece se había casado por primera vez con Ordoño II de León, que por entonces contaba con medio siglo y dos matrimonios a sus espaldas; la unión duró escasos meses. Tras enviudar, volvió a casarse y durante apenas cuatro primaveras compartió vida y lecho con Álvaro Herraméliz, conde del vecino territorio de Álava, que había muerto recientemente, dejándola nuevamente viuda.

Enfrente tenía, arrebujada en pieles, a su madre, la temible reina Toda, que desde que enviudó hacía ya siete años dedicaba su vida a asegurar el afianzamiento del joven reino de Nájera y Pamplona tejiendo una enrevesada y fructífera política matrimonial, una impresionante telaraña de alianzas con el reino vecino de León y los condados de Castilla. Tampoco descuidaba las relaciones ultrapirenaicas con los francos (no en balde los carolingios habían dominado durante años sus tierras) ni, por supuesto, con Abderramán III, heredero del antiguo emirato Omeya, que gobernaba desde hacía dos décadas en Córdoba y que había sorprendido a propios y ajenos proclamándose califa de un territorio hoy totalmente independiente.

Sancha volvió a mirar las piezas desplegadas sobre el tablero y movió su caballo con evidente desgana al tiempo que escuchaba los consejos de su madre, tal como los llevaba escuchando tantas veces a lo largo de su vida. Ella era quien le había enseñado a jugar a aquel juego que introdujeron los árabes en la Península y que, al cabo de los años, dominaba como nadie.

—Procura prestar atención, Sancha. —Toda cogió entre sus cortos dedos la torre—. Te he podido matar ya una vez. ¡Jaque! —dijo posándola en la penúltima casilla. La torre era la pieza más poderosa del juego en aquellos tiempos, mucho más que el alfil o la dama—. Mueve el rey. Todavía puedes hacer un par de jugadas.

—Dejémoslo, madre. Tengo demasiadas cosas en la cabeza…

—Es que no puedes permitirte tanta falta de atención, Sancha. Ni en el ajedrez ni en ninguna otra faceta de tu vida. Vives en un mundo de hombres. Y has de ser más inteligente que todos si quieres mantenerte como reina a su lado. No se puede ser un corderito y vivir rodeada de lobos.

—Olvidáis que ya no soy reina, madre.

—Pero lo fuiste. Y eres la hermana del rey de Pamplona.

—García todavía es un niño.

—Y pronto dejará de serlo. Los dos lleváis mi sangre. Eres de estirpe real. Eso lo harás valer en todas partes.

—Lara no es más que un condado, madre.

—Como también lo era Álava.

—Pero Álava era más importante. Y estaba más cerca… Me resultaba más familiar. Me vais a casar con un don nadie y un bárbaro, madre. Es lo que dicen todos en la corte. Esos foramontanos son la gente menos civilizada del mundo…

—No te voy a engañar, hija. Bien sé que esos castellanos tienen fama de faltar a las formas y campar por sus respetos. Pero es el territorio más pujante ahora mismo. Los castellanos siguen ocupando nuevas tierras, y las repueblan y fortifican con ahínco. Los de Lara son la familia condal más poderosa de la región y cada año fundan nuevos monasterios… En León se les respeta mucho.

La reina Toda movió por segunda vez la torre ante el escepticismo de su hija. La partida la tenía más que ganada, no así la conversación. Le molestaba el desinterés de Sancha porque era muy consciente de la importancia de prestar atención. Escuchando atentamente se detectan los matices de quien habla, el verdadero sentido de las palabras, y se recogen perlas que de otra manera caen al suelo y se pierden. Le sorprendía que su hija incurriese en tal defecto.

—Te aseguro que he considerado todas las opciones y esta es la mejor, Sancha. No te oculto que también han pedido tu mano los Gómez de Liébana y los Ansúrez castellanos. He considerado sus propuestas, pero ninguno tiene ni de lejos los atributos de los Lara.

—¿Y qué atributos son esos, madre?

—Linaje, Sancha. Nada nace de la nada, y la buena madera no la da el árbol común. Descienden de Nuño Rasura, que, como sabes, fue uno de los primeros jueces del condado. Gonzalo, el padre de Fernando, era su nieto…

—Y muy levantisco. Siempre me dijisteis que fue de los que no acudió a la batalla de Valdejunquera.

—Cierto. Pero ese Gonzalo fue también quien más terreno ganó a

los cordobeses. Con permiso de Alfonso el Magno, fundó entre el Arlanzón y el Arlanza, en una roca elevada, la fortaleza de Lara. Desde ese baluarte se apoderó de la vecina meseta de Carazo, del alfoz de Clunia. Y en el año doce llegó al Duero para asentar gentes en San Esteban de Gormaz, quince leguas al sur de su castillo. A esas alturas era el noble más poderoso de la región, y en León le hicieron conde de Burgos y de Castiella.

—Gonzalo Fernández murió hace ya tiempo, madre.

—Justamente. Y por eso su viuda, Muniadona, ha concentrado tantos esfuerzos en convertir a su hijo en un gran señor que esté a la altura del padre. Y lo va a conseguir. Fernando tiene buen juicio, se ha mantenido fiel a Ramiro, y eso el rey lo premiará. Además, en Lara no tendrás que soportar a familias tan complicadas como los Herraméliz o los Ansúrez. Confía en mí, Sancha. Me he informado sobre todos los pretendientes, y este es el que te conviene. Aparte de que me han asegurado que es un hombre de buena apariencia, alto, fuerte, valiente, decidido.

—También lo era Álvaro. Y hoy está muerto.

—Porque se opuso a Ramiro. Escogió mal su bando. Corrió demasiado pronto y sin mirar adonde… —La reina madre se impacientaba. Ya ninguna de las dos prestaba atención al tablero—. Mira, Sancha, yo habría preferido para ti a Ramiro, todo un rey de León…

—Pues yo no: él ordenó la muerte de mi esposo.

—Pero él no quería una mujer con dos hijos. Bastante tiene ya con esos tres de esa prima gallega suya. Eso sí, me ha dado palabra de matrimonio para tu hermana Urraca y, si todo sigue por su cauce, contraerá nupcias con ella a no mucho tardar…

—Y para eso tendrá que repudiar a Adosinda Gutiérrez, la gallega, bien lo sé, madre. En Álava, como en todas partes, se habla de lo que está sucediendo como consecuencia de esta guerra absurda y fratricida.

—Y la repudiará, por supuesto. Son primos y, ahora que es rey de León, la Iglesia se lo exige. Y tendrá que apartar a esos bastardillos suyos para que no haya problemas en el futuro, cuando tenga descendencia de la casa de Pamplona. Pero piénsalo de esta manera: siempre tendrás en la corte de León una gran aliada en tu hermana, con quien te llevas tan bien. Eso te ayudará. La familia es todo, Sancha.

—¿Y Alfonso, madre? ¿No podíais haberme escogido a mí en su día en vez de a Oneca? ¿No podíais haberme casado con él? Si hubiera sido yo la elegida, hoy Alfonso seguiría siendo rey.

—Eso no se pudo. Alfonso prefirió a Oneca. Y además habría sido un despropósito… —La reina madre dudó antes de continuar. Sus ojos, más grises que azules, se fijaron en los de su hija sin pestañear—. Escucha, Sancha, si entregué a Alfonso la mano de Oneca, que era la más tonta de mis hijas, y creo que hoy puedo decir esto con total conocimiento de causa, fue porque vi desde un principio que ese hombre tenía algo que no me gustaba. Mis informantes me hablaron de frecuentes crisis de melancolía. Eso no es bueno para un gobernante. Me pareció que Oneca era quien más le convenía. Y funcionó. Los dos tortolitos se enamoraron a primera vista. Mira por dónde, fue el matrimonio más acertado de cuantos he concertado…

—Hasta que murió Oneca.

—Hasta que murió tu hermana… Una pena, sí. Ella siempre, desde niña, tuvo una salud delicada. Eran tal para cual. Y con la muerte de tu hermana, Alfonso perdió la cordura… Igual no debiera decírtelo, pero ese hombre nunca estuvo en sus cabales. Yo ya le advertí, cuando me escribió el año pasado para comunicarme la muerte de Oneca, que era una locura renunciar al trono para vestir la estameña. ¿Dime quién, entre los reyes que conoces, ha abdicado así, por una crisis de melancolía pasajera?

—Fue más que una crisis pasajera, madre.

—Sería lo que fuera, pero el caso es que abdicó en favor de su hermano Ramiro. Y a los pocos meses se arrepiente, se deja crecer el pelo de la tonsura y decide que quiere recuperar su reino… ¡Si eso no es locura…! Lo peor fue que León salió de mi influencia… Menos mal que reaccioné con presteza y empecé las negociaciones para casar a tu hermana Urraca con Ramiro. ¡Casi dos años me ha costado! Su inminente divorcio será la coronación, y nunca mejor dicho, de mis esfuerzos.

—Pues ahora Alfonso está de regreso. Dicen que, aprovechando que Ramiro estaba en Zamora, ha entrado en León… Que, si hace falta, luchará con él.

—Puede. Pero es tarde. En estos meses Ramiro se ha hecho con las riendas del reino. Y meterse, como hace Alfonso, en la boca del lobo es de hombre necio, hija. Nadie con buen sentido quiere de vuelta a un rey irresoluto que mañana puede decir lo contrario de lo que hoy y que no es capaz de domeñar su propia voluntad. Te aseguro que Alfonso ha perdido la partida frente a Ramiro, en eso puedes hacerme caso. Es un cadáver político. Me parece que esto ya es mate —murmuró colocando la reina delante del rey.

—Aún no.

Sancha movió el rey a la última casilla libre que le quedaba. A un

lado del tablero se amontonaban las piezas comidas. La reina Toda observó la posición final con cierta satisfacción: estaba siendo una partida elegante, como las que estilaba ella.

—Escucha, Sancha. Yo no sé qué te deparará el futuro a la vera de Fernán González. Lo que sí sé, y de lo que puedes estar segura, es que tu sitio no estaba junto a este pusilánime de Alfonso… —Con gesto definitivo, cogió la dama y la movió hasta comer el peón que tenía delante, arrinconando al rey—. Ahora ya sí. Jaque mate.

Con un suspiro, Sancha volvió la cabeza en dirección a la jovencísima dama de compañía que había traído consigo de Álava. Una chica rubieja, de corta talla, muy vivaracha, que esperaba junto a la puerta. Se llamaba Aurora. A una seña suya salió y regresó al poco con un bebé envuelto en toquillas que le depositó en brazos. Era su segundo hijo: de pocos meses, el pelo muy oscuro, cara rubicunda. Sancha lo cogió llena de ternura. Sentía su pecho todavía hinchado, pese a que era la nodriza quien lo amamantaba.

—Mi buen Fortún… —Consciente de la mirada reprobadora de su madre, alzó la vista—. ¿Y qué hace mi hermano García? ¿Cómo va su educación?

—En manos de tu tío Jimeno. Están ahora mismo de caza. No le deja solo ni a sol ni a sombra. A tu hermano le tira más el campo que los latines. No será Carlomagno, pero, si me lo dejan, podré hacer de él, pese a todo, un rey… A falta de poco más de un año para su mayoría de edad, procuro tenerle cerca lo más posible. Ese muchacho va a necesitar alguien con experiencia a su lado.

—Nunca cambiaréis, madre. No olvidéis que García todavía es un niño. Y los niños necesitan amor —murmuró Sancha. Apartó a Fortún, que ya acercaba la boca por instinto buscando su pecho. Al hacerlo sintió que algo se removía en su interior.

—Amor, amor… Lo que necesita un niño es alguien con cabeza y pulso firme.

—Y cariño, madre. Cariño también.

Toda la miró y pensó para sí que Sancha era sin duda una buena madre…, pero a lo mejor no tenía lo necesario para hacerse cargo de las responsabilidades del poder. Su atención se volvió hacia las piezas de ajedrez conforme las recolocaba en su formación original.

—Cuando estés en Lara, procura no mostrar demasiado tu amor por los hijos del conde de Álava… —murmuró no sin cierto retintín—. Bastante me ha costado conseguir que te los acepten en Castiella.

PRIMERA PARTE

AL SERVICIO DEL REY RAMIRO

Capítulo I

El dilema del buen conde

Estonçe era Castiella un pequeño rincón,
era de castellanos Montes de Oca mojón,
e de la otra parte Fitero el fondón,
moros tenían Caraço en aquesta sazón…

ANÓNIMO, *Poema de Fernán González*

1

Pese a no morir el invierno, el cielo meseteño permaneció totalmente despejado a lo largo del día.

El sol se hundía por el poniente, cada vez más a sus espaldas, y a esas horas tardías prolongaba la sombra del ejército que avanzaba por la calzada entre páramos en los que quedaban restos de la nieve inesperada de la víspera.

La vía Aquitania se alargaba a la vera de algunos robles pelados y tristes que los acompañaban en el último tramo cuando por fin apareció al fondo, a lo lejos, el cerro de San Miguel con su castillo en lo alto. Al pie del mismo, un batiburrillo de edificios de madera y adobe se extendía por el levante, hacia el otro lado de la fortaleza cristiana, en dirección al Arlanzón.

Surgieron murmullos de contento entre los jinetes de la cabecera, y la alegría se contagió al resto de la tropa.

Todos alzaban la cabeza.

El hombre al frente también levantó la vista hasta el cerro y una ligera sonrisa exteriorizó su alivio.

Hacía cuatro días que cabalgaban por la antigua calzada romana y aquella era la única parada prevista antes de emprender el camino hacia el este en dirección a la capital del reino de Nájera y Pamplona, con cuyo apoyo contaba para reclamar un poder que, pensaba, le pertenecía por derecho propio.

Tras dudarlo un momento, su lugarteniente azuzó su caballo, ricamente enjaezado, y le obligó a avanzar un par de cuerpos. Una vez a la altura de su señor, se encogió bajo su gruesa capa y dijo:

—Los hombres pueden descansar al pie del cerro, Alfonso. Es lo que aconsejaron los mensajeros del conde de Lara. ¿Se lo digo a la tropa?

Alfonso IV el Monje se volvió hacia quien le hablaba y asintió con el mismo aire distraído que mostraba desde el comienzo de la retirada de León, una vez constatada la imposibilidad de vencer a las mesnadas de Ramiro. Fue un revés importante ver que ni uno solo de sus antiguos oficiales abandonaba a su hermano para pasarse a su bando.

—Por supuesto.

—¿Qué les digo a los hombres? ¿Cuánto tiempo nos detendremos?

—El mínimo, porque Ramiro nos pisa los talones. Diles que reposen y que dejen ramonear a sus monturas mientras voy al encuentro del conde.

El Monje se pasó la mano por la cabeza. El pelo cubría la antigua tonsura, aunque sin igualarse aún con el resto. Cada vez más canas asomaban en medio de un cabello no hacía tanto totalmente negro.

—¿Y no sería más lógico que descansaseis esta noche en el castillo mientras el ejército acampa aquí? —insistió Ansur Fernández, que así se llamaba el lugarteniente: un mozo joven, de rasgos apuestos y mirada decidida cuya familia era partidaria desde un principio de Alfonso.

—Fernán González no nos puede dar cobijo abiertamente. Prefiere no levantar recelos entre los ramiristas. Pero confío en que a mi regreso nos abra sus castillos. Antes o después tendrá que tomar partido. Siempre que hemos hablado, él y yo, nos hemos entendido. Tengo un buen presentimiento.

Ansur Fernández callaba. Al poco, se limitó a observar con voz controlada y neutra:

—Algunos hombres no entienden, señor, por qué ponéis tanta confianza en Fernán González.

—Será porque fue el único castellano que estuvo a mi lado cuando murió Oneca —dijo Alfonso. Y el recuerdo de aquella muerte volvió a avivar un rescoldo de la llama todavía pesarosa que inflamaba su pecho y que ni el paso del tiempo ni la oración sanaban —. Además, anhela ser conde hereditario de Castilla. Su madre le envenena la mente con eso y yo conozco bien a la gente así. Hazles creer que les das lo que ambicionan y se convierten en tus esclavos. En mi última carta le hice concebir esperanzas…, eso le pondrá de nuestro lado.

—Yo solo os prevengo que en todos los documentos en los que ha estampado su firma en nombre del rey siempre ha sido invocando el nombre de Ramiro —repuso Ansur con prudencia.

Pero el Monje ya no le escuchaba. Permanecía con la vista fija en la tosca fortaleza foramontana que asomaba en lo alto del cerro de San Miguel. La iluminaba plenamente el sol, cada vez más a sus espaldas.

A su alrededor corrió la voz y los hombres se distribuyeron por un amplio claro en torno a la calzada. Se limpió el lugar de matorrales y se encendieron hogueras mientras un pequeño grupo de una veintena de fieles continuaba en pos de su señor Alfonso, camino de la cita en

el castillo.

2

Aquella sala en lo alto de la torre del homenaje —la única enteramente de piedra en la fortificación— tenía, entre argollas con teas encendidas, dos de sus muros cubiertos por gruesos paños bordados. Las escenas hacían alusión a la fundación de Burgos por Diego Rodríguez, el segundo conde de Castilla, primer morador del castillo de San Miguel, entonces enteramente de madera, y a las batallas libradas en Pancorbo contra los musulmanes en la convulsa centuria anterior.

En ese tiempo, la tierra de los castillos había ido adquiriendo una notoriedad bélica que la hacía respetable entre los reinos cristianos a este lado y al otro de los Pirineos, y su protagonismo no había hecho sino aumentar durante la minoría de edad del actual rey de Nájera y Pamplona.

Había en la sala una gran mesa de roble con una decena de sillas alrededor, y la chimenea permanecía encendida a todas horas: el frío, en lo alto del cerro, era una constante.

El hombre que esperaba al fondo se abrigaba con una gruesa capa francisca, que a su vez escondía una loriga de cuero cubierta por una túnica con brocados lujosos.

Ante la puerta, dos soldados que hacían guardia se apartaron para dejar paso al Monje y a su lugarteniente, y cerraron el paso al resto de la comitiva. Cuando los alfonsinos protestaron, Ansur les pidió calma con un gesto.

El conde de Lara se hallaba de espaldas, vuelto hacia la aspillera. Muy rápidamente se giró y posó sus ojos azules en el Monje.

La estatura de Fernán González destacaba por encima de la mayoría. Tenía la tez clara y el pelo rubio de sus antepasados godos. Escaso de carnes, su cuerpo, bien trabajado por el ejercicio, era esbelto, fibroso. Sus rasgos afilados en un rostro barbudo tenían cierta languidez y transmitían una sensación de calma que no respondía a la tensión interior que lo habitaba.

La mirada que dirigió al Monje fue fría. Pero a la vez le dio el obligado abrazo entre hombres de alcurnia que se conocen bien.

—¡Me alegra veros! —Fernando mostraba el afecto de un familiar cercano—. Los meses en el monasterio os han sentado bien. —Y se separó para ver mejor a Alfonso—. Pero parecéis cansado…

—Lo único que importa es que estoy más convencido que nunca de que Dios me muestra el camino para salvar el reino de un tirano. Ramiro me persigue desde el mismo León. Calculo que le saco una

jornada larga. Él llega con diez mil hombres y quiere acabar de una vez por todas con nuestro litigio. Por eso necesito llegar a Nájera. Allí me darán refugio y volveré en primavera con más gentes.

—Bien me habéis escrito que en Nájera contáis con el apoyo de la reina madre Toda, vuestra suegra, que es gran hacedora de destinos. Y sin embargo… —dijo Fernando marcando una pausa.

3

—Sin embargo, y muy a mí pesar, no puedo permitiros que prosigáis vuestro viaje, esa es la verdad.

—¿Qué decís?

Al Monje se le borró la sonrisa.

—Lo que oís. Vedlo vos mismo.

Fernando indicó la aspillera.

En ese instante, por el chato horizonte más allá de la vía Aquitania, hacia poniente, apareció una fila de puntitos brillantes con los últimos rayos del sol. A esos primeros jinetes pronto les siguieron infantes que se iban distribuyendo por la planicie. En lo alto de las empalizadas del castillo, el sonido de los cuernos fue como el gemido lastimoso de un animal feroz.

—Por ahí llegan las huestes de Ramiro, que marchando día y noche os han hecho perder vuestra ventaja.

—Si son lo que veo a lo lejos, no serán suficientes para vencer a mi ejército…, y menos si cuento con vuestro apoyo —dijo el Monje rápidamente.

—Por desgracia, señor, esos son solo la mitad de vuestros adversarios. El resto es el ejército bajo mi mando que aguarda desde el mediodía en el arenal junto al río. Vuestras tropas descansan al pie del cerro, sin mando. Y mi apoyo… Habréis de reconocer que nunca os lo prometí en ninguna de mis misivas.

—Eso quiere decir…

El tono del Monje era casi lastimoso.

—Eso quiere decir que yo os apreso, Alfonso, en nombre de vuestro hermano Ramiro, rey legítimo de Galicia, León, Asturias y de todas las tierras al pie de las montañas, entre las que se cuentan Burgos y mi condado de Lara. Lo lamento, señor.

El Monje aún no alcanzaba a comprender la medida de su desastre cuando, a sus espaldas, Ansur se adelantó unos pasos y le despojó de la espada.

—Tú también, Ansur… —murmuró Alfonso en una voz casi inaudible.

—Os dije, señor, que no entendía por qué estabais tan seguro del

apoyo de Fernando. Él nunca abandonó el partido de Ramiro. Y yo he de deciros que durante los últimos días he tenido tiempo de recapacitar. Pienso que Ramiro es el rey que necesitamos. ¿Qué hago con él, Fernando?

—Llevadlo a la cueva del Moro. Explicadle que un conde de Castilla no muda lealtades como quien muda de camisa. Que el buen uso del albedrío se llama virtud y el malo, traición.

—Si me entregas ahora, ¡nunca obtendrás lo que deseas! —exclamó Alfonso. Más allá, los castellanos desarmaban a sus acompañantes—. ¡Con un tirano como Ramiro, Castilla nunca será tuya!

Fernando dio la espalda al prisionero mientras Ansur se lo llevaba. Por la aspillera atisbó que en el entorno de la vía Aquitania las huestes alfonsinas, en pleno desconcierto, iniciaban la desbandada.

4

Por aquella abertura estrecha se filtraba ahora el viento. El conde de Lara observó cómo las tropas de Ramiro llegaban por la calzada y se distribuían en torno al campamento donde los alfonsinos alzaban las manos en gesto de rendición: nadie ofreció resistencia.

Hacía ya días que a Fernán González le atormentaban las dudas. Se había sentido desgarrado entre dos lealtades. Pocos meses atrás juró fidelidad al rey Ramiro, el que ahora llegaba cabalgando por la vía Aquitania. Pero también durante cinco años Alfonso había sido su rey… Y la decisión de detenerle fue difícil.

Fernando había tenido que madurar muy rápido desde que tres años atrás, a su regreso de la Montaña, donde pasaba largas temporadas desde niño, su madre Muniadona lo presentó como conde de Lara en un acto solemne en la fortaleza familiar del Picón.

So pretexto de una donación de terrenos al monasterio de Santa María de Lara y a su abadesa, Muniadona convocó a los notables del condado: estuvieron presentes Fernando Ansúrez, a la sazón conde de Castilla, y su hijo Ansur, algunos clérigos principales, como el abad de San Pedro de Cardeña, y la propia reina Oneca, gran amiga de los poderosos Ansúrez y de la condesa de Lara.

Todos estamparon su firma como testigos tras la de Muniadona y sus dos hijos. Castilla fue testigo de la donación en la que el heredero de los Lara apareció por primera vez en un documento oficial y que finalizaba así:

«Se hizo esta carta el día quinto de las calendas de febrero, reinando el príncipe Alfonso en León y el conde Fernán González en Lara».

Durante la comida con que se agasajó a los huéspedes, Muniadona contó con orgullo cómo, de niño, Fernando, en una de sus escapadas, encontró en la frondosa cuenca del río Arlanza la entrada de una gruta escondida por la maleza. Dentro se topó con un hombre santo, un eremita ciego que, al saber quién era, le cogió el brazo con fuerza y anunció proféticamente: «Tú serás el gobernante más importante de estas tierras, y los castellanos cantarán algún día tu gesta…».

—Pero también dijo que el rey le haría apresar dos veces —observó el hermano menor de Fernando, al que en la familia apodaban Lagartija por lo delgaducho y escurridizo.

Nadie hizo caso.

Muniadona siempre mostró una confianza absoluta en el futuro que esperaba a su primogénito, que la profecía del eremita confirmaba, y eso la llevó a fundar un monasterio en las cercanías de la cueva.

Quien no estaba tan seguro era el propio Fernando. Es cierto que demostraba facilidad para aprender el latín y los caracteres visigodos, sí, y que tenía figura gallarda y buenas mañas para la caza y el combate. Pero nada de eso lo distinguía de los vástagos de otras familias nobles.

Muy pronto, en Lara se recibió noticia del levantamiento de Alfonso contra Ramiro y llegaron emisarios de uno y otro recabando apoyo para sus respectivas causas.

Por primera vez surgieron diferencias entre madre e hijo, y Fernando tuvo que vencer la oposición materna. Porque cuando Muniadona supo que el Monje ofrecía a su hijo hacerle conde hereditario de Castilla, se manifestó rotundamente a su favor.

Aquello chocaba con la intuición de Fernando, quien cuando el Monje se retiró a Sahagún, viajó a León a la coronación de Ramiro y fue seducido por el personaje.

Allí donde el melancólico y tornadizo Alfonso generaba cierto despego, Ramiro, que gobernó varios años el territorio al sur de Galicia entre el río Miño y el Mondego, tenía una inteligencia viva y el carácter enérgico y aguerrido de un verdadero caudillo.

Durante las celebraciones por su coronación le llamó a su mesa con frecuencia y le demostró cierta predilección, entre risas bienhumoradas, guiños de complicidad y buen vino.

—Será mejor soberano que Alfonso, madre —dijo Fernán González a su regreso—. Y puede ser un gran rey.

Entonces reapareció Alfonso con una retahíla de cartas y promesas… Y aquello se cruzó con las cartas de Ramiro… Y a los dos

el joven hubo de decir que sí y prometer lo que no podía cumplir sino con uno.

Al final, decidió salir al encuentro de Alfonso y reunirse con él en el castillo de San Miguel. Por allí pasaba la calzada que seguía el Monje en su retirada. Alejarse de su madre le permitió pensar con claridad… y tomar su decisión.

Una decisión que ahora, según abandonaba su observatorio para dirigirse a la puerta, pesaba en su corazón. Porque sabía, por lo que le había escrito Ramiro, que este nunca perdonaría a su hermano.

5

Fernando preguntó por Ansur a sus guardias. Sentía una premonición.

La facilidad con que Ansur había dado la espalda a Alfonso le sorprendía y se dio cuenta de que no confiaba en él. Era un aliado circunstancial y además, en la corte, su principal rival: a fin de cuentas otro joven prometedor en busca de su lugar en el mundo. Y su padre había sido conde de Castilla. «Ahora lo veo claro, Fernando. Ramiro es el futuro de la cristiandad. Y Alfonso, el pasado», así le había escrito en su última carta.

—Acaba de descender con el Monje a la cueva del Moro, señor…

Ese era el nombre del conjunto de túneles que recorrían el subsuelo del castillo, algunos con salida a lugares escondidos por la vegetación al pie del cerro: buena previsión de sus constructores para asegurar una vía de escape en caso de asedio.

Fernando agarró una tea y descendió por la escalera desgastada. Había una cuerda sujeta al muro a modo de pasamanos. Al pie de la escalera tomó el primer túnel y apenas había dado unos pasos cuando del fondo del pasadizo se oyó un grito desgarrador…

Siguió hasta una cámara excavada en la piedra, un espacio alargado al que daban celdas enrejadas a uno y otro lado. Allí le acogieron el frío húmedo del subterráneo y los gemidos de hombres encadenados a los que iluminó de pasada la luz fantasmagórica de su antorcha.

Al fondo, Ansur ya estaba junto al verdugo de Burgos —un hombre grueso, cubierto por un capote oscuro, del que apenas distinguió los rasgos—, y Fernando constató que a Alfonso le habían encadenado de manos y pies a la pared con grilletes. En la semioscuridad de la mazmorra abría la boca en un quejido prolongado mientras por sus mejillas resbalaban lágrimas de sangre.

—¿Quién te ha mandado hacer esto, Ansur? —exclamó Fernando cada vez más furioso.

—El rey Ramiro. ¿Quién va a ser? —Ansur miró la punta

ensangrentada de su daga—. Y lo mismo hará con cualquier otro pretendiente.

Fernando acusó el golpe y sintió que le asaltaban pensamientos inquietantes. No entendía por qué Ramiro confiaba en alguien que en un principio había tomado partido por Alfonso, y no en él.

Y fue en ese momento cuando el Monje volvió su rostro, con las cuencas vacías de los ojos ensangrentadas, y exclamó con una voz en que se entremezclaban el dolor y la furia a partes iguales:

—¡Dios te maldiga, Fernán González! ¡Dios te maldiga a ti y a todos tus descendientes y que, por tu traición, no permita que tu linaje se acerque nunca al trono!

6

De Fernán González, conde de Lara, de Castilla y de Álava, a Muniadona, condesa madre de Lara. Salud y gracia.

Madre:

Ya os habrá llegado noticia de lo sucedido en Burgos.

Sabréis que fui yo quien apresó a Alfonso, el cual llegaba con Ansur Fernández sin sospechar que este había mudado su lealtad y obedecía ya a Ramiro. Fue Ansur quien por orden de Ramiro vació los ojos al Monje para que este nunca más pueda volver a reclamar el trono.

En cuanto a los restantes pretendientes, estaréis al tanto de que Ramiro ha mandado detener a los tres hijos de Fruela en Oviedo, los cuales, me imagino, correrán en breve la misma suerte. Oigo decir que a todos los encerrará de por vida en el monasterio de Ruiforco de Torio.

Ello prueba que, pese a vuestras reticencias, he tomado la decisión correcta. De no haber actuado así, quién sabe si ahora mismo no sería yo, vuestro hijo, quien estaría en los subterráneos de este castillo de San Miguel con los ojos vaciados, y habría perdido el futuro que tanto ambicionamos ambos.

Los honores que me hace Ramiro son extraordinarios, y os anuncio por la presente que además de nombrarme conde único de Castilla, como mi padre en su día, el rey acaba de nombrarme asimismo conde de Álava en sustitución de los Herraméliz, otra de las familias que apoyó la causa del Monje y que se acaba de exiliar junto con los Vela, nuestros eternos rivales.

También os complacerá saber que Ramiro ve con buenos ojos la idea de mi enlace con Sancha de Pamplona. Y que lo que os dijeron vuestros informantes en León es cierto: está acordado el matrimonio del rey con la hija mayor de Toda, y por eso hace tiempo que van y vienen de Nájera comitivas leonesas.

«*Con estos dos matrimonios, las buenas relaciones con el vecino*

quedan aseguradas, y nuestra frontera oriental tranquila mientras guerreamos con los moros». Así me ha dicho Ramiro.

Por lo tanto, podéis quedar tranquila, madre: nada ha trascendido de nuestro dilema.

De todas formas, el rey no es tonto y sabe de las dudas y discusiones que se han dado en todas las familias. Pero ahora lo que corresponde es olvidar lo pasado y concentrarnos en el futuro: por el momento soy la mano derecha de Ramiro.

La Providencia hace bien las cosas, madre. Siento que Dios y el rey han querido ponernos a prueba y que hemos salido airosos.

Recibid el más afectuoso abrazo de vuestro hijo que no os olvida,

Fernando, conde de Lara, de Castilla y de Álava

Capítulo II

La boda

«En el nombre de la santa e indivisa Trinidad. Este es un documento que hemos dictado yo, Muniadona, y mi hijo Fernando, hijo de Gonzalo, reunidos en nuestro castillo y ciudad de Lara, herencia de nuestros padres y abuelos, donde se veneran las reliquias de Santa María siempre virgen, de san Vicente, levita de san Clemente, obispo de san Esteban, testigo de Cristo, y de san Juan Bautista. Nosotros, con nuestros colaboradores Aproniano, Lupo, Martín y otros muchos hombres buenos que conviven con nosotros, hacemos un pacto escrito, porque es indudable que llevamos una vida incierta e ignoramos nuestro principio y fin. Por eso nos movemos a hacer este beneficio para los presentes y futuros que aquí vengan o por aquí vivan…».

FUERO DE LARA, 1 de enero de 931

1

El clima que se vivía en el condado de Lara al llegar la primavera era triunfal y la alegría en el alfoz, extraordinaria.

No solo regresaba Fernán González con todos los honores, como claro vencedor en la crisis dinástica definitivamente resuelta, sino que también llegaba al Picón la viuda de don Álvaro de Herraméliz, la hija más hermosa de la reina Toda de Pamplona.

Para festejarlo, el conde decretó la condonación de buena parte de la deuda que muchos pobladores de Lara tenían con él, y eso pese a la oposición de Muniadona.

—Solo digo, hijo, que conviene hablar primero con el tesorero. Ten cuidado, no vayas a regalar algo que luego te falte…

Pero Fernando, estaba claro, ya tomaba sus propias decisiones. Entre otras cosas, hizo también un importante donativo al clero local para que rezara por la salvación de su alma.

Y así, en medio de aquella efervescencia, llegó el día en el que a media mañana los servidores del castillo, en lo alto del Picón de Lara, y los moradores del alfoz congregados cerca pudieron ver salir por el portón abierto de la fortaleza a la novia y a Aurora, su joven dama de compañía, ambas a caballo y ataviadas con sus mejores galas.

Las dos pamplonesas cruzaron el puente levadizo sobre el foso seco seguidas por una guardia de jinetes armados. Durante el camino cuesta abajo, las mujeres echaban margaritas silvestres y amapolas a su paso.

—¡Por la condesa de Lara! ¡Por el conde de Lara! ¡Por Castilla!

El entusiasmo de aquellas gentes hizo que se borraran las reticencias que Sancha sentía y que habían empañado su encuentro con Muniadona, pese a los esfuerzos de esta por complacerla.

Hoy era el día de su boda, y mientras recorría a caballo las escasas leguas que la separaban de la ermita de Santa María, donde ya esperaban los invitados, la futura condesa se sintió impresionada por la cantidad de foramontanos que se agolpaban jubilosos a su paso.

—Si este Fernán González no se hubiese mostrado tan cruel con los Herraméliz y otros partidarios de Alfonso, viendo cómo le aclaman, casi podría creerse que es santo —murmuró en vascuence la joven Aurora, que no se apartaba de su ama. Su tono era de admiración, casi de envidia—. No sé cómo habrá sido la boda de Ramiro con vuestra hermana, pero no creo que los leoneses la hayan recibido con mayor entusiasmo que a vos estas gentes…

Toda una multitud presenció el paso del cortejo por el trayecto hasta la iglesia. Las campanas tañían desde lo alto. Llegando al final del camino, los labriegos se apartaron y pasó la comitiva.

A la puerta del templo esperaba Muniadona. Vestía una majestuosa túnica de seda roja bordada con hilos de oro bajo una capa de lana con ribetes de piel de lobo.

La acompañaba el abad de San Pedro de Cardeña, buen amigo de la familia.

—Estáis hermosísima —murmuró Muniadona cuando Sancha desmontó de su caballo ayudada por dos criados.

2

Muniadona y Sancha entraron seguidas por el abad y los diáconos.

A su paso por la nave central, bajo la bóveda de medio punto, se volvieron los rostros de los hombres y mujeres principales congregados aquel día en el antiguo templo godo.

Sancha sonrió a uno y otro lado. Todos eran representantes de familias distinguidas que hacían un alto en sus rencillas para congraciarse con el nuevo hombre fuerte del reino.

Allí estaban, vueltos hacia ella, Ansur Fernández, el miembro más notorio de la nueva generación de los Ansúrez ahora que había muerto su padre, el anterior conde de Castilla, y también Diego Muñoz, de los afamados Banu Gómez de la montaña palentina, regresado igualmente a la lealtad de Ramiro. A ambos los reconoció porque los había visto alguna vez en el palacio de sus padres.

Y solo en el último momento percibió a su esposo esperando ante el altar.

—Ahí lo tenéis —dijo Muniadona—. Recién llegado de Burgos para estar con vos…

Fernando lucía una túnica bordada con galones y ceñida por un amplio cinturón, bragas largas de lino y borceguíes altos hechos de una única pieza de cuero. Su barba oscura recién recortada resaltaba sus grandes ojos azules, y su actitud era respetuosa.

A su lado aguardaba quien fuera su preceptor, el antiguo presbítero de Lara, revestido con una casulla de lana marfil con bordados de seda rojizos.

Cuando la novia llegó hasta ellos, el abad de San Pedro de Cardeña subió el escalón para situarse frente al altar.

Durante la ceremonia, los cánticos se sucedieron hasta que llegó el momento de la entrega de la esposa y la velación. Los dos diáconos colocaron una banda de seda blanca sobre los novios, que, cubiertos así, se intercambiaron el juramento de fidelidad.

—Sois ya marido y mujer a los ojos de Dios. Yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo —concluyó el abad. E hizo la señal de la cruz en el aire.

Al toparse con los ojos claros de Fernando, Sancha sintió que la embargaba una emoción desconocida, y conforme salían cogidos del brazo, el alborozo a la puerta del templo fue extraordinario.

Eso la conmovió.

A esas alturas ya no dudaba de que el enlace merecía la pena, y se soltó del brazo de Fernando al tiempo que recordaba imágenes de sus anteriores bodas: la regia de León y la otra, más austera, en Álava, y pensó que en ninguna había sentido una emoción parecida. Igual entonces era demasiado joven y estaba preocupada por otras cuestiones, pensó. Pero hoy se dejaba agasajar y disfrutó del porte gallardo de su nuevo esposo, que le pareció más apuesto de lo que esperaba.

—Todo esto es por vos, señora. Las buenas gentes de Lara os dan la bienvenida a esta tierra —dijo Fernando ayudándola a montar sobre su caballo.

Al oír el acento seco y duro con el que hablaba el romance, Sancha sintió que se rompía el hechizo y que resurgía en su interior la vaga prevención con que contemplaba aquel matrimonio.

3

La pareja fue la primera en instalarse en la mesa de honor del gran salón de los Lara, en lo alto del Picón.

Allí se habían montado sobre caballetes muchas mesas para el festín. En la cocina, los criados llevaban toda la mañana atareados.

Había pucheros y marmitas colocados en grandes trébedes sobre el hogar junto a una enorme parrilla, sujeta esta sobre el fuego por cadenas, que perfumaban el edificio entero.

En medio de una creciente algazara, cuando Fernando tomó la palabra, Sancha volvió a sentir que le incomodaban su acento y los vulgarismos con que se expresaba. Ella ya se había fijado en el habla de estos castellanos, de la que tanto se mofaban en León por considerarla propia de personas rústicas. Entre otras cosas, omitían sonidos que debían pronunciarse y utilizaban la áspera jota en lugar de la elle, bastante más agradable. Decían «Castilla» por «Castiella», «carrera» por «carriera» y «mujer» y «fijo» por «muller» y «fillo».

Mirándola, Fernando se dio cuenta de que su humor había cambiado.

—Como sabéis, hoy es un gran día para mí, para el condado de Lara y para Castilla. Después de las turbulencias que han agitado estas tierras durante el invierno, por fin estamos en paz y podemos dedicarnos a repoblar y cultivar. Por eso hoy, aquí, ante todos, brindo por mi mujer, la nueva condesa de Lara, que pronto me dará descendencia. —Y como Sancha no pudo evitar dirigirle una mirada reprobadora, añadió con intención—: Perdonad, señora. Ya sabéis que en «Castiella» hasta en el habla somos rebeldes y apartadizos. Pero no os preocupéis, que habréis de acostumbraros. Igual no hablamos tan finamente como en la corte, pero lo que nos falta en delicadeza nos sobra en valentía. ¡Por el condado de Lara! —concluyó alzando la copa.

—¡Por los novios! —contestaron los invitados.

Poco a poco, los criados fueron trayendo las ollas con el potaje de tocino, cecina, berza y nabos que se vertió con cucharón en los tazones de los comensales.

Se sirvieron truchas del Arlanza, guiso de gallina y, ya para deleite de todos, asados en grandes fuentes con piernas de cordero que quedaron en el centro de la mesa para que cada cual mojara el pan o cogiera trozos con la mano, utilizando tres dedos, como mandaban los buenos modales.

A Sancha le agradó el orden con el que se servían los platos, y entre uno y otro los criados pasaron con aguamaniles y paños para que los invitados pudieran lavarse la cara y las manos. Y también procuraron que las copas se mantuvieran llenas de vino.

Pronto, un vocerío alegre ahogó los cantos de los músicos a los que Muniadona había hecho venir desde León y que acompañados de sus vihuelas entonaron canciones de guerra que muchos conocían y que los invitados corearon con voces cada vez más embriagadas.

Era Castiella Vieja un puerto bien çerrado

non avie más entrada de un solo forado.
Tovieron castellanos el puerto bien guardado,
por end' de todas España esse ovo fincado.
Fincaron las Asturias, un pequeño lugar
con valles e montañas que son çerca la mar;
non podieron los moros por los puertos passar
e ovieron, por tanto, las Asturias fincar.
España la gentil fue luego destruida,
eran señores d'ella la gente descreída;
los cristianos mesquinos avien muy mala vida,
nunca fue en cristianos tan grand cuita venida.
Dentro en las iglesias fazian establias,
fazien en los altares muchas fieras follias,
rovavan los tesores de las sacristanias,
lloravan los cristianos las noches e los días…

4

En la cabecera de la mesa, Sancha estaba inmersa en la conversación de Muniadona con la otra Muniadona, la esposa de Fernando Ansúrez, el anterior conde de Castilla, y madre de Ansur Fernández. Desde el principio, Muniadona le había prestado una atención exquisita. Hablaban del resultado de la sublevación de Alfonso, y la Ansúrez, no sin malevolencia, afirmó que al Monje le había fallado la vista al levantarse contra Ramiro.

—No tuvo ningún ojo con su hermano, ¿verdad, querida?

Muniadona sonrió y las carcajadas de los Ansúrez más cercanos dieron paso a las manzanas e higos de los postres.

A medida que la celebración continuaba, Sancha comprendió que con su actitud había herido la susceptibilidad de Fernando: este le daba la espalda y hablaba con su gran amigo Diego Muñoz. Controló su enfado y calló, pero al rato le disgustaron las miradas que Fernando dirigía a la criada que le servía de acompañante, Aurora, que iba y venía de la cocina ayudando con el servicio.

Cada vez más irritada, Sancha discurrió si decir algo o no, y se volvió hacia su esposo.

—Señor, ya podíais prestar más atención a vuestra dama y no a una criada, y más en un día como este.

La reacción fue inmediata. Volviendo la cabeza y sonriendo, Fernando alzó lo suficiente la voz para que todos le oyeran.

—Señora, en Castilla las carnes de las campesinas valen tanto como las de las más finas damas, qué le vamos a hacer, así somos… — Y como para demostrarlo, puso su mano sobre la nalga de Aurora, que justo pasaba para llegar hasta su ama.

La vascona salió disparada hacia la cocina en medio de las risas de los invitados. A todos les pareció una broma, menos a Sancha, que se giró hacia Muniadona.

—Señora, ¿vais a consentir, sin decir ni una palabra, que vuestro hijo me ofenda?

La condesa madre le dirigió a Fernando una mirada. Pero eso solo le contuvo el tiempo que tardó en vaciar de nuevo su copa.

Cada vez más desinhibido, Fernando brindó con Diego por la victoria de Ramiro. Y aprovechó otro paseo de Aurora, que pese a sus pocos años era bien plantada y de pechos abundantes, para echarle un brazo en torno al talle.

Aurora no logró zafarse con la suficiente presteza y Fernando le plantó un beso en el cuello largo que el sayal dejaba al descubierto.

—Habéis escogido una acompañante demasiado bonita —dijo Muniadona con frialdad—. Procurad mantener vuestra dignidad y evitar el escándalo, señora…

La expresión de Sancha era un poema: toda su felicidad se había evaporado como agua sobre el hierro candente. La ira coloreó sus mejillas según miraba hacia otro lado.

5

Sancha procuró seguir el consejo de Muniadona, pero en su interior se había encendido la cólera.

En un intento por controlar la situación, se mordió los labios y clavó la mirada en el fuego del hogar. Este estaba alzado sobre una chata plataforma de barro junto con los morrillos y tenazas para remover la lumbre. «Contente, Sancha…», pensó. Imaginaba lo que su madre, de estar presente, hubiera dicho.

A Fernando se le notaba ebrio. Sin prestar atención a las miradas de Muniadona, se puso en pie y fue en pos de la jovencísima Aurora, a la que, delante de todos, cerró el paso impidiéndole salir…

A Sancha no le quedó más remedio que soltar su copa y levantarse. Para alcanzar la puerta, cruzó la estancia. Muniadona lanzó una mirada iracunda a su hijo, el cual ni siquiera se percató. Pero Sancha ya abandonaba la sala cual furia desatada.

Fuera, el patio estaba desierto, frío. De repente, el casón de los Lara le pareció una cárcel. Aquello tenía poco que ver con la corte sofisticada que había dejado atrás en Nájera, y la hija de Toda ya lamentaba su casamiento.

—¡Sancha! —oyó que la llamaban a sus espaldas.

No se detuvo y subió al camino de ronda. Las lágrimas se escapaban de sus ojos cuando se detuvo en lo alto de la empalizada,

con la vista puesta en el frío páramo castellano.

Oyendo que llegaban a su espalda, pensó que pudiera ser Fernando. De ser así, estaba dispuesta a pasar por alto lo sucedido… Pero quien apareció fue Muniadona.

—¡Sancha, aguarda!

La decepción de la pamplonesa era grande.

La pareja de castellanos que hacían guardia volvieron sus cabezas, pero al reconocer a Muniadona siguieron en sus puestos.

La condesa madre, que se había echado una capa sobre los hombros para salir, se acercó a su nuera. Su actitud era compasiva y limpió con su mano las lágrimas que corrían por las pálidas mejillas de la joven.

6

—Entiendo tu disgusto, Sancha, pero harás bien en no tomártelo a la tremenda. Sabes cómo son los hombres. Tienes experiencia…, o deberías tenerla después de dos matrimonios. Los varones son así. Y además Fernando ha crecido sin padre… No está acostumbrado a acatar autoridad ninguna.

—¡Os ha tenido a vos! —exclamó Sancha con la mirada encolerizada—. ¡Vos le habéis educado! ¡Podríais haberle enseñado a respetar a su esposa! ¡Se ha comportado como una bestia salvaje!

Muniadona esbozó una sonrisa leve, imperceptible. Se le marcaron las arrugas de la cara. Su figura enjuta, con el pelo casi totalmente blanco recogido en lo alto de la cabeza, no podía ser más diferente de la de la oronda Toda, reina madre de Pamplona. La austeridad de los Lara ya la había conocido Sancha en los días pasados, en los que, entre otras cosas, echó en falta los dulces que tanto les gustaban a ella y a Toda.

—Es cierto. Fernando me ha tenido a mí. Hasta no hace tanto atendía a mis razones. Pero ya no es un niño. Y aparte de que la influencia de una madre tiene límites, la victoria conseguida en esta guerra entre Ramiro y Alfonso lo ha afianzado en sus ideas —dijo Muniadona. Y se puso seria, pasando al voseo—. Es cierto que mi hijo se comportó como un rústico. Pero yo os digo que si lo hizo es porque vos lo habéis tratado como tal.

»Fernando es conde de Castilla. Nadie tiene derecho a desairarlo en público. Y menos vos, que llegáis después de enterrar a dos maridos, con dos hijos bajo el brazo… Parecéis no comprender que vuestro esposo es hoy el hombre más fuerte del reino de León, por detrás únicamente de Ramiro. A su edad, toda Castilla está bajo su gobierno. Y el condado de Álava también es suyo por gracia del rey.

—Sancha escuchaba en silencio, algo cabizbaja. Se limpió las lágrimas —. Y ahora, recomponeos. Vuestra madre me escribió grandes cosas de vos.

»Fernando no necesita una maestra… Tampoco una niña. Lo que necesita es una mujer de carácter, capaz de aconsejarle y, cuando sea necesario, enderezarle… Tenéis una ardua tarea por delante. Y más ahora. En estos momentos Fernando es como un barco que ha soltado amarras y quiere descubrir los límites de su libertad… Pero ya hablaremos de todo. Ahora no dejéis escapar más lágrimas. —Le tocó la mejilla—. Sé que no será fácil, pero os ayudaré. Y vos me ayudaréis a mí… De modo que id a vuestra alcoba, esperad allá.

—Lo procuraré. Pero vuestro *fillo*… ¿vendrá?

—No temáis, lo hará. Fernando se ha jugado mucho en el enfrentamiento entre Ramiro y Alfonso. Necesita desfogarse… Pero se le pasará y mañana amanecerá a vuestro lado. No olvidéis que tenéis por delante años de convivencia. Vuestra acompañante no es nadie, una criada; de ella se cansará enseguida. Si no esta semana, la siguiente. Y de todas formas, podéis deshaceros de ella.

—Eso no será posible —murmuró Sancha.

—¿Por qué?

—Porque Aurora es hija natural de alguien importante…, no puedo deciros quién.

—Ni a mí me interesa saberlo. Lo fundamental es que vos sois la que estará noche tras noche en el lecho. Tenéis toda la ventaja. Y si le dais hijos sanos, el lazo será de hierro… Ahora, basta de emociones. Id a descansar. Veréis cómo mañana os parece todo muy diferente.

Sancha asintió.

Con una última mirada a un cielo que ya oscurecía a medida que el sol caía sobre los páramos, volvió sobre sus pasos. Conforme bajaba del camino de ronda, le llegó el bullicio proveniente de la sala del banquete.

7

A esas alturas, todos los invitados habían bebido más de lo recomendable. Tras la salida de Sancha hubo un silencio incómodo, pero la fiesta se reanudó y cánticos y voces coronaron la sobremesa. Tan pronto se vaciaban las copas, a una voz de Fernando volvían a entrar los sirvientes.

—¡Más vino! ¡Bebed todos! ¡Os lo ordena el conde de Castilla y de Álava! ¿Dónde están los músicos? ¡Que sigan cantando!

Costaba reconocer al reservado y prudente joven de antaño en aquel hombre ebrio que quería demostrar quién mandaba. Pero

Muniadona tenía razón, Fernando estaba conjurando las visiones del Monje en la cueva del Moro: «¡Dios te maldiga, Fernán González! ¡Dios te maldiga a ti y a todos tus descendientes!». Y todavía había tenido que escoltarlo junto con los tres infantes, los hijos de Fruela, tío este de Alfonso y Ramiro, todos ellos con vendas cubriendo las cuencas vacías de los ojos, de camino hasta el monasterio de Ruiforco, donde permanecerían prisioneros de por vida.

—¡Bebamos! ¡Por el rey Ramiro y el reino de León!

Aurora no salía de la cocina y Fernando entró en ella seguido de Ansur y Diego. Sobresaltada, Aurora se puso en pie.

Fernando hizo salir al resto de los sirvientes. Mientras Ansur y Diego le guardaban las espaldas, la arrastró cogida del brazo. La llevó a los establos y allí la empujó y la hizo caer sobre un lecho de paja.

—Señor, por favor…

Aurora protestó, pero de poco valen protestas cuando un conde desea solazarse. Era una prerrogativa de la que Fernando era muy consciente desde joven.

Finalmente, la sirvienta se dejó hacer y quedaron al descubierto unos pechos blancos que el conde cubrió con su mano mientras la sujetaba en el suelo.

—¡Pero si estáis tan borracho que no se os levanta! —exclamó Aurora, riéndose.

Su desparpajo de campesina acostumbrada a ver animales en celo contrastaba en todo con el recato de su dueña.

8

De Sancha, condesa de Lara, de Castiella y de Álava, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Madre:

Lamento mucho la muerte de mi tío Jimeno Garcés, que me comunicáis en vuestra carta, y que deja sin tutor y guía a García. Y lamento todavía más las nuevas que me dispongo a daros en este tiempo de luto en la corte de Nájera. Pero debo anunciaros que mi vida en el condado de Lara no arranca de la mejor manera posible.

No sabéis cuánto sufrí durante la ceremonia nupcial y los festejos que siguieron con las gentes de este alfoz. Quitando a Muniadona, todos aquí son foramontanos rudos, sin modales, que apenas prestan atención a mis demandas. No es posible encontrar a nadie con una mínima educación.

Las mismas nupcias fueron lamentables: las faltas latinas que cometía el abad, nosotros, los Sánchez de Pamplona, no se las habríamos permitido no ya a nuestro capellán, sino a ningún sirviente.

Aquí nadie habla el romance correctamente y lo sucedido durante el

banquete lo obvio por no insultar vuestro sentido de la decencia.

Solo diré que algunos hombres se comportaron más como puercos que como personas. Y de haber sido este mi primer matrimonio, de no haber conocido antes a otros varones, habría sentido desprecio por ellos de por vida.

Por si ojos distintos de los vuestros se posaran sobre esta carta, prefiero obviar lo sucedido con alguien que nunca debió estar en el festín de bodas y que, por vuestra voluntad, lo estuvo. Luego la cosa fue a peor, y esa misma noche, después de humillarme en público, Fernán González se presentó en mi alcoba.

Anochecía sobre el Picón de Lara y ya muchos invitados partían. Algunos se dirigían a pernoctar en la abadía de Santa María de Lara, al pie de esta fortaleza, otros a las tiendas montadas al otro lado de la empalizada.

Y desde luego yo aguardaba en el lecho de mi alcoba. Tenía puesta la camisa de noche que me regalasteis y esperaba en la oscuridad con la lógica expectación.

Pronto, una tea en el pasillo iluminó su rostro y las sombras enmarcaron su silueta en el vano de la puerta. Lo que emitió entonces el conde, a modo de saludo, fue un brusco sonido inarticulado. Luego trastabilló en el umbral.

Mi corazón latía con fuerza sin otra idea que resolver lo antes posible nuestro desencuentro. Pero en su afán por alcanzar el lecho, Fernando cayó en el suelo cuan largo era. Naturalmente, me apresuré a ayudarle. Pero mientras se levantaba, me rechazó y, con una voz enronquecida por el alcohol, exclamó:

—¡Quita de en medio, «mujer»!

Ya sabéis que aquí no pronuncian como la gente educada y utilizan una profusión de jotas poco agradables.

Al oírle no pude contenerme y me eché a reír. Él había hecho lo imposible por humillarme y no estaba dispuesta a soportar más. Cuando intentó tocarme, le empujé con todas mis fuerzas y cayó al suelo.

Sé lo que me diréis en la próxima carta, y puedo imaginar vuestro gesto preocupado según leáis esto en la gran sala de vuestro palacio: ¡no sabéis cuánto lo añoro y qué lujosa parece Nájera comparada con este lugar! Pero no pude contenerme.

Su respuesta no se hizo esperar: mi bebido esposo cargó contra mí, me echó sobre el lecho y ejerció una violencia que no me esperaba. La embriaguez no fue suficiente para impedir que sucediera lo que sucedió.

No ha sido la escena más romántica ni memorable, madre. Pero al menos ya no somos desconocidos el uno para el otro en lo carnal.

Huelga decir que a la mañana siguiente lo eché a empujones del lecho.

Desde entonces os aseguro que el conde de Lara no ha vuelto a acercarse a vuestra hija.

Hoy estimo que siente vergüenza. Cuando comemos, evita mirarme. Y si se dirige a mí, lo hace con voz sumamente respetuosa…, tanto que a veces me sorprendo pensando que lo que sucedió lo he imaginado.

Todos los invitados han abandonado Lara y aquí quedamos ya solamente la familia. Muniadona, tenéis razón, es mi apoyo y aliada. Ella procura suavizar las tensiones cuando nos encontramos Fernán González y yo.

¡No os imagináis cuánto estoy sufriendo!

Besad por mí a mis hijos, a los que añoro, y decidles que en cuanto lo permitan mis deberes en esta tierra de bárbaros que llaman Castiella, si Dios lo quiere, iré a por ellos.

Sancha de Pamplona, condesa

Capítulo III

El consejo de la reina Toda

> «Enfermó Sancho Garcés y yendo de monasterio en monasterio buscando su curación, murió en el año 925. Le sucedió su hijo García Sánchez, que reinaba ya en Nájera y amplió sus estados con las tierras de Pamplona. Así la dinastía pamplonesa se instaura en el Reino de Nájera y los notarios dicen en privilegios y en escrituras reales que los monarcas otorgantes reinan en Nájera y Pamplona».
>
> JUSTINIANO GARCÍA PRADO, *Historia de La Rioja. Edad Media*

1

Hacía calor de agosto y las primeras nubes cubrían por fin el cielo de la tarde cuando la capital del reino pamplonés apareció a lo lejos, al final de la calzada que la unía con Burgos y que en ese último tramo orillaba el curso del río Najerilla.

¡Cuánto había deseado volver allá durante los meses pasados!

Sancha alzó la vista hasta la arcillosa pared que se elevaba a espaldas de Nájera, sede de la corte de su madre tras la destrucción de Pamplona por el belicoso Abderramán. Tanto murallas como edificios tenían la tonalidad rojiza de la piedra local. Eso les daba personalidad y embellecía la ciudad.

En el tiempo transcurrido desde la boda, su relación con Fernando no había mejorado. El trato era mínimo y poco podía decirse sobre su convivencia teniendo en cuenta que el conde pasaba buena parte de su tiempo en Burgos, ya bajo su jurisdicción, o en León, reclamado por Ramiro. Y cuando regresaba, se evitaban en lo posible.

Por supuesto a Aurora, pese a sus llantos, la apartó de su servicio: Sancha no le perdonó lo sucedido y la muchacha había pasado a servir a Muniadona y, en última instancia, desapareció de la fortaleza.

—No te preocupes. Esto pasará —decía Muniadona a Sancha.

Pero la frialdad no pasaba. Y eso que a Fernando no se le podía escapar que Sancha iba poco a poco haciéndose con su gente en el Picón y en el alfoz, y que se hacía querer. «No te dejes vencer por el desánimo, persevera», le escribía Toda en la última misiva. Y hoy por fin la tenía delante.

—¡Sancha, querida!

—¡Cuánto me alegra volver a veros, madre!

Las dos se abrazaron.

La llegada había sido anunciada con repique de campanas y muchos najerenses habían dejado sus quehaceres para acompañar a la comitiva hasta el palacio real, justo enfrente del monasterio de Santa

María.

En el patio ya aguardaban las mujeres que cuidaban a sus hijos. El aya tenía a Herramel, el mayor, de la mano. Fortún se agarraba a su nodriza asustado por el revuelo y Sancha no pudo menos que cogerlo en brazos mientras acariciaba el pelo del mayor.

Su instinto materno era muy fuerte.

—Aquí los tienes. Los hemos cuidado bien. Se irán contigo, tiempo tendrás de estar con ellos… Vosotras ahora lleváoslos, tengo que hablar con la condesa de Lara —dijo Toda. Y Sancha sintió un desgarro interior cuando le retiraron a su hijo de los brazos. Se le quedó mirando conforme las dos mujeres se alejaban—. ¿Qué es eso que tienes ahí, querida?

Toda se refería al gran mastín con pelaje marrón claro que aguardaba suelto en el patio respirando con la lengua fuera. El perro descansaba después del largo viaje que había hecho atado a una de las carretas.

—Regalo de mi esposo y Muniadona. Fernando lo envía como presente para García.

—Lleváoslo a los establos y alimentadle —dijo Toda. Y se volvió hacia Sancha—. A tu hermano le encantará. Pero estarás fatigada, niña. Sube a refrescarte a los aposentos que te han preparado. Los criados te servirán un refrigerio. Y cuando hayas descansado, reúnete conmigo y hablaremos. Hay mucho que contar. Si te encuentras con fuerza, podremos dar un paseo a caballo a orillas del río…

A los sirvientes que esperaban a un lado la reina madre les ordenó que subiesen a los aposentos las arcas que traía Sancha en dos mulas y que se ocuparan de acomodar a sus damas y a los hombres de su guardia.

2

El Najerilla bordeaba la capital, que a su espalda quedaba protegida por la montaña. Viendo la geografía era fácil entender por qué el lugar, con asentamientos continuos desde tiempos inmemoriales, había sido escogido por los árabes para construir su alcázar, y después recuperado por los cristianos para sede de la corte: era muy fácilmente defendible.

A Toda y a Sancha las escoltó, de camino a la ribera del río, una comitiva armada que, una vez descabalgaron madre e hija, obligó a la gente a apartarse por el sendero. Los najerenses saludaban a cada paso a su reina.

—La situación es delicada, Sancha. No te lo escribí por no alarmarte, pero ya sabes lo dados que son los pamploneses a rebelarse

cada vez que el poder se tambalea. Ha habido que pasear a tu hermano por doquier… Desde que te fuiste, no paramos. El pueblo tiene que verle, saber que está ahí. Con su tío, García ha pasado demasiado tiempo alejado de la gente. Hoy he tomado las riendas de su educación y hago todo lo posible para formarle… Ojalá hubieras sido tú el hombre… Otro gallo cantaría…

Sancha, con una expresión de contento en la cara, se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos aquellos verdes parajes cubiertos de helechos en las riberas del Najerilla y la vista del cortado arcilloso que sobresalía por encima del alcázar, a espaldas del recinto amurallado, perforado por cuevas donde solían esconderse los muchachos del lugar.

Pese a que no alcanzaba la dignidad que tuvo Pamplona antes de que Abderramán la arrasara, Nájera seguía creciendo a medida que los miembros de la corte y los dignatarios religiosos y políticos se instalaban allí, cerca de sus reyes. Lara parecía, en comparación, muy rústica.

—Pero cuéntame. Tengo entendido que Ramiro se dirige con un ejército hacia el sur, y que tu esposo lo acompaña como lugarteniente. ¿Es cierto que pretenden liberar Toledo?

A Sancha se le hizo un nudo en la garganta al recordar la frialdad con que su marido se despidió de ella. Tras la bendición de los estandartes en la ermita del alfoz y luego que todos hubieran cantado el *Gloria patri*, se congregaron los que debían partir y los que los despedían, y su sensación fue amarga. Por primera vez le dio un beso en los labios al conde, un beso sentido. Pero Fernando le volvió la espalda para besar la mano de Muniadona.

—Así es, madre. Ya sabéis que en Toledo llevan dos años bajo asedio cordobés. Quieren liberar la ciudad.

—Me alegro. Ramiro es un rey ambicioso, como debe ser. Y a ti, ¿cómo te van las cosas en Lara? Supongo que te vas haciendo a la gente… Muniadona me escribe que en el Picón todos te respetan. Y más lo harán cuando el conde tenga su heredero, ¿verdad? —añadió acariciando levemente el vientre de Sancha. Ella bajó la vista y comprobó que, efectivamente, empezaba a abultar. Una única vez, pensó. Y había bastado. Afortunadamente.

—No estoy tan segura de que la relación vaya a ser sencilla, madre… El conde apenas pasa tiempo en Lara. Y cuando está, es como si no me viera.

—¿No te ayuda Muniadona?

—Hace lo que puede. Me da consejos. Me dice que sujete mi genio. Que con los hombres no hay que ir a contrapelo: «Sé paciente.

Espera y, cuando llegue el momento, aprovéchalo». Pero es difícil… Y me irrita constatar que cuando Fernando está en Lara, mi ánimo depende del suyo… Si está alegre, yo me alegro. Si está triste, mi ánimo se hunde. Nunca lo contrario… Es bastante más complicado que Álvaro…

—Igual no está siendo un lecho de rosas, pero te aseguro que tu situación es mejor que la de tu hermana en León. El rey Ramiro es divertido, muy fogoso. Se entienden bien. Pero el infante no llega… Eso da lugar a habladurías. Y me disgusta que el bastardo de la gallega siga en la corte. Ramiro tendría que haberlo enviado lejos junto con la madre. Supongo que te habrá escrito Urraca. Mira, allí vienen… —dijo Toda. Y levantó la vista. La fijó en los lindes del camino.

Por debajo de los chopos llegaron voces que se entremezclaban con el sonido alegre del agua.

3

A unos pasos por delante de su guardia, las dos mujeres caminaban por un sendero que discurría en paralelo al curso del río. Por allí, un muchacho espigado apareció entre los chopos. Un sirviente le seguía con lo que parecía un halcón encapuchado en la mano. Al ver a Sancha, el joven corrió a abrazarse con ella.

—¡Sancha!

Ella apartó como pudo la cabeza despeluzada y sonriente. Su hermano llevaba la camisa muy suelta.

—García, dejadme veros… —Todavía le costaba vosearle. Pero como decía su madre, era el rey—. Sí que habéis crecido, hermano. Sois todo un hombre…

A sus trece años, García tenía un brillo malicioso en los ojos y una sonrisa espabilada. El amor por su hermana favorita se transparentaba en unos ojos verdes que, para desesperación de su madre, jamás escondían las emociones.

La reina Toda le saludó con un «mi señor», al que García apenas prestó atención.

—¡Qué alegría, Sancha! Me habían dicho que vendrías, pero no te esperaba tan pronto. ¿Cómo es tu vida en Lara? ¿Qué noticias traes de la corte de León?

—Buenas. Ramiro cabalga con el conde de Castiella hacia el sur. Pretenden liberar Toledo del asedio cordobés. ¿Qué ave es esa que lleváis ahí?

—El azor que me ha enviado Ramiro desde León. Lo estoy adiestrando… —García le dio un toque brusco con la mano—. Debo evitar que se duerma hasta que, de tan agotado, baje la guardia.

Entonces podremos trabajar con él… ¡Que no se duerma, Fermín!

El sirviente golpeó con los dedos al ave encapuchada.

Sancha sintió que había algo patético en ese animal, algo con lo que se identificaba, y lo miró con compasión.

Enseguida apartó la vista cuando una voz campanuda proveniente del sendero gruñó algo en mal latín. Por allí apareció un hombre grueso, de cabello escaso, vistiendo hábitos de fraile que levantaba con una mano mientras con la otra apartaba unas zarzas que se interponían en su camino.

—¡Mi señor García, volved ahora mismo con vuestro preceptor y recitad de nuevo el pasaje de las Sagradas Escrituras que hemos aprendido esta mañana!

—¡Ya voy, ya voy! Ya ves lo pesado que es todo para un rey, Sancha. Si pudiera, preferiría no serlo.

—¡No digáis tonterías, señor! Hora es ya que os toméis en serio vuestras obligaciones —dijo la reina Toda.

—¡Es que es tan aburrido, madre!

4

García se alejó desganado.

A un lado del sendero, el preceptor se había parado al darse cuenta de la presencia de la reina. Toda no dejaba de menear la cabeza, irritada por la actitud de su hijo, y el preceptor hizo una reverencia respetuosa en dirección a las mujeres antes de desaparecer con su pupilo.

Al quedar de nuevo solas, Toda se encaró con Sancha.

—Lo de tu hermano son los juegos y la caza más que los latines… Y de política mejor no hablar. Todo le aburre. Dale un caballo, un perro, hasta un ave, ya ves, y es feliz. Háblale de la caída de Roma, de Carlomagno o de Rodrigo y la batalla del Guadalete, y todo son bostezos.

Sancha tenía la cabeza llena de emociones. Su vista se posó en las aguas del río Najerilla. Este llegaba revoltoso, alegre, golpeando tumultuosamente sobre las piedras. Aquello también lo echaba en falta en la seca Castilla.

—Es curioso, madre. Tengo la impresión de que ninguno de vuestros hijos es feliz ahora mismo…

—¿Y para qué sirve ser feliz? La felicidad está en la ignorancia, Sancha. Solo los tontos son felices. O los pobres de espíritu, como dice la Biblia. Para ellos el reino de los cielos. Pero tú y yo, hija, aspiramos a gobernar reinos terrenales. Hay quien soporta la adversidad. Pero nadie sobrevive a la felicidad. Vamos, solo un hombre tan fatuo como

Abderramán puede quejarse de no tener tiempo para ser feliz.

—En todo caso, ahora mismo está muy ocupado en Toledo… —dijo Sancha. Ella no quería discutir sobre un tema en el que ambas tenían discrepancias—. Tengo entendido que, si Ramiro no se lo impide, pronto la tomará.

—Digamos que los ejércitos que ha llevado son tan numerosos que, si te soy sincera, sería un milagro que Ramiro lograse derrotarlos. Y yo justo ahora no puedo enemistarme con Córdoba. Al menos hasta que García llegue a su mayoría de edad… Te diré que Abderramán no deja de enviarme emisarios. Toledo es la última ciudad rebelde. Si la controla, habrá completado el sometimiento total de su territorio. Luego mirará hacia el norte.

»Abderramán piensa que puede doblegar el reino de León y nos empieza a presionar para que rompamos relaciones con Ramiro. De no ser así, amenaza con lanzar una aceifa contra nosotros… —explicó Toda. Sancha asentía pensativa—. Supongo que tener lazos familiares con Abderramán nos da cierta ventaja. Es el fruto de una buena política dinástica. Sabes que lo de Córdoba fue cosa de tus abuelos. Ellos entregaron en matrimonio a una de sus hijas…

—Ya conozco la historia, madre.

—Y yo tengo ganas de contarla. Mi hermana acompañó a mi padre cuando fue cautivo a Córdoba, siendo yo muy niña. Y sucedió que el padre de Abderramán se encaprichó de ella y le dio varios hijos, entre ellos el hoy califa. Nadie pensó nunca que al-Nasir fuese capaz de desafiar la autoridad religiosa de Bagdad, y mira. Tiene el carácter rebelde de nuestra familia. Es como este río… Y es ambicioso y audaz como ningún emir antes. Tampoco hay un rey cristiano que se le pueda comparar. Y si gana Toledo, mirará hacia el norte. La situación es preocupante.

—Por eso estáis otra vez en tratos, ¿verdad, madre? Por si acaso vence a Ramiro.

—Efectivamente.

A Toda le agradaba lo bien que Sancha entendía las tesituras siempre cambiantes de la diplomacia. De sus hijos era quien tenía la comprensión más certera, un talento que Toda apreciaba por encima de cualquier otro. Era una lástima aquella tendencia al sentimentalismo tonto. «Otra vez esa emotividad descontrolada», pensó. Pero decidió dejarlo pasar, no entrar en discusiones.

5

—Nunca he dejado de cultivar la relación, y no veo razón para hacerlo. Intercambiamos mensajes cuando se tercia. Ya sabes que tu

primo Abderramán maneja el romance como tú o como yo.

—Me imagino que, para que deje en paz a Nájera, le habréis propuesto alguna vez matrimonio con una de vuestras hijas…

—Parece, por tu tono, que te molesta. ¿Hay alguna razón por la que no debiera velar por la influencia de esta familia? ¿Has visto lo importante que es Córdoba, lo grande que es el territorio que domina?

—Córdoba es inmensamente rica, madre. Pero el califa no es de nuestra fe. Y es un hombre cruel, especialmente con los cristianos… Parece increíble que su madre fuera de nuestra sangre.

—A Abderramán hay que entenderle, Sancha. A su padre lo asesinaron siendo él muy niño y creció en el harén de su abuelo, el emir Abdalá. En ese tiempo su tía, la esposa del hermano y asesino de su padre, lo maltrató con saña. Lo despreciaba por ser hijo de cristiana. Abderramán creció despreciado, solitario, concentrado en sus estudios, y a todos les sorprendió que Abdalá le escogiera para sucederle.

»Si, como se cuenta, fuera cierto que hizo decapitar a una de sus favoritas porque se le mostró esquiva, o que ordenó que a otra esposa le quemaran la cara, tengo que decirte que carece de importancia a la hora de juzgar a un gobernante. Abderramán será lo que sea, pero bajo su mandato Córdoba se ha convertido en la ciudad más importante del mundo. Pero dejemos eso y volvamos a ti. Dime sin ambages lo que tienes en mente. Llevo un tiempo esperándolo, querida.

—Creo que lo suponéis, madre. Y sé lo que me vais a decir…

—Pues entonces no merece la pena ni que lo plantees, Sancha. El deber es el deber, y más para nuestra familia. Has venido a por tus hijos y volverás a Lara con ellos como estaba previsto —dijo Toda. Y se sacudió la túnica. Se le humedecía al contacto con la vegetación del sendero. Había llovido recientemente y la hierba relucía. Toda se volvió hacia el miembro más cercano de la guardia—. Ea, regresemos a palacio. Que la condesa de Lara está agotada y tiene que descansar.

Su tono entristeció a Sancha, quien vio que no había el más mínimo resquicio en la voluntad materna. Si antes había albergado esperanzas de que accediera a sus deseos, ahora entendía que era en vano.

Con un prolongado suspiro, se puso en pie.

6

De Ansur Fernández, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Señora:

Me encomendasteis que cabalgase en esta expedición junto al rey de

León y al conde de Castilla y que os tuviese al tanto de todo, sin obviar la más mínima incidencia.

Bien sabéis que las tropas de Ramiro se unieron a principios de verano con los castellanos de vuestro yerno y que juntos emprendieron el camino de Toledo. Y por el camino me sumé a ellos yo mismo, procedente de las tierras de mi familia, con más hombres.

Durante los dos años que dura ya el sitio de Toledo, Abderramán ha ocupado una posición dominante en las alturas del cerro de Chalencas, a medio camino entre los dos puentes de la ciudad, y por si cupiera alguna duda de sus intenciones, ha convertido el campamento inicial en una construcción permanente de piedra a la que ha nombrado Madnat al-fath, «ciudad de la victoria».

El caso es que llegan noticias de que en su palacete en lo alto del cerro, encarado con el alcázar, al otro lado del Tajo, vuestro sobrino recibe con cada vez mayor frecuencia a las autoridades de la ciudad y que tras meses de negociación los asediados le acaban de pedir autorización para que sus hambrientos conciudadanos adquieran víveres.

Todos somos conscientes de que, una vez vaciados los silos, la única esperanza para los sitiados sería la llegada de Ramiro. Pero esto, por desgracia, señora, como bien anticipasteis, no se hará realidad.

Ramiro pretendía sorprender a los cordobeses, cosa que, a lo mejor por los muchos espías que parece haber en su entorno, ha resultado imposible. Y cuando supo lo numerosos que son los hombres que concentra Abderramán en el asedio, decidió cambiar de planes y abandonar Toledo a su suerte. Con lo cual, la toma de la ciudad del Tajo por los moros es ya segura.

El otro plan era atacar Mayrit, adonde Ramiro sabía que había llegado un pequeño contingente comandado por Alhakén, el inexperto hijo, de solo diecisiete años, de Abderramán.

Así sucedió que cuando por fin bajamos desde la sierra de Guadarrama, al ver llegar a nuestro ejército, los moros que protegían la ciudad al otro lado del río fueron incapaces de hacernos frente.

Tras desmantelar las murallas, nuestros hombres provocaron la fuga de Alhakén, y una vez arriada la bandera del califato y puesta en lo alto de la torre del homenaje la cruz leonesa, Ramiro dio a los hombres licencia para el saqueo.

Ramiro parece haberse conformado con esta cómoda victoria.

El rey es inteligente, hosco de modales, duro e incluso cruel con sus enemigos, pero también confiado, quizá en exceso, con sus amigos. Es su mayor flaqueza.

Con Fernando mantiene una relación singular y muy parecida a la que él mismo tuvo, de joven, con Diego Fernández, su padre nutricio, el

que lo educó lejos de la corte. Vos misma me contasteis las desavenencias que Ramiro tenía con el rey Ordoño, que se volcó desde un principio en Alfonso, su segundogénito.

Es cada vez más evidente que Ramiro considera a Fernando como su propio hijo. Y por eso le consiente más que a nadie.

Por poner un ejemplo, yo estuve presente cuando una vez tomada la ciudad de Mayrit entraron los dos en el refectorio del alcázar. A través de las celosías se veía abajo el río. Allí flotaban los cadáveres cordobeses que los cristianos habíamos ido arrojando al agua desde la fortaleza.

Tras comprobar que hacia el oeste se veía la polvareda que levantaba el contingente moro del joven Alhakén, que salía huyendo, Ramiro se volvió hacia nosotros e insistió en festejarlo.

—Que nos traigan vino y unas cuantas mujeres, Ansur. Y tú quédate conmigo, Fernando. Hoy toca disfrutar de la vida. Que a ti y a mí las pamplonesas nos traen por la calle de la amargura. A ti al menos la tuya te va a dar un hijo. Pero a mí ¿qué me trae esa moza insulsa que me han enviado de Nájera?

Los tres vestíamos por encima de la loriga la túnica hendida para las cabalgadas y llevábamos puesto el yelmo. Quien más huellas de la batalla tenía era Ramiro. Su yelmo había quedado hundido por las piedras lanzadas desde las murallas durante el asalto.

El rey continuó hablando:

—Ansur, dile a esos que traigan a un par de moritas como las que he visto por el pasillo con el velo. Que nos expliquen qué hace Abderramán con ellas.

Fernando se negó a seguir sus caprichos, y Ramiro no supo convencerle. Y pese a ello no tomó ofensa.

Os interesará saber que si Fernán González se niega a participar en los placeres de Ramiro no es por respeto a su matrimonio, ya que se amanceba desde que llegó con una sirvienta que se trae de Lara, una vascona de nombre Aurora, a la que todos ven en su tienda o cabalgando a su lado durante el día.

Las miradas hablan y os puedo decir que Fernando está enamorado hasta las trancas de esa vascona.

En cuanto al regreso, se hizo sin novedad.

Pese a que no logramos liberar Toledo, los hombres están satisfechos por el botín.

El ambiente siempre es diferente al de la ida. Si a la ida los alféreces se aferran fieramente a la cruz y a los estandartes, y todos entonamos cánticos para pedir la protección divina y enardecernos, a la vuelta reina una sensación de cansancio incluso en la victoria.

En un punto del camino, Fernando y yo nos separamos con nuestros

castellanos de la gente de Ramiro. Más o menos en el mismo sitio de la calzada en el que nos reunimos a principios del verano.

Cuando Ramiro bajó del caballo para despedirse, me dio cuenta de que todavía cojeaba por una ligera herida recibida en Mayrit.

A mí nunca me da demasiadas muestras de afección. Por mucho que lo intente, hay algo en mí que le enfría. En cambio, a Fernando le dijo:

—Tenemos mucho que discutir este invierno. No tardes en venir a León. Trae a tu esposa si te place… O a tu moza vascona. Pero ven dispuesto a rendir pleitesía a tu rey. Te tenderé la mano y besarás mi anillo. O empezaré a creer, como me advierten muchos, que tus aspiraciones van más allá de lo que debieran.

Volvió a subir a caballo y Fernando y todos los que le rodeábamos nos quedamos mirando mientras se alejó al frente de sus leoneses.

Estas, señora, son las nuevas que os puedo dar de la campaña de Ramiro.

Ansur Fernández

Capítulo IV

El regreso del guerrero

«No, Fernán González no cobró grandes partidas de tierra ni ensanchó espectacularmente los linderos castellanos. Las tierras que entregó a su hijo García Fernández fueron cuantitativamente las mismas que él recibiera, ampliadas al sur al principio de su mandación, pero reducidas al oeste. No busquemos la grandeza fernangonzaliana en el ensanchamiento de fronteras…».

FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ

1

Los viernes, para el mercado, la explanada junto a la empalizada exterior del Picón se llenaba de gallinas, corderos, marranos, vacas, productos agrícolas y todo tipo de útiles que intercambiaban entre sí los campesinos.

A Fernando, después de tantas semanas fuera, le agradó ver aquel movimiento tan vital. Ya con su castillo a la vista, alzó la cabeza y se sintió invadido por sentimientos encontrados. Su caballo era un joven alazán que debió de percibir su inquietud porque se removió nervioso.

—Quieto —dijo acariciando el cuello del animal.

Aún no estaba seguro de querer reencontrarse con Sancha, y su inquietud la sintió no solo su montura, sino también el jinete encapuchado a su diestra, un jovenzuelo menudo, de poca estatura, con quien cruzó una mirada que lo decía todo.

En medio de la polvareda que levantaban, adelantaron por la ladera a una carreta que llegaba tirada por bueyes, cargada con leña cortada para el castillo.

De sus mesnadas la mitad eran infantes y pronto se mezclaron con los últimos labriegos que subían al Picón con cestos repletos de ajos y cebollas, gallinas atadas, ovejas y algún cerdo, charlando de sus cosas. «¡Lara! ¡Lara!». Se alborozaron al ver el pendón carmesí de los hombres que pasaban formando una columna con paso cansino.

A punto de alcanzar la explanada del mercado, a un lado de la entrada principal de la fortaleza y junto al tramo más recto de la empalizada, Fernando despidió a su gente.

—Aquí se separan nuestros caminos, señores. Volved todos a vuestras familias. Y espero no volver a necesitaros hasta la primavera que viene. ¡Salud!

—¡Salud!

2

Según se alejaban los diferentes grupos a pie o a caballo, Fernando prosiguió acompañado ya solo por un puñado de jinetes y se abrió camino entre la gente que llenaba la plaza.

Enseguida, un sayón que paseaba bamboleándose por entre los carros y tenderetes tasando las mercancías, volvió la cabeza.

—Señor, ¡habéis vuelto!

Fernando se vio rodeado de paisanos que lo aclamaban.

Muy pronto sonaron los cuernos en el castillo y hubo movimiento jubiloso al otro lado de la empalizada.

El conde aprovechó para volverse hacia el jinete encapuchado, a quien justo se le acercaba un mercader a ofrecer, bolsa en mano, doscientos sueldos por su yegua gris. Incomodado y con la amplia capucha echada sobre la cabeza sombreándole la cara, el jinete rechazó la oferta.

—Si lo preferís, os doy su precio en bueyes o en ovejas.

El mercader no era ningún rústico. Sus atavíos eran de calidad y la bolsa que sujetaba, grande.

—Dejadme, os digo…

El joven se apartó con un caracoleo de su montura y miró a Fernando como esperando órdenes.

Fernando alzó la vista hasta el portalón de la fortaleza, que ya se abría para dejarle paso, y dijo: «Ve donde te dije». A lo cual el jinete asintió y se alejó.

3

En la puerta de la fortaleza esperaban Muniadona y Sancha con sus acompañantes y criados. Desde lo alto de la empalizada, en las torres más cercanas, saludaron con vítores los jóvenes que guardaban el Picón desde su partida.

Con la emoción marcada en el rostro, Fernando bajó del caballo y dio un abrazo a Muniadona. Luego se encaró con su hermano, señor de la fortaleza en su ausencia, que le entregó el bastón de mando.

—Aguardábamos tu regreso, Fernando. Ya ves que te devuelvo el Picón intacto. No ha habido ningún incidente grave. Todo está en orden.

Sancha, a un lado, callaba.

Hacía poco de su regreso de Nájera y desde que estaba de vuelta dejaba claro a todos su intención de reafirmarse en el mundo de los Lara. Su preñez ya era muy evidente y Fernando bajó la vista hacia su vientre, complacido.

—Señora, os veo resplandeciente.

Sancha no contestó, pero no pudo evitar sonrojarse.

Al dirigirse juntos al casón de los Lara, en medio del alboroto de los larenses, hubo un roce de manos entre los esposos que no pasó desapercibido para Muniadona. «¿Ves como no está todo perdido?», pareció decir su mirada. Pero Sancha apartó la mano.

Mientras la familia se dirigía a la capilla, los criados ayudaron a descargar las mulas que llegaban con las arcas forradas de badanas cordobesas que contenían el botín de Mayrit.

No mucho después, bajo la dirección del capellán, y con Sancha arrodillada junto a su marido, todos elevaron a Dios una plegaria por el regreso del señor de Lara, que volvía victorioso y sin daño.

4

—No es que esté descontento, madre —dijo Fernando, a quien le habían servido unas tajadas de tocino sobre una rebanada de pan.

El conde se había cambiado de ropa. Por primera vez en semanas llevaba una túnica limpia, de manga corta, que dejaba al aire sus antebrazos, muy curtidos por el sol, con alguna que otra cicatriz. Su hermano estaba a su izquierda y su madre y Sancha, enfrente, al otro lado de la mesa.

El vino era buen caldo, de las bodegas del monasterio de San Pedro de Cardeña, muy diferente del vino agrio que llevaban en sus odres en campaña.

—Pero el objetivo era liberar Toledo. Mayrit ha sido un premio de consolación. Lo que más me duele es que Abderramán ha entrado en Toledo entre aclamaciones por el mismísimo puente de Alcántara. Al recibir a su hijo en el alcázar, le ha saludado exclamando: «Esa es la diferencia entre tú y yo: que yo gano Toledo mientras tú pierdes Mayrit». Es seguro que tener una Córdoba cada vez más crecida no es bueno para nadie. Es un mal vecino al-Nasir.

—Paciencia, hijo. No hay otra manera de realizar grandes empresas, bien te lo digo siempre. Tu padre era más paciente. Has de avanzar poco a poco, sin retroceder nunca. Si continúas con el mismo paso firme que llevas hasta aquí y no pierdes el norte, conseguirás lo que quieres, tenlo por seguro.

—Bien lo espero, madre, bien lo espero.

Fernando perdió su mirada en el fuego que ardía en la gran chimenea y luego en el rostro de su mujer, que escuchaba lo que se decía sin abrir la boca. A Muniadona le satisfizo el interés que parecía sentir su hijo, a quien se le escapaba cada poco la vista en dirección a Sancha.

—Creo que os conviene, a los dos esposos, quedaros a solas. Tenéis mucho que contaros.

Mientras los demás salían, Fernando terminó su copa de un trago. El vino le reconfortaba. Pero a Sancha se le mudó el rostro. Y cuando Fernando se puso en pie y se acercó, le cayó un tremendo bofetón.

—¡Esto por haber llevado a tu furcia a Mayrit y por haberte paseado con ella en el mercado a la vista de todos! ¡Eres un cerdo!

Fernando se llevó una mano a la mejilla y tendió la otra con un amago de sonrisa. Los celos de Sancha le excitaban. Pero ella ya alcanzaba la puerta que daba a los aposentos. Fernando se apresuró tras ella. Al llegar a la alcoba se encontró la puerta cerrada y la golpeó con el puño: «¡Sancha!», exclamó irritado.

—¡¿Te crees que nadie se ha dado cuenta de que te acompañaba?! ¡Esta puerta nunca estará abierta para ti!

Ensombrecido, Fernando salió al patio, donde ordenó que le trajeran su caballo. El animal estaba descansando en las caballerizas y mientras se lo aparejaban, uno de los pajes le entregó su espada franca, la que le regalo su padre hacía ya muchos años.

Fuera, la tarde era cálida. Había cada vez más calima suspendida en el aire.

5

Fernando cruzó campos de trigo y centeno, y pasó al trote entre chopos y lagares. Luego continuó por el camino que llevaba a la ermita hasta detenerse en las eras de los lindes del alfoz. Allí había yuntas y gente recogiendo el grano tras la trilla.

—Quedaos aquí.

Dejó el animal a sus hombres y agachó la cabeza para no darse con el dintel de la casa: Fernando era bastante más alto que la mayoría, sobre todo comparado con los campesinos.

Las paredes de barro seco sostenían una tosca techumbre de cañizo y en el vano, con la cabeza inclinada en posición incómoda, sus ojos no tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. El lienzo que cubría un único ventanuco impedía la entrada de la luz del sol. Dentro había un silencio extraño.

—¿Aurora?

Aquí los humos no ascendían por una chimenea como en el casón de los Lara, sino que se filtraban entre los ramajes renegridos del techo. Dentro no había sino una mesa tosca rodeada por algunas banquetas y un poyete lateral.

Apilados en un rincón, sacos vacíos y tablones para fabricar cubas. Dos banquetas estaban tiradas por el suelo y, más allá, las pieles que separaban la pieza principal del cubículo que servía de dormitorio habían sido arrancadas de los ganchos en que colgaban.

La mano de Fernando se posó en la empuñadura de su espada.

Sin comprender todavía, y con el ceño cada vez más fruncido, se encaró con la anciana que salía del fondo apartando las pieles con ojos llorosos.

—¡Se la han llevado, señor! ¡Llegaron dos soldados y se la llevaron! ¡Soldados de Lara, señor! ¡Gente del castillo!

6

La furia con que cabalgó de regreso al Picón de Lara tuvo poco que ver con el ánimo relajado que traía Fernando por la mañana. Como llegaba al galope tendido, uno de los larenses que hacía la guarda por el camino de ronda dio la voz de alarma. Otro hizo sonar un cuerno. Y cuando llegó Fernando, su hermano y los servidores de la familia lo rodearon expectantes pensando que algún peligro amenazaba la fortaleza.

—¡¿Quién ha ordenado que se lleven a Aurora?!

Los presentes bajaron la cabeza.

El atardecer robaba luz a la escena. Aún se veían los rostros sin necesidad de teas. Fernando los miró uno tras otro, entre la ira y la incredulidad. Su hermano callaba. Pese a la mirada de advertencia que se ganó, uno de los sirvientes, el más joven, dijo:

—Lo ha ordenado la condesa.

—¿Mi madre?

—No, la señora Sancha.

Aquello fue todo un mazazo.

—¿Adónde se la han llevado?

Silencio. Todos temían su cólera. Y de nuevo el mismo muchacho se atrevió a levantar la vista:

—Al campamento de los moros.

Esta vez ya sí que la furia se adueñó de Fernando.

El comercio más próspero de la frontera era la venta de esclavos que se hacía en uno y otro bando, y era notorio que en la otra orilla del Duero había un campamento de mercaderes de esclavos.

—¿Cuánto hace que salieron esos hombres?

—Por lo menos dos horas.

Fernando ordenó al sirviente más ligero de peso que montara su caballo y partiera de inmediato.

—¡Cuando los alcances, diles que ordeno que regresen de inmediato con la mujer!

Tenía el tiempo en contra, pero había que intentarlo.

El joven saltó sobre el animal con presteza y partió al galope.

—Espero por tu bien, hermano, que no hayas tenido nada que ver

con esto —dijo Fernando. Ambos cruzaban el portón de la empalizada y se dirigían al casón de los Lara—. Lo espero por tu bien y por el bien de la familia…

Muy pronto atravesó como una furia el gran salón donde estaba su madre ante el hogar y en la zona de los aposentos aporreó la puerta de la alcoba de su mujer.

—¡Abre, Sancha!

Se volvió hacia sus acompañantes. Les hizo una seña.

Su hermano y un recio foramontano cargaron contra la puerta, una vez, dos veces. A la tercera, los goznes saltaron y entraron en la habitación.

7

—¡No os atreváis a acercaros ninguno!

De pie en la alcoba, Sancha sujetaba un atizador en alto y lo blandía en su dirección.

Por la estancia, adosados a las paredes, estaban los arcones donde guardaba su ropa y, sobre ellos, portavelas que cuando llegase la oscuridad iluminarían la estancia.

A un lado tenía el *scriptorium*, donde escribía a su madre casi cada día las misivas que luego llevaba semanalmente a Nájera un mensajero. Los paños bordados con motivos mitológicos que se trajera de aquella ciudad cubrían los muros de la estancia y la resguardaban de las corrientes de aire.

La cama era un sencillo armazón de madera, con un bacín debajo, y sobre una pequeña mesa lateral se veían una jofaina y un jarro con agua. La dureza del lecho, cubierto por una fina manta de lana y colcha de pieles de conejo, la suavizaban las almohadas bizantinas y cojines rellenos de plumas que había encima.

Sancha se encaró con su marido con fiereza.

Fernando le sacaba una cabeza, pero la hija de Toda se mantuvo erguida con una determinación impresionante.

El hermano de Fernando dio un paso atrás.

—¡Vosotros dos, salid de aquí de inmediato! ¡Fuera, he dicho! Y tú, Fernán González, ¡ni un paso más! ¡Soy tu esposa, hija de la reina de Pamplona y, si Dios lo quiere, madre de tu hijo, no una furcia cualquiera! ¡Si querías mantener una barragana, debiste ser más discreto!

Con el atizador en alto, se le echó encima para golpearle.

Fernando le sujetó el brazo y forcejearon.

—¡Quieta, mujer! ¡Suelta eso!

Logró quitarle el atizador, pero al hacerlo ella trastabilló hacia

delante y cayó sobre el vientre.

A Fernando se le pasó la cólera; ahora no sabía cómo lidiar con una mujer enfurecida y, además, embarazada de su hijo.

Sancha se levantó trabajosamente y volvió a abalanzarse sobre su esposo, que reculó. Ella se detuvo en mitad de la habitación mientras a sus pies se formaba un charco de un líquido sanguinolento.

Viéndolo, la condesa de Lara soltó un quejido largo y prolongado como si el mundo se hubiera acabado.

Y Fernando retrocedió aterrorizado hasta la puerta destrozada, donde, mirándola una última vez, dijo:

—De esto te arrepentirás toda la vida, Sancha.

8

Fernando no pudo pegar ojo esa noche, y eso que hacía tres meses que pernoctaba en una tienda de campaña, sobre el duro suelo. Pero solo un hombre con un corazón de piedra habría podido dormir después de lo sucedido.

Los gritos que llegaban de la estancia paredaña eran desgarradores. Le angustiaron todo tipo de pensamientos mientras, en la habitación de al lado, su madre y las mujeres ayudaban a la parturienta, que no dejaba de gritar como un cochino degollado.

—No sale… Venga, empujad, empujad con todas las fuerzas. No desmayéis. Pronto tendréis a vuestro hijo en brazos.

El ambiente era ominoso. Lejos de festejar el regreso del conde, todos en el Picón guardaban silencio. Y tampoco hubo danzas ni los cánticos habituales en el patio cuando venía al mundo un nuevo hijo de los señores.

Al caer la noche Fernando había cenado con su hermano cuando apareció en la puerta Herramel, hijo mayor de Sancha, con el aya. La mirada que le dirigió fue sombría. Aunque sabía desde un principio que Sancha quería a sus hijos en Lara, Fernando no había tenido noticias durante su ausencia del viaje a Nájera, y encontrárselo en el Picón fue una sorpresa. El chiquillo vascón no se atrevió a mantenerle la vista y desapareció por el pasillo.

Los gritos en los aposentos de Sancha arreciaban.

—Yo solo te digo una cosa, Fernando —su hermano le miró por el rabillo del ojo—. Llegan noticias de la frontera del Duero de que, en la primavera, Abderramán volverá a atacarnos. Quiere vengarse de lo de Mayrit. En el alfoz creen que su aceifa la lanzará sobre Castilla. Si es así, necesitaremos toda ayuda posible… Para frenarle no bastará el ejército de Ramiro. Necesitamos el apoyo de Nájera. Sé que estás furioso, pero piénsalo… No podemos enemistarnos con Toda… Piensa

en lo que ha costado asentarnos en estas tierras…

Fernando se fue a su alcoba y, echado en el lecho, pensó en lo que le había dicho su hermano y recordó los inviernos pasados en el caserío de Santillana, al otro lado de las montañas, de donde eran originarios y donde los Lara tenían tierras. Así se protegía a los hijos de familias foramontanas, porque durante sus aceifas los moros gustaban de capturar muchachos y mujeres y llevárselos como esclavos a Córdoba.

Al final de una de esas estancias vino a buscarlos el padre, Gonzalo Fernández, que era tan alto como Fernando y tan flaco como su otro hijo, aunque mucho más fuerte, pues tenía un poco de ambos.

—La tierra es lo más importante, Fernando —le dijo—. El Picón y, algún día, Castilla. Y después de la tierra, la libertad. Pero primero la tierra. Sin tierra los hombres no somos nada. La tierra es nuestra vida y nuestra razón de ser, nunca lo olvides.

9

Como los gritos seguían, Fernando se puso en pie y salió a la noche, subió al castillo, y al rato ya estaba paseándose por lo alto de la torre del homenaje. Desde allí, la luna llena iluminaba los alrededores. Estaba redonda como una moneda de plata y brillaba a media altura en un cielo estrellado.

Fernando dispersó la vista.

La calma nocturna solo la rompió el grito de una lechuza que emprendió el vuelo.

Cuando al poco vio que por el camino del sur llegaba el jinete al que había enviado en pos de Aurora, supo, antes incluso de que alcanzase la puerta de la fortaleza, por la andadura de su caballo, por ese trote tranquilo ladera arriba, que había perdido a su amante.

Y entonces oyó una voz a sus espaldas.

—Ya está. El parto terminó. Tu mujer vivirá… Pero tu hijo ha nacido muerto.

Muniadona acababa de aparecer como un fantasma a su lado.

10

Un año más tarde…

De Fernán González, conde de Lara, de Castilla y de Álava, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Señora:

Hoy sé que fuisteis vos quien aconsejó a Sancha y a Muniadona librarse de Aurora. No hace falta que os diga cuán profundamente me

dolió. Ya sabréis que mi ira castiga hoy a mi madre. Vivimos juntos, pero ya no escucho su voz.

En cuanto a vuestra hija, restañar la relación ha costado meses.

En un principio nos vimos para enterrar a aquel aborto sin nombre en el cementerio, junto a nuestro castillo, como un perro, sin siquiera lápida.

Después nos evitamos durante semanas. Y si nos cruzábamos, lo que había era un silencio tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

Pero a medida que avanzaba el invierno recordé que la supervivencia de Lara pasaba por vuestra ayuda y al cabo envié a mi hermano a hablar con vuestra hija…, quien contestó que únicamente os reclamaría refuerzos si me avenía a pedírselo yo en persona.

Costó un mundo, pero lo hice. Hay cosas que pasan por encima de todo, y la salvaguarda de Castilla es una de ellas.

Así pues, me presenté en sus aposentos y al día siguiente mismo Sancha os escribió para reclamar con urgencia los hombres que necesitábamos para ayudar a fortificar y defender nuestro alfoz.

El resto ya lo conocéis.

Gracias a vuestros pamploneses, pudimos reforzar Lara y hacer frente a la aceifa que nos envió el califa al comienzo del verano y, una vez asegurado el Picón, salí con mis castellanos hasta Osma, la fortaleza más meridional de mi condado.

En Osma resistimos a los cordobeses el tiempo que tardó Ramiro en aparecer con la hueste real.

Vuestra propia hija, ya recuperada en su salud, llegó al frente del ejército pamplonés. Y juntos atacaron el campamento moro, momento que aprovechamos los defensores para salir en su ayuda.

La victoria fue completa y la desbandada del enemigo, absoluta.

Solo empañó la victoria la muerte de mi hermano; que el Señor, en su misericordia, lo tenga en su gloria. Él siempre fue hábil esquivando los golpes, pero esta vez no lo consiguió. Nunca dio la espalda al peligro y se mantuvo fiel a Lara y a su conde. Cayó luchando a mi lado y le dimos sepultura cristiana allí mismo.

Una vez partido Ramiro con sus hombres, vuestra hija y yo regresamos al Picón, donde, llegados a nuestra morada y todavía envueltos en la euforia de la victoria, ella me sorprendió cogiéndome de la mano y tirándome hacia el dormitorio.

Lo que jamás pensé que pudiera suceder sucedió.

Hoy casi debo daros las gracias, pues vuestra intervención me ha devuelto a los brazos de mi esposa. Nunca pensé que fuera posible reconstruir lo que entre ella y yo habíamos devastado, pero lo estamos haciendo.

Lo que no se hizo bien la primera vez, estamos ella y yo dispuestos a

hacerlo ahora. En estos momentos —¡quién lo hubiera pensado!— Sancha y yo llevamos una vida cristiana y estamos más unidos que nunca.

Hemos decidido actuar como si lo que pasó nunca hubiera sucedido, y jamás hablamos de ello. Soy un hombre nuevo, o a lo mejor es ella una mujer nueva, quién sabe.

Me despido de vos, señora, deseando que esta misiva os encuentre en buena salud.

Fernando, conde de Lara

Capítulo V

La cólera de Abderramán

«He reinado más de cincuenta años, en victoria o en paz. Amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riquezas y honores, poder y placeres, aguardaron mi llamada para acudir de inmediato. No existe terrena bendición que me haya sido esquiva. En esta situación he anotado diligentemente los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado: suman catorce».

ABDERRAMÁN III, AL-NASIR

1

La Providencia quiso que el tan esperado primogénito de los condes naciese justo el día en el que Abderramán, acompañado por Alhakén, atacó por segundo año consecutivo los territorios castellanos.

Al-Nasir, el Victorioso, apelativo por el que se le conocía, no era alguien que se diera por vencido fácilmente, y menos ahora que más de veinte años después de acceder al poder tenía su territorio pacificado, con Toledo bajo su mando y las manos libres para atacar la otra orilla del Duero.

Así sucedió que durante la primavera encabezó un ejército de varios millares de hombres que subió desde la misma Toledo, cruzó la sierra del Guadarrama por el puerto de Tablada y encontró a los cristianos peor preparados que el año anterior, con lo cual estos optaron por atrincherarse en sus fortalezas y no salir a luchar en campo abierto, mientras los invasores quemaban cosechas y haciendas.

Ramiro bajó a defender Osma y esperó la llegada de Abderramán, que lo hostigó y provocó en vano para que saliera de la fortaleza; en tanto que Fernán González y Sancha permanecían en el Picón de Lara, encerrados en su castillo, que fue donde la condesa finalmente dio a luz en medio del asedio al que les sometía Alhakén, al que habían derrotado en Mayrit y que no olvidaba la ofensa.

Para bien o para mal, los habitantes del Picón estaban a otra cosa.

—¡Es un niño! —exclamó Muniadona.

La condesa madre andaba con las criadas y la esclava africana que la asistía en el parto mientras Fernando esperaba en la estancia paredaña hasta que, al cabo, le dijeron que podía pasar.

Y ya según le tendían al niño se olvidó totalmente de Sancha, que yacía agotada en las sábanas con sangre y desechos que la callada africana y las demás mujeres ya retiraban: el parto no había sido fácil.

Fernando clavó sus ojos en el recién nacido con una emoción

indescriptible. Este, con la piel arrugada y enrojecida y su mata de pelo negro, no dejaba de llorar.

—¡Mi heredero! ¡Gonzalo de Lara! ¡Este es mi heredero!

El orgulloso conde lo levantó en el aire exultante.

Desde el lecho, Sancha le miró agotada pero feliz: había temido decepcionarle pariendo una niña.

En medio de tanta alegría, Muniadona quiso abrazar a su hijo, pero Fernando le dio la espalda. Y cuando Sancha, incorporándose sobre sus almohadas, le dijo, con voz debilitada por los esfuerzos, si no le parecía que había llegado el momento del perdón, el conde de Lara ni siquiera contestó.

2

Entonces sucedió que una de las noches de asedio, uno de los hombres que vigilaban la empalizada exterior del Picón por el tosco camino de ronda oyó que alguien se movía al otro lado, entre rocas y brezo, al amparo de la oscuridad.

—¡¿Quién anda ahí?!

La noche se tragó el ruido de pisadas, y en eso escuchó que algo caía cerca.

El vigía vio en medio del camino una piedra con un pergamino enrollado atado a ella con una fina cuerda que también sujetaba otro pedazo de pergamino donde alguien había escrito: «Al conde de Lara».

Como no sabía leer, dudó y finalmente se acercó al castillo al término de su guardia y se lo entregó a los hombres que había junto al pontón de entrada, que a su vez se lo hicieron llegar al conde, quien de inmediato desenrolló el pergamino y lo leyó delante del fuego.

Fernando:

Han pasado dos años y posiblemente me hayas olvidado. Soy Aurora, la vascona que amaste un día y la que te amó con todo su corazón. Mi vida ha cambiado tanto que no sé por dónde empezar.

La última vez que supiste de mí me habían raptado dos soldados del Picón. Yo misma pensé que me llevarían al campamento de los mercaderes de esclavos, y sin embargo me condujeron a Córdoba, al alcázar del califa, donde he permanecido este tiempo. Allí he llegado a aprender su idioma y me he ganado su confianza haciendo las veces de intérprete.

Ahora estoy en la tienda de Alhakén, a quien acompaño desde que empezó esta aceifa con la que quiere vengarse de lo sucedido en Mayrit. Pero nunca te he olvidado y estando a tan poca distancia mi corazón late de anhelo.

Te lo ruego, acude a la casa donde nos veíamos, que no ha sido destruida por la aceifa. Encontrémonos allá si es que todavía sientes algo por mí.

Si me amas como yo te amo, acude mañana a la cita para que nos encontremos una última vez, te lo ruego.

Aurora

3

Fernando soltó el pergamino y se quedó un buen rato mirando el fuego y luego otra vez la misiva.

La carta es la lengua de los amantes y su corazón se había acelerado. Para tranquilizarse se puso en pie y dio vueltas por la estancia.

Le asaltaban las peores sospechas.

La letra era firme, de alguien acostumbrado a la escritura, y desde luego no recordaba que Aurora supiese escribir… Pero por el tono y las alusiones, sabía que venía de ella.

Dos años habían pasado desde su desaparición y en el harén de Alhakén no faltaban escribanos. Podía haber conseguido que le enseñasen las letras, y también que se lo escribiese alguien, quién sabe…

Pronto pasó la nodriza que se ocupaba de Gonzalo y después Muniadona. En la habitación paredaña se oían llantos infantiles. El castillo se alborotaba en torno al recién nacido. Pero la alteración de Fernando era tan patente que ninguna de las mujeres dejó de darse cuenta. Pareciéndoles que las nuevas del mensaje debían de ser graves, Muniadona preguntó qué ocurría.

Fernando no contestó.

Sin soltar el pergamino, salió al patio de armas y subió al camino de ronda.

Aunque no era un hombre enamoradizo, lo cierto es que nunca se había olvidado de aquella joven vascona.

La rubia Aurora le había marcado, por mucho que le molestase reconocerlo, y más a esas alturas, que al cabo de muchas tensiones y malentendidos la relación con Sancha entraba en una etapa de apacible contento…

El tiempo transcurrido desde la victoria de Osma había sido para los esposos una auténtica luna de miel, y Fernando había disfrutado con Sancha como con ninguna mujer antes. Ni siquiera con Aurora, cuyo recuerdo empezaba a ser cosa del pasado.

Pero la carta lo resucitaba y las imágenes del estío que pasaron juntos se agolparon de pronto en su cabeza: esa risa juvenil, su piel tersa y las sensaciones voluptuosas de las noches en el alcázar de Mayrit…

Había algo en las palabras del mensaje —lo releyó una y otra vez — que le llegó al alma.

4

Era como ver aparecer un fantasma.

Desde lo alto de la torre del homenaje miró en dirección al campamento que había instalado Alhakén en un cerro cercano, al otro lado de los campos de cereales que habían incendiado los cordobeses. Soplaba el cierzo con fuerza y costaba imaginar que en una de aquellas tiendas estuviese Aurora.

De pronto pensó en lo que podía haber sufrido durante el cautiverio, con los moros, en Córdoba, y le dolió el alma… Con esas imágenes en la mente le acometió una violenta punzada de celos. Pero pensó en su primogénito, Gonzalo, y en el amor creciente por su esposa Sancha, y en cómo ello había traído a su vida la sosegada felicidad en la que vivían por fin… De modo que procuró apartar a Aurora de su mente.

Toda aquella noche le estuvo dando vueltas, pero la lucha inesperada que mantuvo su ser más moral con el deseo de dejarse ir y cambiar el rumbo de su vida nunca lo llegó a sospechar su entorno. Fernando jamás lo contó a nadie, y menos a Sancha.

Y lo que pudo pensar Aurora al ver que el conde de Lara no aparecía, si es que llegó a presentarse en el lugar de la cita, tampoco lo supo nadie.

Aquella decisión tomada, ¿fue por lealtad y porque el afecto que le estaba mostrando Sancha le había ganado finalmente? ¿O fue por temor a una trampa o, meramente, por cobardía?

Todavía hoy nos lo podemos preguntar.

Lo único cierto es que, después de sopesarlo una y otra vez en su mente, Fernando no acudió a la cita, y que un par de días después, como si hubiese una relación directa y misteriosa entre lo uno y lo otro, los cordobeses de Alhakén abandonaron el asedio del Picón de Lara para dirigirse hacia el norte.

En los lindes del condado les esperaba el califa Abderramán, quien, al comprobar que pese a las provocaciones tampoco Ramiro salía a luchar con él, había decidido devastar el territorio entero de Castilla.

5

Durante el resto del verano, el ejército cordobés continuó con su progresión. El nuevo objetivo era el reino de Pamplona y Abderramán emprendió con determinación el camino de Nájera hasta que, siendo muy consciente del peligro, la reina Toda decidió anticiparse a los acontecimientos y enviar un mensajero para proponer un encuentro a su sobrino.

—Si quiere que parlamentemos, parlamentaremos —dijo al-Nasir

—. Pero que venga ella aquí, a mi campamento.

El ejército califal llevaba unos días acampado en la localidad de Calahorra, a orillas del Cidacos, en el linde de su marca superior. Y ahí seguía cuando llegó la noticia de que la reina de Pamplona venía de camino acompañada por su hijo, García.

Abderramán mandó preparar el campamento y sus mejores hombres formaron un impresionante pasillo armado por el que aquella mañana estival la reina pamplonesa y el imberbe rey, ataviada ella con su manto de armiño y escoltados ambos por apenas una decena de pamploneses, caminaron con paso firme.

El pasillo lo formaban hombres de muchas razas y al final del mismo los esperaban el califa y su hijo, los dos de pie bajo un dosel de seda levantado delante de la riquísima tienda de al-Nasir. Al califa lo distinguían el oro de su armadura y la seda de su turbante, que ocultaba una cabellera rojiza; sus ojos eran azules y la tez, rubicunda. A su lado estaba Alhakén, el hijo de la esclava cristiana que reinaba en el harén califal, cosa de la que Toda estaba perfectamente informada. En su disputa con la primera esposa de Abderramán, la esclava Maryam se había alzado con el triunfo tras comprarle a la legítima una noche con el califa: eso le había bastado. Desde entonces era la favorita de Abderramán, al que había dado ya cinco hijos y, entre ellos, el heredero.

Como el principio del encuentro fue tan frío, para ganarse el favor del califa Toda hizo avanzar a uno de sus criados, que llevaba la mano protegida por un guante de cuero y posado sobre ella un azor encapuchado.

6

—Este, *mawlay*, es el presente que os ofrecemos mi hijo y yo. El mejor de sus azores, el que le envió Ramiro cuando subió al trono. El animal, criado y entrenado por nuestros cetreros, es el mejor cazador de todas las aves de Nájera. Puestos a hacer un presente a quien tiene tantas riquezas, solo algo muy especial podía valer, y esto es lo que más valora el rey de Pamplona —dijo Toda.

García se había parado a un lado. Vestía una túnica corta de seda azul bordada en oro y, sobre ella, una capa blanca le caía hasta los talones. Llevaba en su cabeza la corona de oro labrada de su padre que su madre le había ceñido esa mañana.

—Lleváoslo. Colocadlo con los míos —indicó Abderramán a uno de los eslavos de su guardia.

Visto que Toda había dado el primer paso, él también quiso romper el hielo. Aunque podía ser extremadamente puntilloso en las

cuestiones protocolarias, el califa era muy directo en su trato personal y no se anduvo por las ramas. Que la reina madre de Nájera acudiese a su llamada era ya una victoria simbólica. Se sentía poderoso y hubo cierto deje de soberbia en la voz.

—Ya veis que os recibo con todos los honores. Decidme ahora, mi querida tía, ¿qué tenéis que proponerme?

—Y bien, mi querido sobrino. —Toda le aguantó la mirada, la cabeza bien alta—. Visto que venís a estas tierras con tan gran ejército, vengo a pediros que respetéis la libertad de mis pamploneses.

—La libertad del pueblo, mi querida tía, no ha hecho a ningún rey grande y solo engendra rebeliones, acciones fantasiosas e insólitas. Los cristianos la confundís demasiado a menudo con el libertinaje y hasta con el desorden, que es como confundir a Dios con un ídolo de arcilla y con el caos. La libertad, como manjar, no está hecha para la boca de todo el mundo, bien lo sabéis como reina.

—La libertad es la hechicera de nuestros días, no lo pongo en duda. Pero ni siquiera el califa de Córdoba puede negar que el pan seco en la casa propia sabe mejor que los manjares más delicados en casa ajena. Y no perdamos más tiempo con divagaciones. Siendo el hijo de mi hermana, la sangre compartida debería bastar para que podamos hablar sin circunloquios.

—Así será si así lo queréis, estimable tía. Ahora venís a mí invocando nuestro parentesco para evitar que mis guerreros arrasen los campos y haciendas de vuestra gente. Pero eso no os ha impedido auxiliar a leoneses y castellanos cuando se batían contra mi ejército, una ayuda sin la cual jamás hubiesen sido capaces de resistir mi avance… —continuó Abderramán, que empezaba a impacientarse.

7

—Sin duda, sobrino, sabréis del vínculo matrimonial de mi hija Sancha con el conde Fernán González. Hay demandas que no pueden ignorarse.

—Y por eso estoy aquí con mi hijo, señora, que también lleva vuestra sangre. Para recordaros que, si nos unen tantos vínculos, no podéis continuar apoyando a aquellos que son mis enemigos y a los que quiero someter antes de pasar el califato a mi heredero… —Abderramán se volvió hacia Alhakén, quien sonrió halagado.

El heredero tenía cerca a una cristiana que le servía de traductora, pues no manejaba esa lengua tan bien como al-Nasir. Subh —ese era el nombre árabe que le habían dado— ahora miraba con una expresión extraña a Toda por encima del velo que le cubría la parte inferior de la cara.

—Veo que el hijo es tan apuesto como su padre. Y veo también que en ciertos aspectos tiene un gusto parecido —dijo la reina de Pamplona ojeando los mechones rubios que se escapaban por debajo del velo de la mujer. Durante el instante en que sus ojos se encontraron, pudo percibir una clara hostilidad y supo que se conocían de algo, aunque no cayó entonces de qué.

—Esta esclava está aquí como traductora al servicio de mi hijo.

—Puede ser, si así lo decís. Y puede que Alhakén siga la senda del padre y el abuelo…

—¡Ya basta, señora! No he consentido esta reunión para escuchar impertinencias. A Alá se le venera en todas las ciudades que gobierno, tanto o más que el primer día…

—Claro, claro.

Y Toda apartó la mirada de la joven velada para posarla en Abderramán.

8

—Avancemos, señora. ¿Qué es lo que podéis ofrecerme? No hace falta que os recuerde que no sería la primera vez que inflijo a vuestro reino una derrota. No me gustaría tener que arrasar Nájera. Y tampoco volver a saquear los barrios de vuestra hermosa ciudad de Pamplona, a la que sé que otra vez acuden peregrinos cristianos, ahora que la habéis reconstruido…

A Toda se le ensombreció el rostro.

Aquella aceifa sangrienta que arrasó Pamplona en el año 924 no la habían olvidado ni ella ni ningún pamplonés. Fue el momento más beligerante de Abderramán, su incursión más importante en tierras cristianas antes de que el califa comprendiese que, si quería domeñar a los rebeldes del norte, primero necesitaba pacificar su propio territorio. Así lo había hecho.

Y ahora volvía otra vez su mirada de conquistador ávido hacia el norte.

—Puede ser —dijo Toda—. Y os recuerdo que nosotros honramos la paz firmada entonces y que desde esa fecha Córdoba no ha sufrido incursiones cristianas en sus territorios.

—Algo que cambió con la tentativa de liberación de Toledo…

—Ramiro nunca llegó más allá de Mayrit. Fuisteis vos el que entró en Toledo ese verano tras más de dos años de asedio.

—Concluyamos, señora. No juguemos al ratón y el gato. Decidme exactamente qué pretendéis.

—Complaceros, sin más, oh, gran califa. ¿Qué querría Córdoba de mí?

—Que me reconozcáis, aquí mismo, como vuestro señor.

Abderramán sonrió. Aquello lo había discutido con sus consejeros y muy en concreto con su mano derecha en cuestiones militares, el general Furtún, que permanecía respetuosamente a un lado junto con los restantes oficiales del *yund*, el ejército regular.

Al-Nasir no contaba con que la reina de Pamplona accediera. Más bien esperaba un arranque de pundonor, y tenía preparada alguna argucia dialéctica más.

Sin embargo, Toda asintió con la cabeza.

9

—Si eso es lo que deseáis, eso es lo que tendréis. Me declaro aquí y ahora vasalla del califa de Córdoba, mi señor y sobrino Abderramán. —Y Toda se recogió la túnica para arrodillarse.

—¿Os estáis burlando de mí?

Abderramán fruncía el ceño. Bajo el turbante, sus ojos claros brillaron con una amenaza. Los hombres que formaban el pasillo armado, que llevaba desde la entrada del campamento fortificado hasta su tienda, permanecían inmóviles como filas de estatuas.

Pero Toda no bromeaba: aquello lo llevaba pensando desde que empezaron a llegar noticias a Nájera de que al-Nasir avanzaba hacia el norte. Tenía que salvaguardar como fuera la integridad de su territorio y proteger la herencia de su hijo.

—En absoluto. Si Córdoba reconoce a mi hijo y la independencia de mi reino, yo no tengo ningún problema en declararme vasalla. Y además me comprometo a romper relaciones de inmediato con el reino de León, que es vuestro principal enemigo. Así podréis concentrar vuestras fuerzas, sobrino, en guerrear con Ramiro. Divide y vencerás es la divisa de un arte que domináis mejor que nadie.

La reina, levantándose, hizo una seña con su mano a Garci Sánchez. El joven esperaba a un lado, flanqueado por sus pamploneses, bajo el dosel. Había estado siguiendo con gesto grave la conversación que Abderramán y su madre mantenían en lengua romance y le sorprendía, como a todos, que el califa hablase su lengua tan bien como él mismo.

García se acercó a Abderramán. Él era también de poca estatura y los dos tenían más o menos la misma talla. Eso hacía sentirse confortable a al-Nasir.

—Arrodíllate, hijo, ante tu señor —ordenó Toda.

García dudó un instante, pero finalmente lo hizo. Donde le indicaba su madre, dobló la rodilla. Le costó mantenerse en esta postura, y más elevar la vista hasta el hombre del turbante, que no

podía mostrarse más satisfecho.

El momento fue triste para García: él nunca lo olvidaría y más tarde se dijo que aquello fue la causa de la ruptura con su madre.

En cambio, para Abderramán fue uno de aquellos instantes que cuando estuviese en su lecho de muerte recordaría como un punto álgido de su vida. Uno de sus catorce días de felicidad. Rodeado de su estado mayor, disfrutó de ver a todo un rey de Pamplona postrado ante él, y a continuación se volvió hacia Toda.

—Habréis de jurar en nombre de Alá, bien lo sabéis, tía.

—Bien lo sé, y así lo haremos en cuanto se nos garantice la independencia de Pamplona bajo el reinado de vuestro primo García Sánchez —contestó Toda muy seria. La mirada de soslayo que le dirigió su hijo, de nuevo en pie, estaba cargada de reproches.

10

La noticia pronto corrió como la peste por el reino vecino, y no tardó en llegar a Lara, donde Fernán González recibió en su castillo al mensajero que le traía nuevas, no ya de Pamplona, sino también de lo que ocurría en los lindes de Castilla, pues tras la tregua pactada con Toda, Abderramán continuaba con su aceifa por tierras de Álava.

—Señor. Tras saquear con crueldad los pueblos alaveses, Abderramán se ha presentado ante las puertas de la mismísima Burgos. La ha tomado y ha quemado el castillo de San Miguel y demolido hasta los cimientos la ciudad, que sus pobladores han abandonado.

A Fernando, de pie en medio de la estancia, se le crispó el gesto.

Muniadona y Sancha seguían cada cual en una silla ante el fuego. Allí jugaban los niños Herramel y Fortún, vástagos del difunto conde de Álava. Y a un lado la nodriza, en una banqueta, daba el pecho a Gonzalo, que por un momento, como si comprendiera la gravedad de la situación, dejó de llorar.

Sancha volvía a estar encinta y la vida en el Picón continuaba, aunque el temor por la aceifa estaba presente en los ánimos de todos.

Prácticamente cada día llegaban mensajeros y Fernando se había reunido con los señores del condado para decidir las futuras acciones de los castellanos en las calzadas que pudiera tomar Abderramán en su descenso hacia el sur: dónde resistirle y dónde, sencillamente, hostigarle en el camino hasta el Duero, de regreso a sus dominios.

—Pero lo peor, señor, ha sido cuando los infieles se han detenido en San Pedro de Cardeña. Abderramán sabe de vuestros vínculos con el abad, de su relación con Lara y de cómo estuvo presente en vuestra boda. Por eso, cuando entró con sus cordobeses en el monasterio sin

que los monjes opusiesen resistencia, hizo traer al abad y le degolló con su propia daga. Y no contento con ello, mandó reunir en el claustro y arrodillarse a los doscientos monjes que servían a Dios en aquel lugar.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Muniadona. Se la veía muy cansada, y se tapó la cara con las manos.

—Continuad, mensajero —ordenó el conde.

—Algunos dicen que estaba ebrio de vino; otros, que había aspirado el humo de esa hierba que vuelve locos a los mahometanos. El caso es que, con sus ojos inyectados en sangre, rodeado de sus esclavos y teniendo a su general favorito al lado, echó una ojeada a los monjes que con las manos atadas a la espalda murmuraban rezos en latín. En ese momento aparecieron Alhakén y esa mujer cristiana que desde hace algún tiempo le acompaña a todas partes…

—¿Qué mujer?

—Subh la llaman. Su traductora y, según parece, su concubina. Lleva poco más de un año con Alhakén y ya es su favorita. Dicen que se ha convertido al islam y que es quien más odia a los cristianos. Hay quien cree que lo que pasó en el monasterio fue idea suya. Se dicen muchas cosas malas de ella.

—Continuad —dijo Fernán González.

11

—«Renegad de vuestro Dios si queréis seguir con vida». Así habló esa mujer diabólica en nuestro idioma. «Pensáis que Jesucristo os ama y bajará del cielo para salvaros, pero estáis muy equivocados». Como nadie renegaba, se volvió hacia Alhakén y este hacia al-Nasir, el cual ordenó que les quitasen los sayos a los religiosos. Exclamó: «¡Desnudadlos y pisadles la cabeza, ponédsela contra el suelo para que no puedan rezar!». Desnudos y con la cabeza así aplastada, alguno de los santos aún intentaba rezar cuando Alhakén les espetó en su mal romance: «Os lo digo por última vez, perros infieles. Renegad de vuestro falso Dios Jesucristo o moriréis…».

»Doscientos sudaneses de la guardia del califa alzaron sus cimitarras y las abatieron sobre el cuello de los mártires. A alguno fue necesario asestarle dos o tres golpes para que la cabeza se desprendiera del tronco. Ya sabéis que los moros gustan de llevarlas consigo como trofeos de guerra. Las cargan en grandes carros y las vuelcan todas juntas en la plaza de las mezquitas gemelas de Córdoba, delante del alcázar. El patio quedó encharcado por la sangre de los cuerpos desnudos y decapitados. Y dicen que la mujer danzó con alegría salvaje entre ellos.

—Ahórrate los detalles, mensajero. Lo que necesito es saber si Abderramán viene hacia Lara o no. ¿Hacia dónde se encamina?

—Es la buena noticia, señor. Las tropas de al-Nasir pasaron por Palenzuela y Clunia. Allí los hostigaron nuestros hombres sin descanso, tal como ordenasteis. Hemos sido como avispas. Y desde Osma, con los cordobeses cansados de tanto batallar y entorpecida su marcha por el pesado botín que llevaban sus carretas, Ramiro, que sabía por dónde había de pasar Abderramán, salió con sus huestes y atacó el ejército moro que, cogido entre dos fuegos, huyó por el camino de Toledo. Pero al-Nasir ya ha anunciado que pretende reunir un ejército todavía mayor para regresar y apropiarse definitivamente de Castilla. Una vez subyugada Pamplona en el norte, su principal objetivo sois vos, conde.

Fernando miró a Muniadona y a Sancha.

Al conde se le pasaban muchas cosas por la mente y sentía un saludable calor tribal y un repentino alivio, como si le hubiesen quitado una gran carga de encima.

Cogiendo la mano de su mujer, dijo:

—Cuando ataque, estaremos preparados. Las crueldades de Córdoba no nos atemorizan ni a mí ni a los castellanos. Confiemos en Dios. Nada impedirá que nos expandamos por estas tierras, que nos son propias y que estamos regando con nuestra sangre. Y ahora, ¡partid! —E hizo un gesto irritado con la mano.

12

De Sancha, condesa de Castilla y de Álava, a Toda, reina de Pamplona y Nájera.

Madre:

Si he tardado en escribiros es porque he necesitado un periodo de reflexión previo. Como os imaginaréis, vuestro vasallaje a Córdoba no ha pasado desapercibido. Como pamplonesa e hija vuestra, ese gesto me afecta y atañe, y por primera vez en Lara se alzan voces afeándome mi procedencia.

Prácticamente cada semana oigo a mis espaldas rumores en el mercado, y mi esposo ha tenido que intervenir en más de una ocasión para apaciguar los ánimos. Hasta en el concejo se habla de Nájera en términos poco honorables.

No soy quién para recriminaros vuestros actos. Y es por ello que me limitaré a daros noticias de cómo están las cosas por acá.

En Lara, la destrucción de Burgos ha hecho que muchos hombres se hayan acercado a ayudar en su reconstrucción. Hay una enorme falta de trabajo y enseres, y eso nos ocupa. La partida de los cordobeses ha

supuesto un alivio para los foramontanos, que han abandonado los castillos en los que se refugiaron y vuelven hoy a reconstruir sus casas y a trabajar los campos: es la lógica de esta tierra fronteriza. La vida va recuperando la normalidad en espera de que regresen, en la primavera, nuestros enemigos.

En lo personal, debo contaros una noticia buena y otra mala.

La buena es que todo en nuestra casa gira en torno al nacimiento de Sancho, segundo varón del conde de Lara. Sí, madre. Las cosas entre Fernando y yo se han encauzado definitivamente. Una vez más tuvisteis razón en hacer desaparecer a esa bastardilla.

A estas alturas, lo que predijisteis se ha cumplido: Fernando se ha olvidado por completo de ella. Las obligaciones de la guerra y las domésticas, y más ahora que crece la familia, son tales que no tiene tiempo de pensar en más.

La herida está restañada. Hoy puedo deciros que el conde y yo hemos dejado definitivamente atrás las tensiones y vivimos como esposos cristianos, en el respeto y amor mutuo.

Para el bautismo de nuestro hijo, que hicimos en cuanto fue posible, sin esperar a la Pascua, nos reunimos todos en la capilla del castillo, donde nuestro capellán, el presbítero de Lara, ofició el sacramento.

Me ha emocionado grandemente ver cómo sumergían la cabeza del pequeño Sancho en el agua bautismal. Su llegada ha sido un acontecimiento feliz en el condado…, algo a lo que se une mi alegría al saber que también en León Urraca por fin está embarazada: que Dios la bendiga y por su divina gracia consiga darle a Ramiro el heredero que espera.

La mala nueva es que Muniadona, vuestra amiga de tanto tiempo, acaba de fallecer. Sabréis que no estaba bien últimamente.

A ella le dolía el apartamiento de los asuntos del condado en que la mantenía Fernando desde lo sucedido con la malhadada Aurora, que tanto daño hizo a esta familia y a quien solo deseo que esté en cualquier harén como esclava bajo el látigo de un infiel y, a ser posible, que no sobreviva.

Muniadona vivía para su hijo. Para ella, Fernando era el mundo entero y el teatro de su vida. El abatimiento por su indiferencia fue la enfermedad que la mató. Se notó en cómo andaba, en cómo hablaba —ella que siempre se preció de hacerlo con propiedad, controlando cada palabra—; empezó a resultar incoherente y a perder la cabeza.

Al final, todo fue muy rápido. Se cayó saliendo de la capilla tras el bautismo de Sancho. Al día siguiente yacía en el lecho de su alcoba, que ya no habría de abandonar, y sus quejidos dejaron claro que estaba en plena agonía. El capellán que la confesó durante los últimos años le dio la extremaunción.

Yo cada poco entraba con una sirvienta para aplicarle ungüentos y procurar aliviarla. Y veía a Fernando a su lado. Nunca le he visto tan afectado. Jamás hasta hoy le vi verter una lágrima. Y finalmente era ella quien le acariciaba la mano y le daba ánimos.

—Yo te he hecho como eres —murmuró entre toses. Se ahogaba—. Orgulloso y denodado… No te humilles ante nadie, pues tu linaje no palidece ante ningún otro… Sé leal con Ramiro, pero no confundas eso con la sumisión… Y realiza el destino para el que te preparé. Hazlo, y la memoria de tu nombre pervivirá a lo largo de los siglos…

Llamándome a su lado, a mí me dijo:

—Ayúdale a cumplir su sueño, Sancha… Sé su apoyo y consuelo… Pero no bajes la cabeza. No permitas que su orgullo te rompa… El orgullo es su peor enemigo… Su padre, Gonzalo, era igual… Los hombres orgullosos no suelen acabar bien… Pero por algo los amamos… Ayúdale para que no se desvíe de su camino…

Y ya lo que todos temíamos llegó durante la noche.

Muniadona se agitaba en su delirio. En la madrugada pareció apaciguarse. Por fin se quedó inmóvil, rígida. Yo desde la puerta vi cómo nuestro capellán se santiguaba y murmuraba un último rezo por su alma.

Al cabo, Fernando se volvió hacia mí. Tenía la cara recompuesta, limpia de lágrimas. Dijo:

—Ha sucedido. Mi madre se ha ido. —Y me cogió la mano—. Ahora solo me quedas tú.

Sancha, condesa

SEGUNDA PARTE

LA REBELIÓN DEL HIJO PUTATIVO

Capítulo VI

La batalla de Simancas

«Después, el rey cordobés Abderramán se apresuró hasta Simancas con gran ejército. Nuestro católico rey, oyendo esto, dispuso ir hasta allá con gran ejército, y allí mismo, peleando uno con otro, estando al caer la fiesta de los santos Justo y Pastor, fueron deshechos ochenta mil de ellos».

Crónica de Sampiro

1

El día amaneció soleado en Córdoba.

Los rayos de sol que filtraba la celosía rozaron el cuerpo de la mujer que yacía desnuda en el lecho del hijo del califa y que abrió los ojos. Su cabello, de un rubio pajizo, se esparcía por la almohada de seda. A su lado, bocabajo, Alhakén aún dormía, igual de desnudo. Subh acarició su cabellera rojiza, que caía suelta sobre la espalda pecosa, y apartó el brazo de él con delicadeza.

Logró levantarse sin que el heredero se despertara. Satisfecha, pensó en la noche pasada. Desde la partida de Abderramán, su relación con Alhakén se había afianzado y ya era más que una mera concubina…

¿Cuántas veces habían yacido juntos a lo largo del verano? Era difícil de decir.

Para lograrlo había tenido que echar mano de todos sus recursos amatorios —aquellos en los que la adiestraron las mujeres más expertas del harén— y, como previó alguna veterana, finalmente había conseguido despertar la sensualidad de Alhakén, que no solo no se saciaba, sino que cada día era mayor.

Subh sabía complacerle y con frecuencia, para ello, se travestía en hombre.

—Si no fuera porque el mundo es una mansión de paso llena de sinsabores, y en espera de ver qué aguarda en el paraíso, yo diría que nada supera esto —le había dicho el heredero durante la noche—. El placer carnal es el gozo sin tristeza que lo enturbie, la perfección de los deseos. Entre todas las cosas de las que he gustado, Subh, te diré que ni contemplar las plantas después de la lluvia, ni el color de las flores en primavera, ni el murmullo de los arroyos ni la belleza de este alcázar orillado por jardines me causan un placer igual. Hemos llegado en la intimidad a los últimos límites tras los cuales ya no es posible que un hombre goce más, y siempre me sabe a poco…

Mientras se acercaba a la celosía sintiendo el frescor del mármol bajo sus pies, pues en verano se retiraban las alfombras en el harén,

Subh se sentía a la vez satisfecha y preocupada.

Estaba segura del amor de Alhakén —sabía que antes de ella, aparte de encuentros esporádicos, apenas se interesaba por las mujeres —, pero temía la vuelta de Abderramán, que ya se había opuesto a que Alhakén tomase esposa para evitar cualquier influencia femenina en su heredero. Además, aunque por el momento las demás mujeres aceptaban su preeminencia, cuando llegara al-Nasir volverían a cuestionarla.

Y pese a ello, ahora disfrutaba de esa plenitud que solo siente un amante después de una noche de juegos y caricias. Esa relajación es la recompensa de la naturaleza cada vez que se cumple con ella.

Mientras Alhakén se removía en la cama, Subh, desnuda ante la celosía, desperdigó la mirada por los jardines del alcázar, rebosantes y cuidados. Más allá estaba el muro que los separaba de la plaza de las mezquitas gemelas, una plaza todavía intramuros. Y al otro lado de la muralla exterior de la ciudad estaba la alameda que escoltaba al Guadalquivir a su paso por Córdoba, cuyas aguas se llenaban de norias y molinos entre los puentes de piedra romanos que los árabes habían restaurado.

Oyendo la animación que llegaba de la plaza, se dio cuenta de que después de tantos días encerrada en los aposentos privados de Alhakén, el mundo exterior se volvía irreal.

En torno a las mezquitas continuaba el tránsito apresurado de fieles que acudían a la llamada que hacían los almuédanos desde los minaretes. En un rincón de esa plaza había cuatro campanas enmudecidas y, a su lado, amontonadas, centenares de cabezas de cristianos decapitados en la última aceifa. Al principio los detalles así la habían impresionado, pero hoy Subh apenas pensaba en ello. Y desde luego no parecía perturbar a los fieles que, como cada viernes, se dirigían rutinariamente hacia las mezquitas en cuyos patios se descalzarían y harían las rituales abluciones…

Subh volvió la mirada lo más que pudo hacia el levante. Desde allí se alcanzaba a ver el pasadizo elevado que llevaba hasta el masivo edificio de la gran mezquita, que Abderramán había ampliado con la construcción de un segundo minarete. Pese a que no conocía el interior, pues desde que estaba de regreso en Córdoba apenas salía del harén, Subh había oído hablar de la belleza espectacular de los arcos de herradura, albos y ocres, de aquel bosque inacabable de columnas en muchos casos procedentes de antiguos templos visigodos. Y también de la construcción, que ya se iniciaba, de una grandiosa ciudad califal, hacia el noroeste, al pie de la sierra cordobesa, que había de ser el emblema inmortal del poder de Abderramán.

De pronto su atención se distrajo al oír fuera las voces apagadas de los criados.

Subh se acercó al durmiente y le tocó en el hombro.

2

—Llaman al rezo, mi señor. Hoy os toca dirigir la oración.

Alhakén abrió los ojos y la sonrisa soñadora que asomó por debajo de su nariz aguileña, en mitad de la barba pelirroja, se borró de inmediato. Se incorporó con un gruñido.

Los eunucos entraron y vistieron apresuradamente el fornido cuerpo del heredero con una túnica azul larga de pliegues amplios que cayó sobre los pantalones ceñidos a los tobillos, que le remangaron ligeramente, y le colocaron un turbante de seda. También le ciñeron un tahalí de cuero con incrustaciones de piedras preciosas. Él mismo enfundó su alfanje. Las babuchas, de punta levantada, estaban bordadas con hilo de plata. Para entonces, Subh, que en presencia de los eunucos llevaba el rostro descubierto, también se había vestido.

—¿Qué miráis, mi señor?

—La hermosura de tus ojos. No puedo pensar en nada que se le iguale.

—Eso es porque habéis satisfecho vuestra sed, *mawlay*. Pero os esperan en la mezquita. Os toca apresuraros, o el imán se ofenderá.

Alhakén le dio un beso en el cuello desnudo murmurándole al oído: «Volveré al mediodía, mi hermosa vascona. Estate preparada». Abandonó los aposentos y Subh le oyó subir por las escaleras que llevaban hasta el pasadizo que unía el alcázar con la mezquita, donde los fieles esperaban ya en la sala de la oración arrodillados respetuosamente en dirección a La Meca.

Para resolver de una vez por todas el problema con los cristianos, a lo largo de todo el año Abderramán había hecho un llamamiento a la guerra santa y convocado a los musulmanes de uno y otro lado del Estrecho. Decenas de miles de hombres acudieron desde todas las provincias de Al-Andalus y el norte de África. Muchos acamparon cerca de Córdoba durante demasiado tiempo, hasta que por fin a finales de junio aquel ejército colosal se puso en marcha. Seguro de su triunfo, al-Nasir había dispuesto que cada día se rezara en la mezquita mayor una oración de acción de gracias por su inminente victoria.

—Me acerco al medio siglo y puede que sea mi última aceifa, hijo mío. En adelante, te tocará a ti liderar los ejércitos. Pero mientras, este verano permanecerás en Córdoba. Cuidarás de mi reino, actuarás en mi nombre, y los musulmanes se acostumbrarán a verte ejercer el poder —había dicho antes de emprender la marcha.

Y tal como hacía el propio Abderramán un viernes de cada mes, Alhakén encabezaba hoy la *jutba*, el rezo colectivo semanal de los creyentes.

—¡Alá es grande y misericordioso! —exclamó arrodillándose ante los fieles.

3

—¿Qué quieres, Maryam? Supongo que tiene que ver con el mensajero que acaba de llegar de Córdoba. He visto que se ha dirigido directamente a tu carromato.

—Tengo nuevas noticias de mis informantes en el harén.

—¿Buenas o malas?

—Según como quiera verse, al-Nasir. Es sobre vuestro hijo, *mawlana*.

—No des más rodeos. Cuéntame lo que sea. ¿Hay algún problema con Alhakén?

—Supongo que no, pero no estoy segura de que mi señor piense igual. Alhakén lleva un mes compartiendo lecho con esa esclava cristiana contra la que le previnisteis. El resto de las mujeres dice que le ha hechizado, que apenas come, que no le quita los ojos de encima, le ríe cualquier tontería y, sobre todo, ya no quiere yacer con nadie más, ni siquiera con varones, como acostumbraba. Dicen que incluso descuida los asuntos de gobierno por estar con ella.

—Se lo advertí. Le dije que no la privilegiara sobre las demás. Encima, cristiana y rubia. Sabía que traería problemas.

—Mi señor, eso pasa siempre en la vida. A todos nos gusta lo diferente, lo exótico. Donde las mujeres son morenas, los hombres las prefieren rubias, y sucede también en el otro sentido.

—Abrevia, mujer. No necesito un tratado sobre el amor. Sé cómo funciona el mundo.

—*Mawlay*, creo que os interesará saber que Alhakén ha aprovechado vuestra ausencia para hacer que la cristiana se mude a sus aposentos privados. Últimamente pasa con ella más tiempo del que debería teniendo en cuenta los asuntos que le dejasteis encomendados. Claramente, ha perdido la cabeza por ella como nunca antes. He pensado que debía advertiros, visto que estabais tan en contra de esa relación.

—Y yo te lo agradezco, Maryam, pero ahora hay asuntos más importantes de los que debo ocuparme. No debo distraerme con cuestiones que no puedo resolver todavía. Ahora mismo conviene dejarle que se sacie, que agote su deseo. Conozco a los hombres. Es joven, tiene veinticuatro años, y por primera vez asume

responsabilidades de gobierno en mi ausencia. Necesita relajarse, bajar la tensión. Es una situación nueva. En algún momento se cansará, pasará a otra cosa. Mejor que se sacie ahora. Después, ya veremos. ¿Qué pasa? ¿Dudas?

—Ojalá el príncipe de los creyentes esté en lo cierto, pero sabéis que este amor se ha construido con dificultad. Y Alhakén, igual que Abderramán, no es alguien que se enamore fácilmente. Su carácter es como una tierra dura y pedregosa donde el afecto no suele crecer, pero cuando arraiga lo hace con fuerza y ya no ha de cuidarse de que lleguen las lluvias de primavera. Subh lleva tiempo en el harén. He visto cómo iba tendiendo sus redes poco a poco, y os digo que costará.

—Hasta en los jardines mejor cuidados hay malas plantas. Ya me encargaré de ello a la vuelta. Ahora vuelve con las demás mujeres. Yo debo concentrarme en la campaña. Estoy viendo cosas que no me gustan…

Mientras la cautelosa Maryam se retiraba, Abderramán miró a los jinetes cristianos que acababan de aparecer a lo lejos, en lo alto de un cerro.

4

El enorme ejército congregado para lo que el califa llamaba, no sin petulancia, la Campaña del Poder Supremo, había abandonado Toledo a finales de julio y avanzaba en los primeros días de agosto por las tierras de nadie que orillaban el fronterizo Duero.

Su objetivo era la ciudad de Zamora, punto clave para la protección del reino de Ramiro. Pero antes conquistarían Simancas, la plaza leonesa más sureña, que pensaban usar como base de operaciones. Y por el camino avanzaban lenta y orgullosamente, pues no encontraban a su paso más que poblados abandonados que quemaban o arrasaban. Y así quedaba tras de sí un territorio devastado.

No había sido sino hasta hoy que algunos jinetes cristianos, primero sueltos, luego en grupos, empezaban a aparecer por lo alto de los cerros, al otro lado del cauce del río. Algo irritado, Abderramán pensó que podían estar preparando una emboscada y mandó cruzar el Duero a un destacamento de caballería. Este encontró un punto en el que vadear el río y desapareció por espacio de unas horas mientras el resto continuaba, con prudencia, en su progresión por la senda que lindaba con la otra orilla.

Los hombres miraban hacia lo alto de los cerros. Por allí habían vuelto a desaparecer los cristianos: quizá bajaban por el otro lado. Los patos y las aves levantaban el vuelo y los animales de la ribera se

ocultaban al oír el ruido de los pasos de los infantes, los cascos de los caballos, los carruajes del bagaje.

El polvo que levantaban se veía a gran distancia.

—No hay cuidado por el momento, *mawlay*. Son los castellanos de Fernán González y Ansur Fernández —dijo el oficial que mandaba el destacamento cuando regresó por la tarde, cerca del crepúsculo. El hombre llevaba unos años en los territorios fronterizos. Conocía bien a sus enemigos—. Se dirigen, como nosotros, hacia Simancas. Allí les espera el rey Ramiro. Pero no nos atacarán antes. Podéis estar tranquilo.

—En ese caso, mejor que se adelanten y se reúnan con los hombres de Ramiro. Así los destruiremos a todos en una única y gloriosa batalla.

El califa se sentía fuerte, lleno de confianza. Estaba en plena madurez. Tenía la seguridad de que aquella sería la confrontación definitiva y sus ojos azules brillaban cada vez que pensaba en la inminente contienda.

Al mirar por encima de su hombro, lo que veía era unas tropas seguras de la victoria, inflamadas por sus llamadas a la guerra santa. Cordobeses, pero también bereberes, árabes, no pocos mozárabes, además de los mercenarios eslavos que componían su guardia personal.

Y detrás, centenares de mulas cargadas con el bagaje, incluida su propia tienda y las que servían para alojar a los embajadores, que no le iban a la zaga en lujo a la de Abderramán. Y por supuesto los carruajes cubiertos, donde viajaban las mujeres de los oficiales. A la cabeza de todas, Maryam, su esposa favorita, junto con algunas jóvenes seleccionadas por ella. Las últimas, unas muladíes toledanas, hijas de nobles locales, perfectamente educadas, que desde entonces viajaban con al-Nasir.

Tras el monótono avance del ejército, Abderramán ordenó acampar cerca de la llanura donde el Pisuerga desemboca en el Duero. La orden circuló de boca en boca y casi de inmediato la actividad animó el campamento. Algunos montaban las tiendas, otros abrevaban a los caballos, los de más allá iban a coger agua al río o fortificaban el emplazamiento… Todo el mundo tenía su quehacer.

5

Empezaba a oscurecer cuando Abderramán se retiró al interior de su tienda, donde no permitía que entrasen todavía las mujeres. Sus esclavos ya habían dispuesto almohadones y cojines por el alfombrado suelo, junto con todo lo necesario para su comodidad.

Mientras se encendían centenares de hogueras por el campamento, al-Nasir mandó llamar a sus generales y, con ellos, al recién llegado Abu Yahya, que acababa de incorporarse al ejército proveniente de la ciudad de Zaragoza, en la marca superior del califato, donde era valí.

—¿Y cómo he de tratarlo?

—Hacedle sentir bienvenido, *mawlay*, porque necesitamos de sus fuerzas —contestó Furtún. Él era el más experimentado de los generales y, quizá por ello, el más precavido, además de responsable de los territorios fronterizos—. Cuantos más seamos, más pavor inspiraremos a nuestros enemigos, y antes acabaremos con la batalla. El mero hecho de saber que un antiguo aliado suyo se nos une, desmoralizará a muchos. Todo es importante cuando se trata de conseguir la victoria.

Abderramán pareció contrariado. Pero cuando uno de sus eslavos apartó a un lado el paño que cubría la entrada de la tienda, hizo un esfuerzo por sonreír.

6

—¡Afortunados mis ojos, Abu Yahya!

Abu Yahya tenía un físico menudo, de tez muy oscura y ligeramente achaparrado, que resultaba engañoso, pues era un hábil guerrero bajo cuya espada sucumbían hombres de apariencia más temible. Su rostro, de carrillos abultados, sonrisa fácil y ojos huidizos, era tan tornadizo como sus humores. Su política de alianzas no había dejado de fluctuar desde que era valí entre Córdoba y los reinos cristianos, con quienes a ratos pactaba y en otros guerreaba.

—Afortunados los míos, al-Nasir, que hoy por fin pueden veros en vuestra magnificencia —contestó postrándose brevemente.

Mientras que otros generales ya se habían desembarazado de sus cotas de malla, Abu Yahya llevaba todavía su loriga por encima de la túnica verde que lo protegía del calor, y el yelmo sobre el turbante. Por desconfianza o imprevisión, su aspecto contrastaba con el aire relajado de los demás mandatarios. Algunos fumaban en pipas. Otros tomaban el té que dos eunucos hacían circular en bandejas doradas. Abderramán no quiso perder tiempo y no apartó sus ojos de los del de Zaragoza.

—Espero que hoy sea la última vez que haya de sorprenderme por verte entre nosotros.

—Lo será, *mawlay*. El juramento que os hice es eterno. Alá es testigo.

—Es el mismo juramento de hace unos años, cuando esperé tu

llegada en el asedio de Osma y no apareciste… Por tu culpa perdimos esa batalla.

Aquel tono habría conseguido que cualquier otro con menos cuajo se echase a temblar. Abu Yahya se limitó a esbozar una sonrisa apaciguadora con la que intentó apagar el fuego iracundo que habitaba, de manera perpetua, en Abderramán.

—No volvamos sobre aguas pasadas, mi señor. Hoy las circunstancias han cambiado y con ellas, mi ánimo, magnífico califa. Pero el Altísimo sabe que soy sincero cuando me uno a quienes comparten mi fe. Solo bajo amenaza insufrible me he avenido a ayudar alguna vez a los cristianos del norte, y nunca en momentos críticos.

—Aquellos momentos fueron críticos. Y lo único que ha cambiado hoy es que se han fortalecido de nuevo los vínculos entre León y Pamplona, donde mi tía me ha vuelto a traicionar… —masculló el califa, irritado por el recuerdo.

Apenas dos primaveras atrás los pamploneses habían roto la tregua que Toda pactó durante la aceifa en Álava y Castilla para unirse después a Ramiro. El leonés atacó algunas ciudades de la marca superior del califato y consiguió que Abu Yahya le rindiera vasallaje. Como reacción a las nuevas incursiones cristianas, Abderramán atacó el castillo de Calatayud, defendido por rebeldes de Abu Yahya, y una vez muerto su jefe, la plaza se rindió a los hombres de Furtún, que respetó la vida de los musulmanes y degolló a los alaveses. La ofensiva continuó hacia Zaragoza, la cual, tras un largo asalto, se rindió también en el otoño de aquel mismo año. Tras los hechos, Abderramán siguió el consejo de Furtún y perdonó la vida a Abu Yahya, permitiéndole conservar el gobierno de su ciudad.

En estos momentos parecía evidente, por su actitud, que al-Nasir no estaba satisfecho de la decisión, y Abu Yahya quiso dejar claro la firmeza de su compromiso ante la media docena de generales que lo contemplaban con semblantes serios, sentados de piernas cruzadas en torno al califa.

—Os garantizo, *mawlay*, y lo probaré en la batalla, que soy en estos días vuestro servidor más fiel. ¡Que el Todopoderoso esculpa en mármol mi palabra!

—Puesto que es así, la misión que te encomiendo es cruzar mañana el río con tus hombres. Serás el primero en enfrentarte a los cristianos. Los atacarás por sorpresa mientras el resto del ejército aprovecha para vadear el río a tus espaldas e instalar el nuevo campamento en la otra orilla.

—Será un honor, príncipe de los creyentes.

Dando por terminada la conversación, Abderramán cogió la pipa que había a un lado, sobre una mesa baja. Le dio una calada larga y fumó algo del hachís del que se servía algunas noches cuando no podía conciliar el sueño.

7

El sol matutino que se alzó sobre el alfoz de Simancas alumbró a la vanguardia del ejército califal, comandada por Abu Yahya, según cruzaba el Pisuerga por unos vados al suroeste de la fortaleza cristiana. A sus espaldas, el grueso del ejército vadeó el río y pronto se dedicó a instalar y fortificar el nuevo campamento en la explanada ribereña.

En un cerro elevado hacia el norte se montó la tienda de Abderramán, quien, desde una silla de campaña bajo un parasol, pudo dirigir su vista hacia el levante: por allí se alcanzaban a ver los muros de la villa de Simancas y, más acá, en la llanura, el primer campamento enemigo.

Una mujer velada le puso la mano suavemente en el hombro al califa: era Maryam, la esposa favorita. A Abderramán le gustaba tenerla a su lado durante las campañas.

—Ese es el primer objetivo de nuestra yihad, mujer. Ahora veremos qué tal lucha contra sus antiguos aliados Abu Yahya.

Abderramán acarició la delicada mano que se posaba con confianza en su hombro. Maryam llevaba más de veinte años a su vera y lo conocía, nunca mejor dicho, como la palma de su mano. Además, le había dado cinco hijos, el mayor de los cuales había sido designado como sucesor siendo muy niño.

Ser madre del heredero le daba un estatus privilegiado, con derecho a bienes propios. Pese a su origen cristiano, se había convertido al islam y hoy casi ni se acordaba de su idioma materno, que hablaba con dificultad.

8

El primer choque de la mañana fue breve. Los castellanos de Fernán González y Ansur Fernández, ellos también recién llegados a Simancas, no vieron llegar a los musulmanes que cruzaron el Pisuerga bastante más al oeste de donde esperaban.

Al aparecer Abu Yahya por el poniente y embestir al frente de su caballería, retrocedieron y se retiraron los de Fernán González hacia las fortificaciones de la villa, tras las cuales se refugiaron junto con los hombres y mujeres del alfoz hacinados allí, y los de Ansur, hacia los

deforestados alcores al noroeste de Simancas, donde acampaba Ramiro.

Aprovechando el desconcierto de los cristianos, los de Abu Yahya se acercaron a la empalizada exterior de la fortaleza en sucesivas cabalgadas y su fragor lo amplificó el repiqueteo de los cascabeles con los que los musulmanes solían aparejar sus caballos.

En medio de la creciente polvareda, prendieron fuego, con saña y entre gritos victoriosos, al campamento abandonado y a las zonas desalojadas del alfoz. Todo lo que encontraron a su paso lo quemaron y galoparon hasta el pie de la empalizada, donde, sorteando flechas, lanzaron varios sacos de esparto que rebotaron en el suelo y se abrieron.

—Que los arqueros no malgasten flechas. ¿Qué es eso? —Fernán González se asomó a lo alto de una torre de defensa. Diego Muñoz, a su lado, clavó su mirada en lo que dejaban escapar los cuatro sacos abiertos. Por el suelo habían rodado varias decenas de cabezas tonsuradas. Los moros debían de haberse detenido en los monasterios de Olmedo o de Íscar de camino hacia allá—. ¡Los sarracenos se alejan! ¡Hay que salir y recoger esos despojos para enterrarlos!

Mientras los musulmanes regresaban al campamento castellano, cuyas llamas humeaban en la llanura, las puertas se abrieron y varios lugareños recogieron a toda prisa las cabezas en los mismos sacos en los que venían.

A lo lejos ya se veía otro movimiento, y era que las tropas de Abderramán habían cruzado el río y empezaban a ocupar la llanura por el oeste, entre la ribera del Pisuerga y las laderas de los primeros montes hacia el norte, donde ya se montaba la tienda de Abderramán.

Muchos guerreros musulmanes se alineaban disciplinadamente con sus estandartes con el águila califal delante del campamento, que cada vez se fortificaba más.

La vista de aquel mar de hombres causaba vértigo.

9

Enseguida llegaron a Simancas órdenes del campamento de Ramiro, y los castellanos, encorajinados por la provocación de las cabezas cortadas, decidieron salir a campo abierto.

En cuestión de una hora, pasado el mediodía, los hombres de Ramiro y Ansur, bajando desde los alcores cercanos, y los de Fernán González, que abandonaban el refugio de las defensas, juntaron sus esfuerzos para contraatacar y cargar contra la avanzadilla de Abu Yahya.

La carga tuvo dos frentes y, unidos en una primera embestida, los

foramontanos consiguieron que los jinetes de Abu Yahya se retirasen hasta juntarse con el resto del ejército cordobés, que ya ocupaba la llanura.

Al verlo desde la silla ante su tienda y entre su guardia de eslavos, Abderramán torció el gesto.

Bajo la sombra del espléndido parasol, Maryam permanecía a su lado silenciosa y velada: era difícil adivinar qué podía pensar, puesto que se mantenía en un discreto segundo plano, muy consciente de que en la guerra no tenía voz: una vez Abderramán había ordenado decapitar a una de sus esposas durante el sitio de Pamplona solo porque osó hablar en presencia de sus generales. Desde ese día, las demás se cuidaban mucho de ello.

El general Furtún ahora llegaba cabalgando ladera arriba y echó pie a tierra junto al califa, aplaudiendo el movimiento del zaragozano.

—Hace bien Abu Yahya en no arriesgarse a una confrontación en inferioridad numérica. Ya hizo suficiente daño quemándoles el campamento. El objetivo principal está logrado: hemos cruzado el río. La batalla será larga y difícil, *mawlay*. Ellos también son muchos. Y tienen a su Dios.

—Alá no puede ponerse de parte de los infieles —dijo Abderramán. Y volvió a observar el campo de batalla.

Abajo, los cristianos recorrían un trecho del terreno que los separaba del campamento musulmán y perseguían a los de Zaragoza…, pero se detuvieron al ver la ingente cantidad de enemigos que esperaban al final de la llanura con sus estandartes en alto.

La prudencia los hizo volver grupas y regresar sabiamente a Simancas.

10

A la mañana siguiente, los hombres en los dos campamentos, moros y cristianos, se prepararon para la batalla. Pero tras toda una jornada de amagos, el ejército califal, viendo que llegaban nuevos contingentes cristianos —pamploneses enviados finalmente por la reina Toda—, prefirió no lanzar ningún ataque y seguir fortificando su posición. Y no fue sino en la madrugada del día después cuando el descomunal contingente abandonó su campamento y se dirigió, ahora ya sí, camino de Simancas.

La suave luz de primera hora iluminó el terreno devastado donde quedaban los restos de la quema del campamento cristiano dos días atrás. En el real cordobés, los hombres habían descansado bien en sus tiendas y nada más ponerse en pie se fueron juntando y organizando en los diferentes cuerpos del *yund*, el ejército regular.

A su vez, al otro lado de la llanura, donde se acababan de agrupar los leoneses y sus aliados, entre los que se contaban ya varios centenares de pamploneses —no muy numerosos, pero los suficientes para que nadie pudiese echar nada en cara a Nájera—, los ánimos estaban enardecidos. Los hombres de cada grupo gritaban los nombres de sus santos patrones.

—¡Santiago! ¡Santiago!

—¡San Millán! ¡San Millán! —se calentaban los pamploneses.

—¡¡Mahoma!! ¡¡Mahoma!! ¡¡Alá es grande!! —les contestó un vocerío unánime desde las posiciones enemigas.

Hacía meses que los leoneses sabían del inmenso ejército que reunía Abderramán y ellos también habían convocado a sus gentes y aliados. Gallegos, asturianos y castellanos, alaveses y pamploneses, todos respondieron a la llamada de Ramiro. Y habían tenido tiempo de prepararse.

—Por una vez, nuestro número es suficiente. Esta vez le vamos a dar su merecido al moro. ¡Santiago! ¡Santiago! —exclamó Ramiro. E hizo una seña al joven a su lado para que levantase más alto el pendón con la cruz de la Victoria.

Pese a los gritos de ánimo, entre las tropas cristianas cundía el temor ante el número de musulmanes que se les venía encima. Aquello era una marea humana. Y Fernán González, Ansur y Diego Muñoz, que se agrupaban en torno a Ramiro para recibir órdenes, no dejaron de percibir ese temor.

—Nunca antes había visto un ejército semejante —dijo Fernán González.

11

Los dos contingentes ejecutaron los movimientos preliminares habituales en cualquier gran batalla: ambos medían sus fuerzas en espera de encontrar el punto débil donde lanzar el ataque definitivo. Había tanto en juego que la prudencia era enorme.

Los cristianos cargaron en un par de ocasiones con empuje, pero en el lado musulmán Furtún reservaba una parte importante de su caballería en la retaguardia para taponar boquetes y acudir a reforzar aquel punto de su ejército que lo necesitase.

Toda la mañana, los tanteos se sucedieron y los primeros muertos quedaron sobre el terreno.

De pronto, a eso del mediodía ocurrió que el sol, llegado a su cénit, se fue cubriendo por una sombra de modo que en poco tiempo la totalidad del disco solar quedó oculta. La oscuridad entenebreció la llanura. Una brisa repentina recorrió el campo de batalla y durante un

rato que pareció interminable la noche fría se hizo sobre los combatientes enfrentados.

Moros y cristianos quedaron inmóviles en medio de un silencio tenso que todavía seguía cuando la sombra desapareció y el sol volvió a brillar en lo alto. Todos vieron en ello un claro presagio divino y se preguntaron si era positivo o negativo para los unos o los otros…

Cuando los ejércitos finalmente se separaron como de común acuerdo, Fernán González y algunos oficiales cabalgaron rápidamente de regreso a la fortaleza de Simancas, donde hombres y mujeres se arrodillaban invocando la protección del Señor.

En la capilla del castillo resonaban los rezos de los muchos monjes y sacerdotes refugiados allí, los mismos que seguirían oyéndose mientras durase la batalla.

—Si Dios no lo previene, esto puede durar días —advirtió Fernán González.

12

Durante un par de jornadas la situación pareció estancarse. Abderramán había ordenado a los suyos mantenerse en el sitio, no retroceder, pero tampoco atacar.

Tras el eclipse, cordobeses y cristianos continuaron con cansinos tanteos por la llanura, cada vez más hollada por los caballos, con la hierba levantada y llena de peligrosos socavones, hasta que por fin, en la mañana del jueves seis de agosto, día de los santos Justo y Pastor, los leoneses lanzaron su gran embestida.

Desde luego, nadie esperaba que la batalla, con aquel monstruoso ejército enfrente, fuera sencilla. Pero Ramiro, de acuerdo con sus condes, estaba decidido a no rehuir la contienda.

En su día, durante la aceifa que arrasó las tierras de Castilla y Álava, se habían visto obligados a encerrarse en sus castillos y el resultado fue que al-Nasir continuó sin resistencia devastando alegremente cuanto encontró en su camino hasta las puertas mismas del reino de Nájera, donde Toda hubo de humillarse y prestarle vasallaje. Pero esta vez habían tenido tiempo para reunir fuerzas suficientes.

—Ha llegado el momento de medirnos él y yo —dijo Ramiro. Tenía a un lado a Fernán González, al otro a Ansur. Su mirada se posó en el cerro donde se concentraba el mando cordobés en torno a la colorida tienda del califa, ante la que ondeaban los mismos estandartes con el águila, la insignia personal de Abderramán, que también se repartían abajo por el campo de batalla—. Desde que soy rey, al-Nasir ha sido una amenaza constante en las fronteras de mi

reino. Tiempo es de terminar con esto…

A esas alturas Ansur había aprovechado los desencuentros entre Ramiro y su conde de Castilla para situarse como favorito junto al monarca. No llegaba a haber enemistad entre este y el conde de Lara, pero la altivez de Fernando había acabado por irritar a Ramiro y hoy era Ansur quien combatía a su lado.

Los tres se cubrieron la cabeza con la capucha de malla de la loriga, y sobre ella se pusieron los yelmos. Ramiro se colocó la corona de los reyes de León, que brilló bajo el sol que caía a plomo sobre la llanura.

No había ni una nube sobre sus cabezas. Todos los hombres, y especialmente quienes llevaban armaduras, sentían que sus poros se abrían. El sudor corría por sus caras como lágrimas.

A una señal de Ramiro, salieron de Simancas foramontanos armados con palos, guadañas y horcas de hierro, entre ellos, mujeres y ancianos. Todos los que podían sujetar un arma o rematar a un contrincante herido se les unieron de manera desordenada.

Los cuernos de guerra cristianos sonaron con fuerza.

13

El ataque fue respondido por un avance cordobés igual de decidido y con un frente bastante más amplio, donde infantes y arqueros del ejército califal iban por delante según la costumbre. Detrás aguardaban los jinetes bereberes y los de Zaragoza, que se pusieron en marcha entre el repiqueteo habitual de cascabeles.

La caballería musulmana se desplegó por el campo por detrás de una infantería varias veces más numerosa que la cristiana. El frente cordobés ocupaba, prácticamente, la llanura entera.

—Si Dios permite que nos derroten, al-Nasir no nos dará cuartel —dijo Fernán González. Y alzó la vista hasta la tienda colorida en lo alto desde la que, cada poco, bajaban jinetes con órdenes—. El combate será a muerte…

Un silencio ominoso se adueñó de sus filas al tiempo que, enfrente, millares de gargantas se unían gritando el nombre de Mahoma. El clamor resonó por todo el campo de batalla.

Bajo la primera lluvia de flechas, el ejército cristiano se mantuvo firme. Se protegieron escudos en alto. La infantería musulmana ya se abría, dejando paso a sus jinetes, que hicieron temblar el cada vez más maltrecho suelo bajo los cascos de los caballos.

Los arqueros cristianos lanzaron una nube de flechas sobre los jinetes cordobeses, que se desperdigaron para esquivarlas. Y a una señal de Ramiro, Fernán González, al frente de sus castellanos, lanzó

una primera carga contra los musulmanes más avanzados: eran los sudaneses.

También arqueros de tez oscura dispararon sus flechas y Fernán González frenó a los suyos y se retrasó, protegido a su vez por arqueros foramontanos, justo cuando la caballería de Ansur, comandando el ala derecha, se lanzó al ataque por donde le aguardaban las tropas de Furtún.

Las cargas de unos y otros iban seguidas de movimientos bruscos para retroceder o dispersarse, buscando la espalda o los flancos del enemigo: era el tornafuye, el modo de guerrear magrebí que los cristianos, al cabo de muchos años de lucha en la frontera, habían asumido como propio.

La idea de las cargas era encontrar el flanco más vulnerable. Durante las embestidas Ramiro permaneció retrasado, con su infantería leonesa, considerando cuál era el punto más favorable para lanzar el ataque definitivo.

Pero no acabó de verlo…

14

La caballería musulmana, entre tintineos de cascabeles, levantó una nueva polvareda. Una y otra vez se acosaron cordobeses y cristianos con bruscos avances y retiradas bajo las flechas y azagayas enemigas. Al final de cada embestida, decenas de muertos quedaban tendidos sobre la llanura.

Dentro de la lógica del tornafuye, solamente cuando una de las dos huestes diera indicios de fatiga o inferioridad, o dejara demasiado al descubierto uno de los flancos, se daría el combate definitivo.

Pero los tanteos se prolongaron porque Abderramán quería evitar los errores de años atrás: esta vez la victoria debía ser definitiva. Y en ello seguían cuando, a eso de la media tarde, los jinetes de Ansur encontraron por fin el punto vulnerable.

Al advertir que el *yund* del califa —el ejército regular cordobés, su principal fuerza de choque— combatía ya con un ardor menguado por la fatiga, los de Ansur redoblaron la virulencia de su ataque hasta que las filas enemigas, de pronto, cedieron.

Fue la señal que esperaban. La carga que siguió fue masiva.

—¡Muerte a los infieles! ¡Rompamos sus filas! ¡Sin cuartel! —clamó Ramiro—. ¡Santiago! ¡Santiago!

—¡San Millán! ¡San Millán! —gritaron los pamploneses.

Fernán González y Diego Muñoz lanzaron sus huestes por el centro del campo de batalla y lograron dispersar a los de Zaragoza, que al principio habían sido la punta de lanza del enemigo. La furia

del ataque logró que consiguieran penetrar las líneas musulmanas por tres sitios, y ya el ejército cordobés no pudo apoyar con fuerzas de refresco todos los puntos donde hacían mella los cristianos.

El frente se rompió. Por primera vez, infantes y arqueros musulmanes huyeron del campo de batalla en plena desbandada. El propio Abu Yahya, rezagado, cayó de su caballo y fue rodeado y capturado por cristianos.

Y todo ello lo contempló Abderramán desde lo alto del cerro, ante su tienda, junto a alguno de sus hombres de confianza y rodeado por su guardia eslava. Para entonces Maryam se había retirado y esperaba en una de las tiendas más grandes con el resto de las mujeres.

Viendo lo que empezaba a suceder, el califa se levantó de su silla y abandonó la sombra refrescante que le resguardaba del sol de agosto.

Las bajas eran enormes.

La desbandada de su *yund* en la llanura agostada le hizo ver que ya solo quedaba dar la orden inexorable a los mandos más cercanos si quería evitar la catástrofe total de su ejército.

—¡Retirémonos! —exclamó.

15

Por primera vez en cinco días, los cristianos quedaron dueños de la llanura, y Ramiro, Ansur y el resto de jinetes persiguieron a los pequeños grupos de infantes cordobeses que quedaban aislados cazándolos por la espalda como conejos.

Como la victoria es un estado de ánimo, las tropas musulmanas se habían venido abajo y no lograban recuperar el orden mientras eran masacradas sin piedad por cristianos enardecidos.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Santiago! ¡Santiago!

—¡San Millán! ¡San Millán!

Cada vez más envalentonado, Fernán González aprovechó para lanzarse al galope hasta lo alto del cerro donde permanecían clavados en la tierra los estandartes con las águilas califales en medio de un puñado de tiendas abandonadas. Sin bajarse del caballo, entre gritos de triunfo, sus castellanos arrancaron los estandartes, rasgaron con sus espadas las tiendas y, entrando en ellas, se apoderaron de cuanto pudieron.

En la parte más alejada de la llanura, en el campamento enemigo, los leoneses ya saqueaban los carromatos que habían transportado el bagaje del ejército musulmán. De allí llegaban los gritos de las mujeres que habían quedado atrás (Maryam no, puesto que el califa la había hecho salir para Córdoba protegida por hombres de su guardia).

Desde su atalaya inmejorable, Fernando contempló el campo de batalla. En la explanada delante de Simancas quedaron centenares de muertos. Por todas partes, viendo que la victoria era clara y que sus enemigos huían, los cristianos se dejaban caer de rodillas en el suelo y daban gracias al Señor.

Mientras sus hombres más cercanos se reían de pura alegría por encontrarse vivos, Fernando descabalgó y penetró rápidamente en el interior de la tienda de Abderramán. Tras comprobar que no quedaba nada de valor, se percató de que un objeto plateado yacía hacia el fondo, entre los cojines: era un ejemplar del Corán.

16

De Toda, reina de Nájera y Pamplona, a Sancha, condesa de Lara, de Castiella y de Álava.

Hija mía:

No puedo sino felicitarte por la gran victoria en la que tan relumbrante participación ha tenido tu marido, junto con los pamploneses que mandé a luchar con él. Los ecos de la misma han cruzado incluso las fronteras del Pirineo. ¡Hasta en el fondo mismo de Germania me dicen que se habla de Simancas!

Esta victoria será legendaria y ya se empieza a decir que la reina Toda participó en la batalla blandiendo una espada cual el mismísimo Santiago. Ja… ¡Como si a mi edad estuviera en condiciones no ya de blandir espadas, sino de subirme a un caballo! La historia, vaya, no deja de complacerme.

Y qué irónico parece hoy el nombre que se dio Abderramán: al-Nasir, el Victorioso, cuando según tengo entendido fue perseguido hasta un barranco donde Ramiro masacró a la mayoría de sus hombres, y luego reunió los restos de sus diezmadas tropas y tras un par de escaramuzas sin importancia para salvaguardar su honor, regresó a Córdoba.

Dicen que envió por delante mensajeros para anunciar que se hallaba a salvo y que a orillas del Guadalquivir ha mandado crucificar a Furtún, su mejor general, junto a trescientos otros oficiales acusados de traicionar al islam.

¡Cuánto me regocijo después de la humillación que me hizo sufrir en Calahorra! Y cuán cierto es que la venganza es un plato que ha de servirse frío. Puedo asegurarte que no hay mayor gozo, hija mía, que ver a un orgulloso como Abderramán morder el polvo.

Por si fuera poco, me das noticias en tu carta de tu nueva preñez, la quinta ya: otra criatura que viene al mundo y a la que, según dices, si es niña, nombrarás como tu abuela paterna, siguiendo la tradición.

Parece que han servido para mucho las misas diarias que mandé decir

por tu familia.

Hoy me congratulo de saber que, reforzado por la victoria, Fernando reclama a Ramiro tierras para repoblar el otro lado del Duero, entre las nuevas presuras a repartir tras la retirada cordobesa.

Si Ramiro concede lo que le pide tu esposo, Castiella será tan grande como el resto del reino leonés. ¡Y quién sabe si un día no nos encontramos tú y yo, querida hija, y sea yo quien deba inclinarme ante ti!

Toda, reina

Capítulo VII

El error de Fernán González

«Su importancia en la corte queda ratificada cuando, en el 941, su nombre se asocia al del monarca y los condes de Castilla y Monzón, el rey de Pamplona y otros nobles, en el tratado que se firmó con el califa y que selló en Córdoba la paz entre ambos territorios. Una tranquilidad que no resultó del todo apetecible al magnate Beni Gómez, pues, entre 943 y 944, junto a su tradicional aliado, el conde Fernando González de Castilla, rompieron la paz realizando una serie de incursiones en la frontera».

DICCIONARIO BIOGRÁFICO ELECTRÓNICO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

1

Una hojarasca anaranjada se arremolinaba a los pies de las hayas y crujía a medida que avanzaban al encuentro dos comitivas de hombres armados a caballo.

A su mando, dos castellanos barbudos se abrigaban con señoriales capas bermejas.

Todos subían a eso del mediodía por el poco frecuentado sendero que serpenteaba entre retamares que peinaban el aire hasta llegar, al doblar el último recodo, a la boca de una cueva, que fue donde desmontaron y se abrazaron.

En el claro ante la gruta, los líderes dejaron las riendas de sus caballos a sus acompañantes y una decena de jinetes que se quedaban de guardia husmearon entre los arbustos mientras sus jefes desaparecían en el interior de la cueva, ocultos por la maleza.

Era un once de noviembre, día de san Martín.

Esa mañana el viento silbaba entre los berrocales agitando las retamas y las hojas rojizas del hayedo, así como las de los castaños ibéricos que había colina abajo, cuyos frutos tanto apreciaron en su día los romanos.

El viento revolvía la hojarasca del sendero y todo anunciaba que el invierno aguardaba a la vuelta de la esquina. El cielo estaba extrañamente gris. La meseta se extendía, con su horizonte chato, a uno y otro lado del monte.

En el interior de la cueva, los dos foramontanos se arrebujaron en sus capas. Uno era desde luego Fernán González, y el otro, su gran amigo Diego Muñoz, conde de Saldaña. La expresión de ambos era grave.

El encuentro, a medio camino de los dominios de uno y otro, era secreto, pues los dos eran conscientes de lo peligroso que resultaba enfrentarse a su otrora protector, y más tras la campaña que acababan de organizar durante la primavera.

Tras los prolegómenos, Fernán González fue el primero en entrar en materia, y lo hizo como un toro. Se notó que la herida seguía fresca.

—Nuestra actitud está más que justificada, Diego. Con el reparto, tras Simancas, Ramiro nos ha insultado a ti y a mí. Al crear el condado de Monzón y hacerlo llegar hasta Peñafiel como pedían los Ansúrez, que Dios los maldiga, ha querido bloquear nuestra expansión natural, que eran los territorios comprendidos entre el Cea y el Pisuerga. En vez de recompensarnos por nuestra participación en la batalla, nos ha castigado y nos obliga a tomar lo que es nuestro por derecho propio.

»La repoblación del Tormes me debería haber correspondido a mí como conde de Lara. O si acaso a ti. Pero en ningún caso a Ansur, que ya vive encaramado en el favor real sin disimulo. ¿Y a mí qué me ha tocado en compensación? Nada.

»¿Y a ti, que a poco pierdes la vida en el campo de batalla y todavía tienes el cuerpo lleno de las cicatrices de Simancas? Cuatro piedras en Liébana, territorio sin salida. Ni tú ni yo podríamos crecer, como sí lo harán en cambio, y cada vez más, los Ansúrez. Solo estamos corrigiendo, con nuestras acciones, lo que es un reparto injusto, nada más.

2

Huelga decir que la victoria de Simancas había sido absoluta. La retirada del ejército cordobés resultó caótica y aquella enorme masa de gente, con sus ingentes impedimentas, avanzó con lentitud por un territorio hostil. Si ya antes su dimensión planteaba problemas de logística, a esas alturas los problemas eran insuperables. Y además Ramiro, tras dedicar un par de días a recomponer sus huestes, decidió salir en su persecución.

Dos semanas de marcha llevaron a Abderramán a una tierra de nadie, un territorio abrupto entre barrancos umbríos que luego los cronistas llamaron Alhándega. Y cundió el pánico porque los cristianos se lanzaban contra la zaga musulmana obligando a los cordobeses a seguir internándose en las gargantas que encontraban a su paso mientras los atacaban desde lo alto de las paredes rocosas. El hacinamiento fue tal que los jinetes sobre sus monturas pasaban por encima de los que iban a pie, pisoteándolos mientras diluviaban

piedras y flechas.

Si hubo algo comparable a la plena alegría que experimentó Fernando entonces, eso fue su rabia furibunda por todo lo sucedido en el invierno posterior, unos hechos a raíz de los cuales su enemistad con Ansur era ya irreconciliable.

La victoria en el campo de batalla, en vez de unirlos como unió a leoneses y pamploneses, solo había conseguido una tregua que no tardó en extinguirse al conocerse el resultado de las negociaciones que Ramiro mantuvo con las principales familias leonesas y que perjudicaron claramente —todos eran conscientes de ello— al orgulloso conde de Lara.

Las decisiones respecto a los territorios a repoblar fueron una humillación inequívoca para Fernando, cuyo descontento desde que se hizo público el reparto se había manifestado en una sucesión de gestos simbólicos de rebeldía: no acudía a León a rendirle vasallaje a Ramiro y empezaba a firmar documentos como conde de Castilla «por la gracia de Dios». Eso pese a la prudencia que le rogaba en vano su mujer.

—Y ahora me reprocha que me lance a repoblar con mis gentes las tierras de Sepúlveda sin contar antes con su aprobación…, y nos pide que respetemos esa paz suya con Córdoba, ¡quia! Hasta Simancas fuimos vasallos leales, Diego. Pero este rey, con su comportamiento, no merece nuestro respeto.

—Puede ser, Fernando, no te digo que no… —Diego tenía una barba tan tupida como la de su amigo y su tripa señorial demostraba que se iba dejando ganar por la buena vida—. Y entiendo que te sientas lastimado en tu orgullo, que es atributo de todo hombre bien nacido. Pero si me permites, nunca debiste desafiarle tan abiertamente. Con tus gestos has conseguido que todos en la corte te consideren un insolente.

—¡Pero cómo voy a humillarme ante un rey que me trata de forma tan injusta, por todos los santos!

3

Diego sonrió en la semioscuridad. Se oía un goteo pertinaz al fondo de la cueva, pero, fuera de eso, el silencio era absoluto. Sus dos voces resonaban en la cavidad rocosa.

Diego era el jefe de la poderosa familia de los Banu Gómez. Aunque originario de Liébana, tenía tierras en la montaña palentina, pero también en los verdes campos de Santillana del Mar, cerca de la costa, igual que el propio Fernando. Sus familias procedían las dos de la misma zona marítima donde uno y otro habían pasado largas

temporadas de niños. Eso generaba vínculos afectivos.

Como tantos foramontanos, ambos procedían de la Montaña y compartían cierto desafecto con respecto a los usos del reino de León. La vida en la frontera del Duero había forjado su carácter, muy diferente al de otros territorios.

Y desde luego los Banu Gómez eran tan importantes como los Banu Ansur, con quienes estaban enfrentados. Era por ello que Fernando tenía decidido casar a Muniadona, su última hija, la que había llegado después de Urraca, con Diego Muñoz, su único aliado, cuando tuviera edad para ello.

—Sé sincero, Fernando. Tú ya te negabas a besar su mano antes de que Ramiro hiciese público el reparto. En el verano de la incursión contra Mayrit eras su favorito. Ramiro te consideraba como un hijo. Pero le ofendiste con tu desaire. ¡Y ahora te firmas conde por la gracia de Dios! Sin esos gestos, a lo mejor su decisión hubiese sido otra. Ponte en su piel. Si te favoreciese en el reparto de tierras, lo habrían considerado en León un rey débil… De alguna manera le has forzado tú mismo, con tu postura.

—No, Diego. Ramiro, a quien Dios reproche su ingratitud, nunca confió en mí. Y eso que yo arriesgué todo por él. Pero él prefirió a Ansur, que en un principio seguía a Alfonso. Y ahora estamos donde estamos.

Diego Muñoz miró apenado a su viejo amigo, pero no quiso entrar en un debate que se le antojaba estéril.

4

—Olvida los reproches, Fernando. Ya no vale lamentarse por lo que Ramiro hizo o no hizo con el reparto de tierras de presura. Lo hecho, hecho está. Ahora queda mirar hacia delante. Seamos prácticos. Hemos de decidir una línea de acción común. Porque a mí seguirte me ha colocado en una posición delicada. Que de todas formas no lamento, porque somos amigos de antaño y esa paz firmada con Córdoba era una infamia; muchos están y estarán con nosotros… Pero lo que decidamos hay que hacerlo con arreglo a un plan bien definido. De entrada, necesitamos a Nájera de nuestra parte. No se puede hacer nada sin el apoyo de los pamploneses.

—De eso ya me he encargado, Diego. A Ramiro le sentó muy mal que Nájera tardase tanto en enviar hombres a Simancas, y que cuando llegaron fuesen tan pocos. Toda no contaba con que ganásemos, aunque desde entonces ha dejado definitivamente de pagar tributos a Córdoba y procura acercarse a Ramiro, porque siempre se arrima al fuego que más calienta…

—Como muchos.

—Ramiro le ha dado la espalda y además ha mantenido a su lado como heredero a Ordoño, el hijo de su mujer gallega. Eso es algo que Toda no le perdona. Por eso está de nuestra parte. Conoce nuestro acuerdo y no se opondrá al reparto que hemos pactado, y tampoco acudirá en ayuda de Ramiro. Me lo ha garantizado.

—En ese caso, adelante. Pero con prudencia, Fernando.

—Ya pasó el tiempo de la prudencia, Diego. Toda está de nuestra parte, y los cordobeses después de Simancas apenas nos envían aceifas. Ahora toca marchar contra León y sacar a ese tirano del trono. Al final tú y Ansur teníais razón: Alfonso hubiera sido mejor rey. Y más comprensivo con las necesidades de Castilla. Romper la tregua con Córdoba no es más que el principio, Diego. Ahora hay que dar un paso más, de modo que dime de una vez por todas si aceptas el trato que consensuamos durante la primavera.

—Lo acepto…, siempre que se haga en los días y con los medios que yo mismo estipule. ¿Aceptas tú esa condición?

Fernando cabeceó su asentimiento.

5

Los dos mandaron entrar a los benedictinos que los acompañaban y que aguardaban fuera ateridos de frío. Traían el documento pactado durante la incursión que ambos habían realizado de manera conjunta en tierras cordobesas. Puesto que ya lo habían discutido cada cual con su gente, bastó una rápida ojeada para comprobar que los términos del documento eran los acordados, y sellaron el acuerdo.

Después salieron nuevamente al exterior y se subieron a las monturas, mientras quienes habían quedado fuera se reagrupaban.

Ambos grupos parecían satisfechos y cabalgaron juntos de vuelta a la vía Aquitania. Allí se dividieron.

Apenas se habían alejado unos cuerpos cuando una cincuentena de jinetes con las espadas en alto salió de entre los árboles que orillaban la calzada y los rodeó en medio del ruido que hacían los cascos de los caballos al golpear las piedras de la vía.

—¡Condes de Saldaña y de Lara! —exclamó el jefe de la partida. Tenía el rostro desfigurado. Dos cicatrices le cruzaban la cara—. ¡Daos presos! ¡Os detengo al uno y al otro en nombre de Ramiro! ¡Tengo órdenes de conduciros a la ciudad de León, donde el rey solicita vuestra presencia de inmediato!

Ni Diego ni Fernando opusieron resistencia. Los dos supieron que estaban vendidos. Tras mirarse, entregaron las espadas. Y ya solo protestaron al rato cuando, una vez despedidos sus guardias y

letrados, los leoneses les pusieron hierros en las muñecas.

6

¿Qué es lo que sintió entonces Fernán González?

Seguramente, una honda vergüenza.

Hasta aquí su rebeldía había sido simbólica, una cuestión personal, un desagravio que muchos en el reino comprendían. Ahora era algo público, sangrantemente público. Los hombres de Ramiro los conducían de camino a León encadenados y cada vez que pasaban por una población dos de los soldados pregonaban la noticia.

—¡Aquí llegan los condes de Saldaña y Lara, rebeldes a la autoridad real!

Ver cómo la gente se agrupaba a su alrededor y, ante la indiferencia de los soldados, les tiraba boñigos llamándoles traidores fue algo que Fernando nunca olvidó.

Encadenado sobre su montura, procuró mantener la cabeza alta. A su lado, Diego luchaba igualmente por preservar la dignidad. Cada cual se sintió confortado por la presencia del otro, aunque el conde de Saldaña empezaba a perder la compostura.

—¡Apartaos de mi camino, villanos! ¡No sabéis a quién estáis ofendiendo! —gritaba.

Fernando optó por el silencio y mantuvo el gesto impasible incluso cuando una bola de estiércol le dio en plena cara.

—Limpiadme, soldado, esta inmundicia —dijo volviéndose hacia el hombre de las cicatrices—. Recordad que soy el conde de Castilla.

7

Pero lo peor estaba por llegar.

A falta de poco para que apareciese en el horizonte la ciudad regia, en una de las últimas poblaciones se encontraron, bajo un cielo cada vez más nublado y amenazador, con un gentío congregado junto a la calzada.

Un viento frío agitaba la arboleda que acompañaba la vía Aquitania. Más allá, las eras estaban cubiertas por parches de nieve endurecida. El cielo estaba tan gris como el ánimo de los prisioneros, y cuando se detuvieron, el oficial les liberó las manos para pasarles una bota de vino.

Fernando sintió que el trago le reconfortaba, devolvió la bota al oficial y se frotó las muñecas, laceradas por los hierros.

En eso apareció cabalgando al trote un grupo de jinetes cristianos en torno a un hombre de aspecto noble con loriga de malla bajo su

capa. Venían en dirección contraria, por la calzada.

—Ansur Fernández, el conde de Monzón, señores —dijo el oficial.

Ansur se destacó al frente de su guardia y al ver el vistoso estandarte con la insignia de León, los jinetes que conducían a los dos prisioneros se abrieron para dejar paso al grupo.

—Esto sí que es un encuentro inesperado…

Ansur tiró de las riendas de su caballo y Fernando se quedó mirando cara a cara a su rival.

Desde la batalla de Simancas no se habían vuelto a ver y el conde de Lara jamás hubiera esperado que fuera a darse un reencuentro en estas circunstancias.

8

Ansur tenía un porte arrogante y la conciencia de su superioridad se traslucía en todo: su actitud, sus gestos, su voz. El cabello lacio y fino seguía siendo oscuro, pero había raleado, retrocediendo en la frente. Eso le daba cierto parecido con las estatuas de Julio César.

—Llevo al conde de Lara y al de Saldaña presos por orden del rey. Los llevo de camino a la corte, señor.

Ansur clavó la vista en Fernán González.

Hoy parecía increíble pensar que hubiesen sido amigos un día. La dureza con que se miraron fue granítica. Fernando sintió la boca seca.

Ansur llevaba la cruz del reino de León en el pecho, bajo la capa de color oscuro. Una barba negra y escasamente poblada le cubría la parte inferior del rostro suavizando la pronunciada quijada. La exaltación del ánimo que acompaña al éxito le daba un brillo añadido a sus ojos, que parecían dos piedras de azabache.

—Qué casualidad esta, Fernando. No adivinarás adónde me dirijo con mis hombres. No, claro que no. Voy a Burgos. Ramiro me ha nombrado conde de Castilla en sustitución tuya, y voy a tomar las riendas del gobierno en su nombre. —Y remató su ofensa—. La vida es ansí, Fernando. Unos suben y otros bajan. Hace unos años, tú subiste y la familia Herraméliz, los Vela y los Ansúrez bajaron. Hoy soy yo el que subo, y tú y don Diego —miró a uno y otro con desprecio— quienes bajáis… Claro que no hay que perder la esperanza. Que tengáis un buen viaje, señores. —Se volvió hacia los jóvenes que le secundaban—. ¡Continuamos!

9

Mientras tanto, bastante más al sur, los cordobeses se refugiaban de los fríos del invierno en los baños árabes, que no dejaban de proliferar

por toda la ciudad.

Esa mañana el futuro califa Alhakén, el segundo de su nombre, se dirigía a los *hammam* del alcázar con un par de criados y los eunucos que se ocupaban de su cuidado personal.

Un pasadizo subterráneo bajaba a una primera sala alargada: el vestíbulo, en cuyas paredes había pequeñas alhacenas para dejar la ropa.

En unos baños públicos allí habría una persona controlando la entrada, haciendo pagar a los clientes; en los baños del alcázar, donde solo los altos funcionarios y los familiares del califa tenían derecho a entrar, solo estaba un esclavo mudo que se ocupaba del buen funcionamiento del lugar.

Alhakén dejó que sus criados le despojaran de las ropas y el turbante, mientras los eunucos se desvestían por sí mismos, con algo más de demora. El heredero cogió los paños que le tendía el esclavo mudo junto con unos alcorques y entró con prisa en la sala fría, donde purificó su cuerpo con abluciones en una de las pilas.

La siguiente sala, la templada, era la más importante. Su cúpula descansaba sobre arcos de herradura y columnas de mármol con vistosos capiteles. El lugar lo caldeaba el aire caliente que circulaba por conductos bajo el suelo. Una luz tenue entraba por lucernas estrelladas en lo alto y varias pinturas geométricas, hechas con almagra, embellecían las paredes. En esta sala, dedicada a la relajación, el califa recibía en ocasiones a invitados importantes o se reunía con sus consejeros y los más altos funcionarios.

En el patio central esperaba Abderramán echado boca abajo en una camilla, cubierto parcialmente por un lienzo blanco. Un esclavo concienzudo le daba friegas en la espalda con un aceite perfumado.

—Ya estás aquí, Alhakén. Siéntate en ese banco, hijo mío.

10

Con casi sesenta años, Abderramán ya no era el vigoroso guerrero que había liderado sus ejércitos durante la campaña del Poder Supremo y en tantas otras aceifas. Desde la batalla de Simancas, algo había cambiado, y hoy eran Galib, el sustituto de Furtún, y Alhakén quienes comandaban sus tropas.

Al-Nasir empezaba a pasar el testigo y desde hacía unos años dedicaba la mayor parte de su tiempo a supervisar la construcción de su futuro palacio de Medina Azahara, y en concreto del gran salón del califa, cuyos muros había ordenado revestir de oro y plata. Nada más parecía interesarle.

Desde su regreso a Córdoba había prohibido la mención de

Simancas, y todos en el alcázar evitaban cuidadosamente la menor alusión. La masacre de Alhándega había quedado grabada a fuego en Abderramán. Su retirada de las armas se achacaba a su edad, pero todos sabían que algo también tuvo que ver la humillante derrota a manos de las tropas de Ramiro.

—Perdonad mi retraso, padre. Estaba con un mensajero. Me has mandado llamar. ¿De qué se trata?

—Ahora lo hablamos, hijo. Me imagino que el mensajero traía noticias de León. ¿Qué nuevas hay de los infieles?

—Muy buenas. Sabemos que a Fernán González lo ha arrestado Ramiro junto a su amigo el conde de Saldaña. Por desafiar su autoridad. Sus recientes incursiones en nuestro territorio, rompiendo la paz pactada, no han gustado nada en León. Ahora mismo están los dos presos en manos de Ramiro.

—¡Excelente! No cabían mejores noticias —exclamó Abderramán. E hizo una seña al esclavo de las friegas para que los dejara a solas. Se incorporó y quedó sentado en el borde de la camilla. Sus pies descalzos colgaron en el aire. Siempre había sido algo paticorto, rasgo que había heredado su hijo. Sus alcorques estaban a un lado. Tenía un lienzo encarnado enrollado en torno a la cintura y su cuerpo relucía con el aceite perfumado—. Ese cristiano, el de Lara, es un enemigo insidioso. Todo lo malo que le pase es bueno para nosotros. Su enemistad con Ramiro juega a nuestro favor.

—Lo sé, padre. ¿Qué es lo que queríais decirme?

—Es algo delicado, de modo que siéntate. —Abderramán se acarició la barba teñida de negro. Le costaba lo que tenía que decir—. Mira, hijo, hace tiempo que quiero tener esta conversación contigo. Te voy a hablar como padre, no como soberano…

El pecho de Abderramán, cubierto por un vello rojizo que encanecía, había perdido firmeza. La carne de sus brazos también. Su musculatura entera, sobre todo ese torso bien proporcionado del que siempre había alardeado, parecía haberse venido abajo. Alhakén pensó que su padre estaba débil y que había envejecido mucho en cuestión de pocos años.

11

—Se trata de esa concubina tuya, Subh. Ya sabes que nunca me gustó esa relación. Pero entiendo lo que sucede, hijo mío. No soy ciego. Tengo mis informantes, y además mi propia experiencia. Estuve al tanto de lo que pasaba en el alcázar mientras andaba ausente, y de lo que sucede desde entonces…

»Desde mi regreso a Córdoba no dejan de llegarme quejas,

muchas a través de tu madre, de las mujeres del harén. Son quejas a las que nunca he prestado demasiada atención dado que sé mejor que nadie las insidias e intrigas que pueden urdir las mujeres. Por eso he optado por no intervenir y esperar a que te cansaras de ella.

»Sin embargo, el tiempo no deja de correr y la situación sigue igual. Yo lo entiendo, insisto. Sé bien que la pasión amorosa es una dolencia rebelde cuya medicina está en sí misma, si es que uno ha de tratarla. Sé también que quien la padece no quiere sanar. Yo también estuve enamorado en mi día. Y sigo estándolo, a mi manera, principalmente de tu madre, que es quien mejor ha sabido entenderme.

»Pero el amor trastorna el carácter y la naturaleza de un hombre. Yo sé que uno de los lances más frecuentes es la sumisión del amante, y con ello la mudanza en el carácter para acomodarse al amado. Y no digo que sea reprobable rebajarse ante quien amamos, pues en el amor el más orgulloso se humilla. Y tampoco te echo en cara que te sometas a una cristiana, pues antes que tú me sometí yo mismo…

—Abreviad, padre. Quiero acercarme a Medina Azahara a supervisar los trabajos en la biblioteca. Me gustaría empezar enseguida los primeros traslados.

—Ya termino, hijo. Lo que quiero decirte es que yo conozco bien a las mujeres y sus secretos. Crecí en el harén, entre concubinas de mi abuelo, sin otra compañía y sin conocer a ningún varón salvo los castrados hasta que llegué a la edad de la pubertad, cuando el vello me sombreó las mejillas.

»Ellas me enseñaron el Corán, me hicieron recitar no pocos versos, me adiestraron en la métrica, y desde muy niño yo empleé mi ingenio en descifrar lo que les interesaba. Nadie esperaba que yo fuera a ser emir, claro. Por eso se guardaban menos conmigo que contigo, por ejemplo. Como puedes imaginar, nunca olvidé lo que vi. Y por eso nació en mí una intensa desconfianza hacia las mujeres, y esa desconfianza se ha hecho congénita en mi alma, alabado sea Alá…

—No veo adónde queréis llegar, padre.

—Lo que quiero decir es que te has dejado arrastrar, bastante más de lo razonable, por las artes de esa mujer. Y yo no puedo permitir que el heredero del califato se humille ante una esclava cristiana, que te sometas a todos sus deseos ante la mirada de toda la corte. Que la pasión nuble tus ojos y altere tu razón. Por eso he decidido hacer que se lleven a Subh del harén.

»Confiaba en que la apartases tú mismo, pero no ha sido así. De modo que, cuando regreses hoy al harén, no la encontrarás. Está decidido, y bien sabes que cuando tomo una decisión jamás la revoco.

Fue la primera norma que adopté cuando me senté en el trono. No la busques, pues he hecho que la conduzcan fuera de Córdoba. Nunca sabrás dónde está y no intentarás encontrarla porque, si lo hicieras, sencillamente ordenaría su muerte… Te aseguro que lo mejor es olvidarla.

Alhakén sintió que la sangre le hervía en las venas. Todo su ser se rebelaba ante lo que escuchaba. Y luchó contra el impulso de golpear al hombre viejo y estúpido que tenía delante. Lo miró de hito en hito. La rabia crecía en su interior, pero Alhakén, controlando su ira, se lo pensó bastante antes de contestar.

—Mi señor. Ocultar el amor sería hipocresía, y como yo detesto a los hipócritas no he querido ocultarlo. Y creo que he hecho bien. Decidme, vos que estáis versado en el Corán: ¿acaso Mahoma prohíbe el amor? En ninguna parte del libro lo dice. Y si sois tan sabio, bien habréis de saber que el auténtico amor entre un hombre y una mujer surge solo una vez en la vida.

»Uno puede compartir su cuerpo con muchas, pero no su alma. Lo que acabáis de hacer es un crimen contra vuestro hijo y, por lo tanto, contra Alá. Habéis abierto una zanja entre vos y yo que será muy difícil volver a cerrar. Sois mi padre, el califa de Córdoba, descendiente del enviado de Alá, y jamás me atrevería a cuestionar vuestra decisión. Soy vuestro heredero. Y por eso acataré vuestros deseos, pero mi cuerpo estará y no mi alma.

Con el rostro crispado, Alhakén se puso en pie y abandonó el *hammam*.

12

De Sancha de Pamplona, condesa de Lara, de Castilla y de Álava, a Fernando, conde de Lara, de Castilla y de Álava.

Esposo mío:

Como bien imagináis, las noticias de vuestra detención han afectado a los pobladores de Lara y del resto del condado de Castilla, donde las voces que piden vuestra liberación son constantes.

Las cosas han llegado al punto de que en Burgos una muchedumbre reunida en la plaza del mercado y acompañada por miembros del concejo ha puesto fuego a los únicos ejemplares del Fuero Juzgo Leonés que había en el palacio condal al grito de «¡Malos reyes, muchas leyes!». «¡Castilla! ¡Castilla!».

En los alfoces vecinos las protestas son continuas, tanto que para calmar las aguas me he visto obligada a abandonar el Picón y a pasearme a lo largo y ancho del condado. Muchos concejos se niegan a someterse a los oficiales que les envía Ansur Fernández y afirman que solo acatarán

órdenes vuestras. Por todas partes me aclaman cuando me ven junto con nuestros hijos. Eso no deja de emocionarme.

Lo que más me agravia es que os pretendan retirar el título de conde de Castilla y que el rey haya enviado a Burgos, para que le represente, a Sancho, al que llaman el Craso, el hijo de mi hermana Urraca, que a su corta edad ya manifiesta una obesidad extrema y a quien pone bajo la tutela, como ayo, del que fuera tu mano derecha y hoy es nuestro mayor enemigo, Ansur Fernández.

Ansur ha usurpado el título de conde de Castilla y firma los documentos como tal, e insiste en que ya su padre llevó aquel título inmediatamente después del tuyo, cuyo gobierno hubo de corregir, igual que ahora le toca a él corregir el vuestro.

Hay quien dice que la idea de Ramiro es, a medio plazo, dejar a Sancho como rey de un territorio independiente, dada la creciente extensión del condado y la lejanía de León. Pero si es así, Ansur no ha querido entenderlo.

Lógicamente, desde que gobierna no deja de influir para que os ejecuten y hace llamamientos a Ramiro para que le ayude a engrandecer la que quiere convertir en capital del condado. Burgos queda en la vía Aquitania y eso le resulta conveniente. A Lara no quiere ni acercarse.

Una de sus primeras medidas ha sido decretar la prisión de cuantos osaron quemar el Fuero Juzgo. Eso ha gustado mucho en la corte. Allí dicen que la libertad es el derecho de hacer lo que las leyes permiten y que si los foramontanos se empeñan en no respetarlas, no tendrán libertad.

Ansur quiere recordar a todos que Castilla pertenece al reino de León y que sus pobladores son vasallos de Ramiro, representado por su hijo Sancho, hoy bajo su tutela. Por eso sus visitas a la corte se han espaciado. La labor necesita todas sus energías.

Como vuestra esposa, todavía firmo algunos actos de justicia sola o en vuestro nombre, cosa que irrita grandemente a Ansur. Además, os anuncio que el silencio inicial de Ramiro y las amenazas de Ansur han dado paso a una invitación formal para visitar León y resolver la situación actual en persona.

He escrito a mi madre en Nájera pidiendo su consejo y las dos hemos llegado a la misma conclusión: que debo ir o quizá no volváis a ver la luz.

Todos sabemos que vuestra prisión es injusta, visto que a Diego Muñoz se le ha liberado y está de regreso con los suyos. Claramente, Ramiro quiere dar a entender que sois el principal instigador de la revuelta, y quién sabe si no está justificando lo que pueda suceder en adelante…

Pero para denunciar semejante injusticia estoy yo. Y podéis estar seguro de que no cejaré en mi empeño hasta conseguir vuestra libertad.

A mi madre la tenemos de nuestro lado. No hay que descartar la

influencia que pueda ejercer en nuestro favor.

Por el momento me escribe que tenemos suerte de que Ramiro no os haya hecho ejecutar aún y que es el amor que os demuestran los hombres de Castilla y el temor a una revuelta general que le lleve a perder el control del condado lo que os mantiene con vida.

Tengo mis esperanzas puestas en mi visita a León. Confío en que Dios me ayudará a encontrar las palabras justas para conseguir el perdón de Ramiro.

Vuestra esposa,

Sancha de Pamplona

Capítulo VIII

La capital del reino

«Muy a mi pesar no puedo ofrecer al lector en mi trabajo una reconstrucción acabada del León milenario. Faltan por entero textos literarios en que espigar noticias relativas a la vida privada, fiestas y costumbres de los leoneses de aquel tiempo. No quedan apenas de la sociedad del novecientos sino edificios religiosos, lápidas devotas, mármoles, piedras y algunos —muy pocos— objetos de culto».

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ,
Una ciudad de la España cristiana hace mil años

1

Otrora albergue de la Legio VII en tiempos del Bajo Imperio romano, la ciudad de León había sido el asiento de un ducado importante en tiempos de los visigodos, y durante la invasión árabe fue conquistada por Musa ibn Nusair, convirtiéndose en la sede de un gobernador berebere cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros.

Cuando los cristianos la tomaron, a mediados del siglo IX, llevaba prácticamente desierta durante cien años. Los cordobeses habían intentado en alguna algara incendiarla y derruir sus imponentes murallas. No lo consiguieron. Y desierta pero con los muros en pie fue como la encontraron los astures de Ordoño cuando finalmente abandonaron la barrera montañosa que defendía su reino y, sintiéndose seguros en la llanura, reconstruyeron Astorga y ocuparon la antigua Legio.

León se repobló tanto con cristianos de la montaña dispuestos a hacer fortuna en la frontera como con un creciente número de mozárabes que huían de las persecuciones religiosas que cada vez más a menudo se desataban en Córdoba: ellos fueron los principales moradores del alfoz.

Bajo el reinado de Alfonso el Magno se le dio nuevo impulso a la flamante población: sus habitantes tomaron agua del Bernesga, levantaron torres y fortalezas en la campiña próxima, construyeron presas y molinos en ríos cercanos, edificaron granjas e iglesias en los campos y se dispersaron en nuevas aldeas por los valles del Porma, el Bernesga y el Torío, en donde muy rápidamente se frenaron las acometidas musulmanas.

Con su rectángulo casi perfecto, la capital del pujante reino asturiano se convirtió pronto en la población más importante de la España cristiana.

Sus orígenes castrenses explicaban su distribución geométrica

armoniosa, con un eje sur-norte que iba desde el mercado hasta el castillo, con su vieja puerta Decumana del campamento romano originario, y un eje menor este-oeste, desde la puerta del Obispo hasta la Cauriense.

Y hacia la principal de sus puertas, el Arco Regio, era adonde se dirigía, con aire ensombrecido, la mujer que a principios de aquel mes de febrero llegaba en un carromato desde Lara, a la cabeza de una pequeña comitiva, por la calzada que enlazaba con la vía Aquitania, flanqueada por los robles pelados y algunos helados por el frío que la orillaban en el último tramo.

Tras el Arco arrancaba la calle donde se alzaba el palacio real, justo a espaldas de la iglesia de San Salvador de Palat del Rey, cuya construcción encargó Ramiro a poco de ser coronado.

Entre monjes y labriegos, nobles e infanzones, y ya sonando las campanas de San Salvador, la comitiva recién entraba en el recinto amurallado cuando se cruzó con unos mercaderes judíos que traían en su recua tapices y brocados orientales.

En otro tiempo Sancha se hubiera precipitado, como hacían ya tres mujeres, a ver las mercancías. Nadie mejor que ella sabía que en León estaban las dos tiendas más importantes de la cristiandad y que de allí provenían muchos de los regalos que le había hecho, en su día, su marido. Pero esta vez se obligó a apartar la vista y fijarla en el palacio de Ramiro. Y después, con un estremecimiento, más allá, en los imponentes torreones del castillo de piedra que se alzaba al otro lado de la ciudad.

2

Cuando esa misma tarde la condujeron a la torre más alta del castillo, que era donde tenían preso a Fernando, lo encontró pálido, demacrado.

El día estaba nublado, gris. Había llovido y eso afeaba las calles de la ciudad regia, embarrándolas. La humedad se filtraba por entre los sillares romanos bien tallados de los muros, que los primeros cristianos que bajaron de las montañas habían aprovechado para edificar este castillo en el norte de León.

El hombre que ocupaba la celda apenas recordaba al orgulloso conde con quien había contraído nupcias ella, toda una infanta de Pamplona. Las greñas cubrían su rostro. La barba castaña crecía sin control. Su gruesa capa y la túnica otrora magnífica estaban desgastadas: parecían harapos.

Lo único que no se apagaba era esa lumbre especial que habitaba sus ojos claros con la misma determinación de siempre.

—Señora…

—Fernando.

Sancha sonrió entristecida. En palacio la habían recibido con honores y, en medio del estrépito de los cuernos, Ramiro mismo bajó al patio junto con su hermana Urraca —¿hacía cuánto que no se habían visto? Una eternidad, pensó— y le ofreció su brazo delante del infante Ordoño. El hijo de la repudiada gallega era un mocetón de veinte años y apareció vestido con una túnica de botones de seda tan lujosa como la de Ramiro. «Nos honra acoger en León a dama tan principal», dijo muy ceremonioso y ante la sonrisa incómoda de Urraca, con quien era notorio que nunca se había llevado. Todos se comportaron como si ella todavía fuera la esposa del poderoso conde de Castilla y no una suerte de rebelde; incluso, por su actitud ambigua hacia la justicia de Burgos, casi una prófuga.

Sancha no tardó en llegar después hasta el monasterio donde se alojaban los condes de Lara cuando visitaban la corte, y a la tarde dos miembros de la guardia personal de Ramiro la acompañaron hasta el torreón donde tras la derrota de Simancas se había encerrado al zaragozano Abu Yahya, al que solo muy recientemente se permitió regresar a su ciudad. En su lugar estaba ahora Fernando.

—Ya veis, mi querida esposa, que paso el rato con el juego que vos me enseñasteis…

Fernán González permanecía en una esquina, con expresión sombría, sentado ante un rústico tablero de ajedrez.

—¿Y con quién jugáis?

—En ocasiones con mi carcelero. Viene de Toledo. Me hace sentir mejor jugador de lo que soy, pese a que últimamente ha progresado bastante.

A Sancha se le escapó una sonrisa.

Ese juego era, desde el principio de su matrimonio, un interés que compartían como esposos, aunque no siempre había sido de forma pacífica. En las primeras partidas ganaba tan rápidamente a su marido que Fernando, humillado, durante un tiempo rechazó seguir jugando. Finalmente aceptó sentirse inferior a su mujer en algo y poco a poco había ido mejorando.

3

—Veo que seguís utilizando la apertura que os enseñé… —ojeó la configuración de piezas.

—En eso fuisteis mi maestra, y os lo agradezco. Nunca lo olvido. Cuando estoy solo a veces muevo las piezas jugando contra mí mismo y me hago la ilusión de que sois vos quien está enfrente… Eso alivia

mi soledad.

A Sancha se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva, contuvo las lágrimas.

Quienquiera que viese cómo se miraban hoy y hubiese podido compararlo con cómo lo hacían en los inicios de su relación habría encontrado difícil de creer que se tratase de las mismas personas. La hostilidad de antaño se había transformado en complicidad, y un afecto profundo, inequívoco, asomaba sin reservas a los ojos de ambos.

Hay quien no logra amar sino después de largo trato y mucha convivencia. A ese amor no le hace mella el paso del tiempo.

Lo que entra con dificultad no sale fácilmente, y en Fernando el amor por Sancha no había nacido en una hora, sino que lo había hecho despacio, laboriosamente, y se había engrandecido tras una larga compenetración entre los esposos.

La emoción del reencuentro fue grande.

—No esperaba veros hoy —dijo Fernando cuando sus manos se juntaron con las de Sancha. Los sentimientos estaban a flor de piel. No había visto sino a su carcelero durante meses—. Los esbirros de Ramiro me dijeron que vendríais, pero no esperaba que fuera esta misma tarde. ¿Cómo estáis?

—Mejor que vos, y contenta de que me hayan permitido veros, aunque sea en estas condiciones. He venido tan pronto como Ramiro me lo ha permitido. Ya os dije en su día que no era prudente ignorar su autoridad. El reparto de las tierras de presura fue una prueba. Ramiro quería comprobar los límites de vuestra lealtad…

—No una prueba, una trampa. Ramiro sabía que ni Diego ni yo podíamos aceptar esa partición. Fue una ofensa al condado de Lara y a todos los que luchamos junto a él en Simancas. Hice lo que debía.

—Faltó reflexión, Fernando. Y ya vemos los resultados.

—Es posible. Pero lo hecho, hecho está. No nos detengamos en agua pasada. Habladme mejor de vos. ¿Cómo estáis?

—Bien, salvo por lo mucho que os echo de menos. En Lara nos dejan en paz. Pero en Burgos no soy bienvenida. Allí gobierna Ansur. Es el ayo de Sancho, ese hijo de Ramiro y Urraca al que llaman el Craso.

—Ese monstruo. Dios los castigue a ambos…

A Fernán González el tiempo en prisión le empezaba a pasar factura. Sancha le cogió de nuevo la mano, pero esta vez se la apretó con fuerza. ¡Cuánto había esperado este momento!

—No pensemos en él. Y dad gracias por que os hayan permitido tener el ajedrez que os hice llegar. Por lo menos habéis podido

ejercitar vuestra mente.

—Es cierto. Nunca os agradeceré bastante haberme iniciado en este juego. Calculando los movimientos de las piezas mi mente consigue evadirse de este lugar miserable. Pero, contadme, ¿qué es lo que os dice el rey? ¿Cuándo me dejará libre? —Sancha no contestó. Su expresión hizo que el cautivo alzase los brazos en el aire con desesperación—. ¡Ramiro quiere que me humille pidiendo clemencia! A Diego lo liberó a las pocas semanas, ¿por qué a mí no? Su comportamiento empieza a ser tiránico. ¿Qué espera, que me descomponga? No lo haré. No me humillaré ante él.

—Callad… —Sancha le hizo una seña de apaciguamiento que Fernando, encerrado en su sufrimiento, no entendió. Se acercó a taparle la boca—. Escuchadme… Os diré qué vamos a hacer.

4

Una media hora después, el carcelero, que era un mozárabe de Toledo escapado de la política de conversiones forzosas de Córdoba, abrió la puerta con despreocupación.

En su descargo ha de decirse que nunca en todo el tiempo de su cautiverio se había mostrado Fernán González rebelde. Al contrario: desde el principio aceptó el castigo y respetaba como nadie las normas de la reclusión. La diferencia con el anterior inquilino de la torre, el malencarado Abu Yahya, era más que notable.

—Cuando cae la noche, se acuesta. Duerme hasta el alba. A la hora prima se levanta, da unas vueltas por su celda y se sienta delante de su tablero. Reza como si fuera un monje cada vez que suenan las campanas de San Pedro. Lo hace con fervor, arrodillado junto a su lecho, en voz alta. Come lo que se le da sin quejarse, a diferencia del zaragozano. Y por la tarde me pide que juegue con él una partida.

Así había descrito el carcelero al rey Ramiro las primeras semanas de encierro. Nada anunciaba un cambio. Fue por ello que apenas miró a la dama encapuchada conforme esta salía por la puerta de la celda, y a la que precedió escaleras abajo hasta el portón que daba al patio de armas.

Los goznes gimieron.

El mozárabe volvió a su cubículo en lo alto de la torre sin sospechar nada, incluso silbaba una melodía popular. Si acaso pudo extrañarse de que la señora se cubriese la cara con la capucha y anduviese como encogida, lo que se explicaba, si es que reparó en ello, por la pena de dejar a su esposo el conde detrás.

Llegada la hora en la que acostumbraba a pasar la cena al prisionero antes de la partida diaria que echaban ambos, abrió la

pesada puerta. Dejó el cuenco de gachas y la jarra de agua sobre el taburete a un lado de la puerta. Ni siquiera miró a la figura que permanecía acurrucada en el camastro, de espaldas a él.

—Come y después jugamos.

Salió de nuevo.

Se sentó en su silla, bostezó, al rato sacó el manojo de llaves y volvió a entrar para sentarse ante el tablero. Y ya su sorpresa fue mayúscula al ver que en la penumbra, a la luz de una vela, en lugar de una faz demacrada y barbada le contemplaba un rostro hermoso de mujer. «¡Por Dios bendito!».

Al ponerse en pie hizo caer el taburete y Sancha le sonrió con la mayor candidez.

—Pero, señora… ¿Y el conde…?

—De camino a Burgos. Imagino que en espera de que yo me reúna con él. Si os place, podéis ir a rogarle al rey que se digne liberar a una mujer que nada ha hecho…

—¡Qué me decís! Pero ¡cómo habéis podido! Ramiro hará que me pongan en la horca en cuanto le diga que ha escapado. O que me corten la cabeza. Y si no se lo digo, también. En cualquiera de los dos casos mi muerte es segura… —dijo el pobre desgraciado. Tras un momento de indecisión y lleno de temor, decidió pese a todo dar la noticia, aunque no sin antes recriminárselo de nuevo a la mujer, que le miraba desde el camastro—. ¡Voy a perder la cabeza por vuestra culpa! ¡Y yo que confiaba en vuestro marido! ¡Soy un desgraciado! ¡Estoy perdido!

Sus pasos pronto se alejaron y el hombre no dejó de farfullar con tono pesaroso según bajaba por las escaleras de caracol. Sancha esperó en silencio. En ese momento ella tampoco habría dado un dinar por la vida del carcelero.

De lo poco que la reconfortaba en su situación era que la celda guardaba el olor de Fernando: se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Sancha estaba asustada, pero a la vez contenta consigo misma, y cuando las campanas de León llamaron a rezo —eran las vísperas— cerró los ojos y murmuró un Ave María.

5

Quien entró en la celda al poco ya no era el Ramiro digno y señorial que la había recibido con su hijo Ordoño en el engalanado patio de armas de palacio. Ya podía ceñir a su cintura el mismo cinturón de oro guarnecido de gemas, terciar sobre su hombro el mismo manto de terciopelo y llevar en sus sienes la misma corona regia, que el hombre

que llegaba como un jabalí cegado por el olor de la sangre había perdido su majestad.

—¡Qué burla es esta! Habéis abusado de mi confianza, señora. ¡Mereceríais que os mantuviera encerrada aquí en lugar de vuestro marido!

El rey se desahogaba.

Sancha permanecía sentada en su taburete delante del tablero de ajedrez donde seguían desplegadas las piezas en la posición que había dejado a media partida Fernando. Cuando Ramiro calló, alzó la cabeza y clavó en él dos ojos brillantes.

—Reconoced, señor, que esta ha sido una buena jugada.

—¡¿Buena jugada, decís?! ¿Burlar el castigo dictado por vuestro rey? Para vos es un juego porque sabéis que nadie aquí osará ir contra una hija de la gran reina Toda y, además, hermana de la esposa del rey. Ni siquiera yo… Pero Dios sabe que ganas no me faltan… Una buena jugada… —Ramiro dio un manotazo enfurecido. Las piezas del tablero cayeron al suelo. Y se volvió porque llegaba su mujer arrebujada en una capa de paño forrada en piel.

Urraca tenía la misma fisionomía que Sancha, solo que en versión insustancial. Lo que en Sancha resultaba seductor en Urraca era anodino. Si Sancha tenía un cabello abundante, ondulado, Urraca lo tenía liso, escaso.

La blancura de piel, que en Sancha era como nieve resplandeciente, en la esposa de Ramiro tenía apariencia lechosa. Las mejillas sonrosadas de la condesa de Lara contrastaban con la palidez mórbida de su hermana, y la mirada, directa y vivaz en Sancha, en Urraca parecía escondida en dos cuevas oscuras.

Hasta en la figura diferían, bien proporcionada y más bien alta la de Sancha, y de talla escasa la de Urraca, que parecía una versión fallida del mismo molde. Carecía de carisma. Ella misma lo sabía y lo asumía. Y eso hacía que desde muy joven se refugiase en su interior y no se abriese a nadie, o lo hiciese muy raramente. Era una mujer difícil, desconfiada como un gato, y no se había hecho querer en la corte.

Amén de que cuando finalmente dio un hijo al rey, la criatura tenía tal proclividad a la gordura que Ramiro, disgustado con su vista, lo apartó de su lado y lo envío en cuanto pudo a Burgos.

Eso tampoco ayudó.

Como llegaba Urraca, Ramiro salió de la celda y Sancha oyó que hablaban ambos fuera, junto a la puerta.

Lo que hablaron los esposos no lo supo nadie, aunque cabe imaginarlo. Urraca hasta entonces se había mostrado sumisa con las decisiones de Ramiro. Muy poquito conseguía con oponérsele y muy poquito se le oponía, de hecho.

Tras unos inicios difíciles de su matrimonio, ya que el varón que Ramiro esperaba tardaba en llegar, el nacimiento de Sancho cambió la posición de Urraca en la corte. La tranquilidad duró, sin embargo, poco, dado que conforme aquel niño crecía, su obesidad fue también en aumento hasta alcanzar dimensiones monstruosas.

Eso convenció a Ramiro de volver a llamar a su lado a su hijo Ordoño, para disgusto de su familia política y en particular de Toda, que se quejaba desde Nájera de que se favoreciese a quien ella consideraba un bastardo.

Las escasas tropas —un apoyo testimonial— que enviaron los pamploneses a Simancas acrecentaron la malquerencia de Ramiro hacia su familia política. Y la rebelión de Fernando, apoyado por Diego Muñoz, y Ramiro sospechaba que también por Toda desde Nájera, no hizo sino empeorar una relación que ya se había enfriado mucho.

Y no obstante la distancia creciente entre ambos, Urraca se había atrevido a seguir a su marido hasta el castillo. Una vez en lo alto de la torre, lo que le dijo tuvo la virtud de apaciguar a Ramiro, quien volvió a entrar al poco en la celda con la calma recuperada.

—Vuestra hermana me ha convencido, señora. Tenéis razón. Sé que algunos de mis súbditos han estado desde un principio descontentos con esta prisión…, y bien que lo han hecho ver en Burgos, con todas esas estúpidas quemas de códices. Lo que no parecéis entender ninguno es que yo mismo lo habría liberado antes del otoño. Hacédselo saber a Fernando.

»Habéis de entender también que hay decisiones obligadas para un rey. Y en el reparto de tierras que siguió a Simancas, lo que correspondía, por lógica de equilibrios, era entregar nueva tierra a los Ansúrez. No olvidéis que ellos se sentían agraviados desde que le concedí la tenencia de los dos condados, Castilla y Álava, a vuestro esposo. Es algo que le he intentado explicar a vuestra madre, que, por cierto, no para de enviarme misivas. Pero no nos desviemos. Aunque pueda entender vuestro enfado, el momento requería premiar a los Ansúrez y no ampliar el poder de la casa de Lara.

»En cuanto a su detención, habréis de admitir que no me dejó alternativa. Cuando supe de sus incursiones al sur del Duero con Diego Muñoz, rompiendo la paz acordada con Córdoba, además de sus desplantes y sus retrasos con los tributos, convendréis conmigo en que

cualquier muestra de debilidad se hizo imposible. Todos saben cuán fuerte es mi vínculo afectivo con Fernando. Él fue de mis primeros apoyos. Y precisamente por eso era importante que su desobediencia no quedara impune. Pero ahora que habéis hecho vuestro teatrillo, no os retendré. Sois libres de partir.

»Explicadle a Fernando que he estado deseando durante todo este tiempo restablecerle en la corte y que no olvido su participación en la defensa del reino. Nadie entre mis nobles tiene sus dotes de mando. Por eso le mantuve en mi favor desde que ocupé el trono. Él siempre antes respondió a mi confianza con su lealtad. Y espero que vuelva a ser así. Resumiendo, señora, os voy a dejar libre. Pero con una condición.

—¿Y cuál es esa condición?

La pesada puerta de la celda se había entreabierto. Sancha adivinó la silueta de Urraca. Por primera vez en mucho tiempo reconoció en aquella mujer menuda que la miraba desde el vano a su hermana, la niña con la que había correteado durante su infancia en Pamplona, con la que había compartido juegos, esperanzas, confidencias, desgracias y alegrías.

—Que Fernando renuncie a sus títulos y a sus tierras. Conservará únicamente las de Lara, el patrimonio de su estirpe. Pero debe entregar todas las recibidas como conde de Castilla y Álava. Si lo hace, recuperará su posición. Si no, lo declararé en rebeldía y lo obligaré a exiliarse de por vida. ¿Qué decís?

Sancha sintió que la ola de afecto que acababa de experimentar hacia su hermana se desvanecía y daba paso a sentimientos muy diferentes. La mirada se le escapó hacia la puerta. ¿Sería posible que la propuesta de Ramiro viniese de su hermana? Más tarde se lo preguntaría muchas veces. Y nunca llegó a saberlo con certeza.

En todo caso, no tenía otra opción.

Apartando los pensamientos negativos, miró a Ramiro. Tras dudarlo un momento, asintió. La rapidez de su decisión sorprendió al rey de León, que finalmente dio media vuelta y salió murmurando: «Muy bien, muy bien». Sus pasos y los de Urraca se alejaron por el pasillo.

Sancha los oyó hablar en voz baja según bajaban juntos por las escaleras.

7

Claro que también en otra ciudad sucedían cosas que nos atañen.

En el alcázar de Nájera habían acondicionado una de las salas para alojar, desde meses atrás, a una enigmática mujer que había

llegado en plena noche acompañada por jinetes musulmanes. Desde entonces un velo de misterio había caído sobre la prisionera, pues únicamente podían acceder a la torre un guardia de origen franco y la reina madre de Pamplona. Y era la propia Toda quien entró aquella noche, vela en mano.

A esas alturas Toda había envejecido bastante. Tenía cerca de sesenta años y, aunque seguía siendo la misma mujer astuta de siempre, su salud empezaba a resentirse. Cada poco, se le escapaba una tos enfermiza.

—No hace falta que eches la llave, carcelero. No tardaré. —Tosió sin poder evitarlo.

La mujer al fondo de la estancia miró por la abertura en el muro que daba al monasterio de Santa María, próximo al alcázar, adonde se había trasladado no hacía tanto el panteón de los reyes de Pamplona. El sol en el horizonte, a lo lejos, teñido de una iridiscencia rosada, iba cediendo poco a poco al azul oscuro de la noche.

Subh llevaba todavía ropas árabes, aunque no se velaba el rostro.

A una indicación de Toda, el guardián puso un plato de gachas y una jarra de agua sobre la mesa. La prisionera tomó asiento y comió con una cuchara de madera.

—Ya veo que tienes buen apetito, niña. Eso es bueno, aprovecha… Me imagino que te habrás preguntado muchas veces cuándo terminará esto. Pues tengo buenas noticias: ha llegado un mensajero de Córdoba. —Toda volvió a toser—. Alhakén me pide que te deje ir para que te reúnas con él. Sí, querida, pese al tiempo transcurrido no se olvida de ti, como esperaba su padre. Ha tardado en dar contigo, pero lo ha hecho y me envía una carta en la que me prodiga una mezcla de halagos y amenazas.

»No sé muy bien cómo lidiar con el asunto. —Tosió—. Yo tenía un compromiso con su padre, que es quien me pidió que te retuviera… Y ahora tengo las amenazas de Alhakén, que será califa en su día… Menudo problema has creado… Mira que, nada más verte en el campamento de Calahorra, te calé. —Tosió de nuevo—. Has sabido jugar bien con tus encantos. Lo has vuelto loco. Y aquí estamos…

Subh dejó de tragar y levantó un momento la vista.

—¿Fuisteis vos?

A Toda se le escapó una carcajada que la hizo toser con más fuerza. El ataque la llevó a esconder la boca tras un pañuelo que retiró rápidamente.

—¡No, querida, no! Habría sido una bonita jugada, pero no he sido yo quien advirtió a Abderramán contra ti… La gente me tiene por mujer de poco fiar. Y no les diré que no tienen razón cuando está por

medio el interés de Pamplona. Pero en esto ¿qué interés puedo tener? Si acaso, tu historia con Alhakén me hace recordar mis comienzos con mi esposo. Oh, sí, no te sorprendas. Yo también fui joven. Y hermosa de cara y cuerpo. Y tú también serás vieja alguna vez. Tu tez perderá tersura y tu cuerpo perderá esas formas armoniosas…, y conocerás de cerca la enfermedad.

»No, Aurora, no he sido yo quien te ha delatado. Fue el califa quien te apartó del lado de tu amante. Y ha sido Alhakén, y nadie más, quien desde que desapareciste no ha parado de enviar jinetes en tu busca a todas las ciudades del califato… Hasta que por fin ha comprendido que te habían enviado fuera del territorio cordobés. Supongo que no te importa si me siento y charlamos un poquito… Me cansa estar de pie.

Había una silla delante de la mesa.

8

A la reina Toda se le escapó un suspiro y con él una nueva tos, ya más controlada.

—Yo no sé qué os pasa con el amor a los jóvenes y por qué se adueña así de vosotros, que se diría que no tenéis otra cosa en la cabeza. Es verdad que a la mayoría de los hombres se les pasa. Andan tan ocupados en guerrear y labrar la tierra que se quedan sin tiempo para boberías. Se dice que en África los reyes colocan a sus mujeres bajo custodia de una persona de confianza que les impone hilar lana de continuo. Piensan que las mujeres ociosas no hacen sino pensar en los hombres…, y no les falta razón.

—Entonces ¿me dejaréis libre?

—Eso vengo a decirte. Lo he pensado bien y… sí, te dejaré ir. Mañana mismo, si quieres. ¿No te alegra?

De tan sorprendida que estaba, Subh no reaccionó. Fue como si no entendiese.

Cuando el sentido de las palabras se abrió paso en su cabeza, se puso en pie. Las piernas le temblaban. Se cubrió el rostro con las manos. Sin poderlo evitar, se echó a llorar. Toda la tristeza que le había ido ganando durante los meses de cautiverio, toda la incertidumbre acumulada, de repente se desbordó.

Viendo que Toda se ponía en pie, se le echó en brazos.

—Recomponte, Aurora. Y prepárate para el viaje de vuelta. Saldrás mañana mismo al amanecer. Vendrán dos de mis hombres y te acompañarán hasta las puertas de Nájera. Los cordobeses de Alhakén te estarán esperando. Ellos te llevarán de vuelta… no sé muy bien adónde…

Toda aún miraba a Aurora sin saber muy bien qué actitud tomar ante sus lágrimas cuando alguien llamó a la puerta con la aldaba y apareció en el vano uno de sus criados de mayor confianza.

—Señora, acaba de llegar de León un mensajero con una carta de la infanta Sancha, vuestra hija la condesa de Lara. Dice que es importante.

9

De Sancha, condesa de Lara, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Madre:

Ya os habrán llegado noticias de cómo he logrado burlar a los carceleros de Ramiro. El día que nos encontremos cara a cara os contaré los detalles de lo ocurrido. Algo en cuya resolución ha tenido mucho que ver vuestra hija Urraca.

Lo principal es que el rey Ramiro finalmente ha decidido perdonar a Fernando y devolverle su libertad. A cambio le exige que renuncie a los condados de Castilla y de Álava y los bienes añejos a los mismos. Ese es el pacto que ofrece y que he aceptado en nombre de Fernando.

He firmado un documento en el monasterio de San Salvador de Palat del Rey, en presencia de su hija Elvira, hoy abadesa del lugar. Pese a la dureza de los términos, os puedo decir que no he dudado. No sé cómo reaccionará Fernando, pero por mi parte estoy convencida.

Los condados del reino de León a fin de cuentas son tenencias que el rey otorga y retira a su antojo.

Hoy no le conviene a Fernando mostrarse rebelde, y menos en estos días en los que la popularidad de Ramiro, después de sus éxitos contra los cordobeses, es mayor que nunca.

Ni que decir tiene que, si Ramiro muriere, todo lo firmado quedaría en entredicho. Mientras tanto, no le conviene a un conde de Castilla aparecer abiertamente rebelde a la autoridad de León.

En cuanto a los planes de Ramiro para el futuro, lo único que he sacado en claro es que pretende mantener en Burgos a vuestro nieto Sancho, al que todos llaman el Craso, bajo la tutela de Ansur Fernández en calidad de ayo del infante.

Ansur es quien tendrá el poder en ese Burgos que quiere engrandecer como capital del condado de Castilla. Con su hijo allí, Ramiro espera hacer sentir la presencia de la corona de León entre los foramontanos y ganarse su afección.

El problema es que Ramiro no conoce a esta gente. Ramiro nunca ha contado con el arraigo de la lealtad que le tienen a Fernando. No ha visto el espíritu de rebeldía con que en Burgos se quemaron delante de la iglesia de Santa María ejemplares del Fuero Juzgo. Ni el afecto con que nos

reciben a mí y a mis hijos allá por donde pasamos.

Al cabo de los años, Fernando se ha convertido en algo así como el alma de Castilla. Él encarna la libertad y la dureza de esta tierra arisca a la que cada vez le cuesta más aceptar la dependencia de la corte de León, de sus usos y sus leyes, que aquí se sienten como un yugo.

En estos momentos no se puede entender Castilla sin Fernán González ni tampoco a Fernán González sin Castilla. Esto Ramiro lo sabe. Y sabe que, si hiciera ejecutar al conde, la rebelión sería inmediata y, posiblemente, perdería Castilla.

Es por eso por lo que se muestra clemente. Y es por ello por lo que voy camino del Picón de Lara con un documento de perdón firmado por su propia mano y una propuesta que, si mi esposo acepta, garantizará su libertad.

Confío en que Fernando entienda de una vez por todas que la sumisión a León es, llegado a este punto, nuestra única baza. En el fondo, Ramiro lo que espera es un gesto simbólico suyo, y que le rinda vasallaje ante sus nobles. Que la corte lo vea. Eso lo cambiaría todo. Pero bien sabéis que Fernando no quiere ni oír hablar del asunto.

Espero ser capaz de vencer esa terquedad de mi esposo que nos está costando tan cara.

Que Dios os guarde, madre.

Sancha de Pamplona

Capítulo IX

Recuperar lo perdido

«Tened libertad bajo un rey; tened un reinado sometido a las leyes y que no haya nada ilegítimo: comparemos a esta monarquía con el Estado despótico y es evidente que veremos todas las calamidades bajo un poder absoluto, y la dicha y la prosperidad bajo el reinado».

PLATÓN

1

Mucho debieron discutir Sancha y Fernán González cuando se reencontraron.

Fernando se daba perfecta cuenta del aguijón que llevaba la propuesta de Ramiro. Le conocía bien: los dos habían convivido en muchas campañas y el mismo vínculo profundo que los uniera en el amor lo hacía ahora en el odio.

Pese a sus protestas iniciales, acabó aceptando todas las condiciones menos una: no rendiría vasallaje en público a Ramiro. «Me someteré a su autoridad. Lucharé donde me diga. Pero no doblaré la cerviz ante él. No le besaré la mano». Nuevos emisarios a caballo viajaron entre Lara y León, y tras el tira y afloja final, el acuerdo quedó cerrado. Fernando aceptó la pérdida de todos sus bienes salvo el condado de Lara, patrimonio de su linaje, pero no acudiría a León. Y Ramiro hubo de resignarse, al igual que todos los que esperaban que doblase la rodilla.

Una vez resuelto el asunto, Fernando se dedicó a vigilar los lindes orientales del condado y protegía sus fronteras actuales con Córdoba.

Por donde pasaba era aclamado como si todavía fuese conde de Castilla, algo que ofendía profundamente a Ansur, aunque en ningún momento Fernando quiso sacar provecho y se limitó a obedecer las órdenes que le llegaban de Burgos o —él lo prefería— de León.

En la corte de Ramiro se conformaron y la vida del reino se reanudó, cada vez más centrada en la repoblación, que ya avanzaba hacia el sur del Duero aprovechando que las grandes campañas cordobesas parecían haber cesado.

Abderramán ahora lanzaba rápidas y breves expediciones de pillaje, generalmente formadas por mercenarios, que dirigía sobre todo hacia la parte occidental del reino de León.

Pero los daños de las incursiones eran menores y la situación entre los cordobeses y los foramontanos se mantenía sin grandes sobresaltos. Eso permitió entre otras cosas que Fernando y Sancha se dedicasen a administrar en paz sus tierras en Lara.

Y así lo hicieron, ajenos a toda política, hasta que un día les llegó la noticia del fallecimiento de Ansur.

El hecho había ocurrido en Burgos, después de una comida, y fue fulminante.

Ansur se desplomó según salía del castillo de San Miguel. Se dirigía a la iglesia de Santa María la Blanca. Se disponía a subir a su caballo cuando palideció, cayó de rodillas y quedó tumbado bocabajo en medio de los guardias que lo acompañaban.

—Que su alma descanse en la paz del Señor —dijo el jefe de su guardia santiguándose. Y se alzó tras comprobar que el de Monzón había dejado de respirar.

2

Apenas una semana más tarde, llegó al alcázar de la ciudad de Mayrit, a orillas del Manzanares, un jinete procedente de Córdoba. Su vestimenta dejaba ver que no era un simple mensajero. La cota de malla sobre su túnica lo distinguía, al igual que su turbante de seda. Y no ceñía espada, algo que permitía aventurar que no era hombre de guerra.

Entre la pareja de sudaneses que lo escoltaba, bajó de su caballo a la entrada del alcázar. Tras dejar su montura, preguntó algo a uno de los guardias, que indicó ladera abajo. El cordobés anduvo en dirección al río. No permitió que nadie le acompañara. Algunas perdices levantaron el vuelo a su paso.

El dignatario descendió por entre las carrascas y jaras que poblaban la ladera. Recorridos unos doscientos metros, llegó hasta la orilla del río. Allí localizó a quien buscaba: el que parecía un muchacho con amplia chilaba y turbante bereber de color añil, uno de cuyos extremos le cubría el cuello y la parte inferior del rostro, como era costumbre entre los tangerinos.

El joven, sentado, se agarraba las rodillas con los brazos. Perdía la mirada en el modesto Manzanares: había tramos donde el agua aparecía cubierta con una fina capa de hielo que, con los primeros rayos de sol, empezaba a desaparecer. No muy lejos, una garza plantada en el agua sobre una única pata parecía mirarlos con curiosidad.

—Traigo un mensaje para ti, joven amo.

—El hielo vuelve a ser otra vez agua, todo ha terminado. Se han reconciliado… —murmuró filosóficamente el joven. Volvió el rostro para clavar los ojos en el dignatario cordobés. Eran los ojos de una mujer, y además de una mujer hermosa—. Discúlpame, Yafar. No acabo de acostumbrarme a esta nueva vida. Me siento muy sola. Pero

dime… Supongo que Alhakén quiere saber cómo estoy.

—Eso es lo primero. Nuestro señor va camino del oeste, por donde lanzará una poderosa aceifa este verano. Pero antes me ha enviado a saber cómo estás.

—Aunque nadie me incomoda y no puedo quejarme de la vida en este alcázar, me aburro. No salgo apenas. Doy paseos a orillas del río y pienso mucho sobre lo que está siendo mi vida…, siempre a la deriva y a merced de la corriente, como ese palo de allí, mira…, ahí junto a la garza… Alá parece haber querido castigarme por no sé muy bien qué. De todas formas, vienes para decirme algo. Habla, Yafar.

—Traigo un mensaje de Alhakén. Es una propuesta. Ya habrás oído que se está alborotando de nuevo la tierra de los infieles. El cristiano que gobernaba Castilla, ese Ansur Fernández, ha muerto…

—Lo conocí en su día. ¿Y eso en qué nos concierne?

—En que León se había quedado sin nadie con capacidad para dirigir el condado y los cristianos de Castilla empezaban a soliviantarse. Preocupado por la situación, el rey Ramiro, que se prepara para lidiar con la aceifa que lanzará Alhakén por el oeste, ha optado por nombrar nuevamente conde del territorio a Fernán González… Y eso pese a que hace años que se mantienen a distancia uno del otro. Sus relaciones son muy frías. Por lo menos desde que el castellano huyó de León vestido con los atavíos de su esposa.

—Veo por dónde vas, Yafar.

—La situación en el reino de León ha cambiado. Las relaciones de Córdoba con Nájera también. La reina de Pamplona hace ya un tiempo que no deja de enviar mensajeros a al-Nasir. Y al-Nasir cree poder convencer al castellano, a ese Fernán González, de que abandone él también a Ramiro —dijo Yafar. Y alzó la vista hacia la sierra cubierta por una fina capa de nieve que se veía al otro lado del río, hacia el norte—. El rey de León le ha mantenido mucho tiempo alejado de su lado. El vínculo ya no es tan fuerte como lo pudo ser. El momento sería propicio para que tornase sus lealtades.

—¿Y para qué se me necesita?

—Alhakén sabe que conociste bien a Fernán González. Piensa que podrías atraerlo a su campamento. Si te viera, está convencido de que tu atractivo volvería a hacer efecto. Cree que podría pasarse a nuestro bando.

—No es la primera vez que se intenta algo parecido. ¿Qué dice al-Nasir?

—Al-Nasir sabe que estás viva y promete perdonarte si cumples con este único servicio. Podrías volver a Córdoba. ¿Qué contestas?

Subh miró la corriente del río.

Se acordaba perfectamente —un recuerdo así es imborrable— de aquel estío pasado con Fernán González. Era con quien estaba cuando Ramiro tomó este mismo alcázar, el día en que los cristianos saquearon, a sangre y fuego, Mayrit. El Manzanares, en esa ocasión, se llenó de cadáveres cordobeses. Pensó que resultaba extrañamente premonitorio que entonces también viviera vestida de hombre.

La diferencia era que en aquella época aún creía en Jesucristo y hoy vivía entre musulmanes.

—Ya acepté, durante el verano de la aceifa sobre Álava y Burgos, que le enviaras aquella carta, Yafar, para atraerle a una celada. No funcionó, pero yo estuve de acuerdo. Todavía era joven. No sabía lo que quería. Además, aún no conocía a Alhakén. Hoy es diferente. Hoy soy concubina de Alhakén y no puedo hacer lo que me pides.

—¿Estás segura? ¿Es eso lo que debo decirle a al-Nasir?

—Eso mismo. Que hoy amo a Alhakén y le debo fidelidad.

Yafar se levantó.

—Eres más inteligente de lo que parece.

—Espera, Yafar.

Ella le tendió el brazo.

—No hay más que decir. ¿Qué queréis?

Subh le atrajo hasta sí. Sin dejarle tiempo a pensar, apartó la tela que le cubría el rostro y le dio un beso suave en los labios. Petrificado, Yafar hizo amago de retirarse. Enseguida se dejó arrastrar por la sensualidad de un beso que se fue haciendo, poco a poco, cada vez más húmedo.

Durante unos momentos el viento entre las jaras, el murmullo del agua, los pájaros en las carrascas cercanas, todo pareció enmudecer. Cuando se separaron, Subh se le quedó mirando y se volvió a cubrir la cara.

—Dímelo, Yafar.

—¿El qué?

—Dime que la idea era de Alhakén, y que traías orden de matarme si aceptaba volver a ver a Fernán González.

Apartando la vista, Yafar se puso en pie. Con una voz apagada, dijo:

—Te tendré al tanto de cómo se desarrolla el encuentro con ese infiel.

3

—Al cabo del tiempo por fin nos encontramos cara a cara, Fernán González. He oído tanto de ti que estoy contento de tenerte delante.

—Yo diría que nos volvemos a encontrar, al-Nasir. Solo que esta

vez no en el campo de batalla.

Estaban en una sencilla tienda instalada entre los álamos ribereños en algún lugar al sur del Duero.

El tiempo pasado se notaba en los rostros y los cabellos encanecidos de ambos hombres. Para entonces Abderramán había dejado de guerrear y se daba cada vez más a la bebida, un vicio que, sin embargo, no aplacaba su frustración por no haber sido capaz de doblegar a los reinos cristianos.

Cierto resquemor se empozaba en sus ojos azules conforme miraba a quien, de manera inesperada, volvía a ser el hombre fuerte de Castilla. Su barba y cejas seguían teñidas de negro, pero la expresión era la de un hombre cansado. La barba mostraba las raíces encanecidas bajo el tinte y sus músculos no tenían la elasticidad de sus años mozos.

Su tono era reposado.

En la tienda, el único amueblamiento sobre el suelo alfombrado era una mesa baja con dos copas de plata junto a una jarra llena de agua que ninguno tocaba, y una hermosa pipa.

A un lado, en segundo plano, aguardaba el general Galib, sucesor de Furtún al frente de los asuntos de la frontera, un eslavo de más de seis pies que hasta no hacía mucho comandaba la guardia personal de Abderramán.

—El tiempo no pasa en balde, cristiano. Las labores que hemos hecho se acumulan. Yo tengo más de medio siglo a mis espaldas. Tú no tardarás en llegar a esa edad. Y en todos esos años, ¿qué he logrado?

—Un gran renombre como guerrero, señor.

El musulmán miró a Fernán González como hubiera podido mirar, en un buen día, al propio Galib o a cualquiera de sus generales.

—Eso me place. Es cierto. He batallado incansablemente durante treinta y tres años. He conquistado ciudades, alcanzado impagables victorias. He ampliado mi mezquita hasta convertirla en la más grande y bella del mundo. Y la ciudad palatina de Medina Azahara hará palidecer de envidia a cualquier rey. He hecho todo lo que un hombre puede hacer en este mundo. Y con todo, ¿sabes cuántos días de verdadera felicidad creo haber vivido? Catorce, tan solo.

»Pero dejémoslo. Te he ido siguiendo de cerca, Fernán González. Luchaste desde el principio del reinado de tu señor leonés muy bravamente. Le has dado a Ramiro sus mayores victorias contra Córdoba, de entre las cuales la que más me dolió fue la de Simancas…

—La fortuna estuvo de nuestro lado, señor.

—No fue solo la fortuna. Y lo que perdí en Simancas, bien lo

sabes, pues eres inteligente, fue más que una batalla. ¿Por qué crees que no he vuelto a dirigir ninguna nueva aceifa contra Ramiro? Bien es verdad que me di cuenta de que las grandes campañas no resultan eficaces. Ni siquiera la del Poder Supremo, en la que puse tantas esperanzas. Y no puedo negar que mis fuerzas están declinando.

»Pero lo cierto es que después del desastre de Simancas algo se rompió muy dentro de mí…, algo que tenía un valor tan incalculable que me cuesta nombrarlo… Por eso reconozco que cuando supe que te revolvías contra Ramiro, ese perro rabioso, me alegré profundamente.

Abderramán, que era de pequeña estatura, procuraba estirar su cuerpo manteniéndose muy erguido mientras lamentaba para sus adentros haber recibido de pie a un hombre que le superaba tanto en altura.

4

—Te diré que lamenté luego que Ramiro te concediera la libertad, aunque me alivió su decisión de retirarte la gobernanza de Castilla. Y desde entonces sé que tus trabajos no han cesado en la frontera, donde has luchado contra Córdoba cada vez que ha sido necesario. Y eso pese a que ese rey tuyo te despojó del título de conde de Castilla, que sé bien cuánto te importaba…

»Y no obstante has seguido ejerciendo tu autoridad en la parte oriental del condado, donde te apoyan los infanzones foramontanos, los pobladores de villas y todos aquellos para quienes la autoridad y la justicia de León empiezan a ser cadenas de las que quieren liberarse. Esas gentes saben que tu compartes su sed de libertad. Por eso están dispuestos a dar la vida por ti. Tú eres, en realidad, el auténtico señor de Castilla. Sus gentes te consideran como tal, Fernán Banu González.

Cualquiera presente se habría sentido sorprendido por el respeto que se mostraban ambos hombres.

Aquella era la primera vez que estaban frente a frente, pese a que se habían tenido muy presentes el uno al otro durante las casi dos décadas que habían pasado guerreando en torno a esa tierra de nadie que dividía sus territorios.

—Todo hace que hoy la situación sea propicia para una alianza entre Córdoba y Castilla, que, aunque pueda extrañar a muchos, sería muy provechosa para los dos. A mí me conviene que no se produzcan avanzadas castellanas, y no es ningún secreto que hace tiempo que no lanzo aceifas contra tu condado. Mis intereses se centran en los territorios del oeste, los que gobierna directamente Ramiro. En suma, si te comprometes a respetar mi territorio, tus foramontanos podrán dedicar sus esfuerzos a labrar sus tierras y a disfrutar de la paz, como

hacéis últimamente.

Fernando escuchó con atención. Él sabía mejor que nadie que nada de aquello era gratuito. Si Abderramán dejaba en paz a Castilla era porque pensaba que la paz en las fronteras orientales del reino propiciaría, a falta de un enemigo exterior, una futura revuelta castellana contra los leoneses. Eso buscaba, con su estrategia, al-Nasir.

—Veo que te abstienes de pronunciar el nombre de tu enemigo Ansur Fernández. Él fue el responsable de tu caída y de tu exilio. Pero su muerte ha abierto nuevos horizontes para ti y para mí… —dijo Abderramán. Y lo miró como si quisiera penetrar en el fondo de su alma—. Nuestros intereses son ahora coincidentes, cristiano. Si Castilla no avanza hacia el sur, yo podré concentrarme en la frontera occidental. Lanzaré aceifas contra la ciudad de Zamora y las tierras gallegas, que es donde, según me informan mis espías, algunos señores se han conjurado contra Ramiro. ¿Qué piensas? ¿No estás de acuerdo en que un pacto así nos favorece a ambos?

—No puedo daros una respuesta todavía —dijo Fernán González con una sensata prudencia. Se daba cuenta de que el juego era difícil y peligroso—. Necesito tiempo para pensarlo. Permitidme ahora que salga a donde me esperan mis hombres… Tengo algo que creo que os complacerá.

5

Fernando se asomó al exterior de la tienda e hizo seña a los dos castellanos bien armados que esperaban más allá junto a los caballos. Los hombres del califa que montaban guardia alrededor de la tienda eran en su mayoría los altos eslavos de ojos azules que componían su guardia personal.

Los hombres más próximos formaban un primer cerco de protección y, unos metros adelante, un segundo anillo de soldados miraba hacia el exterior, hacia más allá del foso defensivo que habían cavado en torno al campamento, como era la costumbre cordobesa. Mientras tanto, jinetes sudaneses vigilaban por entre los álamos de la ribera donde, por el momento, todo permanecía tranquilo.

Uno de los castellanos entregó a Fernán González un objeto envuelto en un paño ante los ojos de la pareja de eslavos que guardaba la entrada de la tienda. Fernando retiró el paño. Con aquello en la mano, entró de nuevo.

—Traigo algo que os pertenece, al-Nasir.

El califa cogió el objeto entre sus manos: era un Corán.

Fernando todavía recordaba el momento en el que se había apropiado de aquel libro, su botín de guerra más preciado, tras la

batalla de Simancas, hacía ya años. Parecía que fuera ayer mismo. El tiempo daba la impresión de haberse acelerado y las estaciones fluían con una velocidad siempre creciente.

Abderramán había estado fumando en la pipa de cerámica que ahora estaba posada en la mesa, junto a la jarra de agua, a su lado, con las copas que ninguno de los dos había tocado, y tenía la mirada nublada y la cabeza llena de pensamientos vagos.

—¿Qué es esto?

Pese a que las cubiertas de plata repujada del volumen y en su interior los rasgos de la cuidada caligrafía le resultaban familiares, todavía pasaron unos instantes antes de que el reconocimiento brillara en sus ojos.

El califa parpadeó un par de veces con la pesadez del hachís en su cabeza.

—El hermoso Corán que dejasteis olvidado en Simancas. Fui yo quien lo encontró en el interior de vuestra tienda. Os lo entrego como muestra de buena voluntad.

—Y yo así lo recibo. Pero veo que evitas comprometer tu palabra. Eres prudente, Fernán González. —Al-Nasir acarició el libro con la punta de los dedos. Lo abrió con delicadeza. Su rostro dejó ver la emoción que sentía al leer las palabras sagradas: «En el nombre de Alá, el Misericordioso, el Compasivo…». Su humor había cambiado. Ya no le apetecía seguir hablando—. Bien, has pedido tiempo para reflexionar y lo tendrás. Ahora vete en paz, y que el Todopoderoso te proteja, conde de los castellanos.

6

Al pasar de nuevo entre los eslavos, Fernando pensó en cuán extraños eran los designios de la Providencia. Desde que tenía edad para recordar, Abderramán había sido el principal enemigo del reino, el hombre a batir, el gran Satán, y desde luego más de una y más de veinte veces había estado él mismo a punto de perder la vida al enfrentarse con los ejércitos cordobeses…

La batalla de Osma fue la primera vez que logró vencerle, a lo que luego seguiría, por supuesto, Simancas. Resultaba difícil olvidar el miedo que le había encogido el corazón al ver aparecer por la llanura a orillas del Pisuerga tan enorme ejército, y su alegría al comprobar que Dios se ponía de su parte y les otorgaba la victoria.

Y no solo en Simancas, sino después, cuando Ramiro decidió que saldrían en persecución del ejército cordobés en retirada, y cuando tras casi dos semanas de marcha alcanzaron a los hombres del califa en aquel lugar barrancoso de Alhándega. Una ratonera para un

ejército en desbandada contra cuya zaga Fernán González lanzó su caballería obligándolos a seguir avanzando entre paredes escarpadas, sin posibilidad de huir.

Abderramán logró a duras penas escapar con vida de aquel paraje gracias a la fortaleza de su caballo y a la protección de su guardia. Pero la humillación fue tan grande que no había vuelto a ponerse al frente de un ejército.

Y hete aquí que aquel mismo califa de Córdoba hoy le proponía una alianza… ¡a él, a Fernán González!

La política desde luego hacía extraños compañeros, reflexionó según se dirigía al grupo que esperaba con sus caballos.

Su hijo mayor, Gonzalo, ya adolescente, con una pelusa sombreando el labio superior, le tendió las riendas de su montura y Fernando se encaramó a ella pensando que ni Sancha, con toda su perspicacia —¡con qué ansia le estaría esperando!—, hubiera podido prever lo que acababa de suceder.

Pero el mundo era así, pensaba cuando se le acercó uno de los eslavos del califa con un caballo negro cogido de las riendas. Al eslavo lo acompañaba a su vez un criado, posiblemente un eunuco por su aspecto, que, unos pasos atrás, mantenía en alto una mano enguantada. Posado sobre ella había un espléndido azor.

—Conde de Lara —dijo el eslavo en su torpe romance—. El príncipe de los creyentes me manda que os entregue estos presentes. El caballo es el mismo que al-Nasir montó en Simancas. Nuestro señor no ha vuelto a montarlo desde entonces y os pide que lo aceptéis.

Fernando cogió las riendas del animal que le tendía el eslavo. Le miró a los ojos: era un hermoso corcel negro de raza árabe, esbelto, fiero, con la mirada orgullosa y bien cuidado; el pelaje reluciente, bien cepillado.

A continuación se volvió hacia el criado que también le tendía el puño enguantado con el ave.

—Un regalo que le hizo en su día el rey de Pamplona. Al califa no le interesa ya la cetrería. Piensa que vos, mejor que nadie, le sacaréis partido.

Los hombres que acompañaban al de Lara no dijeron nada. Tampoco sus hijos, Gonzalo, el mayor, y Sancho, casi un niño todavía.

Sancho fue quien se hizo cargo del azor: le acarició el plumaje con gesto entendido. El caballo sería para Gonzalo.

—Lo montarás tú de aquí en adelante. Yo estoy demasiado habituado al mío —le dijo su padre.

7

Muy pronto vadearon el Duero por el mismo lugar, entre rocas, que a la ida.

El conde seguía enfrascado en sus pensamientos. De vez en cuando alguno de los hombres miraba por encima del hombro, preocupado. Siempre resultaba inquietante saberse en la proximidad de sarracenos que, si el humor del califa cordobés cambiaba, podían venir tras ellos y masacrarlos. Con una cita así se corría ese peligro.

Conforme avanzaban envueltos cada vez más en la niebla del río, Fernán González se preguntó por qué le seguían sus hombres. Los más veteranos lo habían secundado en mil batallas y durante años habían acudido a su llamada para defenderse de las aceifas casi cada verano. Lo habían seguido en incursiones contra los moros para expandir su territorio al sur del Duero, en un juego constante de avances y repliegues que recordaba el movimiento de las mareas.

Habían visto perecer a muchos compañeros. Lo habían visto victorioso en Simancas, humillado en León. Y pese a tantas vicisitudes, pese a tantos altos y bajos, los foramontanos seguían confiando en él. ¿Por qué?, pensó. ¿Qué era lo que veían en él? ¿Tesón? ¿Su capacidad para resistir la adversidad y siempre volver a levantarse?

Fernando fue conde de Castilla desde muy jovencito. A raíz de su rebelión contra Ramiro, había perdido su título. Y al cabo, de manera inesperada, tras la muerte súbita de Ansur —Dios lo había querido, eso pensaban los castellanos—, lo había recuperado.

Lo único claro era que las gentes de la belicosa Castilla le guardaban una lealtad inquebrantable.

Y Fernando no se engañaba: era por eso por lo que Ramiro le quería a su lado. «Tiene miedo de que Castilla se rebele».

En medio de estas reflexiones, consideró que una alianza con Córdoba, como planteaba Abderramán, tenía sentido. Resultaba imposible no sentirse tentado por la propuesta. Cualquiera, en su situación, lo hubiera hecho.

8

Cuando de regreso en el Picón de Lara recibió al emisario de Ramiro llamándole por fin a León, temió de entrada que fuera una celada.

Pero incluso en ese caso sabía que, como conde de Castilla, no podía no acudir a la llamada. Era la primera vez en varios años que debía ir a la ciudad regia, y en esta ocasión no llegaría maniatado ni podrían recibirlo a boñigazos ni con insultos.

No, esta vez estaban obligados a recibirle con honores.

Fernando sabía mejor que nadie de la antipatía que les tenían en la corte a él y a los castellanos. No gustaban ni sus modales ni su

actitud, que encontraban distante y fría, arrogante decían, ni tampoco su habla, esa lengua seca que manejaban los de la meseta.

Era como si la distancia entre León y su condado de Castilla se hubiese transformado, con el paso de los años, en un foso insalvable…

En todo ello pensaba todavía cuando él y los nobles que lo acompañaban a guisa de pequeña corte castellana —cincuenta jinetes precedían al carromato donde viajaba su esposa Sancha y a las mulas cargadas con enseres— llegaron, tras una travesía incómoda por la lluvia, ante las murallas de la ciudad regia. Había llovido mucho por el camino.

Esta vez, Fernán González se plantó ante el Arco Regio acompañado por sus hijos y sus más fieles. Ojeó aquella ciudad a la que el destino parecía empeñado en llevarle de nuevo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su prisión en ella? No quería ni pensarlo.

Las sensaciones que le asaltaban eran contradictorias.

Por una parte, León le recordaba las humillaciones sufridas durante demasiados meses a manos de la gente de Ramiro. Pero al mismo tiempo seguía viva su admiración por las imponentes murallas y los torreones de su castillo, junto a la puerta del Conde, en el extremo norte, que siempre resistieron indemnes los ataques seculares de incontables enemigos.

Por lo alto de las murallas había brillos metálicos y los cascos de los soldados eran perfectamente visibles entre las almenas cuando, tras cruzar la bulliciosa plaza del mercado, los recibió el sonido de los primeros cuernos sobre el Arco Regio.

El rastrillo al que se acercaban, cuando estaba caído, imposibilitaba la entrada, y un profundo foso seco rodeaba las murallas. La capital de Ramiro no era una plaza sencilla de tomar, pensó Fernán González. Nunca lo había sido, no. Y mientras la comitiva de foramontanos permanecía parada en el puesto de guardia, escuchó las explicaciones del oficial que salía a su encuentro.

—El rey Ramiro presencia una ejecución. Os ruega que vos y vuestra familia esperéis en los aposentos que tenéis preparados en palacio. Los demás tendrán que acampar en la explanada, fuera de las murallas.

Fernando sintió que su caballo se removía nervioso. Todavía mediaba abril. El campo que los rodeaba llevaba un tiempo escondido bajo una niebla que se confundía con el tiempo nebuloso. La humedad del camino se le había metido en los huesos, aunque con tanto pensamiento ni se dio cuenta de que había cogido frío hasta que estornudó.

Tras acariciar una vez más la cabeza de su montura, asintió.

Más allá, su hijo Gonzalo abría el cortinaje que protegía de miradas indiscretas a la condesa de Lara.

Sancha, cubierta por una capa forrada de pieles, se subió al caballo mayormente blanco que le presentaban. A su lado estaba Urraca, todavía una niña, a la que dos castellanos ayudaron a subir a la grupa de la montura de su madre.

9

La llegada de Fernán González y su familia —él y su esposa Sancha junto con sus dos hijos mayores y Urraca, todos a lomos de sus caballos, seguidos de algunos criados guiando las mulas con arcones— fue saludada con frialdad por los leoneses que encontraron a su paso. Pese a que uno de sus criados les precedía voceando su nombre, no hubo vítores. Tampoco insultos, pero en ningún caso alegría; si acaso, indiferencia.

El conde y sus hijos avanzaron lentamente. Evitaban los charcos de la calle y mantenían una posición digna sobre sus monturas. Lo mismo hacía Sancha, que llevaba una túnica de lana bajo su capa de piel y cuyo voluminoso cabello estaba recogido en un moño.

Una vez en el patio de palacio, descabalgaron al tiempo que los pajes de Ramiro se ocupaban de subir sus arcones a los aposentos que les habían destinado.

Cuando estuvieron instalados, Fernán González se dirigió a una de las estrechas ventanas. Estas daban a la plaza de la iglesia de San Salvador. Allí, bajo un cielo inhabitualmente gris, se preparaba la ejecución de la que les habían hablado.

Eran los cabecillas de un conato de rebelión en Zamora. La noticia de su captura había sido recibida con alborozo en León. Ramiro quería dar un escarmiento que quedara grabado en la memoria de todos, que enviara un mensaje claro a los posibles rebeldes futuros de la frontera.

Juntados en un pequeño grupo delante de la iglesia, los conjurados se apelotonaban en el estrado. Con las túnicas rasgadas, sin capa ni ningún símbolo de su rango, las manos atadas por la misma soga que los vinculaba unos a otros, procuraban afrontar su destino lo mejor posible.

No muy lejos, varios soldados probaron los nudos corredizos de las sogas. Entre redobles de tambor, la gente se arremolinó en la plaza para insultarlos. Los guardias los apartaron sin contundencia. Los condenados miraban al gentío con la mandíbula apretada. Procuraban mantener su dignidad *in extremis*.

—¡Muerte a los traidores!

Desde el atrio de la iglesia, envuelto en su manto de armiño y

sujetando el cetro real, Ramiro observó la escena con gesto implacable.

A su lado tenía a su hija Elvira, la abadesa de San Salvador, y también a Ordoño, hijo de su primera esposa, que ya era un mocetón crecido, nada malencarado ni feo de cuerpo.

Fernando tuvo la impresión de que Ramiro alzaba la vista hacia su familia, pegada a las ventanas, y, si fue el caso, entendió perfectamente el mensaje. Gonzalo y Sancho, sus hijos mayores, contemplaron la escena sin manifestar ninguna emoción, como les habían aleccionado. Sancha apartó a la joven Urraca de la ventana.

—Vamos, hija.

A una señal de Ramiro, se empujó a los reos hasta situarlos al pie de las sogas. Las cuerdas colgaban de una viga todavía mojada por la lluvia. El rey hizo una señal con la mano y los verdugos tiraron de las cuerdas.

Los cuerpos de los condenados se elevaron entre sacudidas hasta quedar en el aire balanceándose con movimientos convulsos durante un tiempo que pareció eterno. Luego se relajaron y, por fin, quedaron inmóviles.

—¡Así mueren los traidores a León! —exclamó Ramiro.

10

Los cuerpos de los ahorcados no fueron descolgados. Pendieron durante el resto de aquel día. Solo a la mañana siguiente, que escampó, los soldados leoneses siguieron las órdenes que llegaban de palacio y los arrojaron al foso seco al pie de las murallas, donde los carroñeros se cebaron con ellos.

La vida continuaba y después de la misa en San Salvador los obispos y magnates convocados por Ramiro entraron uno tras otro en palacio. Se trataba de una reunión de calado a la que asistían, por primera vez en años, Fernán González y Diego Muñoz, el conde de Saldaña, recién llegado él también de sus tierras de Liébana.

Los dos amigos apenas se habían visto desde que fueron presos en su día —¡cuán lejano parecía aquello, y qué tenue ya el recuerdo de la fallida conspiración!— y se abrazaron entre expresiones banales pero sinceras de reconocimiento y afecto mutuo.

A Diego empezaba a encanecérsele el cabello. Había echado definitivamente carnes. Ambos tenían ya una edad, y poco que ver en lo físico con los guerreros que habían luchado gallardamente, casi hacía una década, en Simancas.

Uno y otro se situaron con los demás notables, de pie, en medio de una sala calentada por braseros en las esquinas. El aula regia estaba

presidida por el trono que ocupaba Ramiro en actos de especial solemnidad.

Los vidrios, que componían motivos geométricos y florales en las exiguas ventanas filtrando la luz que entraba y tiñéndola de colores, los habían fabricado los mismos lombardos que empezaban a vestir con vidrieras las iglesias.

Sabedor de la riqueza y el refinamiento de Córdoba, Ramiro quería que León tuviese al menos el empaque de otras capitales cristianas. A falta de un templo tan majestuoso como la gran mezquita de Córdoba, pretendía restaurar y engalanar sus iglesias, monasterios y palacios, y planeaba la construcción de edificios adecuados que albergasen las instituciones del reino.

Muchos se preguntaban cuál era su intención al convocar a Fernán González después del extrañamiento en que lo había mantenido durante los últimos tiempos, y la respuesta no tardó en llegar.

Tras el rezo protocolario que dirigió el obispo, cuando tomó la palabra Ramiro apenas dedicó un par de frases desdeñosas a los rebeldes ejecutados antes de abordar el principal asunto del día.

11

Sentado en su trono, Ramiro miró a Fernán González y luego a Diego Muñoz, que permanecía junto al de Lara cruzado de brazos. Hubo algo de advertencia en la mirada del monarca, y también cierta tristeza.

—Como sabéis todos, nada más fallecer Ansur Fernández, al empezar otra vez las revueltas en algunas localidades castellanas, tomé la decisión de restituir la tenencia del condado de Castilla a Fernán González. Desde que se le concedió su libertad, el conde de Lara ha mantenido la palabra que nos dio cuando recibió el perdón real y ha ejecutado con lealtad a León cuantos cometidos le hemos encomendado, y no han sido pocos.

»Durante estos años hemos podido comprobar asimismo la lealtad que le profesan los castellanos, lealtad que se extiende cada vez más a toda la familia de Lara. Por ello, en interés del reino y para asegurar de una vez por todas la paz en aquel territorio, hemos tomado la resolución solemne de hacer el título de conde de Castilla, de aquí en adelante, hereditario. Creo que no hay nadie que lo merezca más.

»Y es seguro, o por lo menos lo espero, que eso tranquilizará a mis súbditos foramontanos. En consecuencia, el título se transmitirá por sucesión al hijo primogénito del conde de Lara, que lo recibirá, aunque únicamente tras prestar juramento de fidelidad al rey de León.

Hubo algún que otro murmullo, pero nadie estaba realmente

sorprendido y, desde luego, nadie se atrevió a alzar la voz.

Mientras Ramiro hablaba, Fernán González procuró no apartar la mirada y respiró con tranquilidad. Lo mismo hacía Diego Muñoz.

Tras pasear su vista por muchos rostros expectantes, Ramiro retomó su discurso con una expresión cansada. La frente bajo la corona estaba surcada de arrugas profundas. La resistencia que le habían mostrado todos, enemigos y aliados, a lo largo de su reinado había sido tremenda.

—Anuncio igualmente que habrán de abandonar Burgos tanto mi hijo Sancho como los hijos y demás familiares de Ansur Fernández, que en adelante se retirarán a sus tierras del condado de Monzón, y quedarán sometidos igualmente a la autoridad de Fernán González —añadió. La cara de la madre de Ansur, a la que los Lara no habían visto en años y que estaba en León desde la muerte de su hijo, era todo un poema—. Y para sellar definitivamente la alianza con el restablecido conde de Castilla, mi primogénito, Ordoño, quien en su día, si el consejo real lo autoriza, gobernará este reino con el nombre de Ordoño Tercero, desposará a doña Urraca, hija de los condes de Lara, como ha quedado convenido desde esta mañana misma con ellos.

Quien conocía a Ramiro se dio cuenta de lo mucho que le costó tomar aquellas decisiones —había muchas horas de cavilaciones y consultas con sus consejeros más próximos detrás de ello—, y algunos entendieron que las informaciones que corrían desde hacía un tiempo acerca de un posible pacto de Fernán González con Abderramán le habían empujado a hacer lo que dicta la máxima: si no puedes con tu enemigo, únete a él.

El rey de León acababa de sellar definitivamente la paz con la familia de los Lara. Los necesitaba a toda costa a su lado.

Algunos aplausos protocolarios coronaron la intervención y los hijos de Fernán González se obligaron a mantener la misma grave indiferencia que veían en su padre.

Sintiéndolo tan serio, incluso Diego evitó felicitarle.

Tan solo Sancha traicionó la indiferencia pactada apretando suavemente la mano de su marido en un gesto que evidenciaba el triunfo absoluto que aquello significaba para la familia.

—¡Lo conseguiste! —le murmuró al oído.

12

Pocos años más tarde…

De Sancha, condesa de Lara, de Castilla y de Álava, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Madre:

Ya os habréis enterado de la triste nueva.

Puedo deciros que esta muerte no ha sorprendido a nadie ni en Castilla ni en Galicia ni en León, como supongo que tampoco en Nájera.

Hacía ya un tiempo que Ramiro tenía prevista su última expedición, la que partió desde Zamora para dirigirse a las tierras musulmanas del valle del Tajo. Hoy es claro que presagiaba su fin, puesto que antes de partir admitió a sus consejeros más próximos que presentía que sería su última campaña.

Todos sabemos que Ramiro llevaba muchos años batallando a costa de su salud. Sus días lozanos habían quedado atrás y eso se le notaba en sus andares y en los achaques cada vez más visibles —se recuerda mucho su sonado tropiezo en las celebraciones de la boda de Ordoño—, pese a lo cual nadie esperaba que el fin fuese tan rápido.

Finalmente partió con sus huestes nada más llegar la primavera y nosotros, por entonces nuevamente en la corte, también nos volvimos a Lara dejando a nuestra hija a la vera de Ordoño, que, como venía sucediendo últimamente, tomó las riendas del gobierno en ausencia de su padre.

Durante la campaña ya sabéis que el ejército de Ramiro obtuvo una gran victoria contra las tropas de Córdoba en Talavera de la Reina, y allí consiguió un fastuoso botín, lo cual no le sirvió de nada, puesto que enfermó mientras estaba ya en Oviedo, justamente en el aula regia de Santa María del Naranco, que tanto le gustaba, y acabó regresando a León en un estado lamentable que no presagiaba nada bueno.

Muchos dijeron que era el fin.

Yo advertí a Fernando que convenía que fuésemos de los primeros en acudir a León en muestra de respeto y obediencia, cosa que hicimos. Y ya cuando llegamos, nos encontramos con que Ramiro había decidido abdicar formalmente en su hijo Ordoño.

Eso fue el pasado cinco de enero, víspera de la Epifanía.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de San Salvador, en medio de un frío horroroso como solo lo puede hacer en León. Allí, un Ramiro tembloroso se despojó de sus atributos reales y, con la cabeza cubierta de ceniza, pidió perdón público por sus pecados.

Apenas una semana después su estado se agravó.

Sintiendo el fin próximo, Ramiro fue llamando uno a uno a los nobles y prelados más importantes del reino a su lecho de muerte.

Fernando estuvo entre los convocados, y a él le pidió muy especialmente que velara por Ordoño y que no permitiera que el reino se desgarrara en una contienda civil. Para entonces el resentimiento que podían haber sentido el uno por el otro había desaparecido, y en los ojos

de Ramiro solo quedaba el afecto casi paterno que le tuvo a Fernando desde el día mismo en el que se conocieron.

—Mi buen amigo —murmuró respirando trabajosamente.

¡Cuánto había cambiado en los últimos años aquel guerrero! ¡Qué delgado parecía! ¡Qué poca cosa era ya! Su voz se fue apagando según le daba sus últimos consejos cuando, aprovechando lo conmovido que parecía Fernando, como quien no quiere la cosa le tendió la mano.

Sin casi darse cuenta, Fernando la agarró. Entre lágrimas verdaderas, y no de cocodrilo como dicen los difamadores, estuvo a punto de besársela. Y lo hubiera hecho de no haber visto en el último instante, ya cuando acercaba sus labios, un brillo malicioso en los ojos del rey. Eso le hizo detenerse en el aire.

—Eres demasiado listo… —murmuró Ramiro sonriendo—. Siempre lo fuiste… Anda, ve y que pase Ordoño. Quiero hablar con mis hijos.

Fue la última vez que Fernando vio a Ramiro. Poco después recibió la extremaunción, y al rato expiró en la paz del Señor.

Durante las exequias vi a Urraca, mi hermana. Estaba junto a Elvira, la hija de Ramiro, la abadesa, y ella también vestía hábitos de monja. Solo pudimos intercambiar unas pocas palabras. La sentí triste, apagada. Mi sensación es que está resentida, no acepta su destino. Tengo entendido que se ha decidido que se quede definitivamente en el convento que regenta Elvira.

En cuanto a la sucesión, al no haber ningún otro candidato en edad, pues Sancho es demasiado niño, los prelados y magnates del consejo regio han aceptado la coronación de Ordoño, marido de nuestra Urraca.

La ceremonia se celebró al día siguiente mismo del entierro de Ramiro. ¡Y tendrías que haber visto a Urraca andando junto a su marido!

Bien sé que tú hubieras preferido ver en el trono a tu nieto Sancho. Pero piensa que, una vez más, una joven de tu sangre es reina de León.

Ahora mismo, gracias a ese enlace, la tensión entre León y Castilla es mínima.

La gente nos mira de otra manera. Haber pasado mucho más tiempo en la corte estos años ha sido un acierto. Los leoneses se han acostumbrado y nuestra fama cambia: hoy no somos ya rebeldes foramontanos, sino los leales aliados del rey Ordoño.

Con todo, Fernando a veces piensa que la boda de nuestra Urraca nunca ha dejado de ser un triunfo póstumo de Ramiro, puesto que, al final, con ella Castilla ha quedado uncida al yugo del reino de León. Por eso dice que no sabe si puede alegrarse. ¿No os parece, madre, que dedicamos nuestros mejores años a perseguir quimeras?

Que Dios os guarde.

Sancha de Pamplona

TERCERA PARTE

TURBULENCIAS

Capítulo X

El repudio de Urraca

«Hacia el 953, Ordoño se encontró con una belleza gallega, de nombre Elvira o Adosinda, y entusiasmado con ella abandonó a Urraca, mujer poco agraciada. Fernán González actuó entonces, más que como mandatario secesionista, como padre ofendido. Exigió con las armas la reparación de su honor…».

FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ

1

La ciudad de Medina Azahara, tras años en construcción, se extendía por una colina a cuatro millas al oeste de Córdoba. El sitio había sido escogido tanto por su belleza como por las espectaculares vistas sobre la llanura del Guadalquivir. La ciudad se levantaba en la ladera de la serranía que entonces llamaban Yabal-al-Arus o «Monte de la novia», un paisaje repleto de encinares, retamares, jaras y roquedos.

Para construirla fueron necesarios miles y miles de sillares procedentes de canteras cercanas, con tráfico incesante de recuas de acémilas. Además, se recibieron más de cuatro mil columnas de mármol y en torno a quinientas puertas de todos los tamaños. En ello se empleó buena parte del botín de las aceifas y también, desde luego, de los impuestos.

Algunas columnas venían de Roma, otras del país de los francos, ciento cuarenta eran regalo de Constantinopla y un centenar, de un mármol rosa y verde, del norte de África. Las de mármol blanco salían de las canteras de Tarragona y Almería, y las de mármol rayado, de Rayya, en Málaga.

Cada día llegaban a la medina decenas de mulas y carros cargados con mosaicos, dovelas, azulejos, piedras o herramientas que eran recibidos por los trabajadores, la mayoría esclavos foramontanos, que laboraban de sol a sol bajo las órdenes de los capataces bereberes, que a su vez estaban a las órdenes de los oficiales, generalmente árabes, y estos cumplían las indicaciones de los arquitectos, que únicamente rendían cuentas al califa.

Abderramán se presentaba un día sí y otro también en aquel lugar fruto de su ambición y buen gusto. El gran salón del trono, en la terraza superior de la escalonada ciudad, encarado con los jardines califales, estaba a punto de terminarse, con lo cual podría hacerse en breve la inauguración.

Al-Nasir quería ver rematados los muros revestidos de oro y plata, y supervisaba los trabajos con un cuidado y una atención al detalle que mantenía en tensión a los arquitectos y sorprendía a propios y

ajenos. El mismo cadí de Córdoba le reprochaba que dejara incluso de dirigir el rezo de los viernes para estar presente en las obras.

Esa mañana no pudo llegar antes del mediodía. Le acompañaba su guardia eslava y paseó a caballo entre los sudorosos trabajadores que abarrotaban las calles de Medina Azahara.

Los grupos se movían entre los muros de futuras residencias nobiliarias bajo el látigo de los capataces, mientras el califa avanzaba admirando con impaciencia la progresión de su palacio. Y estaba a punto de hablar con el arquitecto —que andaba hacia el fondo, en la zona de los jardines—, cuando vio que llegaba tras él un funcionario de palacio.

—Es Yafar, señor, quiere veros. El secretario de vuestro hijo.

Abderramán se volvió hacia el rechoncho muladí. Lo reconoció de inmediato.

Yafar se protegía la boca con su turbante de seda por no respirar el polvo. Con el rostro cubierto, encaminó su caballo hasta donde lo aguardaba al-Nasir.

Hacía fresco ese día. Los dos llevaban capa y el caballo de Yafar, un hermoso corcel bayo, se puso al lado del de Abderramán.

2

—Salud, príncipe de los creyentes. Vengo de parte de vuestro hijo.

—Salud, Yafar. Te escucho. Espero que no tenga que ver otra vez con el mismo asunto de siempre.

—Me temo que sí, *mawlay*. Alhakén quiere saber si por fin otorgáis vuestro perdón a la esclava Subh, su concubina.

—Como bien sabes —Abderramán empezaba a irritarse—, esa Subh no ha hecho ningún mérito para que se la perdone. ¿Acaso no rehusó colaborar cuando pudimos tener al castellano de nuestro lado? ¿No perdimos entonces, a causa de su negativa, una gran ocasión de aislar a Ramiro?

—En efecto. Pero Alhakén ya no soporta su ausencia. Vuestro hijo insiste en que ha esperado demasiado tiempo ya, está decidido a traerla a Córdoba. La quiere a su lado en el alcázar. Dice que sin ella el harén no existe para él.

—¿Eso es lo que te ha enviado a decir? Pues bien, Yafar, Alhakén no conseguirá lo que pretende…

—*Mawlana*…

—Y no lo hará porque sería poner en entredicho mi autoridad. Desde que gobierno Córdoba por designio de mi abuelo Abdalá, jamás me he desdicho de una palabra dada ni vuelvo sobre aquello que ha quedado decidido. Y además no lo hará porque tú mismo lo impedirás,

Yafar. Veo que te sorprende, y tienes razón en mostrarte sorprendido. Pero te voy a contar una historia.

»Cada vez que un siervo de Alá dice una mentira, aparece una mancha negra en su corazón, y cuando este se ennegrece por completo, la persona se inscribe en el libro de Alá entre los embusteros. Pues bien. Se cuenta que un día un hombre vino al profeta. "Oh, enviado de Alá, tengo tres vicios ocultos: la embriaguez, la fornicación, la mentira. Ordéname cuál de ellos he de dejar". El profeta respondió sin dudarlo: "La mentira". Se marchó el hombre. Y cuando después quiso fornicar, reflexionó: "He de ir a ver al enviado de Alá y me ha de preguntar si he fornicado. Si digo sí, me infligirá la pena legal, y si le digo no, faltaré a mi promesa. Cesaré, pues, la fornicación". Más tarde le pasó lo mismo con la embriaguez, y finalmente dejó los tres vicios.

—No entiendo el sentido de esas palabras, *mawlay*.

—Sí lo entiendes, Yafar. Sabes mejor que nadie que la mentira es fuente de todo mal y excita la cólera de Alá, honrado y todopoderoso. Por tres cosas se conoce al fariseo: porque falta a su promesa, o miente cuando habla, o traiciona la fe que se deposita en él. La misma infidelidad es una mentira contra el Misericordioso. Alá es la verdad y ama la verdad, y por la verdad se sustentan los cielos y la tierra.

»No se despeñarían los imperios ni caerían los reinos ni se vertería con injusticia la sangre inocente ni se profanaría lo sagrado de no ser por las calumnias y los embusteros. Y tú, Yafar, me has estado mintiendo durante años. Peor, has estado mintiendo a mi hijo. Porque he podido saber que durante el mucho tiempo que has estado yendo y viniendo de Mayrit has intimado con esa aciaga Subh, que Alá confunda. En suma, si no quieres que mi hijo conozca tu traición, la harás desaparecer.

Yafar permaneció callado.

Su rostro no desvelaba ninguna emoción, pero sus ojos demostraban lo bien que había entendido que, en esos momentos, su vida pendía de un hilo.

Tras asentir en silencio, se volvió a cubrir con el extremo del turbante de seda y regresó por la misma calle por la que había venido, camino de la puerta norte, en medio del ruido de las obras y del bullicio de los trabajadores.

3

Pero no era la cordobesa la única corte que se estaba viendo perturbada por las pasiones.

A primera hora de la tarde, mientras las nubes velaban el sol

sobre el alfoz de Lara y un viento corría por el áspero paisaje, en el sendero que subía hasta la fortaleza del Picón, orillado por enebros y brezo cubiertos de escarcha, apareció un cortejo de leoneses al que empezaron a seguir los lugareños.

—¡Ha vuelto Urraca Fernández!

Las mujeres, viejas y jóvenes, y los niños lo repetían. Empezaban a doblar las campanas de la abadía y se alborotaban quienes seguían ladera arriba a aquellos soldados con rostros serios bajo sus cascos y capas húmedas por el aguanieve del camino.

El motivo era la joven que acababa de descabalgar y que, nada más poner pie a tierra, se echó en brazos de Fernando y Sancha, que salían a recibirla. Cuando se separó de ellos, pronunció las palabras que le quemaban la garganta.

—¡No regresaré jamás a la corte de León, padre, madre!

Los presentes esperaban un abrazo feliz de reencuentro. Viendo el estado de su hija, Fernán González se volvió hacia los guardias mientras, en un tono seco, les decía:

—¡Dispersad a la gente! ¡Que vuelvan todos a sus casas!

La alegría que hubiera querido compartir con sus larenses se había desvanecido. La multitud regresó a sus quehaceres y la familia entró en el casón de los Lara.

La leña ardía en la gran chimenea.

Una vez se hubo cerrado la puerta, Sancha cogió la mano a Urraca.

De los hijos, solo estaban en el Picón, ese día, el más pequeño, García. Los dos mayores permanecían desde el principio del invierno en Burgos, donde actuaban ya en nombre de su padre.

4

—Tranquilízate, Urraca. Cuenta lo que ha pasado. ¿Por qué estás hoy aquí y no en la corte de León con tu marido?

—Mi boda con Ordoño es una farsa, padre. ¡Ha salido mal! El rey quiere repudiarme para casarse con otra mujer, una gallega, de una familia amiga de los Ansúrez. ¡Y en la corte se dice que ella espera un hijo suyo!

Fernán González contuvo el aliento. Sancha, que sujetaba la mano de Urraca, mantuvo la calma. García callaba.

Todos eran conscientes de que sus eternos rivales, los Ansúrez, hacía ya un tiempo que acechaban al joven rey con sus maquinaciones. La proximidad con Ordoño, ya muy afianzado en León, empezaba a dar sus frutos. Como contó con frases entrecortadas Urraca, en la corte ya se sabía que había un hijo de por medio.

La noticia en el Picón de Lara cayó como una losa.

Una vez que tuvo claro lo que ocurría, el conde se puso en pie.

—¿Adónde vas, Fernando?

Fernán González ya había abierto la puerta que daba al patio y pedía a los larenses que esperaban sus órdenes que aparejaran de inmediato su caballo y que informaran a los hombres disponibles de su guardia personal que partían esa misma tarde.

De nuevo, el destino le jugaba una mala pasada.

Mientras el casón y la fortaleza entera se alborotaban con sus órdenes, Fernando se dio cuenta de que en su fuero interno hacía muchos meses que esperaba un golpe parecido. Sabía que la calma que reinaba en su vida desde la muerte de Ramiro terminaría por romperse…

Durante un tiempo pensó que el golpe vendría del sur, y por eso fortificó su territorio en espera de una aceifa que no acababa de llegar. Y cuando finalmente caía el golpe lo hacía, como ocurría con demasiada frecuencia, por el flanco de sus relaciones con la corte de León y, cómo no, con los Ansúrez.

Tantos esfuerzos en los últimos años, pensó, y en vano.

Es cierto que le habían llegado rumores del posible repudio, pero los achacó a las envidias y la maledicencia tan comunes en León, y cerró los ojos a la verdad. Ni siquiera se lo comentó a Sancha.

Y en ello pensaba, meneando la cabeza, cuando cayó en la cuenta de que su esposa, envuelta en pieles, salía al patio a observarle.

—Voy a partir, Sancha. No puedo decirte cuándo volveré.

—Lo sé y lo entiendo. Haz lo que sientas que es tu deber. Sabes que cuando regreses, te estaremos esperando. Pero procura no dejarte llevar por tu temperamento. Actúa con cabeza.

5

A Sancho el Craso se le llamó así por la extremada obesidad de la que adolecía desde niño. Ya cuando su padre, el rey Ramiro, le envío en su día al palacio de Burgos bajo la gobernanza de Ansur Fernández, se había hecho evidente aquel defecto inhabitual en un muchacho de tan corta edad.

Las chanzas florecieron y aquello no hizo sino endurecerle.

Desde muy joven supo que el poder era lo único que le protegería del desprecio generalizado. El poder conseguía que la burla se congelase en los labios de todos. El poder hacía que la gente ignorara su defecto físico y se inclinara ante él. Y así el poder se había convertido en el gran objetivo de su vida.

El Craso entendió muy pronto que o era poderoso o no era nadie.

Para él, eso significaba ser rey.

Como hermano pequeño de Ordoño, el hijo preferido de Ramiro pese a su bastardía, el Craso había sufrido durante toda su infancia ser ignorado tanto por su hermano mayor como por Ansur Fernández, a quien odiaba, y —lo peor— también por su padre, y en consecuencia por el conjunto de la corte leonesa.

Su carácter huraño, lleno de recovecos, aristas, de sueños y ambiciones frustradas, fue azuzado por su abuela, la reina Toda, en cuya corte de Nájera pasó unos meses después de que fuese más o menos expulsado de Burgos a la muerte de Ansur, al que aborrecía casi tanto como al resto de su familia. Allí su presencia molestaba tras la defenestración de los Ansúrez y el regreso definitivo de Fernán González.

En Nájera, su ambición afloró alimentada por las palabras que vertía en sus oídos su temible abuela Toda —ya muy achacosa, pero todavía lúcida—, para quien la designación de Ordoño como rey y la reclusión de su hija y madre del Craso en el convento de San Salvador, como se decretó al morir Ramiro, habían sido una ofensa personal.

Esa ambición, que empezaba a ser tan monstruosa como su propio físico, se desbocó cuando supo que, a raíz del repudio de Urraca, un enfurecido Fernán González cabalgaba desde Lara hasta los dominios de Diego Muñoz, el conde de Saldaña.

Fue el propio Diego quien propició el encuentro entre uno y otro invitando al Craso a que acudiera a Carrión, en pleno condado de Saldaña.

Como la gordura le impedía incluso montar a caballo, el hijo de Ramiro se tuvo que trasladar, como era habitual, en aquel carruaje que estaba esa mañana junto a la iglesia de Carrión, rodeada aquel día de nieve por todas partes.

El Craso rezaba en uno de los primeros bancos del templo envuelto en pieles. Tenía la cara vuelta hacia el Cristo de madera. Le molestó ese cuerpo insultantemente flacucho con su corona de espinas, suspendido sobre el altar con los dos brazos extendidos…

Los castellanos de Lara y los leoneses que le escoltaban permanecieron fuera, en el atrio, mientras Fernando entraba en la iglesia. Se persignó al llegar frente al altar, fijó su vista en la figura del crucificado y se arrodilló al lado de aquel infante monstruoso.

—Ya llegasteis, mi buen Fernando. Habéis mandado verme, y aquí me tenéis. ¿Qué es lo que deseáis de mí?

El hijo de Ramiro despedía un olor acre que se entremezclaba con algún perfume oriental.

Fernando traía las manos heladas y adormecidas debajo de los

guantes, pero ni siquiera se dio cuenta.

6

—Señor. He cruzado medio condado, en pleno invierno y pese a la nevada, para veros. Vuestro hermano Ordoño ha ultrajado a mi familia. Busco justicia, reparación.

—Lo que decís no me sorprende. Mientras estuvo Ramiro en buenos términos con mi madre, a Ordoño se le mantuvo alejado de la corte y creció en Viseo. Él siempre tuvo muchas relaciones con las familias gallegas de la frontera. Por eso no es extraño, y a saber desde cuándo dura esto, que se haya encaprichado de la hija de una familia galaica y aliada, por supuesto, de los Ansúrez.

»Ellos os consideran su peor enemigo. Harían cualquier cosa por apartaros del poder. Y yo por manteneros cerca, tenedlo por seguro. Pero no está en mi mano hacerlo. No soy rey, tan solo el hermano pequeño de Ordoño…, al que nadie presta atención y al que casi todo el mundo desprecia. Sabréis que no me quieren en la corte, y que hace meses que deambulo de condado en condado recabando apoyos sin mucho éxito. Así pues, desgraciadamente, mi buen Fernando, carezco de poder para concederos la justicia que buscáis ahora mismo…

Al Craso le resultaba difícil esconder la satisfacción que le producía el encuentro y su tono era melifluo.

Fernando calló durante unos momentos mientras miraba de nuevo la figura ensangrentada del crucificado.

Él sabía mejor que nadie que si Sancho no había desencadenado aún una guerra contra Ordoño era porque carecía de lealtades suficientes. Al igual que sabía que su viaje por los condados descontentos, y en especial por los gallegos de la frontera, los más acosados por los cordobeses, no era para ganarlos para la causa de Ordoño, sino para sondear el alcance de su descontento. Los dos susurraban en la iglesia vacía.

—No perdamos más el tiempo, señor. No sois rey de León porque carecéis de apoyos. Pero con mi ayuda podríais tenerlos. Cuando se conozca el trato que le ha dado Ordoño a mi hija, los hombres de Castilla me seguirán y abandonarán a Ordoño. Sabéis que puedo reivindicar el trono para vos.

—¿Y haríais eso por mí?

El Craso miró a Fernán González por el rabillo del ojo. El goce se le escapaba por todos los poros.

—Si la situación fuera otra, jamás. Pero la situación es la que es, y el desprecio que vuestro hermano está mostrando por mi familia y por mi honra me coloca en la tesitura imprevista de tener que romper mi

juramento de obediencia a la corona. Frente a un soberano indigno, me pongo de vuestra parte… Ahora bien, ese apoyo tiene precio.

—Oigamos.

—Primeramente, cuando expulsemos a ese bastardo que ocupa ilegítimamente el trono, os casaréis con mi hija Urraca. Para que se celebre esa boda, habrá que contar con la muerte de Ordoño. En segundo lugar, Castilla será un territorio independiente del reino de León. Y vos os comprometeréis personalmente a respetar la independencia de mi condado, siempre y en toda ocasión.

—He vivido durante unos años en Burgos. Sé cómo son los foramontanos. Nunca he pretendido actuar como Ansur Fernández. Yo soy mucho más comprensivo con las aspiraciones de Castilla. No tengo inconveniente alguno en asumir ese compromiso. Acepto gustosamente todo lo que me pedís.

—En ese caso, Sancho de León, reunid a vuestra gente. No importa su número. Yo reuniré los suficientes hombres en Burgos y, cuando los tenga, nos juntaremos en cuanto llegue el buen tiempo para marchar hacia León —dijo Fernán González.

Fuera doblaban las campanas de la iglesia llamando a la oración.

Era la hora sexta.

7

Por enésima vez en la centuria, las nubes de la guerra se cernían sobre los agrestes páramos del reino de León. Y es que a las pocas semanas de la reunión de Carrión, Fernán González ya había convocado en Burgos a los castellanos que, de pueblo en pueblo, azuzado el orgullo por la humillación a la que el tirano Ordoño sometía a su señor, se alzaron en armas.

El pequeño ejército condal que puso en pie con su propia fortuna finalmente tomó la vía Aquitania y fue creciendo conforme avanzaba, localidad tras localidad. Llovió bastante por el camino. Y además se les fueron juntando los partidarios de Sancho el Craso, a quienes las razones del conde de Castilla habían alzado también contra Ordoño.

El propio Craso llegó con el conde de Saldaña al frente de sus gentes y Fernán González lo ayudó a salir del carro en el que viajaba para, acompañado de Diego Muñoz, llevarlo ante los burgaleses que acampaban entre las hogueras a un lado de la calzada.

Encarado con la multitud de foramontanos cubiertos por capas y capuchas que abarrotaba aquel claro en medio de un paisaje de árboles goteantes y bajo un sol juvenil que pugnaba por atravesar el húmedo cendal de la primavera, el conde de Lara cogió la mano del Craso y la levantó en el aire.

—¡Por Sancho, rey legítimo de León!

8

Ese mes de abril, los castellanos sublevados alcanzaron primero el monasterio de Sahagún, y desde allí salieron hacia el río Cea, que era donde se encontraban los hombres de Ordoño, fortificados en la otra orilla. Tras establecer el campamento, Fernán González, que cabalgaba junto a Diego Muñoz, decidió acercarse con una avanzadilla hasta el río.

—Creo que nos esperan, padre.

Al conde lo acompañaban sus dos hijos mayores. Gonzalo, el primogénito, tenía diecisiete años y Sancho, quince. A los dos los traía desde el castillo de San Miguel en Burgos. Los dos estaban deseando entrar en combate. Con ellos viajaba también Urraca, la causa del litigio, aunque ella quedó hospedada en el monasterio.

Avisados de su llegada, aparecieron vadeando el río desde el otro lado unos pocos embajadores que comandaba Fernando Ansúrez, el hijo de Ansur Fernández. Los dos grupos se encararon rápidamente en un campo roturado no lejos de la alameda ribereña.

—¡El conde de Castilla, padre de Urraca, reina legítima de León, reclama la presencia del tirano Ordoño! —voceó Gonzalo Fernández. Tenía una voz poderosa. Se notaba su juventud.

—El rey Ordoño no tiene nada que hablar con el conde de Castilla —gritó de vuelta el Ansúrez—. Y menos con un conde desleal, rebelde a su autoridad, que sigue a Sancho el Craso, quien quedó desheredado por decisión del rey Ramiro y de la curia regia.

—¡El tirano Ordoño sabe que solo él es responsable de esta situación! ¡Yo, Gonzalo Fernández, hermano de la reina Urraca, reto a Ordoño a batirse en duelo conmigo! ¡Si no lo hace, le combatiremos hasta que renuncie al trono! ¿Cuál es la respuesta del tirano Ordoño?

—¡La respuesta del rey Ordoño, hijo de Ramiro, es esta!

Uno de los caballeros a la vera del Ansúrez avanzó sobre su montura. Parando delante de los castellanos, lanzó a sus pies los atavíos que habían sido de la hija de Fernando: un puñado de túnicas y briales rajados, desgarrados.

Fernán González miró el montón de ropa caída en el suelo y mandó recogerla a uno de sus pajes.

—Si así lo quiere, nos veremos en el campo de batalla —dijo con frialdad.

Empezaba a chispear suavemente.

9

El de Lara y sus acompañantes se retiraron al campamento con el convencimiento absoluto de que la razón y, sobre todo, Dios estaban de su parte. Nadie entre los castellanos lo dudaba. Fernán González y sus hijos rezaron esa noche en el monasterio de Sahagún pidiendo la protección divina en la batalla que se anunciaba.

A la mañana siguiente, el campo todavía seguía húmedo de la llovizna, aunque había despejado bastante cuando llegaron a una pequeña explanada que los leoneses habían desbrozado en los días previos junto a uno de los meandros que hacía el Cea.

Todos sabían que allí se daría la primera confrontación, pues a los hombres de Fernán González ya les había quedado claro que Ordoño no rehusaría el combate.

El contingente leonés lo comandaba el belicoso rey, que se sentía fuerte y confiado —la juventud da alas—, y el de los castellanos llegó con Fernán González y Diego Muñoz al mando, con el Craso en la retaguardia.

Junto a Fernando apareció su hija, también a caballo.

Las dos huestes se alinearon frente a frente. Los jinetes de unos y otros se desplegaron por la explanada, con sus respectivos jefes delante, y Fernán González avanzó sobre su montura a la cabeza de sus más fieles. Un sol tibio brillaba entre las nubes sobre sus cabezas.

—¿Así que aquí estás, joven insolente? Tu padre, Ramiro, se avergonzaría si nos viera. Él me pidió, en su lecho de muerte, que velara por ti, que te aconsejara y, sobre todo, que nunca permitiera una contienda civil. Y aquí estamos. Él también tuvo una manceba en su día, pero supo apartarla de su lado en beneficio de su reino.

Ordoño llevaba la corona de Ramiro encima de la capucha de malla que le cubría la cabeza. Mal que le pesara a Fernando, a lomos de su caballo y con su atuendo de guerra, era la viva imagen del padre.

Su porte era gallardo y su voz, cuando la lanzó desde su campo, fuerte, entusiasta, con un marcado acento galaico, muy parecido al de Ramiro. Quienes estaban a su lado eran Fernando Ansúrez y otros partidarios de los Ansúrez.

—¡Aquí me tenéis, conde de Castilla! Veo que os acompaña el conde de Saldaña, y que tenéis a vuestro lado a vuestros hijos. Peor para ellos. A todos os declaro aquí, delante de los testigos presentes, rebeldes a la autoridad real, y a todos os insto a someteros al rey de León o cargar con las consecuencias.

Ordoño —orgulloso, aguerrido, tan contrario en todo al Craso y tan semejante a Ramiro— ni siquiera se dignó mencionar a su hermanastro. Tampoco dirigió la mirada hacia donde, en un segundo

plano, aguardaba el cariacontecido obeso con clara preocupación.

Sancho prefería que fuesen los hombres de Castilla, con el veterano Fernán González al frente, quienes defendiesen sus pretensiones. Malamente, habían conseguido entre cinco auparlo a lomos de un caballo percherón grueso, de pelaje oscuro y gestos sufridos. Con la batalla a punto de comenzar, se alejó sobre su desgraciada montura junto con una pálida Urraca, camino del campamento.

Los jinetes de uno y otro bando se desplegaron por el terreno. No eran muy numerosos. Los infantes se organizaron detrás. Una tenue bruma ribereña se mantenía en el aire desde primera hora de la mañana. Aquello estaba llamado a ser un combate a la antigua usanza, sin tornafuye ni arquería.

Tras una primera carga castellana que dejó prácticamente incólume a la caballería leonesa, esta replicó de igual forma e hizo volver grupas a los seguidores de los Lara. Luego se enfrentaron brevemente los infantes.

Más que batalla, fue una escaramuza. Dejó escasos muertos, aunque los heridos fueron muchos, y tuvo la suficiente contundencia para aclarar que las fuerzas estaban equilibradas.

—¡Así aprenderás, Fernán González, a no insultar al rey de León! —exclamó Ordoño mientras los dos bandos se dedicaban a recoger a los muertos y heridos tendidos sobre el terreno.

10

—Nadie discute tu derecho a exigir una reparación —dijo Diego por la noche, cuando, arrebujados en sus capas, comían juntos carne de cabrito en salazón y pan duro de centeno. Estaban frente al fuego principal del campamento. El suelo seguía húmedo. Se habían buscado unas piedras para sentarse—. Pero a todos nos ha sorprendido que Ordoño haya conseguido reunir gente tan entusiasta. No les ganaremos con facilidad en el campo de batalla. Y aunque lo hiciésemos aquí, ellos se replegarían hasta León. Y el asedio de una ciudad protegida por murallas que ni siquiera los musulmanes consiguieron derruir puede ser muy largo y complicado.

»Algunos empiezan a reconsiderar su postura y barruntan que es poco motivo el repudio de una mujer para justificar la guerra contra Ordoño, que además cuenta con la experiencia del gobierno en Viseo y las tierras galaicas, tal como tuvo Ramiro antes que él. No es un novicio y se ha ganado el respeto de su gente. Los tiene entregados. Sabe enardecerlos. Y el principal beneficiario será Abderramán, que, por las noticias que llegan, se está preparando para tomar San Esteban

de Gormaz.

Sin dejar de escuchar, Fernán González callaba y reflexionaba. Le costaba masticar. La amenaza de los cordobeses era una mala noticia se mirase por donde se mirase. Nadie se lo esperaba después de años en que Abderramán parecía haber olvidado Castilla. Aunque, por otra parte, era previsible que el califa, bien informado como estaba, quisiese aprovechar la actual confrontación entre cristianos.

En su ánimo se contraponían su interés personal y los intereses de Castilla. La situación no era nada buena, porque nadie había imaginado que los leoneses se alineasen detrás de Ordoño sin fisuras, como lo estaban haciendo. Si los obligaban a retirarse hasta León y se refugiaban tras sus murallas, aquel asedio podía durar, como bien decía Diego, mucho. Y corrían el riesgo de que el conflicto con Ordoño degenerase en una guerra civil en toda regla que acabara involucrando a todo el reino. Con lo cual, la victoria del vencedor sería pírrica…, y quién sabe hasta dónde podría llegar Abderramán.

—Nadie te niega la razón, Fernando. Pero no puedes, por la fuerza, restablecer a tu hija Urraca en el trono sin provocar una contienda de consecuencias imprevisibles…

—¿Y qué diantres propones? —respondió el conde de Castilla, cada vez más malhumorado—. Porque llegados a este punto sabes bien que no puedo renunciar sin más a la reparación que se me debe.

—Se me antoja que hay una solución. Algo que no has querido hacer hasta ahora, pero que no te costaría mucho. Puedes enviar un mensajero a Nájera. Pide ayuda a la reina Toda. Ella sigue siendo un aliado imprescindible para León. Su intervención puede pesar mucho. Toda apoyó más que nadie el casamiento de tu hija Urraca con Ordoño. Y también ha sido víctima de las intrigas de los Ansúrez. El Craso aceptará lo que quiera que ella decida. Haz que medie antes de que la situación se nos escape de las manos. No olvides que con Abderramán al acecho por el sur, eres quien más puede perder con todo esto. No te conviene que se alargue el conflicto…

—¿Crees que Ordoño aceptaría la mediación najerense?

—Creo que a él tampoco le interesa prolongar esta situación. Si lo empujásemos hasta León, aunque no lográsemos vencer, al permanecer bloqueado correría el riesgo de que se le multiplicasen las rebeliones. Sobre todo en Galicia, en las tierras de frontera, donde tiene cada vez mayores problemas. También perderá mucho. Toda es seguro que sabrá buscar componendas con él y también con Sancho, que sin su apoyo no es nadie. Ella fue quien incitó al Craso a rebelarse, sabrá apaciguar su ánimo. Y en cualquier caso tu honor quedará reparado al haber obligado a Ordoño a aceptar un arreglo

para conseguir la paz.

Fernán González dio un último bocado al trozo de carne en salazón que sujetaba entre los dedos. Removió la tierra humedecida con el pie. Mientras masticaba, caviló un buen rato. Todos sabían que apreciaba el consejo de su amigo. Pero las razones de Diego chocaban con su reticencia, desde hacía bastantes años, a buscar la ayuda de su temible suegra.

Nájera nunca había sido de fiar. Él nunca le perdonó a Toda el acto de vasallaje de Calahorra. Eso fue una traición en toda regla, y gracias a ello Abderramán pudo penetrar sin resistencia ninguna en sus territorios alaveses.

Ni siquiera saber que Toda estaba cada vez más enferma le quitaba la inquina.

—No te obceques con el pasado, Fernando. Toda es tu mejor baza, hazme caso… —Los gruesos labios de Diego se alargaron en una sonrisa confiada. Para entonces, después de tantas intrigas vistas y vividas, la política era para el conde de Saldaña como un juego. Su lucidez era grande y no fallaba al diagnosticar la situación—. A ratos olvidas, Fernando, que al cabo de los años yo también he aprendido algo. Déjate aconsejar por tu amigo —y dio un golpe amistoso en el hombro al conde de Lara.

Pero, por supuesto, Fernán González no hizo caso, con las terribles consecuencias para su familia que aquello supuso.

11

De Fernando, conde de Lara, Castilla y de Álava, a su esposa Sancha de Pamplona.

Señora:

Os escribo para comunicaros una triste nueva.

Doy la noticia con brevedad: vuestro hijo Gonzalo ha muerto. Cayó del caballo durante el segundo enfrentamiento con los de León, aquí, junto al río Cea. Cuando nos dimos cuenta y quisimos recuperar su cuerpo, ya había sido pisoteado por los caballos de Ordoño.

No os puedo decir cuán grande ha sido el dolor que hemos experimentado vuestro hijo Sancho y yo cuando por fin lo retiramos del campo de batalla. Su cuerpo llegará a Lara al mismo tiempo que esta carta. Dios acoja a nuestro hijo en su seno.

Os diré también que su muerte ha logrado lo que no consiguieron los consejos de Diego Muñoz: finalmente me he decidido a pedir una tregua y la mediación de Pamplona, que los leoneses han aceptado, puesto que su situación tampoco es halagüeña.

El menos satisfecho es el Craso. Pero las cartas de la reina Toda, el

saber que vuestra madre está cada vez en peor estado de salud y la presencia de vuestro hermano Garci Sánchez, que ha llegado expresamente desde Nájera para mediar con el insolente Ordoño, han logrado que el Craso acepte renunciar a sus pretensiones al trono.

Ordoño también parece haber entendido que es menos costoso volver a tener a Urraca a su lado que continuar en guerra con los castellanos.

El resultado es que, tras las breves pero intensas negociaciones, vuestra hija Urraca vuelve a ser reconocida formalmente como reina de León en un documento oficial, y pronto os escribirá desde la corte, adonde regresará con todos los honores, pues Ordoño ha aceptado apartar de su lado, y de manera definitiva, a esa muchacha gallega con la que querían casarlo nuestros enemigos los Ansúrez.

Por lo demás, el rey Ordoño también ha comprendido que le conviene tener a su hermano Sancho lo más lejos posible de León.

En cuanto a mí, sabed que aunque desearía acompañaros en el duelo por Gonzalo, no me es posible regresar a Lara aún. Nuestros espías hablan de que desde Córdoba se preparan nuevas aceifas contra tierras castellanas. Por eso, cumpliendo órdenes de Ordoño, me dirigiré en breve, con los mismos hombres que han luchado conmigo a orillas del Cea, en dirección a San Esteban de Gormaz.

Es posible que las exigencias de una nueva batalla traigan alivio para el enorme pesar que me embarga por lo que acaba de suceder.

Dios os guarde.

Fernando

Capítulo XI

Rey muerto, rey puesto

> «Ciertamente el mismo rey Ordoño, reunido gran ejército, domeñó Galicia, saqueó Lisboa y llevó consigo muchos despojos juntamente con cautivos, y volvió a la corte real con paz y victoria. Mas el susodicho Fernando, porque era su suegro, queriendo o no queriendo, con gran miedo, se acercó a su servicio. Mas el rey reinó cinco años y siete meses. Cayó de muerte natural en la urbe de Zamora, y descansa en León, junto al aula de San Salvador, junto al sarcófago de su padre Ramiro, rey».
>
> *Crónica de Sampiro*

1

La muerte de Ordoño cogió a todos con el pie cambiado.

Durante sus casi seis años de gobierno, el reino se había afianzado. Los leoneses se habían mostrado satisfechos con ese impetuoso rey que tanto recordaba al padre. Las fieras campañas continuaron en la frontera con los cordobeses, y hasta llevó una incursión a Lisboa, saqueándola y obteniendo un botín tan grande al menos como el que obtuvo Ramiro en su día.

Unos meses antes de la muerte del rey, el ejército musulmán atacó San Esteban de Gormaz, proa del barco castellano ante el mar cordobés, donde fue derrotado por Fernán González.

El fracaso del califa propició un acuerdo por el cual, a cambio de la paz, los castellanos se comprometieron a desmontar algunas plazas fuertes en la frontera del Duero. Después, estando en Zamora, Ordoño enfermó súbitamente y, sin que pudiera hacerse nada por él, falleció en cuestión de días.

Muy pronto, mensajeros a caballo cabalgaban en todas las direcciones para propagar la noticia. Cuando se supo en León, la primera reacción fue de estupor, y aquello lo aprovechó el Craso, que ya tenía veintipocos años. Mientras las campanas de la ciudad regia doblaban a muerto por Ordoño, precisamente a la misma hora ya estaba el Craso proclamándose rey en Compostela ante la sorpresa general: nadie esperaba que el reinado de Ordoño fuera a resultar tan breve.

La noticia se recibió con alegría disimulada en Nájera, donde la cada vez más convaleciente reina Toda y su hijo García —que, cercano a la cuarentena, hacía ya tiempo que gobernada por sí solo— hicieron que se celebrara una misa solemne en el monasterio de Santa María

por el alma de Ordoño, y otra, a continuación, por el nuevo rey.

—Este es el premio a nuestros esfuerzos. Otra vez uno de nuestra familia reina en León —dijo Toda según regresaba a palacio con sus damas de compañía. Llovía ese día en Nájera, pero la alegría hacía brillar sus ojos como si fueran dos soles.

La reina madre había pasado un par de semanas en cama y todos, dada su edad, temieron lo peor. Pero finalmente había recuperado la salud y estaba otra vez como una rosa. «Tu madre tiene lo que se llama una mala salud de hierro —le había dicho su esposa a Garci Sánchez—. Si te descuidas, nos enterrará a todos».

Donde no hubo lamentos por la muerte de Ordoño, ni la noticia pese a su importancia suscitó demasiado interés, fue en la suntuosa y nueva ciudad de la serranía cordobesa. Allí ya estaba instalado Abderramán con su cancillería. La administración entera se había mudado a Medina Azahara. Los nobles iban ocupando los edificios en torno al palacio califal.

—Tanto da un rey flaco que uno gordo si ambos son infieles —dijo al-Nasir.

A él la noticia le sorprendió de camino a dirigir el rezo en la mezquita. Con el paso de los años, había dejado de teñirse la barba. Estaba encanecido por completo y era ya un hombre anciano que andaba con dificultad apoyado en sus eunucos. Su declinante estado de salud tenía preocupado a sus próximos y hacía que Alhakén tomase cada vez más las riendas del gobierno.

2

En Córdoba el ambiente era otro.

Desde que la vida palatina abandonara la ciudad, se veían cada vez menos notables por la calle. La urbe vivía ajena a la política. Y así, cuando llegó a Medina Azahara el mensajero de León enviado por el flamante rey Sancho con sus saludos al califa, los cordobeses continuaron con su vida cotidiana en las calles siempre bulliciosas sin prestar atención.

Había salido un día hermoso.

El sol se derramaba sobre las vivas tonalidades de los vestidos de la gente, sobre las frutas y demás mercancías expuestas en los tenderetes. Vociferantes vendedores acosaban por el zoco a los paseantes. Ruido, colores y olores se entremezclaban en un batiburrillo sensorial que regocijaba a la persona que paseaba por entre los puestos con su amplia chilaba tangerina y su turbante azul magenta cubriéndole el rostro.

—¡*Sayyid, sayyid*! ¡Mirad qué telas! ¡Y son casi un regalo! ¡No las

encontraréis mejores ni más baratas! ¡Tocad este terciopelo armenio!

Los trapos eran la especialidad cordobesa. Allí se elaboraban tejidos de lana y lino. Y el más bello terciopelo de seda se vendía a buen precio. Eso sin contar los tapices que adornaban las moradas de los notables. La mayoría se teñía con tinturas obtenidas de plantas y de algunos insectos de la región.

Subh lo observaba todo según pasaba, la vista saturada de belleza.

—¡Mirad estos fieltros del Magreb, tan excelentes y flexibles! ¡Y la seda cruda! *Sayyid,* ¡acariciad esta seda! ¡Mirad qué brocados!

Subh negaba con la mirada, pero acariciaba con la mano. Al cabo de los años, con la salud del califa debilitada, Alhakén se había atrevido a traerla de vuelta. La discusión por su causa a punto estuvo de separar al padre de su heredero.

En un principio Alhakén cedió y mantuvo a Subh alejada de Córdoba. Pero el último verano, aprovechando que Abderramán no se aventuraba ya fuera de Medina Azahara, estimó que estaría segura en el alcázar, donde seguían viviendo algunas de sus mujeres. La llamaba siempre «Chafar». La visitaba cuando podía. A Alhakén le agradaba que se vistiera de hombre. Y ataviada con sus ropas masculinas Subh salía con frecuencia a deambular por las calles.

La mujer, ya casi en la cuarentena, notaba cuánto había echado de menos la vida cordobesa…, o quizá la vida, a secas. Pensó que ningún artesano de otro lugar, y desde luego no de Nájera ni de León, igualaban a Córdoba en la elaboración de cordobanes.

—Son solo cincuenta dinares, pero mirad el ancho que tiene, casi seis palmos. El tinte es el más hermoso que podáis encontrar. La calidad sobrepasa a la de los cordobanes de Irak. Y esta variedad encerada los hace impermeables… —alardeaba un comerciante.

Córdoba surtía con cantidad de tejidos de lino a Egipto. Pero lo mejor eran los mantos de Pechina, que se enviaban incluso a La Meca y al Yemen.

—¡Mirad este manto! ¡Apreciad el espesor y su ligereza! ¿No os apetece comprárselo a vuestra mujer?

Subh sonrió según pasaba de largo. Se daba cuenta de lo mucho que disfrutaba oyendo a la gente, sabiendo de sus miserias cotidianas, sintiendo el movimiento de la vida. La reclusión en Mayrit había sido muy larga. ¡Resultaba lo de ahora tan refrescante! ¡Se sentía tan libre y feliz! Si esto era ser hombre, felices ellos, pensó. Y sonriendo debajo de su turbante, notó que alguien se paraba a su lado.

—¿Chafar?

Sin volverse, vio por el rabillo del ojo que se trataba de Yafar. El dignatario iba con ropas modestas para pasar desapercibido entre el

gentío. Se paró a su lado y, sin mirarla, habló en murmullos.

El propio Yafar era quien le había advertido de que si al-Nasir descubría que estaba en Córdoba, la haría asesinar. Pero ahora que el califa apenas salía de su palacio y mantenía cerca su administración y su harén, todos se inquietaban solo por su salud…

Todos menos ella, que deseaba su muerte.

—Alhakén estuvo hoy en palacio. Dice que al-Nasir lleva unas semanas cansado, que le cuesta andar y subir cuestas. El médico dice que esa enfermedad se llama la edad. Esta mañana se cayó. Se desvaneció. Se rumorea que puede ser el fin. Si es así, tú saldrías del anonimato, regresarías a palacio… Y yo me convertiré por fin en chambelán.

Subh sintió que algo se removía en su interior. Abandonar su anonimato podía ser agradable, pero vivir como un hombre le daba una libertad que perdería si regresaba al harén.

Todavía lo pensaba cuando comprendió que Yafar la contemplaba con deseo mal reprimido. Aquello le hizo sentir lástima por aquel cincuentón mutilado que hacía años que la rondaba, con quien desde su primer encuentro había jugado al ratón y el gato. No hay nada más patético que un eunuco enamorado.

Había emoción en la voz con la que, en medio de la algazara, el futuro chambelán le dijo al oído:

—¿No estás contento, Chafar?

3

El mismo sol otoñal brillaba sobre el monasterio de Ruiforco, hacia el norte de León, muy pegado a las montañas. Era mediodía. Al oír el ruido que hacían los cascos de los caballos sobre la piedra, los monjes que laboraban la huerta supieron que llegaba un nuevo visitante.

Al rato, los tonsurados que paseaban de dos en dos bajo los soportales del claustro volvieron la cabeza al reconocer al importante personaje que acompañaba al prior. A sabiendas de que posiblemente se hospedaría en el monasterio, comprendieron que por la noche tendrían noticias frescas sobre cómo avanzaban las cosas en el reino: todos estaban inquietos.

Fernán González había dejado a la entrada del monasterio a su hijo Sancho con media docena de guardias. Uno llevaba en su puño el azor que ya casi siempre viajaba con Sancho: le había cogido cariño.

Ensimismado y seguido por una pareja de castellanos, el conde anduvo hasta la celda a la que le llevaba el prior. Al parar ante la puerta, este cogió el manojo de llaves que llevaba al cordón del sayal y eligió una.

—Aquí le hemos encerrado, tal como dijisteis, y os espera. —Abrió la puerta—. Señor, tenéis visita… Es el conde de Lara.

El joven que yacía en el catre de la celda volvió su cabeza hacia la puerta que se abría. Fernando la cerró tras de sí, apartó su larga espada franca y cogió la silla de roble que vio junto a la mesa adosada a una de las paredes. La semioscuridad invitaba a la confidencia y él tenía mucho que contar.

A Fernando se le notaba envejecido: los últimos años habían dejado su huella. Frisaba los cincuenta y se estaba acordando de la única vez que vino al monasterio, hacía casi dos décadas. Fue para ver a Alfonso el Monje, aunque finalmente no se sintió capaz de abordarle. Lo vio caminando lentamente por el claustro apoyado en un fraile. Impresionaba el aspecto cadavérico de aquel hombre de barba luenga y cuencas vaciadas que parecía la imagen misma de la muerte.

Por alguna razón resultaba aún más patética la estampa de este joven que le miraba asustado desde el fondo de la celda.

—Buenos días, Ordoño —dijo.

4

Aquel no era, por supuesto, el hijo de Ramiro, que acababa de morir y contra el que Fernán González había luchado pocos años ha, sino Ordoño el Jorobado o el Malo, como le decían: el vástago de Alfonso el Monje y su esposa, la desgraciada Oneca, segunda hija de la reina Toda. El fruto ingrato, vaya, de un matrimonio bendecido por Dios.

La temprana muerte de su madre, que sumió en la depresión al entonces rey Alfonso, y las circunstancias de la muerte de este habían terminado de minar una personalidad maleada por la deformidad física. Esa tara y su carácter apocado y sumiso le habían permitido salvar la vida.

—No lo entiendo, conde. No entiendo por qué habéis hecho que me retengan aquí.

—Es muy sencillo. Muerto vuestro padre, hice voto a Dios de que os protegería si llegaba el caso de que vuestra vida estuviera en riesgo. Y ha llegado ese día. El prior os habrá puesto al tanto de que vuestro primo el Craso acaba de sentarse en el trono de León, y como pronto os considerará una amenaza, este es el lugar más seguro para vos ahora mismo.

—El destino se muestra especialmente caprichoso en estos últimos tiempos. ¡Qué extraña la muerte de mi tocayo Ordoño! Tan repentina, y de una dolencia misteriosa… Pero creía haber entendido que Sancho era vuestro aliado. Vos le apoyasteis en sus pretensiones contra Ordoño.

—Hasta que nos enemistamos. Después del acuerdo con Ordoño, mediando la reina Toda, no pensé que el Craso pudiera llegar a reinar. Y ahora ha decidido aliarse con los Ansúrez y romper la paz con los cordobeses, que otra vez empiezan a enviar aceifas contra Castilla. Vivo cogido entre dos frentes, y Sancho pretende que García de Pamplona me dé también la espalda.

—Por eso necesitáis un nuevo rey. Ya voy comprendiendo… —El tono del Jorobado, sentado en su camastro, vuelto hacia el visitante, asintiendo con la cabeza para sí, era casi burlón. Fuera se oía el canto de un ruiseñor en la huerta. No muy lejos, dos monjes hablaban con voz queda—. Soy el que más legitimidad tiene en estos momentos para reclamar la corona al Craso. Soy el primogénito de Alfonso, hermano mayor de Ramiro… Claro que también mi padre tuvo más legitimidad que Ramiro…

—Vuestro padre, a quien llamaron el Monje por eso, abdicó por voluntad propia en su hermano. Y Ramiro ha sido un gran rey. En cambio, hoy quien está en el trono es el Craso, que se ha coronado en Compostela el mismo día que llegó a León la noticia de la muerte de su hermano, y apoyado únicamente por los Ansúrez sin que el aula regia haya tenido tiempo para considerar más opciones. No quiero ni detenerme en ello.

»A vos los leoneses no os conocen. Tampoco los castellanos. Pero si os casáis con una joven de buen linaje, como mi hija Urraca, que además ha sido la esposa de vuestro tocayo, que en paz descanse, todos verán con buenos ojos la posibilidad de que seáis vos quien ocupe el trono. Y los castellanos, empezando por mí, estaríamos dispuestos a apoyaros.

—¿Eso pese a mi deformidad física, pese a esta joroba con la que Dios me maldice?

—Os puedo asegurar que una joroba es bastante mejor que un rey malquerido y vicioso. Nadie tendrá duda de cuál es la deformidad mayor. Y no olvidéis que Sancho conoce vuestra existencia. Sé de buena tinta que los Ansúrez os están buscando. Cuando os encuentren, ni ellos ni el Craso mostrarán compasión. Si estimáis en algo vuestra vida, no tenéis más alternativa que escucharme —dijo Fernando. Aquello era lo que venía a plantear. Era su última baza, pues sabía que el Craso seguía dolido por la manera en la que él y sus castellanos le habían dado la espalda en su día para pactar la paz con el anterior Ordoño.

Era difícil saber en qué podía estar pensando en ese momento el Jorobado. De todas formas, antes de que ninguno dijera más, se abrió la puerta de la celda. Un foramontano intranquilo se acercó al conde

para susurrarle al oído algo que el joven no alcanzó a entender.

—Tengo que irme. Vuestro primo ha debido de tener noticias de que me dirigía al monasterio. Viene aquí en mi busca. Está a punto de llegar. Espero, por el bien de ambos, que no sepa que estáis aquí… —dijo. El Jorobado, acostumbrado a las desgracias, ni contestó—. Por mi parte, estad tranquilo. No os entregaré. La puerta de la celda quedará cerrada y este hombre os protegerá. En cuanto me sea posible, regresaré. Mientras tanto, considerad lo dicho.

5

El ambiente en el atrio había cambiado. Los monjes salieron del monasterio detrás de su prior, que se afanaba en organizarlos. No lejos, Sancho Fernández y los burgaleses de la guardia del conde de Lara se mostraban inquietos. Desde lo alto, las campanas repicaban con alegría saludando la llegada del rey. El estandarte que traía el primero de los jinetes era la cruz de León, pero no hacía falta verlo para entender quién era el personaje.

Sancho el Craso había adelgazado lo suficiente para lograr subir a un caballo de gran envergadura, casi más de tiro que de montar. El pobre animal resoplaba con el esfuerzo de su pesada carga.

Dos de los leoneses echaron pie a tierra y ayudaron a su señor a descabalgar.

Todavía sin resuello, Sancho detuvo con una seña al prior, que se le acercaba. El Craso llevaba sobre sus hombros la capa de armiño de Ramiro, que le quedaba pequeña, igual que la corona sobre la frente, muy alta puesto que su cabeza era más grande que la de quienes la habían ceñido antes. Su pelo era rizado y fosco, y la barba que le cubría las sonrosadas mejillas, escasa.

—Que se retiren los frailes. Y callad las malditas campanas. No me extraña que Abderramán las aborrezca. Apartad, anciano. Esto no es una visita oficial. Vengo simplemente a hablar con el conde de Castilla. Ocupaos de mis hombres.

El prior ordenó a los hermanos que atendieran a los recién llegados.

—No veo, Sancho, qué tenemos que decirnos el uno al otro.

A Fernán González lo flanqueaban su hijo y sus foramontanos, todos en tensión. Pero el Craso no venía en son de guerra. Lo demostró saludando a su primo carnal con una naturalidad afectuosa y cogiendo a Fernando por el brazo para ayudarse a caminar.

—Sabes bien lo que hemos de decirnos, conde. Pero no es este el mejor lugar… Pasemos al claustro.

6

El Craso respiraba trabajosamente. Su olor se mezclaba con el del pesado perfume que usaba para disimularlo. Por el claustro, no dejó de apoyarse en el brazo de Fernando. Cuando pasaron por delante de la celda del Jorobado, el flamante rey no pareció reparar en el castellano que hacía guardia ante su puerta.

El tuteo con el que el Craso se dirigía a Fernán González a este le resultó ofensivo. Estaba claro que la situación era nueva. El Craso se mostraba crecido, y en verdad había crecido. Ya no era un chiquillo. Sabía lo que hacía. Le quería tratar de tú a tú, demostrarle que estaba a su altura. La corona le permitía algo que, vista la diferencia de edad, en otra circunstancia habría sido imposible.

—Sé lo dolido que debes estar por cómo se han desarrollado las cosas, Fernando, pero no olvides que fuiste tú quien me traicionó… En cuanto tuviste a tu hija Urraca sentada de nuevo en el trono, te olvidaste de mí… Me abandonaste como a un trapo viejo… Todos me habéis abandonado durante cuatro larguísimos años… ¿Se os ha ocurrido a alguno pensar en lo que he debido pasar durante este tiempo?

—…

—Bastó la muerte de tu hijo…, el bueno de Gonzalo, pena de muchacho pisoteado por los caballos…, para que abandonases la lucha… Yo no podía hacer nada… Sin tu apoyo y el de Nájera, hube de resignarme… Me sumí en la depresión y la desesperanza más absolutas. Recé cada noche para que Ordoño muriese pronto… Y cuando sucedió, no me cupo ya ninguna duda de que Dios había atendido mis rezos…

»Te diré que el día en el que pude poner sobre mi cabeza esta corona y revestirme con la capa de armiño y coger el cetro que había visto tantas veces en la mano de mi padre, no hubo hombre más feliz sobre la Tierra. —Aquella felicidad todavía se leía en su rostro ahora que empezaba a recuperar el resuello—. Mi hermano Ordoño, que en paz descanse, gobernó cinco años y siete meses, y pasó la mayor parte de su tiempo envuelto en líos de mujeres… Y eso sin descuidar a tu Urraca, a la que ha dado tres hijos… Pero su temprana muerte no es ciertamente culpa suya… ni mía el verme ahora coronado.

»Los designios de la Providencia son insondables, mi buen Fernando. Es curioso, ¿no te parece?, cómo Dios ha dispuesto las cosas en nuestro beneficio… Primero la muerte de Ansur dejó el camino libre para que Ramiro te concediera lo que tanto anhelabas e hiciera el condado de Castilla hereditario. Luego, la muerte igualmente súbita

y misteriosa de Ordoño me ha hecho a mí, hijo postergado de Ramiro, rey de León —el Craso sonreía agarrándole con fuerza el brazo. La presión era grande. A Fernando esa mano crispada le hizo pensar en las garras de un azor—. Pero ha llegado el momento de que regalemos a nuestro reino una paz duradera, Fernán González. Algo que, como bien sabes, no puede lograrse sin tu ayuda…

No cabía mayor contraste entre la figura obesa y el rostro rubicundo y satisfecho del rey de León y el conde de Castilla, a quien se veía seco y enjuto. El cansancio asomaba a su rostro.

Se acercaba al medio siglo. Tantas habían sido las fatigas a las que sometió a su cuerpo que este entraba en declive. Pero su mente todavía era clara y estaba alerta. Su mirada mantenía el brillo azul de antaño. Su expresión no traslucía lo que estaba pensando. Su atención era absoluta.

—Imagino que estás ofendido por haberos enviado a Urraca de vuelta a casa rechazando la oferta de matrimonio que me hiciste llegar nada más morir Ordoño… Sé que habrías querido que me casara con ella. Y yo, en otras circunstancias, también. Lo último que hubiera deseado es ofender a tu familia como hizo mi hermano Ordoño, Dios le acoja en su seno.

»Te aseguro que pensé mucho antes de tomar la decisión… Y has de entenderlo. El matrimonio con la hija de Ansur Fernández me garantiza el apoyo de la que es ahora la familia más poderosa de León… Entre mal y mal y medio, hube de elegir. Pero bien sé que la presencia de los Ansúrez en mi corte os incomoda a ti y a tus partidarios…

Fernando no encontraba nada que añadir. Sencillamente, escuchaba. Esperaba la propuesta que sabía que iba a llegar.

7

—Mi buen Fernando. No soy tan mal gobernante como piensan muchos. Tú sabes mejor que nadie que Dios me dio más luces que a mi hermano Ordoño. Soy sagaz y capaz de impartir buena justicia… Y en León tengo medios sobrados para informarme de todo lo que acontece. Sé que has venido a Ruiforco en alguna ocasión a hacer penitencia por tu responsabilidad en lo que le sucedió en tiempos de mi padre al Monje, que en paz descanse… Pero si estoy aquí no es para hacerte una visita de cortesía, visto lo incómodo que es para mí cabalgar, sino para preveniros a ti y a tu hijo…

Aquello preocupó a Fernando, aunque enseguida comprendió que el Craso no estaba tan al tanto de todo como se jactaba. Y se alegró. La Providencia parecía, por el momento, de su parte.

—Mis espías —continuó el Craso— me dicen que Sancha te susurra al oído que ha llegado el momento de independizar Castilla… Intuyo que los dos estáis descontentos por el poder de los Ansúrez en León. Pensáis que nada os une ahora a esa corte de la que os habéis retirado…, y puedo entender los motivos que os llevarían a tomar la peor de las decisiones. Pero no me desprecies como me despreciaste ya una vez, cuando después de haberme apoyado tú y ese Diego Muñoz tan amigo tuyo me vendisteis de mala manera, solo para lograr una paz inútil con Ordoño. Tened cuidado los Lara, no os diré más. No soy buen enemigo…

—Concluid de una vez, Sancho. Decidme vuestra propuesta.

—Mi propuesta es que salgamos de aquí juntos, que me acompañéis tú y tu hijo a León y que anunciemos nuestra buena entente… No pido que me beses la mano ante todos; no quiero gestos, ni siquiera más tributos. De eso hablaremos más adelante. Pero sí necesito, sobre todo ahora, con todos los problemas que mi hermano deja en Galicia, que me des palabra de que ni tú ni ninguno de los Lara tomaréis partido contra mí buscando la independencia de Castilla. Con eso me basta. Apóyame en estos momentos complicados para mí y yo te juro que respetaré vuestra autonomía. No puedo permitirme que entremos en guerra. ¿Qué dices?

El monarca había dejado el apoyo de su brazo. Se apartó para encararse con el conde. Su primo y tocayo, Sancho Fernández, estaba ahora al final del pasillo pendiente del más mínimo gesto de su padre. Este parecía haberle olvidado por completo.

Fernán González miró al joven rey a los ojos. Al cabo, como asentía, el Craso se precipitó a abrazarle.

—¡Sabía que Dios te inspiraría la mejor decisión, mi buen Fernando! Hoy descansaremos en el monasterio. Mañana mismo nos pondremos en camino y regresaremos juntos a la corte…

Tras cruzar una mirada con el castellano que permanecía cerca de la puerta del Jorobado, Fernán González siguió fuera del claustro al Craso, a la vez que hacía un gesto a su hijo para que los acompañara.

8

Los tres volvieron a salir al atrio donde en ese instante voló por encima de sus cabezas el azor. El burgalés que lo cuidaba había decidido soltarlo un rato. Lo encontraba nervioso: el animal debía sentir la tensión.

El Craso siguió con la vista el vuelo del ave. El cielo estaba despejado; un azul puro, daba gusto. El sol calentaba la tierra. Más allá de la huerta de los hermanos, a un lado del camino que llegaba al

monasterio, los campos se teñían con los colores del otoño.

—El caballo negro que monta tu hijo y ese azor son espléndidos…

El Craso seguía la trayectoria en círculos del ave. Fernando, más tranquilo fuera del claustro, también alzo los ojos. El montero lanzó al aire un pedazo de carne: el animal bajó en picado y lo cogió al vuelo.

—Ambos fueron regalo del califa de Córdoba, señor.

—Y tuviste tratos con él…, ya dije que lo sé todo. En eso tampoco somos tan diferentes, mi buen Fernando. Los dos sabemos lo que cuesta el poder. Los dos tenemos ambición y perseverancia, y haremos lo que sea necesario para conseguirlo. Y a los dos nos ha favorecido la fortuna o la Providencia, llámalo como quieras. Por eso estamos hechos para entendernos… Ahora, en señal de buena voluntad, ¿no sería un gesto bonito regalar esos hermosos animales a tu soberano? ¿No sería la mejor manera de escenificar nuestra reconciliación?

Su sonrisa maliciosa mostraba a las claras su intención. Y Fernando reaccionó con viveza.

—Me temo que no podré entregaros estos animales, señor. Los dos pertenecen a mi hijo. Pero una vez que esté en Lara, me comprometo a buscar para vos un caballo y un azor que os satisfagan plenamente.

—Es que son estos, y no otros, los animales que quiero. Pero si lo prefieres, estoy dispuesto a pagar. Será como comprar la fidelidad de los Lara. Me escribe mi abuela Toda que en Córdoba hay un médico judío capaz de hacerme recuperar mi cuerpo. Me gustaría atraerlo a León. Si continúo adelgazando, pronto necesitaré un caballo lucido…, y los caballos cordobeses son los más cotizados. Fija tú mismo el precio, Fernando.

—Os advierto que os resultará caro, señor.

—Oigamos.

9

—Si pagáis hoy por los dos animales, dada su calidad deberéis entregarme mil sueldos. Si no lo hacéis cuando lleguemos a León, al final de cada día que pase en adelante me deberéis el doble de la cantidad que me debíais el día anterior.

El Craso asintió bienhumorado.

—Si ese es el precio de la paz, sea. Lo pagaré a nuestra llegada a León. Coged ese azor y el caballo cordobés, soldados. Llevadlos con vosotros. ¡Partimos mañana al alba con el conde de Castilla! Quiero que las buenas gentes de León nos vean juntos. Que tu hijo nos acompañe igualmente, Fernán González. Tiene buena planta. Será bonito teneros a mi lado cuando crucemos la puerta del Conde. Quiero que todas las miradas se claven en nosotros cuando nos detengamos

ante San Salvador, que nos aclamen mientras entramos juntos. Y ahora ya, mi buen Fernando, has de saber que no pienso desmontar ninguna plaza fuerte en la frontera de mi reino como se comprometió Ordoño en el acuerdo que firmó con Córdoba.

—Pues entonces contad con que al-Nasir lanzará nuevas aceifas contra nuestros territorios. La noticia no gustará a nadie. Y menos en Galicia.

—No importa que guste o no guste. Es el rey solo quien decide. Ya habrás oído esa canción que me dedican, a mis espaldas, jocosamente los juglares: «Sanchito el Craso, a nadie hace caso». Tiene gracia el diminutivo, ¿verdad? Pero necesito contar con Castilla. Confío en que me apoyaréis en la lucha contra los moros como hicisteis con Ramiro. Y ahora pasemos al refectorio y comamos. Cabalgar da hambre. Dime, ¿qué piensas hacer después de pasar por la ciudad regia?

—Volver a Lara con mi esposa —dijo Fernán González.

10

El conde no mentía en su propósito.

En cuanto pudo, abandonó con su hijo León y unos días más tarde, por el camino, se detuvo un par de jornadas en Burgos, en el palacio condal, donde además de descansar aprovechó para arreglar algunas cuestiones administrativas. Cuando partió, dejó a Sancho junto con su hermano García, el pequeño de la familia, que llevaba ya unos meses en Burgos ocupándose del gobierno local.

Arrancando octubre, por fin estuvo de vuelta en el Picón.

En el patio del palacio de los Lara —con el tiempo, aquel casón empezaba a parecer un palacio— le esperaba su esposa. Con lo cual al día siguiente, después de haber descansado bien, al caer la noche, pudo disfrutar de una de esas partidas de ajedrez que, al cabo de los años, eran ya uno de los rituales que cimentaba el matrimonio.

Sus conversaciones sobre los asuntos más variados tenían lugar a menudo delante del tablero.

El otoño anunciaba un invierno riguroso y en espera de que llegara el buen tiempo y, con él, la nueva aceifa, sentado en la pequeña sala que servía de antecámara a sus habitaciones, Fernando aguardó el momento oportuno para plantearle a su mujer sus planes.

—Te encuentro algo distraída. Te toca mover pieza, Sancha.

—Discúlpame… Hoy no tengo cabeza para el juego.

El tono intrigó a Fernando, que levantó los ojos.

A esas alturas los dos habían envejecido a ojos vista. Las muchas canas poblaban la melena de la pamplonesa. Los ojos habían perdido

su brillo. Si a él lo habían desgastado las guerras, a ella lo hicieron los muchos trabajos para criar a los diez niños que había parido, ocho de ellos para la casa de Lara. Y de todos, gracias a la protección divina, solo Gonzalo, el mayor, y el niño Munio habían muerto y estaban enterrados en el panteón familiar de la ermita de Santa María, en el alfoz de Lara.

—Pues dejemos el juego. Tengo que comentarte algo importante.

Sancha pareció sorprendida.

Para entonces el entendimiento entre ellos era perfecto. Su amor se había gestado y había crecido despacio, con muchas concesiones por parte de ambos. Hoy el afecto mutuo, nacido de la comprensión y la tolerancia, era inmenso. «Durante los años jóvenes —le había dicho Sancha a su hija Urraca—, todo es complicado. Pero hay que tener paciencia, transigir, y al llegar a la edad madura las pasiones se aplacan, se aprende a separar las cosas importantes, y todo encaja en su lugar».

—¿Qué te detiene?

—La cuestión es que hemos de acoger en Lara a Ordoño el Jorobado, al que también llaman el Malo, el hijo de Alfonso y tu hermana Oneca. Tu sobrino. Lo he mantenido escondido durante los últimos días temiendo que el Craso quiera eliminarlo. Le he convencido de que venga a visitarnos. Llegará pronto. Desde luego, antes de fin de año.

—¿Y a qué debemos su visita, si puede saberse?

—Hemos hablado en Ruiforco, donde permanece escondido. Va a reclamar el trono de León. Me he comprometido a apoyarle. Y, por descontado, se casará con Urraca… Te puedo asegurar que este verano mismo, sin falta, Urraca se sentará de nuevo en el trono de León junto a su rey legítimo.

—Tengo la impresión de haber vivido esto antes, Fernando. ¿No habíamos acordado en verano que no era una buena idea? ¿No concluimos que todas las intrigas habían terminado? ¿Creéis que es el momento, señor, de arriesgar con nuevas conjuras todo lo que habéis conseguido?

El voseo añadía tensión a la conversación.

—Creo que este es, en efecto, el momento, señora. El Craso tiene muy pobres apoyos en León. Vive del crédito que le conceden los Ansúrez. Pero ese crédito se agota. El Craso es fatuo, engreído. Por su físico es incapaz de dirigir a sus huestes en la batalla, y se comporta con una falta de prudencia criminal. En Galicia, cuando las aceifas vuelvan a devastarla, todos le considerarán culpable de sus males y muchos condes, y me consta porque me he reunido con alguno de

ellos estos días en la ciudad regia, reconocerán al Jorobado.

11

Sancha volvió a mirar la configuración actual de la partida. Se dio cuenta de que, por una vez, Fernando estaba jugando mejor que ella. Era algo que no había sucedido antes, o muy raramente. Y no lo achacó sino a los mareos que la asaltaban durante las tres últimas semanas, de los que prefería no hablar, pues evitaba quejarse. Iba a ponerse en pie cuando sintió que un sudor frío la invadía. Se le nubló la vista.

—¿Ocurre algo, Sancha?

—Nada, no os preocupéis… Llamad a mis damas de compañía.

Sancha no cedía en el tono.

Se quedó sentada mientras Fernán González cruzaba la estancia y se dirigía a la puerta. Pero apenas el conde le dio la espalda, las fuerzas la abandonaron. Sancha cayó sobre el tablero de ajedrez, junto al fuego del hogar.

Fernando se dio la vuelta y se precipitó sobre ella. La llamó por su nombre. La condesa de Lara no contestó.

—¿Sancha? ¡Sancha! ¡¡Sancha!!

La muerte le acababa de arrebatar a la persona que estuvo junto a él desde los lejanos días de su juventud, a la que siempre podía acudir en busca de consejo y consuelo.

Fernando se arrodilló rodeado de las piezas de ajedrez de aquella última victoria —la postrera sobre Sancha—, que había de ser la más amarga de todas.

Un gemido prolongado se escapó de su garganta.

Cuando entraron las damas de Sancha, se lo encontraron en el suelo con ella en brazos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Mi Sancha…, mi dulce Sancha…

12

De Fernando, conde de Lara, de Castilla y de Álava por la gracia de Dios, a Toda, reina de Nájera y Pamplona.

Señora:

No os puedo sino agradecer los años de felicidad que me dio vuestra hija.

La hermosa Sancha ya reposa con los restos de mis ancestros en el panteón de la ermita de Santa María, aquí, en el condado de Lara. Hay junto a su sepulcro un sarcófago vacío y preparado que, si Dios lo quiere, será el mío en breve.

Comprobaréis que mi ánimo sigue turbado. El daño que me ha hecho la parca es irreparable.

Os juro que en estos momentos desearía abrirme el pecho con un cuchillo, meter a vuestra hija dentro y volver a cerrarlo para que así permaneciera en mi interior durante el resto de mi vida, y a mi muerte siguiera morando en las tinieblas del sepulcro hasta el día del Juicio Final.

Yo no contaba a estas alturas de la vida con nada que me sujetara a ella más que la compañía de mi amada esposa.

De joven desprecié el amor, y me equivoqué. Hoy sé que los juglares tienen razón y que el amor ejerce sobre las almas una autoridad irresistible contra la que es locura rebelarse. Es una fuerza que se aposenta en lo hondo del corazón y lo ata de forma inexorable a la persona amada.

Yo he visto a hombres enloquecer de amor y me burlé de ellos.

Pues bien, hoy que pierdo a mi amada me toca a mí sufrir. Y lo peor es que todo es inútil cuando se interpone la muerte. El sol sale cada mañana, pero la vida sin ella no es vida, no vale nada.

Me levanto cada día, respiro, atravieso las jornadas.

Todo lo hago, paso a paso, como un condenado a muerte. Lo que me rodea son sombras. Nada ni nadie, ni siquiera mis hijos, me levanta el ánimo.

Me cuesta arrastrarme por las estancias de mi palacio.

Todo ha perdido su sabor. Todo lo que atino a decir está teñido de tristeza.

A veces todavía creo verla en la penumbra de una sala. Le digo algo esperando que vuestra hija me conteste. O me siento ante el tablero de ajedrez —¡cuánto os agradezco que la iniciarais en ese juego!— y creo que me mira desde el otro lado del tablero, esperando que yo mueva mis trebejos.

Pese a ello, el mundo avanza y no se puede sino seguir avanzando con él.

La pena me vuelve amargo.

He decidido, como bien sabéis, apoyar las reivindicaciones de Ordoño el Jorobado al trono de León, y oponerme con la fuerza de las armas al Craso, a quien considero un usurpador.

Ya sé que mi actitud belicosa os ha animado a pedir ayuda a vuestro sobrino Abderramán —con quien ora estáis a buenas como ora a malas, según lo que os conviene cada mes—, y me llegan noticias de que el Craso, sabiendo que me dirijo con mi ejército de castellanos hacia León y al constatar que le faltan los apoyos necesarios, pues la mayor parte de los condes del reino apoyan al Jorobado —el Craso nunca tuvo el valor de Ordoño—, acaba de abandonar la ciudad regia y se dirige hacia vuestra corte buscando refugio.

Os anuncio que muy pronto el hijo de Alfonso y Oneca se proclamará como nuevo rey en Compostela. Así pues, vuelvo mis armas contra vosotros. De modo que si Nájera decide apoyar al Craso, nos veremos en el campo de batalla, mi querida suegra. O bien en el infierno. Escoged lo que más os plazca.

Fernando, conde

Capítulo XII

Un nuevo califa de Córdoba

«Fallecido Ordoño, su hermano Sancho, hijo de Ramiro, recibió pacíficamente la supremacía de su reino. Y cumplido el primer año de su reinado, por cierto ardid del ejército, tramada conjura, saliendo de León llegó a Pamplona. Enviados emisarios con asentimiento de su tío García, rey, se le exhortó a ir al rey cordobés Abderramán. Mas todos los magnates de su reino, tomado consejo de acuerdo con Fernando, conde de los burgaleses, eligieron para el reino al rey Ordoño, hijo del rey Alfonso, el que había sido cegado juntamente con sus hermanos. Ciertamente, el conde Fernando le dio a su hija, esposa dejada por Ordoño, hijo de Ramiro.

Al rey Sancho, como estuviera demasiado gordo, los mismos agarenos le dieron una yerba y quitaron de su vientre la gordura. Y vuelto a la primitiva astucia de su ligereza, tomó consejo de los sarracenos sobre cómo llegaría al reino quitado para sí, del que había sido arrojado. Salido con innumerable ejército, avanzando hacia León; mas cuando entró en tierra de su reino y fue oído por Ordoño, huyó este de León por la noche y entró en Asturias y perdió el reino».

Crónica de Sampiro

1

El dieciséis de octubre del 961, por lo alto de los minaretes de Medina Azahara, pero también de los de la ciudad de Córdoba, a orillas del Guadalquivir, los almuédanos anunciaron la triste nueva.

Muchos lloraron. Otros comentaron en voz baja que había sucedido lo que llevaba tiempo esperándose. La agonía del califa había sido larga en su querida Medina, que fue donde a la mañana siguiente se sentó, en la sala del trono, su hijo Alhakén, el segundo de su nombre.

Aquella ciudad armoniosamente distribuida en terrazas en la serranía cordobesa, de la que al-Maqqari escribió que era la más espléndida, renombrada y mejor hecha nunca por la mano del hombre, fue el último capricho de un soberano que para construirla prácticamente arruinó sus arcas.

Por fin era una realidad y la personalidad de su difunto diseñador se apreciaba mejor que en ninguna parte en el llamado salón de los Califas.

Por una ventana abierta hacia el oriente entraba el sol,

iluminando las alfombras que vestían las paredes, el mármol colorido de las columnas y la fastuosa perla que le regaló el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Otón, a Abderramán, ubicada en el corazón de la estancia.

Al fondo, sentado entre almohadones y rodeado de dignatarios, aquella mañana el nuevo califa vestía de blanco, color del duelo para los árabes, y cada poco manoseaba el sello real que le acababan de forjar.

Tenía cuarenta y seis años y nueve meses de edad y por fin sucedía a Abderramán en el califato. La excepcional longevidad del padre hacía presagiar que él también duraría lo suyo, y aunque su salud hasta el momento era más bien frágil, lo cierto era que un día como aquel se sentía con una vitalidad desbordante; suficiente, pensaba, como para superarle.

Abderramán le acababa de legar un califato íntegro cuyo poder Alhakén esperaba aumentar, si Alá en su magnificencia se lo concedía, al igual que el esplendor de la mezquita mayor, cuya cúpula quería acabar y embellecer con mosaicos que superasen en hermosura a los de la mezquita de Damasco.

Córdoba se merecía un gobernante como él, que no dudaba de su estrella y que además, en lo moral, tenía más energía que su padre, pues estaba menos contaminado por los hábitos nocivos de los cristianos: el nuevo califa nunca había bebido y, de hecho, uno de los proyectos que tenía en mente era prohibir totalmente el vino.

Desde que se le nombró sucesor a los ocho años, Alhakén había recibido una educación exquisita que no desaprovechó, y desde muy joven había participado tanto en las campañas militares de Abderramán como en las tareas de gobierno.

Como sobrenombre eligió al-Mustánsir bi-llah, «el que busca la ayuda victoriosa de Alá».

Y en lo tocante al gobierno, ya se sabía que se apoyaría en las dos personas en quienes tenía más confianza: el general Galib, antiguo liberto eslavo, el que fuera jefe de la guardia personal de Abderramán, promovido por méritos propios, que había recorrido todo el escalafón del ejército, y en su secretario personal y nuevo chambelán, el berebere levantino Yafar.

Ellos fueron quienes, una vez que Alhakén hubo escuchado a los representantes de los principales *yunds* de su territorio —los de Ixbilia, Xaén y Sidonia, entre otros—, quedaron finalmente a solas con él.

Los dos entraron por la principal de las ocho puertas. Todas descansaban sobre pilares de mármoles tan transparentes que al reflejarse el sol sobre ellos provocaba una luminosidad hermosísima e

inimitable, pese a estar bien entrado el otoño.

2

—*Mawlay*, en estos momentos la guerra entre cristianos continúa. Como bien sabéis, Sancho el Craso, a quien vuestro padre acogió por consejo de la anciana reina madre de Nájera, que además viajó con él hasta aquí, y que gracias a nuestros médicos consiguió adelgazar hasta poder montar a caballo, pudo, hace ya dos años, recuperar el trono de León del que le había expulsado su primo el Jorobado. Lo consiguió con la ayuda del ejército de musulmanes que le proporcionó al-Nasir y de los pamploneses del rey García.

»Desde entonces el depuesto Jorobado no ha dejado de reclamar el trono para sí, con el apoyo del conde Fernán González, el cual no hace tanto se vio obligado a defender su frontera oriental contra los hombres del rey García de Pamplona, que, como también sabéis, lo hizo preso mientras rezaba con sus hijos en una iglesia. En ese enfrentamiento fue muerto el segundo hijo del conde; no así el más pequeño, García Fernández, último vástago varón que le queda. Los dos fueron retenidos en Nájera mientras el Jorobado huía a las montañas.

—Y mientras tanto, Galib, ¿habéis trasladado mi petición a los pamploneses?

—*Mawlana.* Al rey García se le dijo en su momento que como parte del precio por la ayuda que nos pidió su madre, la reina Toda, exigíamos la entrega de Fernán González. Ajusticiarlo era el gran deseo de vuestro padre desde que desdeñó aliarse con nosotros. Pero el rey de Nájera se negó. Y con al-Nasir muerto, tanto el Craso como el rey de Nájera, y más ahora que ha fallecido su madre, se sienten dispensados de cumplir sus compromisos.

—Entiendo —murmuró Alhakén secamente.

La muerte de Toda, acaecida ya de vuelta en su tierra —Alá lo había querido así—, mientras Abderramán estaba en su lecho de muerte, no le conmovía lo más mínimo. Nunca llegó a entenderse con ella, como sí lo había hecho al-Nasir, sobre todo cuando la tuvo en Medina Azahara con su obeso nieto. Para el nuevo califa, no era más que una mujer vieja que se resistía a desaparecer cuando casi todos los de su generación habían perecido. Durante demasiados años había resistido sola, anciana, llena de achaques, pero con el mismo formidable apetito de poder.

Por sus funerales, tanto León como Abderramán, a quien le afectó grandemente la noticia, habían enviado embajadores. Y en Medina Azahara pronto se supo que el hijo pequeño de Fernán González había

asistido al funeral, pero no así el conde: este permanecía en prisión llorando la pérdida de su hijo Sancho, muerto en aquella ratonera en que se convirtió la iglesia donde lo apresaron.

Para despedir a Toda se movilizó Nájera al completo. Con ella y Abderramán salían de la escena política los dos últimos representantes de la generación que había dominado la Península durante prácticamente todo el siglo.

—Al conde parece que le aquejó una gran melancolía durante su cautiverio en el alcázar de Nájera. Sabía además que su hijo pequeño andaba desarmado por la ciudad. Su retoño aprovechó para hablar con su tío García, renovar vínculos y limar diferencias. También hemos sabido que la prisión del padre provocó una reacción exacerbada en Castilla. Y hay más todavía —continuó Galib. Pese a su árabe deficiente, era un hombre de inteligencia despierta que cuando intervenía siempre lo hacía con pertinencia. Sabía explicar las cosas—. Los castellanos han tallado la efigie en piedra de su conde en la ciudad de Burgos y han jurado no obedecer a León hasta que el aliado de Sancho el Craso, el rey García de Pamplona, lo libere.

»La presión ha sido tal que los de Nájera han considerado como un mal menor liberarlo, temiendo hacer un mártir. Pero, eso sí, después de sellar un pacto con él haciéndole casarse con la hija del rey García. El de Castilla ha aceptado y finalmente ha reconocido a Sancho como rey de León y ha permitido que se expulse al Jorobado de su condado, donde se había refugiado este. Dicen mis espías que durante el camino de vuelta a Lara, a él y a su hijo se les han ido uniendo castellanos en cada pueblo. Allá por donde han pasado, los han acogido entre vítores. La veneración que le tienen es extraordinaria.

—Yafar, tú que has sido hijo de mi mejor preceptor y que has sido mi secretario muchos años y gozas de mi confianza absoluta, ¿cuáles piensas que deberían ser mis primeras medidas?

—Estimo que la primera, *mawlay*, debería ser la reclamación a León de las diez fortalezas que el Craso prometió entregar a vuestro padre a cambio de su apoyo. Y si se niega, debéis acoger al depuesto Jorobado aquí, en Medina Azahara, y ofrecerle vuestra ayuda. Eso llegará a oídos de Sancho y cuando sepa que el Jorobado viene de camino, recapacitará.

3

—Estoy de acuerdo —dijo Galib—. De mi estancia en León, adonde me envió vuestro padre poco antes de su muerte, os puedo decir que me han sorprendido los muchos edificios lujosos, iglesias y

monasterios con campanas hermosas. Aquello es cualquier cosa menos un reino en decadencia. Es cierto que su palacio no es comparable con Medina Azahara, pero está vestido con muy hermosas vidrieras de gran transparencia y colorido.

—¿Y cómo viste a nuestro primo? —se interesó Alhakén.

—Reconozco que me impresionó. No tanto por lo físico, pues ya en Medina Azahara yo mismo presencié su increíble transformación, de un obeso que apenas podía cargar con su peso al hombretón todavía corpulento pero proporcionado que se precia, ahora que puede, de cabalgar el corcel negro que le regaló su conde de Castilla, a quien a su vez se lo regaló previamente al-Nasir. Me ha impresionado especialmente la autoridad con que sujeta el cetro de Ramiro en medio de gente a la que domina, cuando quiere, con un mero gesto.

»Sus ojos rezuman confianza, *mawlay,* y su sonrisa está llena de malicia. Rebosa felicidad. Tuve la sensación de que, de no ser por la presencia de sus nobles en el aula regia, me habría abrazado como hacía cuando nos encontrábamos en nuestros jardines de Medina Azahara. Él sabía que le traía noticias de vuestro padre y que el mensaje no sería de su agrado. Se lo dije en romance: "Al-Nasir os reclama que cumpláis el trato que hizo con vos cuando os acogió, junto con la reina Toda, con la mayor hospitalidad".

—¿Y qué contestó?

—Que las fortalezas todavía no podía darlas. Y en cuanto a Fernán González, dijo que era prisionero del rey García, no suyo. Y aunque lo hubiera sido, afirmó que no tenía ninguna razón para detener a su conde de Castilla, y menos cuando le ha reconocido como rey y se vuelve a mostrar fiel. Dijo que fue quien primero le apoyó, y además ahora ha retirado su apoyo al Jorobado. Yo contesté: «Sabéis que el califa no estará satisfecho con una respuesta como esa…».

»Al oírlo, su corpulencia pareció expandirse sobre los cojines al tiempo que, apoyándose en los brazos del trono, se ponía en pie. "No me estarás amenazando, ¿verdad, Galib?". Dije: "Nadie amenaza a un rey de León, señor. Solo os recuerdo que el Jorobado y su esposa, la hija del conde de Castilla, han abandonado vuestro territorio y que en algún momento serán recibidos en Córdoba".

»Vuestro primo miró a los cortesanos que lo rodeaban y, viendo sus expresiones, volvió a sentarse. Dijo que debía consultarlo con sus consejeros antes de daros su respuesta. Y desde entonces lo único que llega de León es el silencio. Pero sospecho que cuando le confirmen que, efectivamente, el Jorobado viene camino de vuestra corte, recapacitará.

—¿Y cuándo lo tendremos aquí?

—Está desde hace unos días en Medinaceli, adonde ha llegado después de que lo expulsaran de Burgos, donde los castellanos le dieron refugio hasta que Nájera liberó a Fernán González. Esta misma tarde saldré a por él. Estará aquí lo que lleve regresar de Medinaceli, al-Mustánsir —dijo Galib—. Le escoltaré personalmente.

4

Como una semana después, a media mañana, corrió la voz por Córdoba de que llegaban unos invitados de excepción.

Siguiendo órdenes que bajaban de Medina Azahara, el populacho se congregó en torno a una de las puertas principales, la del norte, la misma por la que solían salir los ejércitos califales para sus aceifas cuando llegaba la primavera. Y pronto se vio que llegaban dos cristianos a caballo escoltados por el medio centenar de jinetes bereberes que acompañaban a Galib, y corrió entre los cordobeses la noticia.

—Es Ordoño, el rey depuesto por Sancho el Craso en León. Llega con su esposa, la hija del conde Fernán González.

Eso provocó inquietud en algunos, pues el nombre del conde de Castilla era muy temido, pero también curiosidad por esa mujer envuelta en una capa oscura que llegaba montando un hermoso caballo tordo.

Quien la acompañaba era un hombre de perfil desencajado y pálido de piel, con la espalda visiblemente encorvada. Urraca Fernández había enviudado de su primer marido, el rey Ordoño III, hijo de Ramiro, y a instancias de su padre había vuelto a casarse con el primo de este, el Jorobado, en una breve ceremonia celebrada tras la presurosa coronación en Compostela. De aquella unión habían nacido dos hijos que habían quedado en Burgos.

Al Jorobado la presión que le había puesto Fernán González para acompañarlo a Compostela y convertirse en rey, con todas las desgracias que acontecieron después, le estaba resultando una carga a todas luces pesada.

Resultaba triste verlos.

Más que una glamurosa pareja real, parecían un par de marionetas con los hilos rotos. Pese a que procurasen mantener la compostura, su simple presencia en Córdoba, después de haber sido expulsados de Castilla en cumplimiento del tratado firmado por Fernán González con el rey García, aunque fuera a regañadientes, despedía un aroma a fracaso que la muchedumbre percibió de inmediato.

Galib los escoltaba, aunque no parecía que hubiera demasiada

comunicación entre el general, bien atildado, con su loriga impecable, sus ojos azules fruncidos perennemente por la luminosidad, y la pareja.

El romance de Galib siempre había sido pobre y tener a un intérprete entremedias cansaba a cualquiera.

Para recibirlos, el califa enviaba nada menos que a su concubina pamplonesa.

Y fue la misma Subh quien, ataviada de mujer y con el rostro cubierto por un característico velo, salió a su paso con su escolta de guardias eslavos. Ella fue la primera en avanzar hacia los recién llegados sobre lo alto de un corcel árabe de color zaino.

—Saludos, extranjeros.

—Saludos —contestó Urraca no sin desconfianza.

Los vítores de la muchedumbre, tan alegres, la sorprendieron por su viveza.

5

En medio de un gentío que no dejaba de alborotarse —un buen puñado de bolsas de monedas, distribuidas sabiamente, lograban tal efecto—, la pareja de cristianos siguió a Galib, que abrió el camino con su propia guardia personal.

Como el Jorobado había preguntado dónde estaba enterrado al-Nasir, le hicieron pasar por delante del alcázar, al otro lado del panteón de los emires de Córdoba. El Jorobado se quitó su bonete y, en medio de aquella muchedumbre de hombres en chilaba que abarrotaba la plaza, murmuró una oración en su idioma.

Tras el breve recorrido honorífico por Córdoba, fue Subh quien tomó el relevo de Galib.

Rodeada por sus mercenarios de ojos azules, los guio sin bajar de su caballo otra vez en medio de la muchedumbre, que todavía los siguió durante un primer trecho por el arranque del camino de las Almunias: era el que llegaba de Córdoba hasta Medina Azahara pasando por entre las grandes fincas de recreo de los dignatarios de la cancillería cordobesa.

La ciudad que concibiera Abderramán quedaba hacia el oeste, en la falda de la sierra, y el paisaje que los rodeó, una vez dejadas atrás las almunias señoriales, era francamente hermoso, y todavía se mantenía en flor a esas alturas de septiembre.

En algún momento empezaron a verse los largos muros y las construcciones enjalbegadas de la ciudad califal, que contrastaban con la verdura que se extendía a su alrededor rodeando los campos de cereales, ya agostados, y que se sucedían a los pies de la medina en

dirección al Guadalquivir, algunos dentro y otros fuera del recinto amurallado exterior, y sobre todo por toda la sierra que nacía a espaldas de Medina Azahara.

Notaron que se acercaban a la ciudad en que por el camino empezaron a encontrarse apretadas filas de soldados, ricamente uniformados y provistos de brillantes armas, que se alineaban en perfecta formación.

Durante el trayecto, por lo demás, pudieron conversar con Subh más de lo que habían hecho con Galib, y Urraca se sintió sorprendida por la naturalidad con que hablaba el romance aquella mujer de tez clara y ojos verdes. Había algo en ella que la desconcertaba.

—No sabía que hubiese cristianos en la corte de Alhakén —comentó Urraca.

—Si lo decís por mis guardias, señora, ellos son mercenarios. Y yo ya no soy cristiana —dijo Subh sin retirarse el velo—. Y si bien empiezo a tener dificultades para hablar el romance, pues mi vida se desenvuelve en árabe, no se olvida fácilmente la lengua en la que le hablaba a una su madre… La mía me parió en Álava y crecí en Pamplona, señora. Pero también conozco Lara, de donde sois vos.

—¿Y cuál es vuestro nombre?

—Aurora la Pamplonesa. Viví en el Picón de Lara hace ya bastantes años.

—Nunca oí hablar de vos.

—Vos igual no. Pero vuestro padre sí… Estuve con él en el asalto de Mayrit. Fue de sus primeras victorias.

A Urraca no le gustó el tono de la desconocida.

Por su parte, Aurora se dio cuenta de que nunca había olvidado aquel verano lejano en el que cabalgara junto a Fernán González. Ni tampoco el aciago día en el que, de regreso en el alfoz de Lara, según descansaba en la casa en la que tenían lugar sus encuentros, fue sacada de ella a rastras por dos desconocidos que pese a sus patadas y mordiscos consiguieron sujetarla.

Perdió la conciencia. Cuando volvió en sí, estaba maniatada sobre la grupa del caballo que Fernando le había regalado antes de partir en campaña. Lo guiaba uno de los dos jinetes, sujetando las bridas. La cabeza de Aurora colgaba por un costado y pudo ver de cerca los corvejones del animal, la hierba agostada a un lado, las piedras de la calzada.

Sentía la boca pastosa.

Como recuperaba la conciencia, el segundo jinete se acercó a decirle que la soltaría si prometía comportase como una mujer y no como una fiera. Poco después estaba sentada sobre su caballo con la

cabeza dolorida. Alzó la vista y vio que ya se ponía el sol. Debían de llevar varias horas cabalgando y se habían alejado muchas leguas del alfoz de Lara.

Esa cabalgada duró toda la noche y parte del día siguiente.

Oyendo a aquellos hombres supo que temían que Fernán González los siguiera. No se detuvieron en el campamento esclavista. Por la noche la maniataron y los dos se turnaron para dormir. Amanecía cuando le quitaron la manta y la hicieron volver a subirse a su montura.

6

Evidentemente, Aurora había oído hablar de Córdoba. Pero oír hablar era una cosa y entrar en la ciudad, otra muy distinta. La grandeza de sus muros de piedra, con sus enormes sillares, el gentío que llenaba las calles, escuchar la voz de los almuédanos de las mezquitas llamando a la oración, ver los mercaderes acosando a los viandantes en los zocos…, todo la impresionó grandemente y la hizo sentirse absolutamente pequeña, desvalida.

Durante el camino iba haciendo cábalas. Supuso que la traían para venderla como esclava, como había oído que se hacía con tantas mujeres. Pero cuando llegaron al mercado de esclavos —y allí había cristianos de toda condición, varones, mujeres y niños, la mayoría encadenados, en espera de que llegaran los clientes cordobeses con sus lujosas chilabas—, pasaron de largo. «Ese no será tu destino, has tenido suerte», murmuró uno de los hombres.

Aurora lo miró todo con asombro. Pasaron delante de la mezquita mayor: seguía con obras incesantes, estaba llena de actividad. La orillaron por uno de sus costados y llegaron hasta las murallas que daban al Guadalquivir.

Sin salir extramuros, siguieron la muralla hasta alcanzar una plaza llena de sarracenos donde estaban las dos mezquitas gemelas. También, a un lado, una docena de campanas capturadas en medio de los montones con centenares de viejas cabezas de cristianos muertos en la última aceifa. Entonces empezó a vislumbrar su futuro cuando, tras descabalgar y hablar con los eslavos que guardaban la puerta exterior del alcázar —los mismos que años más tarde estarían a sus órdenes—, los dos foramontanos le encomendaron sus caballos a uno de ellos.

—Vamos —dijo el que parecía el jefe.

El interior del alcázar, cuando les permitieron entrar, la impresionó por su magnificencia. Las escayolas que separaban las salas estaban decoradas con motivos geométricos hermosísimos. En un

patio interior había dos fuentes de agua cantarina, y varias mujeres veladas conversaban lánguidamente, entre risas, con hombres lampiños de formas redondeadas. Todos callaron y la miraron según pasaba.

La pareja de cristianos parecía saber adónde iba porque, sin prestar atención a nadie, se encaminaron por un pasillo. Subieron unas escaleras hasta la segunda planta, donde encontraron otro guardia, esta vez un sudanés armado con un alfanje. Con él intercambiaron unas palabras en voz baja y el sudanés los dejó pasar.

En la misma planta llegaron ante una puerta cerrada. Allí les salió al paso un hombre voluminoso, también lampiño y con mirada inquisitiva, al que, de nuevo, uno de los dos cristianos dijo algo en árabe.

El hombre escudriñó a la prisionera antes de abrir la puerta. Aurora pensó que los castellanos entrarían con ella, pero se equivocaba. Se limitaron a empujarla al interior de la estancia.

—Espera aquí.

7

La belleza de la estancia quitaba el aliento. La cortaban en dos varios arcos de herradura con dovelas pintadas de albo y ocre que se apoyaban sobre columnas de mármol rosado de una calidad excepcional. Decoraciones con motivos vegetales, de una densidad laberíntica, cubrían las paredes.

El suelo era de mármol blanco, también muy brillante. Había varios bancos cubiertos por gruesos y mullidos cojines de seda. Y en la pared lateral, un mirador de tres arcos daba a los jardines del alcázar. Las celosías que cubrían los arcos tamizaban la luz que entraba del exterior.

Aurora no se atrevió a acercarse. El miedo la paralizó.

Tenía los labios resquebrajados, los brazos llenos de moretones y la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar.

Transcurridos unos momentos, se abrió una puerta y apareció un hombre joven con turbante y rasgos agradables. Aunque era indudablemente un árabe, el turbante no llegaba a esconder del todo su cabello rubio rojizo, y en su rostro, con un prognatismo que no llegaba a ser desagradable por la armonía de los rasgos, brillaban unos ojos claros llenos de inteligencia.

El hombre la examinó de arriba abajo. Le dijo, alternando el árabe con un romance tosco pero comprensible:

—Siéntate. No puedes entenderme, ¿verdad? No, claro. Los bárbaros del norte no entendéis el idioma de Mahoma. Soy Alhakén,

hijo del califa Abderramán, soberano de esta ciudad y de todas las tierras de Al-Andalus. Y tú eres Aurora, aunque de aquí en adelante te llamaré Subh, ¿sabes lo que quiere decir? Quiere decir «mañana», en honor a tu nombre cristiano. Así se te conocerá en adelante. Estás en mi harén, que es vecino del de mi padre y el segundo más grande de Córdoba. Aquí solo entran las mujeres más bellas e inteligentes. Puedes estimarte afortunada. Entre ellas, alguna te enseñará mi idioma. Y a su vez tú, si demuestras tener suficiente cabeza, me ayudarás a entender mejor el tuyo.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Mi padre es pariente de la reina Toda de Pamplona. Ella es quien mandó traerte aquí. A sabiendas de que eras la hembra favorita de nuestro enemigo, estimó, y con razón, que nos interesaría tenerte como prisionera…

Alhakén se acercó a apartar la celosía que cubría uno de los arcos del mirador. La luz del exterior, una luz densa de septiembre, inundó la sala. Abajo se oían algunas voces y risas de mujeres y niños que jugaban en torno a la alberca. Lo descubriría más tarde.

—Te sienta bien la ropa de hombre. Esperaba encontrar una mujer bella, pero no tanto. Aunque primero debes lavarte y sanar esas heridas… —El heredero le cogió la cara con una mano. La volvió a uno y otro lado y la soltó. Tenía los antebrazos largos, en contraste con sus piernas más bien cortas, fornidas—. Te quedarás a cargo de Maryam y, si tienes suerte, te visitaré alguna noche. Pero primero habrás de adecentarte. Apestas. ¡Maryam! —se volvió hacia la puerta. Por ella apareció una mujer velada de cierta edad. Por cómo le hablaba, Aurora entendió que Alhakén le tenía respeto—. Llévala contigo. Que aprenda cómo se vive en el harén.

8

Maryam le dio de beber, le cuidó sus heridas y la trató con una dulzura a la que Aurora no estaba acostumbrada y que fue, en realidad, una muestra de la solidaridad que se tejía en el harén entre las mujeres de muy diversa procedencia que allí convivían.

En el gineceo del heredero del califato, la principal era Radhia, la primera esposa de Alhakén, que entonces estaba llamada a ser princesa consorte… siempre que consiguiera darle hijos. Tampoco lo había logrado —lo supo después— ninguna de las demás concubinas del príncipe, todas igualmente jóvenes y hermosas, aunque no todas magrebíes o árabes.

Cuatro eran sudanesas de piel de ébano, por las que Alhakén tenía una cierta querencia, y tres cristianas convertidas, al igual, como supo

pronto, que Maryam.

Con la caída de la tarde la mayoría de las mujeres se encontraron en uno de los patios del alcázar para comer el cuscús que les traían de las cocinas, tan suculento y condimentado, y charlaron mientras una tocaba una melodía en un laúd. Como no entendía lo que se decía, Aurora se limitó a sonreír. Su anfitriona hablaba con otras mujeres. De vez en cuando se volvía señalándola con la mano.

—Les cuento tu historia. Creo que le has caído en gracia a mi hijo. Como parece que vendrá a visitarte en breve, habrás de estar preparada. Pero no te preocupes: tendrás las mejores maestras. Me ocuparé personalmente de ello. —En ese momento, Aurora se dio cuenta de que una de las sudanesas, la más hermosa, salía de la estancia de la mano con el más alto de aquellos hombres extraños—. ¿Quieres ver lo que ocurre? Ven…

Maryam la cogió del brazo. La sacó de la estancia. La exótica pareja había entrado en una pequeña habitación aneja a la sala principal y Maryam, con Aurora a su vera, empujó con suavidad la puerta llevándose un dedo a los labios…

La sudanesa, ya sin su túnica, se acababa de tumbar de espaldas sobre unos cojines de seda y el hombre, de rodillas junto a ella, le empezaba a acariciar el sexo suave y expertamente, y al poco, siguiendo las indicaciones de la mujer, metía su cabeza pelada entre las piernas morenas, esbeltas, muy delicadas.

A Aurora le sorprendió que el hombre tuviera una cicatriz en lugar del miembro —era la primera vez que veía desnudo a un eunuco —, y Maryam le susurró al oído:

—A los esclavos negros como este los mutilan antes de la pubertad. Se les destina a servir en el harén, pues con una castración completa a una edad temprana no desarrollan los apetitos de un hombre. Ellos no pueden penetrar a una mujer, y tampoco sienten deseo de hacerlo. Pero utilizan mejor que nadie las manos y saben dar placer con la lengua…

Aurora se sintió extraña. Ella no era una mojigata. Se había criado en el campo, donde había tenido amantes. Y antes había visto a los animales, muchas veces, hacerlo.

Creía saberlo todo acerca del sexo. Pero nunca había visto una escena semejante: el placer transfiguraba la cara de la mujer sudanesa que se volvía hacia ellas sin rastro de pudor.

Sintió vergüenza por estar allí mirando y a la vez una fascinación que la mantuvo clavada al suelo.

—No te avergüences —dijo Maryam—. No apartes la vista. Si quieres ser una verdadera *qya* y tener contento a mi hijo, habrás de

aprender mucho. Todas hemos tenido que hacerlo. No solo cantar, tocar el laúd y conversar, sino sobre todo satisfacer al hombre.

—¿Y tú?

—Yo soy la esposa de Abderramán. Llevo muchos años saciándole. Le he dado cinco hijos y uno es el elegido para sucederle. Eso me da privilegios. Ahora mismo tengo el mando en los harenes del alcázar, el de al-Nasir y el de Alhakén. Todas las mujeres y los eunucos responden ante mí. Pero en su día también vine aquí como esclava. Por entonces la única esposa era Fátima, la hija de un noble de la corte cordobesa, una mujer libre, y tuve que ganarme mi sitio. Aquí no tenemos libertad. Raramente salimos fuera de estos muros. Y estamos obligadas a satisfacer a nuestro señor. Pero si haces feliz a Alhakén, tendrás una vida regalada. Si no, corres el riesgo de ser expulsada del harén y tu vida habrá terminado. Todo depende de ti. De cómo sepas usar de tu belleza mientras todavía eres joven.

9

A partir de ese día Aurora tuvo que aprender a convivir con las demás mujeres del harén y a comprender cómo funcionaban allí las cosas, a respetar las jerarquías, a lidiar con envidias y celos.

Era todo un mundo.

En aquellas dependencias no entraba ningún hombre salvo los perfumados eunucos, la mayoría de piel oscura, traídos en muchos casos del otro lado del Estrecho, encargados de servir y satisfacer los deseos de las concubinas y esposas.

Muy pronto entendió que los servicios personales de los eunucos no se limitaban a las mujeres y que tanto Abderramán como el propio Alhakén solicitaban ocasionalmente a los más jóvenes y hermosos.

Aquello ella jamás lo había visto en su mundo, desde luego no con tanta naturalidad. En las cortes de Nájera o Pamplona, y en Lara, o en el ejército castellano, se daban felaciones y actos de sodomía, por supuesto, pero se mantenían ocultos, pues la homosexualidad se despreciaba. Era el pecado nefando, el que más ofendía a Dios, mientras que en Córdoba se consideraba muestra de sofisticación civilizada.

Un día, como a las dos semanas de su llegada, Maryam se presentó en su cuarto y le anunció que Alhakén llegaría por la noche, que debía estar preparada.

Le mostró un objeto de madera con la punta redondeada.

—No pongas esa cara. Es lo mejor para aprender. ¿Estás lista? Me alegro, porque has de entender lo que le gusta a Alhakén. De modo que presta atención. Ya te habrán dicho la suerte que corren las que

fracasan. De todas formas, con mi hijo no has de temer por tu vida. No es como al-Nasir. No es violento en la cama. Pero conviene, aun así, tenerlo satisfecho.

»A los dos les gusta que les acaricien aquí detrás… Así… Puedes hacerlo en todas estas zonas. Tienes que mostrarte dispuesta a seguirle en sus caprichos… A veces te vestirá de chico y otras es posible que invite a participar a algún varón… No necesariamente un eunuco… En Córdoba es habitual que el califa y su heredero tengan relaciones con quien les plazca…

10

Aurora resultó una alumna tan aplicada que al cabo de un año su vida dio un vuelco absoluto.

Maryam conocía mejor que nadie los gustos de su hijo y la educó tan bien que Alhakén se encaprichó de ella y, cuando llegó el momento de la nueva aceifa, quiso llevarla consigo. «Es una distinción que no consiguen muchas», dijo Maryam satisfecha. A ella hacía tiempo que Abderramán la visitaba raramente en su dormitorio, pero eso no afectaba a su prestigio, puesto que al califa le gustaba consultar con ella muchas de sus decisiones.

El viaje ya sabemos lo que dio de sí.

Aurora no pasó desapercibida y la matanza de San Pedro de Cardeña dio lugar a la leyenda sobre la diablesa cristiana que acompañaba a los sarracenos.

Desde su regreso, Alhakén apenas se separó de ella, y Aurora reinó como favorita en el harén, aunque ella tampoco había logrado darle ningún hijo: ni ella ni ninguna de las demás, para gran preocupación de todos.

Eso era la comidilla en Medina Azahara, ahora que Alhakén por fin heredaba el califato.

Y tras varios años de intentos, Aurora se había determinado a resolver el asunto, por las buenas o por las bravas.

—Yo le daré un hijo a Alhakén —le dijo con una seguridad absoluta a Maryam.

Sea como fuere, su periplo, al cabo de casi treinta años, había sido tan extraño que había días en los que a ella misma le costaba creerlo. Tenía que agradecer, no sabía si a la Providencia o a la reina Toda —a la que volvió a encontrar en Calahorra cuando prestó vasallaje a Abderramán, al igual que su hijo García, y cuando luego la retuvo en Nájera—, el que la vendieran a los musulmanes.

Y al mismo tiempo sentía la necesidad de vengarse, no supo por qué, de Urraca Fernández. Esa cara alargada —cara de caballo, decían

las malas lenguas en Lara— se le hacía ingrata…, igual porque recordaba demasiado a los rasgos de Fernán González. Era, de sus dos hijas, con bastante diferencia, quien más se le parecía.

—A vuestra madre, doña Sancha, también la conocí… Ella fue quien me vendió como esclava a Córdoba —dijo después de un largo silencio.

Los tres seguían a caballo por entre los últimos soldados de aquel inacabable pasillo de honor que los acompañaba durante el final del trayecto, como solo se hacía con los mayores dignatarios. Estaban a punto de cruzar las monumentales puertas que daban acceso, por el oriente, a Medina Azahara.

Por encima del resto de edificios descollaba el minarete de la mezquita de la ciudad califal, una construcción con terminados lujosos y cinco naves cuyo patio —lo iban a descubrir pronto— estaba pavimentado con un mármol de tonalidades rojizas, muy parecidas a las del vino, y que contaba con una fuente de agua de uso exclusivo para la mezquita.

Urraca Fernández volvió la cabeza para ocultar su desagrado. Empezaba a cansarle la impertinencia de la mujer. No entendía por qué le contaba aquello y, sin soltar las riendas de su corcel, dijo con laconismo:

—Mi madre murió no hace mucho… y lo hizo en brazos de mi padre.

—Bien que lo lamento. Era una gran señora, toda una infanta de Pamplona. Y supongo que ella y vuestro padre se amaron mucho, estoy convencida…

11

Ahora avanzaban por el interior de las primeras calles de Medina Azahara hacia el gran palacio de Alhakén.

Al llegar ante la magnífica construcción, que no dejaba de crecer con nuevas dependencias, descabalgaron y entregaron sus monturas a los jóvenes bereberes que salían a recibirlos. Allí se despidió Galib, tras intercambiar unas palabras con la favorita del nuevo califa.

Después de esperar un largo rato en una gran sala, como era la costumbre, los recién llegados fueron trasladados por nuevos criados hasta el patio principal al que daba el palacio. En aquella explanada, delante de una elegante alberca con agua clara y reciente donde nadaban algunos peces de colores, les indicaron que en breve Alhakén saldría a recibirlos, y hubieron de esperar algún tiempo más.

Para entretener la espera, Subh decidió guiarlos a través de los jardines de mirtos y naranjos que arrancaban al pie del palacio. Al

Jorobado se le notaba incómodo. Su figura era ingrata y su caminar, torpe. Los cortesanos que se cruzaban con la pequeña comitiva por los senderos de tierra batida lo miraron con curiosidad.

Todo lo que encontraban en la ciudad del califa era fascinante, pero había en los jardines cosas aún más extraordinarias. Las fuentes, como explicó Subh, venían de Constantinopla y sus brocales eran de bronce dorado, tenían bajorrelieves representando animales y vegetación con un tratamiento bizantino. A su alrededor se habían plantado las palmeras datileras que Abderramán mandara traer de África.

Mientras hacían tiempo, apareció una nube de cortesanos que, liderados por el chambelán Yafar, enseguida se abrieron para dejar paso al califa, y Aurora se inclinó en una profunda reverencia en mitad del sendero.

La pareja de cristianos se sintió impresionada.

Todos alrededor de Ordoño y Urraca Fernández la imitaron inclinándose reverencialmente hasta que Alhakén, con un gesto benevolente, les hizo seña de que se enderezaran.

Las hojas de las palmeras y los grandes cedros y pinos filtraban el sol que rociaba con su luz la ciudad mágica. Se oía correr el agua en las fuentes.

—Sois el rey de León, y vos la hija del conde Fernán González. *Salam aleikum,* extranjeros. No os recibo como a infieles, sino como a soberanos y espero que pronto aliados leales —dijo Alhakén en buen romance. A continuación añadió—: Por favor, paseemos un rato mientras conversamos. Estamos vinculados por la sangre. Tenemos muchas cosas que contarnos. Caminad conmigo. Acompáñanos tú también, Subh. Y tú, Yafar.

12

De Urraca, reina de León, a Fernán González, conde de Lara, de Castilla y de Álava.

Padre:

Me preguntáis cómo es posible que hayan pasado tantos meses sin que nada en concreto se haya decidido y no sé muy bien qué contestaros.

La recepción que nos hizo el califa no pudo ser mejor.

Ya os dije que después de hacernos acompañar hasta Medina Azahara primero por el general Galib y luego por su guardia de cristianos de ojos azules, él mismo dio un paseo durante el primer día con nosotros por sus jardines, donde hay todo tipo de plantas con flores maravillosas y palmeras altísimas que dan unos frutos dulces que aquí llaman dátiles: son la cosa más deliciosa que he probado. Y también aves coloridas como el arcoíris, y

fuentes de bronce, y quioscos tan enormes que cada uno parece en sí un palacio. El lugar no deja de maravillarme.

En cuanto al resultado de nuestro viaje, sigo sin saber qué pensar, padre.

Alhakén parece un hombre inteligente que habla un excelente romance. A mí me trató de forma muy respetuosa, aunque debo decir que Ordoño, igual por su joroba, no logró hacerse apreciar. Con él se mostró más distante.

El hijo de Abderramán es, según dicen, un amante de la belleza y la cultura más sofisticada, que posee en el más alto grado, aunque no se abre fácilmente y, como hemos comprobado, no le gusta que le apremien.

He podido conocer también a varias de las mujeres que lo rodean, pues me han invitado a visitar el harén de Medina Azahara.

Entre ellas ya os escribí que quien tiene más influencia es esa antigua esclava cristiana que dice llamarse hoy Subh y que entonces, en nuestro mundo, se llamó Aurora. Me ha contado en más de una ocasión que de niña vivió en Álava y Pamplona, y que llegó al Picón en su día, hace casi treinta años, con el séquito que acompañó a madre para su boda.

Siempre me habla muy amablemente, pero detrás de sus palabras no dejo de percibir una profunda enemistad por razones que desconozco.

Ella nos ha acompañado y ha hecho de intérprete cuando ha hecho falta, aunque sobre todo al principio, porque estando embarazada no ha podido dedicarnos más tiempo.

En una de sus primeras visitas me hizo ver que estaba preñada, mostrándome su vientre, que acariciaba continuamente. Está claro que, por alguna razón, ha querido que me fijara en ese embarazo suyo en el que yo no había reparado.

Por conversaciones con ella he sabido que hasta hace nada había en esta corte una gran inquietud porque, pese a que Alhakén tiene en su harén a muchas mujeres y visita a una u otra por las noches, ninguna se había quedado hasta hoy embarazada, lo que no parece que sea muy normal, puesto que Alhakén ya no es ningún jovenzuelo y debería haber engendrado hace tiempo un heredero.

Por lo demás, debo deciros que desde aquella primera visita —y han pasado meses— no se nos ha permitido volver a ver al califa y el tiempo lo hemos pasado vagando por los jardines o por la propia ciudad, que es bien grande. Supongo que eso da la medida del privilegio que nos concedió en su momento.

Aurora, en cambio, ha venido en repetidas ocasiones y en muchas acompañando a Yafar, el chambelán. Este Yafar es con el que hablamos de los temas que nos conciernen, padre.

Él sabe que firmasteis la paz con Nájera a condición de reconocer al

Craso y abandonar a su suerte a Ordoño, y cada vez que ha venido no ha dejado de recordárselo a mi esposo, ya que, como parte del acuerdo que le ofreció el califa en aquella primera reunión, Ordoño debe jurar no volver a aliarse con vos contra el islam.

Pero el principal interés de Alhakén es la entrega de las diez fortalezas del Duero que Córdoba pretende recuperar al coste que sea.

Como sabéis, ese fue el precio que el Craso acordó con Abderramán por su ayuda para restituirle en el trono de León. Y como tras la muerte de Abderramán Sancho se olvidó de su compromiso, Alhakén se volvió hacia Ordoño.

En las conversaciones con Yafar, Ordoño ha dado a entender desde el día uno que él está dispuesto a entregar las fortalezas en el momento mismo en el que recupere el trono, y se ha reafirmado una y otra vez en ello.

Al cabo, el chambelán, este Yafar, pareció satisfecho, y durante el otoño, en una de sus visitas, dijo:

—El príncipe de los creyentes os ha escuchado y ha comprendido vuestro pensamiento. Os colmará de júbilo. Ha decretado que a ti, al-Jabit (así llaman a Ordoño), te haremos reinar sobre todos los cristianos que quieran reconocerte por soberano.

Así estaban las cosas, y parecían bien encaminadas. Pero, por desgracia, todo ha cambiado, ya que hace tres semanas volvió a vernos esa mujer, Subh, esta vez sin Yafar.

En un principio pensé que solo quería hablar de su embarazo, pues en sus últimas visitas no dejaba de acariciarse el vientre y de decirme que los médicos consideraban que el parto estaba previsto para muy pronto y lo contentos que estaban todos en Medina Azahara.

Pero a continuación dijo que la pena sería que no podríamos verlo porque resulta que el Craso, a sabiendas de que estamos aquí, ha enviado una nueva embajada para confirmar su amistad con los cordobeses, asegurando, según parece, la entrega inmediata de las diez fortalezas con arreglo a lo pactado.

Después de esa conversación no la hemos vuelto a ver, aunque nos dijeron unos esclavos de palacio, un día que hubo mucho alboroto en la medina, que había dado a luz a un varón al que se llamará Abderramán, como su abuelo.

Ha habido gran alborozo alrededor del nacimiento, por lo mucho que se esperaba, pero de nosotros parecen haberse olvidado, puesto que Yafar tampoco ha vuelto a visitarnos ni hemos tenido noticias de Alhakén.

Da la impresión, por la indiferencia con la que ahora se nos trata, que el interés que podían tener por nosotros estas gentes ha desaparecido.

El disgusto de Ordoño es tal que ha enfermado, estoy convencida que

de pena y preocupación. Le encuentro cada día más desmejorado y cansado.

—Ya lo ves, Urraca. Todos nuestros esfuerzos durante meses no han valido para nada —me dice—. Tú y yo nunca tuvimos suerte y nunca la tendremos. No debí prestar oídos a tu padre y marchar contra Sancho. Nunca volveremos a estar tranquilos, nunca. Estoy convencido de que, en cuanto salgamos de aquí, los hombres de Sancho nos localizarán y tarde o temprano acabarán matándonos.

Esa es la situación, padre. No sé qué debemos hacer, si dirigirnos a las montañas de nuevo, a Burgos, o volver a Lara con vos, si nos lo permitís. Os pido vuestro consejo, pues confío en vuestro buen entender.

Urraca, reina

Capítulo XIII

La debilidad de Castilla

Enantes que oviessen las bodas acabadas
—non avie ocho días que eran començadas—
fueron a don Fernando otras nuevas llegadas;
que venie el rey Garçia con muy grandes mesnadas…

ANÓNIMO, *Poema de Fernán González*

1

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Abu Amir.

—Me escribe el cadí que naciste en Algeciras y que llegaste a la corte para estudiar jurisprudencia con la intención de ser alfaquí, pero que por problemas económicos te hiciste escribano, ¿es así?

Al antiguo secretario y hoy chambelán de Alhakén le gustó el saber estar del joven. Abu Amir tenía una manera tranquila de hablar que comunicaba una seguridad poco común para sus años; sabía sujetar sus nervios.

La primera impresión estaba siendo inmejorable: un hombre alto, esbelto, controlado, con buena voz, un brillo inteligente en los ojos oscuros, respeto, buenos modales, capacidad de atención. Se había vestido con su mejor túnica.

—Así es.

—El cadí me envía una carta de recomendación elogiándote y habla de los vínculos que nos unieron a él, a mí y a tu padre en su día… Los tres estudiamos juntos en la madrasa. Luego, bajo el favor de Abderramán, yo pasé a gobernar Mallorca. El cadí te habrá dicho que procedo de Valencia, mi ascendencia no es árabe, y no somos muchos los muladíes que prosperamos…

»Las familias árabes recelan de nosotros. Les disgusta que ocupemos puestos que, en su opinión, deberían reservarse a ellos, como se ha hecho durante los últimos dos siglos. Pero Alhakén nos prefiere justamente por eso. Sabe que le seremos más fieles y que, faltos de vínculos con las banderías tradicionales cordobesas, tendremos menos ocasión de traicionarle… Esa será tu gran ventaja.

»Por eso también el difunto Abderramán, a quien Alá tenga en su seno, convirtió en general de sus ejércitos a Galib, un liberto eslavo. Alhakén sabe que somos gente sin arraigo entre las familias que tradicionalmente han tenido el poder en Al-Andalus y, por descontado, en Córdoba.

—Lo sé. El cadí también me lo dijo.

—¿Eres consciente de que el puesto que te ofrezco exigirá la

máxima responsabilidad y de que, con la ayuda del Altísimo, estarás a las órdenes de la madre del heredero, la princesa grande, la *Sayyida-al-Kubra*, a la que habrás de respetar como a tu propia madre?

—No podría ser más consciente de ello, que Alá la mantenga por muchos años en buena salud y que pueda dar más hijos al príncipe de los creyentes.

—Está bien —asintió Yafar complacido—. Tu principal asignación será llevar las cuentas y la administración de los bienes del príncipe heredero Abderramán, además de los de su madre, la princesa Subh. Te mudarás a este palacio. A partir de mañana mismo te enseñaré tus nuevas dependencias. ¿Tienes alguna pregunta?

2

Una vez más, con la llegada de la primavera, empezaban a florecer los jaramagos en los campos castellanos.

La primavera, aquel año, cogió a Fernán González en la villa de Covarrubias, uno de sus territorios más queridos, como lo había sido de su madre, igual porque formaba parte de las tierras patrimoniales de Muniadona.

Buena prueba del cariño que le tenía era que el torreón que ya aparecía en el pendón de Castilla era el de aquella villa que había reforzado, junto con otros lugares de la ribera derecha del Arlanza que formaban la línea de defensa más avanzada de las tierras de Lara hacia el sur.

La muerte de Sancha había hecho que el conde prefiriera pasar cada vez más tiempo en Covarrubias y menos en el Picón.

Era cerca del mediodía cuando las campanas de la iglesia se pusieron a repicar con una fuerza que alertó a todos.

No era día festivo y no era normal tanto tañer.

Las campanas las hacía sonar sin pausa el muchacho esmirriado que ejercía de monaguillo en el templo. Poco a poco la gente se acercó al palacio de Muniadona cuchicheando y quien podía entraba en el patio a medida que se iba conociendo la noticia.

—¡Ha regresado doña Urraca! ¡Ha regresado Urraca Fernández!

Quien llegaba por la ribera del Arlanza, después de más de tres años de ausencia, era una mujer aún joven, insegura, que apareció escoltada por el pequeño grupo de jinetes larenses que su padre había enviado a la mismísima Córdoba para traerla por fin de vuelta a casa.

Según penetraba en la villa, Urraca se protegía de la vista de la gente con la capucha de su larga capa leonesa y se cubría la cara con el velo al que se había acostumbrado durante su estancia de más de un año en Medina Azahara. Siendo poco agraciada, no le importaba

esconderse detrás del hiyab.

—¿Ves a esa mujer, rapazuela? —oyó que decía alguien a sus espaldas—. Es la hija del conde y la mujer más desgraciada de Lara. De niña la casaron con el medio hermano del Craso, que ya como rey se enamoró perdidamente de una belleza gallega con la que se habría casado, repudiando a nuestra Urraca, de no haber intervenido Fernán González. Su rebelión obligó al rey Ordoño a abandonar a la gallega. Pero eso no sirvió de mucho, pues Ordoño murió poco después por una mala digestión en Zamora y dio paso al reinado del Craso, el cual ha preferido casarse con una Ansúrez de León. Por eso la casó el conde con el Jorobado, rey breve ¡que acaba de morir en Córdoba! Ya lo estás viendo. Un alto nacimiento no garantiza la felicidad.

En medio de tantas miradas, Urraca regresaba a las tierras de su padre y lo hacía sola y triste.

3

Contrastando con la melancolía del personaje, las campanas no dejaban de repicar proclamando a los cuatro vientos el regreso de la hija favorita del viejo conde de Castilla, que salía a recibirla sin poder contener su emoción… Y es que Fernán González estaba cercano ya a los sesenta años y su seco carácter castellano se había ido suavizando con el paso del tiempo.

Muy difícil resultaba reconocer en aquel anciano al foramontano gallardo que fuera en su juventud, perdidas ya las ilusiones que iluminaron sus ojos claros.

Su nueva esposa, la joven Urraca Garcés, hija de Garci Sánchez, rey de Nájera y de Pamplona, apareció, con su cara de niña y una sonrisa ingenua, a la vera de su marido en la puerta misma del palacio.

—¡Me alegro tanto de conoceros, doña Urraca!

E hizo una breve reverencia a la hija de su esposo, de su mismo nombre y bastante mayor que ella.

Su presencia era una de las novedades en la vida del conde y la ojerosa Urraca Fernández, que ya se retiraba la capucha dejando ver su cabellera castaña, la miró casi con lástima; dos ojos apagados en medio de un rostro caballuno. Luego posó la vista en su padre, ya mayor, y se le echó en brazos. A continuación, se volvió hacia Garci Fernández, su hermano más pequeño, el último en vida de los cuatro que había tenido, que también se acercó a abrazarla.

La mirada que le dirigió Fernán González fue reveladora. Estaba claro que sus dos hijos mayores, Gonzalo y Sancho, habían sido hombres aguerridos y justos, y cualquiera de ellos hubiera merecido

heredar sus bienes y títulos. Pero los dos estaban muertos y enterrados en el panteón familiar de la ermita de Santa María de Lara.

Así que el heredero del condado de Castilla era García —nunca se esperó que lo fuera—, el menor de sus hijos, al que apodaban «el de las manos blancas», por ser de constitución más delicada y aparentemente menos apto que sus hermanos para la guerra y el mandar.

Consciente de la desafección paterna, García evitaba significarse y permanecía en un discreto segundo plano. Pero Urraca siempre había sentido mayor afinidad con él que con sus demás hermanos y le reservó su mejor sonrisa.

Después se volvió hacia la nueva condesa de Lara. Resultaba extraño tener como madrastra a casi una niña. Eran las cosas de la política.

—Yo también me alegro de conoceros, señora —dijo.

4

Para celebrar la vuelta de Urraca se mató un cordero, y una hora más tarde, con los estómagos llenos, en la sala principal del palacio de Muniadona, junto a la chimenea, las lenguas se fueron desatando.

Mientras el patriarca encabezaba la mesa y escanciaba el vino de la abadía de Lara, la conversación derivó rápidamente hacia el futuro matrimonial de Urraca.

Se debatió si debía casarse con su primo Sancho Abarca, hijo mayor de García Sánchez, que algún día sería rey de Pamplona y del que se decía que era el más inteligente de los nietos de Toda.

—Padre, perdón —Urraca meneó la cabeza—. Pero es demasiado pronto para pensar en otro matrimonio… O a lo mejor demasiado tarde, no sé. Ya he tenido dos veces esposo, los dos reyes de León, y los dos han muerto temprano… —Sin saberlo, repetía prácticamente palabra por palabra lo que había dicho su madre Sancha, casi treinta años atrás, a la reina Toda tras la muerte de Álvaro Herraméliz—. Y el hijo que pude darle a Ordoño me lo arrancaron de los brazos. No sé si estoy gafada o maldita, como dicen algunos. Y la verdad, poco me importa ya. Estoy muy cansada… Yo no quiero volver a casarme, por lo menos no todavía…

La otra Urraca se la quedó mirando con una expresión abobada. No estaba muy claro que supiese por qué se estaba discutiendo aquello. Desde que había llegado, Fernando tenía por costumbre hablar delante de ella como si no estuviera.

—Esto no es cuestión de tu conveniencia, hija, sino de lo que es necesario para asegurar la continuidad de nuestra familia. Desde la

muerte de tu esposo en Medina Azahara, el tirano de León, el Craso, ha rechazado nuevamente cumplir lo acordado con Córdoba. No solo no entregará ninguna de esas dichosas diez fortalezas, sino que, previendo la reacción de Alhakén, ha decidido concertar una alianza defensiva con Nájera y con los condes de Barcelona. El Craso tiene hambre de renombre y piensa que puede hacer frente al poderío del califa, al que, siguiendo la pauta de su abuela, ha dado la espalda sin problemas.

—También vos habéis sido fiel a ratos y otros rebelde a la autoridad de León. No veo cuál es la diferencia, padre. Pero puedo deciros lo que he oído en Medina Azahara: que Alhakén está furioso y que piensa iniciar este año una gran ofensiva contra las tierras de la frontera del Duero. Contra todos los reinos cristianos, si es menester. La próxima aceifa no será una cualquiera. Alhakén quiere aprovechar nuestras disensiones dinásticas para tomar por la fuerza lo que le prometió el Craso.

—No se lo permitiremos —dijo Fernán González.

—O sí, en función de vuestra fuerza —García se empeñaba en hacer escuchar su voz—. Y la de Castilla hoy es exigua… Todos saben que estáis mayor, las últimas contiendas con León os han debilitado, padre. Os han dejado sin aliados entre los reinos cristianos. Vuestra apuesta por el Jorobado ha fracasado. Solo trajo desdichas. Y empieza a hablarse de un posible pacto entre León y Nájera para recuperar unos el control de Castilla y otros el de Álava… Por eso, hermana —se volvió hacia Urraca—, resulta tan necesario reforzar la alianza de Castilla con Pamplona.

—Has de entenderlo, Urraca. Tu hermano tiene razón —dijo Fernán González—. Has de cumplir con tu deber para con tu familia y con Castilla. Y si no lo haces, te quedarás encerrada en el torreón hasta que recapacites y te des cuenta de la situación.

Urraca se volvió, con una expresión dolida, hacia su padre. Pero la cuestión, como entendió enseguida, estaba zanjada.

5

Si el clima en Covarrubias no era el mejor, el que reinaba en la corte del Craso, en el palacio real de León, junto a la iglesia de San Salvador del Palat del Rey, era, por el contrario, excelente.

Quince días antes había sucedido que Fernán González, ofendido por los movimientos leoneses en su contra, decidió reclamar a Sancho el pago por el caballo y el azor que le entregara en su día en Ruiforco. Aquello se lo había tomado a guasa la corte leonesa, donde, nada más saberse, en el aula regia se oyeron risas y chascarrillos entre los

presentes.

—¡Que sacrifiquen a esos animales y enviadle después los despojos al conde de Castilla! —exclamó Sancho.

Él era quien, con su exuberancia habitual, más había atizado las burlas.

Dicho y hecho.

El mensaje que llegó a Covarrubias —la cabeza del caballo negro y el azor muerto, junto con las riendas del uno y la capucha del otro— surtió su efecto, pues un par de semanas después le llegaba la noticia al Craso, mientras paseaba con su hermana Elvira y con otros miembros del consejo regio por el claustro del convento de San Salvador a la hora del crepúsculo, de que Fernán González reunía una hueste en Burgos y se proponía dirigirse con ella hacia la ciudad regia para reclamar el pago de su deuda.

—¡Qué soberbia tan necia! ¿Qué cree ese anciano que puede hacer contra mí? Yo tengo una alianza con nuestro tío García, el rey de Nájera y Pamplona, y con los condes de Barcelona. ¡Hasta los francos, al otro lado de los Pirineos, acudirían en mi ayuda si fuera necesario! Mientras que Castilla, a causa de sus tejemanejes contra mí, no tiene hoy aliados…

—Ese viejo orgulloso se ha quedado sin ningún apoyo —dijo Elvira. Ella era más reflexiva que su hermano—. Si sigue avanzando, tendrá que retirar fuerzas de otras fronteras, y sobre todo de las fortalezas del Duero, que pronto serán atacadas por Alhakén. No creo que se atreva a hacerlo. Está cavando su propia tumba.

—Pero podría negociar con Córdoba. He oído decir que en su momento él también tuvo tratos con Abderramán —advirtió un joven Ansur Fernández, nieto del Ansur muerto años atrás en Burgos, que últimamente acompañaba mucho al Craso. Físicamente, tenía un cierto parecido con su abuelo. Su nariz era aguileña y había heredado la frente alta y despejada de los Ansúrez.

—No lo creo posible. Alhakén quiere recuperar los territorios del Duero. Dirigirá la primera aceifa de su reinado contra Castilla, porque hoy es su enemigo más débil. En todo caso, Ansur, di a tu familia que organice una hueste. Iréis a esperarle a las lindes de su territorio. Procura hacerle entrar en razón. Y cuando se dé cuenta de que lo atacan por el sur, ese viejo chocho tendrá que retroceder. No tiene fuerzas suficientes para oponerse a la aceifa de Alhakén. Tendrá que pedir nuestra ayuda y habrá contrapartidas. Por primera vez en años lo tendremos a nuestros pies —concluyó Sancho. Y estaba satisfecho.

Mientras tanto, en Córdoba, el propio Galib se ocupaba de organizar a las decenas de miles de hombres, infantes y jinetes que se iban congregando desde el comienzo de la primavera a orillas del Guadalquivir, en las afueras de la ciudad —una yihad semejante no se había visto desde los tiempos de la Campaña del Poder Supremo, con Abderramán—, y que ahora desfilaban, como de costumbre, ante el balcón del califa en su antiguo alcázar, junto a las dos mezquitas gemelas.

Allí estaban, en lo alto, presenciando el desfile, protegidos por sendos parasoles, Alhakén y su chambelán, Yafar, que desde hacía unos meses lo acompañaba siempre.

—Es nuestra mejor oportunidad, califa.

Yafar a esas alturas ya tenía toda la cancillería bajo su control.

Los dos llevaban un tiempo tan absortos en la preparación de la nueva aceifa, tan importante para el futuro del califato, que no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo en Medina Azahara a sus espaldas, en el harén califal.

Resultó que Subh, que entraba en la cuarentena, se había sentido atraída por el joven administrador de la hacienda del heredero, aquel famoso Abu Amir…, quien años más tarde sería conocido en el mundo entero como Almanzor.

Tras la muerte de Abderramán, ella había sustituido a Maryam en su posición de autoridad en el poderoso harén de Medina Azahara.

Conseguir darle un heredero a Alhakén —y un varón saludable, a la primera—, cuando nadie lo esperaba, ya de por sí fue motivo de muchas habladurías. Alguno hubo, incluso, dentro de la minoritaria comunidad mozárabe de Córdoba, que se preguntó si la *Sayyida* no habría recibido la visita de Dios…

Sea como fuere, Alhakén se había abstraído de los rumores y había colmado de riquezas a quien ahora era *Umm-Walad*, la madre del heredero Abderramán —el cual, si vivía, sería el cuarto de ese nombre—, lo que le daba grandes privilegios y hacía su posición inatacable.

Nadie se atrevía ya a criticar sus ausencias de palacio, durante las que se decía que deambulaba por la ciudad o por los campos de los alrededores, en la sierra, vestida con ropajes masculinos.

Hoy era una mujer de gran poder…, aunque únicamente de puertas para adentro en el harén, puesto que Alhakén, una vez concebido su heredero, parecía haberla olvidado y no buscaba su compañía, y mucho menos sus consejos, que había sustituido, desde el día mismo en el que accedió al califato, por los de su chambelán, Yafar.

No estaba ni siquiera claro que la *Sayyida* lo echase en falta.

Y con ese estado de ánimo que se apodera de las mujeres cuando entran en la madurez, Subh —que, por otra parte, nunca había sentido un cariño especial hacia el recién nacido, cuyo cuidado quedó desde el primer día en manos de las nodrizas y las restantes mujeres del harén — esperaba en los últimos tiempos, con una novedosa impaciencia, las visitas de Abu Amir.

Ella misma se daba cuenta de que la presencia del administrador revivía en su interior sentimientos y sensaciones olvidados que había experimentado hacía tanto, en un verano lejano, en Mayrit, por un joven conde castellano en quien evitaba, por supuesto, pensar.

Aquel pasado estaba muerto, definitivamente muerto.

Y pronto lo iba a estar aún más.

7

El caso es que Subh llamaba con frecuencia al administrador para que le aclarase aspectos de su trabajo. Cuando esto sucedía, le recibía siempre velada y acompañada por alguno de los eunucos del harén — y a veces también en los jardines, entre las fuentes, donde insistía en que pasease con ella—. Y cuando el joven Abu Amir acudía, una de cada dos ocasiones retrasaba con cualquier pretexto el momento de despedirle.

Y justo aquel día, mientras Alhakén presenciaba con sus generales, su chambelán y algunas autoridades invitadas del territorio cordobés el imponente desfile de las huestes que en breve partirían para la nueva campaña en el Duero, Subh llamó a Abu Amir a sus aposentos privados.

—¿Me habéis llamado, *Sayyida*?

Abu Amir entró con su zancada elegante en la espaciosa estancia. Varias ventanas cubiertas por celosías finamente labradas tamizaban la luz del sol cordobés. Ante la sorpresa evidente de Abu Amir, la madre del heredero estaba ese día sola y con su hermosa cara descubierta, recostada en una tumbona, entre cojines de seda.

—Sí. Tenemos todavía muchas cosas que hablar. Siéntate Abu Amir. Puedes hacerlo aquí, a mi lado…

Abu Amir se quedó de pie sin saber qué hacer. Al darse cuenta, Subh se incorporó y cogiéndole ambas manos con las suyas —las manos de él eran finas, de amanuense, tenían la suavidad de quien no ha trabajado nunca con ellas—, lo arrastró hacia sí.

—*Sayyida*, no creo que esto sea la mejor idea…

—Deja que yo lo decida.

—*Sayyida*, creo de verdad que es mejor que me vaya.

—No lo hagas, o haré que te corten la cabeza… —murmuró juguetona Subh.

Su sonrisa era tan sutil que resultaba difícil adivinar si hablaba en serio o no.

—*Sayyida*, yo nunca he hecho nada que pueda interpretarse como una proposición.

—Lo sé, pero yo diré a Alhakén que te has propasado mientras estábamos los dos a solas… y bastará.

Habían pasado los años y la antigua esclava había perdido todo miedo y toda prudencia. Tenía la sensación de haberse ganado esa libertad. Bastante le había costado. Y disfrutó sintiendo la tensión que experimentaba el joven Abu Amir.

—*Sayyida*…

8

Todavía no había acabado el invierno cuando, a medio camino de León por la vía Aquitania, a Fernán González le llegó la noticia de que un ejército cordobés de dimensiones inéditas, una nueva yihad como las que no se veían desde los tiempos más beligerantes de Abderramán, se acercaba desde la fortaleza de Medinaceli, el puesto cada vez más militarizado de la marca media andalusí. Se dirigía a los castillos más meridionales de su territorio, contra la región fronteriza de Clunia, pegada a la orilla del Duero.

El viejo conde y su hijo Garci Fernández estaban al atardecer en la tienda recién montada de su campamento cuando, tras compartir una jarra de vino después de haber cenado magramente con sus castellanos, recibieron al mensajero que llegaba de la retaguardia, donde las dos Urracas, la esposa y la hija de Fernán González, permanecían desde su partida en Covarrubias, a orillas del Arlanza.

—Padre —dijo García en cuanto quedaron otra vez a solas después de haber escuchado al foramontano—. Los musulmanes nos atacan antes de lo previsto. Siempre dijisteis que no se puede ganar una guerra con fuerzas divididas…, y esperemos que Nájera no nos traicione de nuevo. A fin de cuentas, Garci Sánchez es el hijo de Toda.

—Eso no es posible, hijo. Cuando tu tocayo me liberó en Nájera, hicimos un pacto, y el pacto quedó sellado al casarme con su hija. Con ella a mi lado no se atreverá a darnos la espalda.

—Yo hablé mucho con mi tío en Nájera, y os digo una vez más que sois demasiado benevolente. Ya hemos visto que es capaz de cualquier cosa por incrementar su territorio… Todo dependerá de lo apetecible que sea la oferta que le pueda o quiera hacer ahora mismo el Craso desde León. Eso habéis de tenerlo claro, padre.

Malhumorado, Fernando tomó la jarra de vino junto a la silla de tijera donde estaba sentado y se la llevó a los labios. En esa silla pasaba cada vez más tiempo, dado que sus articulaciones crujían y las cabalgadas le cansaban mucho.

—¿Qué pensáis, padre?

El buen vino, que ya calentaba sus entrañas y encendía la piel rojiza de su rostro, había revigorizado al viejo conde.

—Que tienes razón —gruñó con ojos brillantes. Tenía ese puntito agradable, previo a la ebriedad, que da el alcohol—. No podemos guerrear contra dos enemigos a la vez. Y si vamos contra el Craso, Garci Sánchez tendría la excusa perfecta para incumplir nuestro acuerdo y cerrar filas con León.

La situación era complicada.

Fernando se enfrentaba con una de las mayores aceifas de Córdoba en medio de un litigio personal con el rey de León, y se maldijo por haber reaccionado tan visceralmente a la visión de la cabeza del caballo y del cadáver del azor. La amenaza de que Nájera interviniera en apoyo del Craso era, como decía su hijo, grande. Algo tenía que haber hecho mal para llegar a este extremo. Su ánimo se había ennegrecido. La noche que se veía a través de la ranura de la tienda estaba oscura.

—Tenéis que asegurar las buenas relaciones con Nájera, padre. Es crucial. La nueva viudez de Urraca es una oportunidad que no podemos desaprovechar. Proponedle a mi tío un matrimonio con Sancho Abarca, su hijo, el que le dio la aragonesa Andregoto Galíndez antes de que la repudiara. Los dos son de la misma edad. De esta manera Urraca llegaría a ser reina de Pamplona, y eso nos garantizaría la paz en Álava durante muchos años. Es la mejor salida, padre, hacedme caso.

—A lo mejor. Pero bien viste que tu hermana se niega… No estoy seguro de que sea conveniente enviarla a Nájera contra su voluntad. Además, dudo de que a tu tocayo le interese esa boda. En estos momentos, Garci Sánchez lo que está buscando es una alianza con el condado de Barcelona, o incluso con alguna de las taifas musulmanas, hacia el sur, por donde también pretende expandirse. Tu tío, con la edad, se muestra cada vez más ambicioso.

—Vos veréis, padre. Pero u os aseguráis el apoyo de Pamplona o corremos el riesgo de que León nos deje enfrentarnos solos al ataque de los cordobeses y, después, con nuestras fuerzas mermadas, ocupen el Craso y los Ansúrez nuestro territorio, ya veríamos si ayudados por Nájera, con la intención de deponeros… Castilla se rompería y vuestros enemigos se la repartirían, como hacen los carroñeros con un

despojo.

Fernán González se quedó meditabundo. Tenía las mejillas encendidas, el cerebro algo torpe por el vino.

No acababa de entender cómo, al cabo de los años, con toda su experiencia a cuestas, había llegado a este punto. Se hallaban en un callejón sin salida. Por primera vez en su vida sentía que la supervivencia de Castilla, esa Castilla independiente con la que él había soñado, estaba en peligro.

9

Nada más alzarse el sol, desde el campamento de los castellanos en la vía Aquitania, salió un emisario a caballo camino de Covarrubias. Era Garci Fernández, el hijo del conde. Eso daba idea de la importancia de su embajada.

Tras detenerse una noche en el palacio de su familia, donde discutió el asunto con su hermana —Urraca era menos sanguínea que su padre y finalmente aceptó la situación—, él mismo fue quien partió a la madrugada, con los primeros despuntes del alba, en dirección a Nájera.

Consciente de la urgencia de la situación, Garci Fernández cabalgó sin apenas descanso por los valles y páramos que lo separaban de la capital pamplonesa, y por fin, al atardecer del día siguiente, con el sol ya muy bajo, pudo vérsele entrar en la hermosa ciudad de su tío, al pie de la rojiza montaña najerense.

La capital del reino pamplonés Garci Fernández la conocía bien, pues allí había estado preso con su padre durante casi un año mientras que su tío decidía si entregar o no a Fernán González a Córdoba.

Sabía perfectamente adónde debía ir.

Tras descansar brevemente y abrevar su caballo, se presentó ante su tío el rey en el monasterio de Santa María la Real, que era donde Garci Sánchez acudía a hacer sus rezos al fin de cada jornada.

Para entonces ya había fallecido la reina madre Toda, que tanta influencia tuvo siempre sobre su hijo, y con ella, la mayor valedora del Craso en Nájera. A raíz de su muerte habían ido ganando adeptos en aquella corte los partidarios de Castilla.

Y tanto le había costado al rey García deshacerse de la sombra de su madre, que ahora no delegaba nada en nadie. Eso ya lo había sufrido su primera esposa, Andregoto, a quien, por querer interferir, repudió con la excusa del impedimento canónico de parentesco, pues eran primos.

Tras aquello se casó con Teresa Ramírez, hija, como Ordoño el Bueno, del primer matrimonio de Ramiro. Esta vez la decisión había

sido del mismo García y no ya de su madre Toda.

Aquel niño salvaje y poco amigo de los latines que había sido en su día —el mismo que se hubo de humillar, con la reina Toda, ante Abderramán, recuerdo que aún le producía un importante resquemor — se había convertido, con el paso de los años, en un gobernante esforzado que cada vez imponía más respeto entre sus pares.

Y así, aquel atardecer, Garci Fernández se encontró en el claustro del monasterio de Santa María frente a su tío y tocayo el rey de Nájera y Pamplona, que lo recibió afectuosamente tras haber ordenado a los guardias del edificio que lo dejasen pasar.

El rey García se daba cuenta de que el mensajero que le enviaba Castilla no era un cualquiera: era su sobrino, el hijo de su hermana más querida, que además portaba su nombre, y la simpatía que le mostró fue evidente.

—Sé bienvenido, sobrino. Siempre has sido, de todos tus hermanos, quien más se parece a Sancha. Acompáñame.

Garci Fernández anduvo tras los pasos del rey. A esas horas todo era movimiento en aquel monasterio, en cuya cripta estaba enterrada la reina Toda y donde la propia Sancha había expuesto alguna vez su deseo de ser enterrada. Fernán González jamás habría accedido, por supuesto.

El hijo del conde de Castilla no perdió el tiempo. No estaba para andarse por las ramas. Tras las frases de protocolaria cortesía, pasó a lo que le traía a Nájera.

Como buen castellano, fue directo al grano.

10

—Traigo, señor, noticias de Covarrubias, donde mi hermana Urraca Fernández, a instancias de mi padre, pide ser recibida cuanto antes en Nájera. La intención de nuestra familia es la de fortalecer al máximo los vínculos de Castilla con vuestro reino. Señor, como decís, soy hijo de Sancha. Tenemos la misma sangre. Una vez que el conde, viudo de mi madre, se ha casado con otra infanta de la casa de Pamplona, el mayor deseo de mi hermana Urraca, viuda como sabéis de dos reyes de León, es contraer matrimonio cuanto antes con vuestro hijo Sancho Abarca, y así reforzar las relaciones históricas entre Nájera y el condado de Castilla.

Al oír aquello, al rey García se le escapó una sonrisa.

El pamplonés se daba perfectamente cuenta de cuáles eran los temores del conde de Castilla. Aquellos asomaban detrás de la proposición de su ayer cuñado y hoy yerno: Fernando temía que se uniese a la guerra que habían iniciado contra él el Craso desde León y

Alhakén desde Córdoba.

Desde luego, de haber vivido su madre, Toda le habría empujado a sacar el mejor partido de la situación y a recuperar como mínimo la influencia perdida en Álava. Sin embargo, hoy era él el único dueño del destino del reino de Pamplona y Nájera.

Tras reflexionar durante unos instantes, respondió que primero debía saber qué era lo que le podía ofrecer Castilla.

—Si no recuerdo mal, no es la primera vez que favorezco a tu familia. De no ser por mi clemencia, ahora mismo tu padre estaría cautivo, quien sabe si muerto, en Córdoba. Y si le hice preso, y a ti con él, fue porque entonces andabais los castellanos a la gresca contra León para despojar de su corona a mi sobrino y aliado, el rey Sancho, al igual que hoy guerreáis contra León y Córdoba. ¿Qué garantías puedo tener de que esta vez tu padre cumpla su palabra si nos quedamos en la frontera y no nos involucramos en vuestro litigio con León, como sí me pide que haga el Craso?

El joven Garci Fernández respiró profundamente antes de hablar. Era el momento que esperaba.

—Es una pregunta más que legítima, señor. Si Nájera se compromete a no intervenir contra nosotros en las fronteras del condado de Álava, entonces mi padre, el conde de Castilla, se compromete a ayudaros con sus huestes tanto en vuestra guerra contra el hijo de Abu Yahya en Zaragoza como en vuestros restantes conflictos hacia el este.

»Y, por supuesto, acudirá a defenderos de los ataques de los ejércitos musulmanes que, por las noticias que tenemos, no se limitarán únicamente a los territorios castellanos. Por lo que pudo saber mi hermana mientras estuvo en Córdoba este invierno, marchan ahora mismo hacia Calahorra. En los próximos meses, no es solo la supervivencia del condado de Castilla la que va a estar en juego, sino la vuestra también —concluyó Garci Fernández con la mayor seriedad.

Los dos se miraron de hito en hito.

11

De Garci Fernández a Fernán González, conde de Lara, de Castilla y de Álava.

Padre:

Abandonaré mañana mismo la ciudad de Nájera, donde el rey García acaba de aceptar la propuesta de matrimonio de vuestra hija Urraca con su primogénito, Sancho Abarca. Nuestros ruegos han sido escuchados. El matrimonio tendrá lugar este verano.

En Nájera ya esperan la llegada de Urraca.

El precio de la ayuda será el que esperabais: el apoyo de Castilla a la guerra de Pamplona contra Zaragoza y, sobre todo, contra Alhakén en el sur.

Mi tío piensa llegado el momento de acrecentar su territorio expandiéndose hacia el este, una política que, como bien sabéis, ya comenzó en su día cuando, con el auspicio de Toda, se casó con Andregoto Galíndez, hija del conde de Aragón y condesa ella misma tras la muerte temprana del padre.

Tenemos la suerte de que Nájera ambicione expandirse hacia el este y que para conseguirlo le convenga mantener tranquila la frontera con Castilla y, sobre todo, tener a raya a Alhakén, de cuya gran aceifa de este verano empiezan a tener noticias. En estos momentos, Álava les parece un objetivo menor para sus ambiciones.

Eso es lo que ha conseguido que el viento sople a nuestro favor y que en esa corte se nos vea con ojos diferentes después de las conflictivas relaciones que hubo en su día entre vos y mi abuela Toda por las cuestiones dinásticas que han agitado el reino de León durante los últimos años.

En punto a la situación en la frontera del Duero, os habrán llegado noticias de que Galib, el general eslavo de Alhakén, acaba de retomar San Esteban de Gormaz en nombre de su amo y pretende continuar su avance aprovechando nuestro conflicto actual con León.

Mi intención, cuando llegue a Burgos, es reunir un ejército de buenos foramontanos y dirigirme al encuentro de Galib para frenar su avance.

Mientras vos os las entendéis con los leoneses, padre, yo me ocuparé del sur, donde espero demostraros que soy tan buen guerrero y capaz de capitanear nuestras huestes como lo fueron mis hermanos mayores.

Me he jurado convenceros de que la delicadeza de mis manos no tiene nada que ver con mi carácter, que es de hierro forjado en la fragua de Castilla y no cede ante ningún enemigo.

Dios conserve muchos años vuestra vida.

Vuestro hijo, «el de las blancas manos».

Garci Fernández

Capítulo XIV

La muerte de Sancho el Craso

«En vista de esta coalición de todos sus vecinos cristianos, Alhakén II no tenía ante sí otra solución que la guerra. Decidido a atacarlos y reducirlos uno tras otro, se puso en persona al frente de la expedición que en el verano de 963 tuvo como principal objetivo Castilla. Sobre esta primera aceifa del reinado del segundo califa y de las que siguieron tenemos muy pocos detalles. Los ejércitos musulmanes se apoderaron de la plaza de San Esteban de Gormaz, sobre el Duero, obligando al conde Fernán González a pedir una paz cuyas cláusulas violó enseguida, por lo que una nueva intervención militar le arrebató la posesión de Atienza, otro punto estratégico. Por su lado, García Sánchez I fue atacado en sus propios dominios y derrotado por el gobernador de Zaragoza (…); además, algo más tarde, los generales Galib y Sa'id —otro liberto del soberano— le ganaron la ciudadela de Calahorra, que fue fortificada y provista de nutrida guarnición. Otra posición importante, Gormaz, sobre el Duero, un poco más arriba de San Esteban, fue también puesta en estado de defensa con objeto de que ofreciera eficaz resistencia a las veleidades agresivas del conde Fernán González».

E. LÉVI-PROVENÇAL, *La España califal desde 961 a 1009*, en *Historia de España*, vol. IV, dirigida por Ramón Menéndez Pidal

1

Fernán González había salido a cazar aquella mañana en su condado de Lara, de regreso, al cabo de varios años de ausencia, en el Picón.

Desde hacía unos meses, dado su estado de salud cada vez más precario, Fernando dejaba ya que fuera su hijo Garci Fernández quien dirigiera las operaciones bélicas en las fronteras, donde las escaramuzas en los últimos cuatro veranos de virulentas aceifas habían sido incesantes —la gresca interna con León, dada la intensidad de los conflictos con los cordobeses, y gracias a la mediación de Garci Sánchez, se había diluido en una tregua que había permitido la alianza provisional de todos los reinos cristianos contra Alhakén—, con resultados negativos para los foramontanos, que seguían volcados en recuperar el terreno perdido en el Duero, que era ya mucho.

Desde que terminara el buen tiempo, todos se habían retirado una vez más a sus respectivas fortalezas, y durante el otoño las noticias

siguieron llegándole a Lara —y eran a veces favorables y otras no tanto—, pero el viejo conde parecía ir perdiendo cada vez más interés en las cosas de la guerra.

Desde que estaba otra vez en el Picón, al conde le costaba permanecer en sus aposentos, donde le asaltaban recuerdos mejores.

—Veo que traes noticias, García. Habla.

—Acaban de llegar dos mensajeros, uno de León y otro de Córdoba. Han sucedido muchas cosas y una muy grave, padre.

—Te escucho.

—Al Craso parece que le sentó mal una comida en la hospedería del monasterio de Larbán, donde se alojaba. Tenía tal dolor que sus galenos se apresuraron a disponer el regreso a la ciudad regia en medio de los gritos del tirano, el cual vociferaba que lo habían envenenado y por mano de alguien pagado por ti…

—Ese hombre delira.

—Lo sé, padre. Todo el mundo lo sabe. El caso es que pretendía alcanzar León para que le tratase allí el médico judío que lo hizo adelgazar en Córdoba hace unos cuantos veranos, el mismo al que luego atrajo a su corte con las mayores dádivas. Pero sus dolores seguían entre gemidos incesantes…, y a los pocos días de camino, el Craso murió. El tirano que nos oprimía y que amenazaba con haceros la guerra por las fronteras del poniente ha muerto, padre.

Fernando tenía en su mano a un jovencísimo azor de plumaje colorido, aunque no tan hermoso como aquel que les regalara en su día Abderramán, y que él a su vez había vendido al Craso. Recibir los despojos había sido insultante: el castigo contemplado para dicho crimen, tanto en los reinos cristianos como en las tierras de Alhakén, era la pena capital.

Parecía haber cierta justicia poética en la muerte de Sancho, pensó. Aunque ni siquiera se alegraba. Y sin dejar de acariciar la cabeza encapuchada del ave, se volvió hacia Garci Fernández.

Estaban a mediados de diciembre y la Natividad quedaba a la vuelta de la esquina. Más allá aguardaban los tres larenses bajados del Picón con su hijo. El frío hacía que les saliera vaho por la boca. Los tres se abrigaban con pieles.

—Pero todavía hay más, padre. Antes incluso de que el cortejo llegase con el cuerpo del Craso a la iglesia de San Salvador, en la corte ya se estaban moviendo. La curia regia ha acordado que suceda al Craso su único hijo, Ramiro, que hoy tiene cinco años. En la lucha por la regencia ha salido victoriosa la hermana de Sancho, la monja Elvira, que ha pactado el reparto del poder con Teresa Ansúrez.

»Mientras tanto, su madre, mi tía Urraca, sigue encerrada en el

convento del que Elvira es abadesa… Resulta que la monja se ha encontrado con la oposición de algunas familias importantes de la corte y os ruega que os acerquéis a León. Quiere poner definitivamente fin a las hostilidades con Castilla. Quiere una paz, no una mera tregua, a cambio de que reconozcáis al nuevo rey.

—Entiendo —dijo el conde—. ¿Y cuáles son las noticias de Córdoba?

—En Medina Azahara están exultantes porque la princesa Subh acaba de dar a luz a un segundo hijo, al que han llamado Hisham y que asegura la sucesión, pues al parecer la salud del primogénito es precaria. Dicen las malas lenguas que el color de los hermanos es diferente. ¡Solo Dios sabe de dónde saca esa bruja los hijos! En todo caso, la alegría y los festejos han sido extraordinarios porque, al cabo de los años, y con lo que tardó en llegar el primero, la gente en la corte daba por perdida la batalla. Como premio, el califa ha entregado a su esposa, la vascona Subh, a la que ahora llaman Umm Walad, un nuevo cúmulo de tierras y bienes.

Fernán González se quedó pensativo.

Subh, Aurora… El nombre removía en su interior sensaciones muy antiguas. Recuerdos lejanos y algunas imágenes que prefería quitarse de la cabeza. Había también algo muy merecido en el hecho de que su antigua amante se hubiese convertido en la reina madre de Córdoba.

Los designios de la Providencia eran ciertamente inescrutables, pensó.

Viendo que cruzaba un conejo por el sendero, no muy lejos, Fernando quitó la capucha al azor y lo lanzó al aire.

El conejo se escondía entre unos brezos pelados y era un objetivo fácil.

Siguiendo su instinto, la joven rapaz se elevó en el aire y, en cuanto hubo alcanzado altura, se dejó caer en picado sobre el animal cogiéndolo con sus garras.

2

Una vez más se veía obligado, a sus casi sesenta años, a tomar el camino de León. Esta vez, para negociar los términos de la paz.

Fernando iba junto con Garci Fernández y su joven esposa, a la que empezaba a llamar «mi pajarillo» para distinguirla de su hija Urraca, ya en Nájera, donde seguía casada —parecía que felizmente, por las cartas que le llegaban— con Sancho Abarca.

Y así unos días más tarde, ya entrado el nuevo año —un día nebuloso, triste e invernal, con la hojarasca acumulada en el foso seco

a uno y otro lado de las murallas—, los tres entraban en la ciudad regia y, al poco, en el palacio de piedra que tan bien conocían padre e hijo y de cuya aula regia ya se había retirado el gran sillón que mandara hacer, en su momento, el Craso.

Allí, sentado sobre el sobrio trono de roble que usó en su día Ramiro, los recibió un niño pequeño y rubiejo, con el semblante serio y la corona, que le quedaba grande, sobre la cabeza.

El nuevo rey tenía el cabello liso y largo, y la frente, ancha. Tiraba, en lo físico, hacia los Ansúrez. Y a pesar de su corta edad, su nariz sugería ya esa forma aguileña tan frecuente en los miembros de la familia. A la madre, Teresa Ansúrez, no se la veía por ninguna parte.

De pie al lado del niño estaba una mujer delgada vestida con el hábito religioso, de negro, con una cofia blanca contorneando un rostro de rasgos finos donde destacaban dos ojos pequeños e inquisitivos.

Parecía mentira que aquella mujer enteca fuera hermana del Craso. Tampoco tenía el carácter irascible de su padre y su medio hermano Ordoño.

Era, a decir de todo el mundo, fría y calculadora… Una mujer peligrosa para tenerla de enemiga.

Su tono, cuando tuvo a Fernando delante, fue conciliador.

—Me alegro de que tengamos finalmente paz, Fernán González. El conflicto que manteníais con Sancho y que agitaba las fronteras de Castilla con el resto del reino era absurdo. Conoced a Ramiro Basileus, conde. —Desde la muerte del Craso, Elvira no se apartaba de su pupilo y se las apañaba para mantenerlo separado de la madre. Eso estaba causando los primeros problemas con los Ansúrez—. Y me alegro de veros a vos también, Urraca Garcés. Aún no he tenido ocasión de conocer a vuestro padre, pero espero hacerlo pronto. Dicen que Nájera es una ciudad hermosa…

3

Pese al clima de aparente cordialidad, Fernando sintió una irreprimible antipatía por aquella mujer a la que, debido a su confinamiento temprano en el monasterio de San Salvador, apenas había visto durante sus estancias anteriores en León, ¡y mira que había estado veces allí!

Aun así procuró sonreír en presencia de los grupos de cortesanos que veía y entre los que faltaba, se fijó, la familia de los Vela, enemigos suyos desde que los expulsara de Álava al principio de su gobierno, hacía más de treinta años.

Por contra, estaban allí los Ansúrez, su pesadilla desde los tiempos del primer conde de Monzón. La cara que le ponía Fernando Ansúrez no era mejor que la suya. Podían pasar los años, pero el rencor y el odio se transmitían de generación en generación.

La regenta se volvió hacia el niño que se removía en el trono. Estaba claro que el muchacho quería hablar.

—No os conozco, señor, pero siendo vuestro rey, creo que debéis besarme la mano —dijo el pequeño Ramiro tendiéndole su derecha.

Fernando esbozó una sonrisa tranquila.

Los cortesanos, alrededor, guardaron silencio. Todos esperaban la reacción del conde. Pero Fernán González ni siquiera tuvo necesidad de encararse con Elvira. Ella misma fue quien se volvió hacia el niño rey para decirle con mucha suavidad:

—Basileus, como os expliqué esta mañana, el conde de Castilla es el conde más importante del reino y él no besa la mano del rey. Es una prerrogativa que le concedió vuestro abuelo Ramiro. Pero no dudéis que os será leal. La paz definitiva con Castilla la firmaremos esta tarde en la iglesia de San Salvador.

—Pero ¿por qué no puede besarme la mano? ¿No me la besan todos mis vasallos?

—No preguntéis más, sobrino.

—Muy al contrario, señor —intervino el conde—. Es normal que hagáis preguntas. Un rey debe preguntar mucho, y saber escuchar la verdad. Y si entendéis que algunas cosas no os las dicen, debéis insistir en vuestras preguntas. No olvidéis que los príncipes nacen poderosos, pero no enseñados. Si sabéis escuchar, sabréis gobernar. ¿O me equivoco, señora?

La abadesa contuvo su disgusto con una sonrisa forzada. Había demasiados cortesanos presentes. La mirada que se cruzaron ella y Fernando Ansúrez fue significativa.

—No os equivocáis, conde. Pero en la monarquía uno solo manda y los demás obedecen —dijo volviéndose hacia el niño rey—. Aprended eso, Ramiro.

—Entiendo que queráis que se cumplan vuestras leyes, pero seguro que no querréis tener esclavos, señor —continuó Fernán González—. Cuando llega el momento de la guerra, los esclavos abandonan al amo. Solo los hombres libres luchan hasta el final. Por eso es mejor reinar sobre hombres libres.

—Pero también sabréis, conde, que tan difícil y peligroso como esclavizar a quien quiere ser libre es dar libertad al que desea vivir en servidumbre…

—Yo solo sé, señora, que un hombre libre no debe inclinarse ante

ningún otro. Y ahora, perdonadme.

4

Según salía de palacio, Fernán González seguía caviloso.

El viejo conde antes de abandonar la sala se había vuelto para clavar en ella sus ojos claros, que todavía brillaban en aquel rostro alargado surcado cada vez por más por arrugas.

—Esa mujer pretende envolver a un niño en un fasto bizantino para impresionarnos. Pero su debilidad es evidente, no engaña a nadie. Ahora mismo, en esta ciudad todos campan a sus anchas. El asesino del Craso, sea quien sea, y no es imposible que tenga un apellido ilustre y haya estado entre quienes nos recibieron hoy, no ha sido desenmascarado ni castigado, y no parece que nadie tenga intención de hacerlo.

»Los Ansúrez, familia a la que pertenece la madre de ese niño, están otra vez en la corte. Y quitando a Fernando Ansúrez, que se entiende muy bien con la monja, no creo que los demás estén contentos viendo cómo su tía se empeña en apartarlo de la madre. Y a un par de retoños de los Vela los he visto por la calle esta mañana rodeados de gente armada y con ínfulas belicosas… Nada de eso pinta bien, pajarillo.

La niña Urraca, que escuchaba siempre al conde, al que respetaba como a un padre, asintió.

Un grupo de castellanos los esperaba, con García, en la calle. Los rodearon, pero Fernando prefirió no detenerse. Les indicó que le siguieran. Se dirigió, al frente de todos ellos, a la hospedería del monasterio de San Pelayo, hacia el norte.

—¿Cómo habéis visto todo, padre?

—Peor que nunca, García. Esa corte no tiene apoyos. La minoría de edad del nuevo rey y la regencia de su tía van a desatar las ambiciones de muchos. Los Vela nunca aceptarán que los expulsen del aula regia. Y me sorprendería que los Ansúrez se conformen con el papel secundario que les reserva la hermana del Craso. O mucho me equivoco o Alhakén quedará como árbitro de las disputas entre los muchos señores leoneses descontentos… La unidad, ahora mismo, es imposible.

La calle estaba sucia, embarrada con la lluvia.

La inmundicia se acumulaba con los malos olores, como en cualquier ciudad. Había perros callejeros y también mulas de carga guiadas por sus arrieros, y pronto pasaron entre la iglesia de Santa María y la de San Martín en su camino hacia el monasterio de San Pelayo, en dirección a la puerta del Conde.

Aquel monasterio el Craso lo había mandado construir para albergar los restos del niño mártir de Córdoba del mismo nombre, cuyo traslado era uno de los asuntos pactados en su día con Abderramán durante su estancia en Medina Azahara. Y también Elvira planeaba trasladar su comunidad al nuevo monasterio, abandonando el de San Salvador, mucho más pequeño.

Por la calle se notaba un clima de interregno que, pensó Fernando, no se había dado en los años posteriores a la muerte de Ramiro, y eso a pesar de los muchos conflictos dinásticos. Ni siquiera cuando, tras la huida del Craso, él mismo ocupó la ciudad con el Jorobado a su lado, puesto que entonces, con los Ansúrez huidos, él y sus castellanos aseguraron la paz sin dar ocasión a ninguna revuelta.

—Dormid con vuestras espadas al alcance de la mano —dijo ya cuando estuvieron en la hospedería—. Mantened un ojo abierto y, a la hora prima misma, saldremos de la ciudad. Los príncipes son el espejo en que se miran los vasallos. Y esta corte, ahora mismo, es un nido de víboras. Quedarse es poner nuestras vidas en peligro. Aquí no gustamos los castellanos. No me fío de Elvira ni de ninguno de los personajes que he visto en su corte. Aprovechemos para firmar el acuerdo y largarnos.

5

La firma del acuerdo resultó un trámite breve, poco enojoso.

La monja Elvira hizo que el niño rey firmase su primer documento y, con el acuerdo con el conde de Castilla, consiguió así asegurar la paz en las fronteras internas del reino.

El pacto era ventajoso para Fernando, puesto que no se ponía ninguna multa a Castilla ni se hablaba de que el condado volviera a pagar tributos después de tres años sin hacerlo; solo del compromiso de no atacarse en la frontera común y de una ayuda mutua de sus tropas cuando se encontrasen en la frontera del Duero frente al ejército cordobés.

Al atardecer, ya de regreso en la hospedería de San Pelayo, Fernando y su joven esposa se despojaron de sus ropas junto al brasero. Hacía mucho frío en enero en León.

Urraca ayudó al conde a quitarse la gruesa capa y el cinto con la espada, que quedó junto al lecho.

Los temores y sospechas de Fernando, pese a que durante la firma en el monasterio de San Salvador la monja Elvira procuró agasajarlo dándole las mayores muestras de aprecio, no se habían disipado.

—Una corte así no durará… Los gallegos hace tiempo que están a lo suyo y los hay partidarios del hijo de Ordoño el Bueno, mi nieto

Bermudo, al que desafortunadamente no conozco. Y en León los condes están divididos. Te digo que aquí va a correr la sangre…

—Dejadme que os ayude con la túnica.

—No hace falta. Todavía puedo. Quita… Ya me gustaría ser más joven para hacerte más a menudo la ofrenda que pide a gritos tu juventud. Pero tú descuida, pajarillo. Un día volverás a estar libre y podrás buscarte otra compañía.

—No digáis eso. Me avergonzáis.

—Pobrecilla. Haces todo lo posible por complacerme, y eso desde el primer día… Y te ha tocado un viejo gruñón —Fernando le acarició la mejilla suavemente—. Te mereces mucho más, pajarillo.

Al mismo tiempo, su cerebro inquieto no paraba.

—Todavía no tengo sueño. Saca el tablero de ajedrez del arcón, anda, y ordena las piezas. Juguemos una partida antes de acostarnos… Veamos si has aprendido lo suficiente.

6

Dar jaque a la monja Elvira.

Aquello lo decidió tras una partida en la que venció a la joven Urraca sin dificultad, y en la que echó más que nunca en falta a su Sancha. Así, al día siguiente, apenas amanecido y una vez cargados los arcones en las caballerías, listo todo para marchar, se dispuso a hacer el movimiento definitivo.

Vista la enemistad que se tenían, Fernando sabía que la regenta no volvería a darle audiencia. Por eso decidió abordarla en la pequeña iglesia del monasterio de San Salvador, anejo al palacio de Ramiro, donde Elvira seguía viviendo con sus monjas a la espera de mudarse con su comunidad al monasterio de San Pelayo.

A la hora tercia coincidió allí con las monjas y algunos partidarios de Fernando Ansúrez. El conde de Castilla y su pequeña guardia personal acompañaron los rezos de las novicias, entre las que no estaba, se fijó, Urraca Sánchez.

La iglesia tenía una arquitectura mozárabe, con planta en cruz griega, bóvedas en forma de arco de herradura dando acceso a los ábsides, y un elegante crucero que los constructores habían cubierto con una acogedora cúpula con gallones.

Quien dirigió los rezos por la mañana fue la propia abadesa.

Huelga decir que Fernando, en un banco lateral, apenas prestó atención a nada. Garci Fernández y sus castellanos andaban cerca. No le quitaron el ojo de encima mientras él se ensimismaba, pendiente de su voz interior y sin perder de vista en ningún momento la imagen del Cristo que tenía cerca.

«Señor. Siempre os he sido fiel, he creído en Vos y he aceptado las cargas de la vida como venían. Permitidme que por esta vez mis deseos se hagan realidad. No permitáis que permanezcamos más tiempo sometidos a esta familia de tiranos… Hacedlo por mis hijos, y yo me prepararé para reunirme con mi esposa en cuanto termine con mis deberes…», pensó levantando los ojos hacia el altar.

Imaginarse el rostro sonriente de Sancha le reconfortó mucho. Con una renovada confianza, volvió la cabeza hacia la menuda Urraca, sentada a su vera, que le miraba con inquietud. Fernando la quiso tranquilizar con un gesto y carraspeó.

Llegado el momento de comulgar, prefirió no hacerlo, ignorando las miradas reprobadoras que le dirigía Fernando Ansúrez, y permaneció de rodillas en su reclinatorio.

Por el contrario, Urraca Garcés se acercó a la cola de los comulgantes y recibió la sagrada hostia en su boca unos momentos después de que lo hiciese la hija de Ramiro. Garci Fernández, tras dirigirle una mirada por el rabillo del ojo a su padre, también comulgó.

Reinaba en la iglesia un ambiente extraño que se prolongó según salían todos al atrio, donde Urraca Garcés ayudó a Fernando, que se apoyó en su brazo y se arrebujó en la capa como hicieron también sus foramontanos y Garci Fernández.

Y al rato el viejo conde aprovechó un momento en el que la abadesa pasaba cerca rodeada de su guardia, junto con el niño rey Ramiro, de regreso a palacio, para alzar la voz repentinamente.

—Doña Elvira, permitidme unas palabras, os lo ruego…

La regenta hubiera preferido no tener que encararse con el complicado conde de Castilla. Pero habiéndose terciado así la cosa no podía dejar de escucharle. Se detuvo a su lado y esbozó una mínima sonrisa. Las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba y el rostro de facciones blanquísimas y delicadas se cubrió de imperceptibles arrugas. Tenía la arrogancia que le otorgaba su posición en la corte.

—Cómo me había de importar, don Fernando.

—Será solo un instante. Quizá sepáis que hace ya un tiempo, durante una cacería, vendí a vuestro hermano un azor y un caballo negro…

—Ya hablamos ayer de eso…

—Fue cuando nos reunimos en Ruiforco, a poco de coronarse, el día que me pidió que entrara con él en León. Podéis hablarlo con los intendentes del fallecido Sancho, cuya palabra habéis jurado respetar. Se trata de aquel purasangre árabe que me regaló en su día el califa

Abderramán y que el rey, vuestro hermano, se comprometió a pagar. Según el documento que os llevé ayer a palacio, firmado por Sancho y los que lo acompañaban aquel día, el pago prometido fue de mil sueldos, solo que el haber se doblaría al gallarín por cada día que pasare desde el señalado para el pago. De eso, señora, hace ya diez años.

—Ya os di mi respuesta ayer, conde. Es una deuda del rey Sancho, mi hermano, que ya se ha reunido con el Señor. Además, sería una cantidad absurda. No hay en todo el reino dinero para pagarla.

—Justamente, señora, justamente… —El conde se volvió hacia el gentío cortesano que los rodeaba—. Todos los presentes sois testigos de lo que digo. Tengo en Lara el documento que firmó el rey Sancho —añadió entre los primeros murmullos—. No cabe decir que nunca recibió León nuestra parte del mercado, puesto que el propio Sancho me devolvió los despojos de aquellos animales junto con la capucha del azor y las riendas del caballo, que aquí os traigo, pues son vuestras. —Indicó a Garci Fernández que se las entregase al guardia más cercano a Elvira—. Señores, yo he querido que todos escuchaseis esto y aprovecho para despedirme en paz, dado que abandono la corte con mis hijos y mi esposa. Cuando queráis que hablemos de vuestra deuda, señora, sabéis dónde encontrarme.

—Señor conde, con todos los respetos —aunque no había ninguno —, chocheáis —murmuró alguien a su paso.

Fernán González se encaminó hacia las puertas abiertas del Arco Regio. Sin prisa pero sin volverse, sintiendo las miradas de los cortesanos en su espalda, en medio de un ambiente enrarecido, se apoyó en el brazo de Urraca Garcés y se alejó seguido de su comitiva de foramontanos. En la calle hacía mucho frío.

—No mires atrás. Todo está bien, pajarillo. Todo está en su sitio.

7

Los caballos los habían dejado bajo el Arco Regio. Allí también aguardaban sus criados junto con sus arcones cargados en las mulas. El viejo conde, su menuda esposa, Garci Fernández y los larenses montaron en sus caballos y cruzaron el Arco Regio bajo la mirada de los guardias de la muralla.

Enseguida se confundieron con el gentío que deambulaba por el mercado en torno a la iglesia de San Martín.

Los foramontanos no se detuvieron ante ningún puesto y se cruzaron en el arranque de la calzada con un reguero de rústicos que llegaban con sus cestas y sus carros cargados con los productos de la huerta o de su artesanía.

Desde lo alto de su caballo y con la vista fija en el hito a un lado de la calzada, Fernando sintió una ligereza de corazón inesperada al pensar que, con la ayuda de Dios, jamás volvería a pisar aquella ciudad.

Cobrar conciencia fue como una epifanía.

En ese momento se sentía liberado de un vínculo que lo había mantenido durante más de cuarenta años —¡se dice pronto!— sujeto a los reyes de León. Acababa de cumplir la promesa hecha a su madre, Muniadona, en su lecho de muerte.

—La libertad es el alma de todas las cosas, pajarillo. Donde está la libertad, ahí está la patria. El amor a la libertad hace a los hombres indomables, y a los reinos, invencibles.

Aunque ajena a los pensamientos que desfilaban por la inquieta mente del conde, la joven Urraca era sensible al estado de ánimo de su esposo y sonrió viendo que se le escapaba una sonora carcajada.

—¿Qué os produce tanta alegría, señor?

Garci Fernández también se volvió sorprendido y alguno pensó que el conde había perdido la cabeza. Pero no era la locura lo que hacía reír a Fernando, sino el pensamiento que lo asaltaba.

«Nunca más», repitió una voz en su interior.

Se daba cuenta de que toda su vida había pugnado por liberarse y que ahora, por fin, rompía sus cadenas. Ahora, por fin, había cumplido con ese deber que le había señalado su madre y que le había tiranizado toda su vida.

Y al hacerlo se había liberado.

Viendo cómo lo miraba Garci Fernández, se sintió obligado a explicarse.

—La libertad es un tesoro que no se compra con oro, hijo mío. El único modo de conquistarla es estar siempre dispuesto a morir por ella. Hoy somos libres. Hoy, por primera vez, Castilla es la única dueña de su destino… —dijo. Y su mirada se posó sobre el horizonte del levante, hacia el que se dirigían. Por allí se elevaba ya el sol en un cielo impoluto y azul—. ¡Por Castilla!

—¡Por Castilla! —replicaron Garci Fernández y el resto de los hombres.

—¡Por Castilla! —exclamó la menuda doña Urraca.

Contagiados del buen humor de su señor, la comitiva continuó con su trayecto camino de Burgos.

8

Pocos años después…

De Urraca Garcés, condesa de Lara, de Castilla y de Álava, a Sancho

Abarca, rey de Nájera y Pamplona.

Hermano:

Hace unos meses fuisteis vos quien me escribía para notificarme el fallecimiento de nuestro padre, el rey García, y hoy soy yo quien debo notificaros el fallecimiento de mi esposo Fernán González, y aprovecho para informaros sobre la situación en Burgos y en Castilla.

Otra vez se acerca el verano y hace ya tiempo que no tenemos noticias de León. La monja Elvira no se ha atrevido a reclamar nada, no sea que a su vez se le reclame a ella todo lo que nos debe, que con ser tanto resulta impagable. A mi alrededor dicen que bastante tiene en estos momentos con sofocar los desórdenes que agitan la vida de su corte.

Eso coloca a la casa de Lara como única dueña de los destinos de Castilla. Y eso es algo tan natural que parece increíble pensar que hasta hace bien poco no fuera así.

He de deciros que durante mi vida con el conde, que Dios tenga en su gloria, he aprendido mucho, y la servidumbre que podía haber supuesto ese matrimonio para mí ha resultado finalmente leve debido al cariño y respeto que siempre me prodigó.

En cuanto a él, en los últimos tiempos repetía que su vida estaba colmada y que cuando Dios lo llamara a su lado, partiría contento, pues había conseguido cumplir su destino. Parecía incluso aliviado de pasar el testigo a Garci Fernández.

Nuestra convivencia al menos bastó para que yo le diese un hijo, al que llamamos Pedro, y al que hoy levanto en mis brazos.

Esa fue mi manera de compensarle hasta donde pude por la pérdida de dos de los hijos que le dio nuestra tía Sancha, y por la insatisfacción que quizá sintió dejando como sucesor a Garci Fernández, al que llaman «el de las blancas manos», que era de entre sus hijos el que pensaba menos dotado para la guerra y el mando.

Pero así lo quiso la Providencia…, aunque debo añadir que Garci Fernández se está mostrando en el arranque de su gobierno bastante más diplomático e inteligente de lo que el propio Fernando hubiera esperado.

La muerte de mi esposo sucedió el pasado domingo en nuestro palacio de Burgos.

Yo estuve junto a él en todo momento mientras se apagaba. Sujeté su mano entre las mías durante la noche. Enjugué el sudor de su frente durante la agonía. Y procuré apaciguarle en sus temores.

A ratos parecía no conocerme; eso resultaba doloroso. Pero no tengo nada que reprocharme. He cumplido fielmente con mis deberes y estuve presente cuando, al levantarse el día, entregó su último suspiro.

Igual os sorprende saber que sus últimas palabras fueron para nuestra tía Sancha, Dios la bendiga: le pedía que le recibiera en sus brazos.

Cuando se fue conociendo la noticia, las campanas de las iglesias y monasterios doblaron a muerto por el conde Fernán González a lo largo y ancho de todo el condado.

Al día siguiente sus restos fueron transportados por un cortejo hasta el monasterio de San Pedro de Arlanza, el que fundara su padre, donde pronto se llevarán también los restos de Sancha. Fue su última voluntad.

A la misa que se celebró por su alma asistieron representantes de todas las casas de Castilla para rendirle homenaje.

Como muestra de la inteligencia política de Garci Fernández, os interesará conocer que ha recuperado la amistad que tuvieron los Lara con la familia de los Ansúrez en los años anteriores a la batalla de Simancas, y es ahora gran amigo de Fernando Ansúrez.

Como ya sabéis, Fernando es hermano de Teresa Ansúrez, madre del rey y miembro del consejo regente, con lo que la familia Ansúrez es ahora más poderosa que nunca.

Garci Fernández se ha aproximado también a los Vela, que han mantenido una virulenta enemistad con los Lara a lo largo de los años, pues mi marido los expulsó de las tierras de Álava cuando Ramiro le hizo conde de ese territorio.

Con esto, Garci Fernández procura apaciguar los viejos rencores con las familias que hoy tienen el poder en León, pues se ha propuesto fraguar una nueva alianza con León y con Nájera para poner cerco a Gormaz y expulsar a los musulmanes de las plazas que ocuparon durante las aceifas que siguieron a la muerte del Jorobado.

Pero me temo que estos planes hayan de posponerse, pues llegan noticias desde Galicia, más allá de las montañas, de que piratas normandos, gentes venidas del norte con barcos ligeros, atacan nuestras costas y masacran a los religiosos de nuestros monasterios.

En León se preparan para enviar un ejército en ayuda de aquellos territorios.

Por ese motivo, la monja Elvira acaba de enviar embajadas a Córdoba para negociar la continuación de la tregua que se pactó con Alhakén tras las virulentas aceifas que terminaron de forma tan desgraciada para los cristianos.

Vivimos, hermano, tiempos turbulentos en los que nadie sabe cómo se desenvolverán las pugnas entre reinos cristianos por ver quién logra prevalecer sobre los demás, si Castilla, León, Pamplona, Aragón o los condados catalanes…

A ese respecto puedo deciros que León pasa por momentos de debilidad, con un rey todavía niño y una regenta que no logra asentar su autoridad sobre los territorios de Galicia, donde empieza a hablarse de derrocar a Ramiro para sentar en el trono a Bermudo, el hijo que tuvieron

en su día Ordoño y vuestra actual esposa, Urraca Fernández.

Pero yo tengo fe en que los cristianos aparten sus diferencias, pues los enfrentamientos entre nosotros no deben hacernos olvidar la empresa de reconquista que se marcaron nuestros ancestros.

¡Ojalá que los nuestros lo comprendan y podamos, pronto, expulsar hasta el último moro de las tierras que nos arrebataron en su día!

Dios os guarde muchos años.

Urraca Garcés, condesa

Epílogo

«Fue profeta el abad de San Justo y Pastor. Sobrevinieron días apocalípticos. La ciudad que hemos contemplado en minutos de paz, preparando la guerra y en horas de bullicio cortesano, padeció, a finales de aquel siglo, el asalto, el saqueo y la desolación. León, que alegre había visto entrar por las puertas de sus muros a Alfonso, después de la victoriosa jornada del foso de Zamora; a Ordoño II, triunfante en San Esteban; a Ramiro, vencedor en Simancas, y a Ordoño III, luego de saquear Lisboa, entristeció ante las derrotas de Sanchos, Ramiros y Bermudos».

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*

1

Aquella carta de su tocaya, la más triste de las que habían llegado de Burgos, se la tuvo que leer el joven Sancho de Pamplona a Urraca Fernández, que a esas alturas ya estaba bien asentada, como reina y madre del futuro heredero, en la corte de Nájera.

A la hija de Fernán González se la veía mucho más relajada y satisfecha con su actual marido y primo que con ninguno de sus anteriores esposos.

Con todo el miedo que tuvo, y con lo mucho que se resistió a ello, al final, mirad por dónde, resultaba que la relación había funcionado. A la tercera va la vencida, como suele decirse.

Los dos esposos, de edad muy cercana, se habían gustado de entrada, nada más verse, y las relaciones mantenidas por sus familias ayudaron a consolidar la buena sintonía inicial.

Después de mucho sufrimiento, Urraca –«la mujer más desgraciada de Lara», según la gente de su condado— había encontrado en Sancho su sostén y alcanzado un inesperado equilibro. La atracción física, por supuesto, facilitó las cosas. Y el pronto nacimiento del joven García, al año prácticamente de conocerse ellos dos, fue como un regalo divino y reforzó la autoestima de Urraca.

—Siempre supe que estabas hecha para ser la madre de mis hijos —le había dicho Sancho cuando todavía eran príncipes herederos y vivía su padre García, que como suegro se mostró cercano. Desde el principio, además, Urraca tuvo una relación próxima con su hijo, muy diferente a la experiencia con su primogénito, el de Ordoño, en León, al que no había vuelto a ver y cuyo alejamiento sentía como un secuestro, o con los hijos del Jorobado, a los que nunca quiso.

El caso es que Urraca parecía otra persona e irradiaba felicidad

allí por donde iba, una felicidad que ayudó a encajar la noticia triste de la muerte de su padre.

Sancho esperó hasta que cayó la noche para leerle la carta, estando los dos delante de la chimenea, mientras que Urraca se acomodaba en la misma silla de cuero cordobés donde tantas veces se había sentado en otro tiempo la abuela de ellos dos, la irrepetible reina Toda.

Urraca no había dejado de escuchar con atención mientras el flamante rey leía.

—«… Pero yo tengo fe en que los cristianos aparten sus diferencias, pues los enfrentamientos entre nosotros no deben hacernos olvidar la empresa de reconquista que se marcaron nuestros ancestros. ¡Ojalá que los nuestros lo comprendan y podamos, pronto, expulsar hasta el último moro de las tierras que nos arrebataron en su día! Dios os guarde muchos años. Urraca Garcés, condesa».

—Amén —dijo.

2

Entristecida por la misiva de su prima, a Urraca se le escapó una lágrima que se secó enseguida en tanto que su esposo la miraba. Sancho, que a diferencia de su padre era un joven cariñoso, sensible y cada vez más inclinado a las letras, soltó la carta y le cogió las dos manos.

—Sé que esto remueve muchas cosas. Quizá convendría que retomaseis contacto con Bermudo de alguna manera. ¿Os gustaría que enviase una embajada a León? Lo haré con mucho gusto.

—Sí…

—Pues dadlo por hecho. Las relaciones con Elvira, por el momento, son buenas. Hay una comunicación cada vez más fluida entre nuestras dos cortes. Ella nos ayudará.

Urraca se limpió la lagrimilla y se quedó un momento mirando las brasas que quedaban en la chimenea de aquel palacio de los reyes de Pamplona en el que había acabado por ser feliz. El destino, al final, parecía haberse apiadado de ella.

—Vais a estar unas semanas fuera, mi señor, y querría despediros como corresponde. ¿Nos retiramos a nuestros aposentos?

—Mañana tenemos un día importante por delante, pero tan importante es la guerra como la paz. Dadme la mano, señora.

—Esperad un momento. Quiero ver a García. Pasaré por la estancia de la nodriza y ahora subo… Os veo en vuestros aposentos.

Urraca tenía una necesidad absoluta de sentir la presencia de su hijo.

Ahora que era huérfana, ahora que ya no tenía más que a Sancho y a su hijo, los quería a ambos más que nunca.

3

Una media hora después, la reina de Pamplona se encontró con su esposo en los aposentos de él.

Los dos se desnudaron tranquilamente en el lecho, cada cual por su lado.

Hubo ternura y algo de tristeza en el coito de aquella noche —a ambos empezaba a apetecerles concebir un segundo hijo, por eso multiplicaban los encuentros—, y luego Urraca no durmió del todo bien por la congoja que le provocaba todavía la noticia de la desaparición de su padre.

4

Al día siguiente, Urraca Fernández se despertó antes que su esposo. Sus damas de compañía la rodeaban bulliciosamente, pero la hija de Fernán González todavía tenía el ánimo pesaroso.

Le venían a la mente algunos detalles de la carta de su prima y mientras la preparaban —las damas vistieron, asearon y peinaron a la reina de Pamplona con su parloteo habitual, en el que hoy apenas participó— se mostraba entristecida. A eso de primera hora, salió al patio del palacio y se encontró con su marido y con los hombres de su guardia ya sacando los caballos.

Una vez aparejadas las monturas de todos los hombres, la reina se subió, con la ayuda de un par de pajes, a su joven yegua.

La comitiva real cruzó las calles de Nájera en medio de algunas aclamaciones. Al cabo, cruzaron también el puente de piedra que salvaba el río Najerilla para a continuación cabalgar con un trote tranquilo camino del lugar sagrado.

Hacía días que estaba previsto que ese viernes los dos esposos se dirigieran al monasterio de Suso: allí era donde estaban enterrados los restos de san Millán, patrón de los pamploneses.

La idea era hacer una nueva donación y rezar juntos ante el sepulcro del santo para que este protegiera al rey de Pamplona, y que los monjes del monasterio lo bendijeran antes de que Sancho Abarca saliera con sus gentes en la nueva campaña que lo esperaba en el entorno de Calahorra.

5

Había unas leguas hasta el monasterio fundado por el difunto rey

García. El campo, por el camino, estaba florido. Las amapolas salpicaban unas praderas verdes y húmedas que a Urraca le parecían esplendorosas comparadas con los pedregosos y secos campos de Castilla.

El trayecto se les hizo corto a ambos y no tardaron en alcanzar su destino. Este estaba en un entorno maravillosamente arbolado, en un paraje elevado, no muy lejos de las cuevas donde los primeros eremitas se retiraban del mundo para vivir su vida espiritual.

Según llegó la comitiva, los monjes de Suso los recibieron con cánticos y las campanas de la iglesia repicaron con alegría desde lo alto.

—Bienvenidos, altezas.

El abad, que era hombre grueso y cordial, esperaba con las dos manos cogidas por delante y a la cabeza de los religiosos que se alineaban ante la iglesia.

Como parte del protocolo de hospitalidad, después de haberles ofrecido un refrigerio y antes de la misa, también quiso el abad llevar a los reyes al *scriptorium* para enseñarles los manuscritos que copiaba su congregación y que los hermanos guardaban como joyas.

Y allí fue donde la hija de Fernán González pudo ver ese día un códice abierto en cuyos márgenes algún joven copista había escrito unas glosas. Pudo ser casualidad el que justo se fijara en aquellas muestras de escritura. El caso es que el abad, que era tan grueso de formas como fino de inteligencia, al constatar que la reina se interesaba, sonrió y adoptó un tono didáctico.

—Los tiempos cambian, alteza. El idioma latino empieza a resultar difícil a algunos monjes, acostumbrados como están a expresarse, cada vez más, en romance.

—Ya lo veo.

Escritas con trazo fino entre líneas, había palabras como «pugna», «castigo», «voluntaria».

Al volver la página, Urraca leyó por encima otro párrafo en el margen en el que se mezclaban palabras en latín y romance.

Adjubante domino nostro Jhesu Christo cut est honor et imperium cum patre eet Spiriti Sancto in secula seculorum. Conoajutorio de nuestro dueño, dueño Christo, dueño Salbatore, qual ducno ge tena honore, equal duenno tiene tela mandatione coo Patre, como Spiritu Sancto, enos sieculos de los sieculos. Facanos Deus omnipotes tal serbitio fere ke denante ela sua fase gaudioso regamus. Amen.

—Son los nuevos barbarismos, señora. También el latín empezó así, cuando el griego era lo único que se escribía. Habrá que empezar a acostumbrarse.

Bajo la mirada del abad, la hija de Fernán González dejó sobre el *scriptorium* más cercano aquel códice que el sacerdote se apresuró a guardar en tanto que la reina Urraca salía de la sala sin percatarse de la trascendencia que aquellos finos trazos de tinta tendrían un día.

No podía darse cuenta Urraca Fernández —y no podemos culparla — de que aquellas toscas glosas que acababa de ver en los márgenes del códice eran los primeros balbuceos del idioma que más tarde habría de conocerse como castellano y el inicio, por lo tanto, de una andadura extraordinaria, magnífica a ratos, dramática en otros, llena de turbulencias, de grandezas y miserias, que al cabo de los siglos lo llevaría a convertirse en una lengua universal.

Y ya para concluir solo queda alejarnos de aquel monasterio riojano, que tan simbólico llegaría a ser, y dejar allí a los personajes de aquellos tiempos brumosos, aunque no sin antes recordar que el florecimiento y la irradiación de la lengua de Castilla no se habría producido nunca de no haber logrado los condes de Lara, Fernán González y su esposa Sancha, con sus dos voluntades entrelazadas, esa consolidación del condado foramontano, que fue como otro más de los hijos que parieron, sin duda el más famoso de todos.

Y es que una vez muerta Sancha, el conde Fernán González, cuya leyenda cantaron más tarde los juglares, puso la primera piedra de un edificio milenario que hoy, con sus más y sus menos, sigue en pie.

Pero esa, mis queridos lectores, es otra historia.

¡Hasta la próxima!

Agradecimientos

Tengo que agradecer a mis editoras Carmen Fernández y Berenice el haberme animado a escribir novela histórica. Sin ellas, esta obra no existiría. En segundo lugar, a mis padres, Margarita y Pepe, que siempre me han apoyado en la aventura. Ellos fueron los primeros lectores del manuscrito. Por último, a Luis Zueco, que me ayudó a visualizar mejor los castillos del siglo X; a Engy Mamoud, que ha procurado hacerme entender un poco mejor la cultura musulmana; y a Claudio Sánchez-Albornoz, sin cuya recreación de León en *Una ciudad cristiana hace mil años* difícilmente habría podido recrear las escenas leonesas, o con mucha más pobreza. Evidentemente, todos los errores que pueda haber en esta novela son míos. Los puristas me perdonarán asimismo la pequeña licencia final con las glosas, pero resultaba demasiado tentador juntar la muerte de Fernán González con el nacimiento del castellano. Por lo demás, con contadísimas excepciones, la novela se ajusta a lo que se sabe de la época según las crónicas y documentos que han llegado hasta nosotros.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© José Ángel Mañas Hernández, 2022
© La Esfera de los Libros, S.L., 2022
© Mapa: L. Javier Velasco, 2022
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022
ISBN: 978-84-1384-439-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.